

132

Hector Cuauhtémoc Hernández Silva/
Sara Ortelli
edición / coordinación

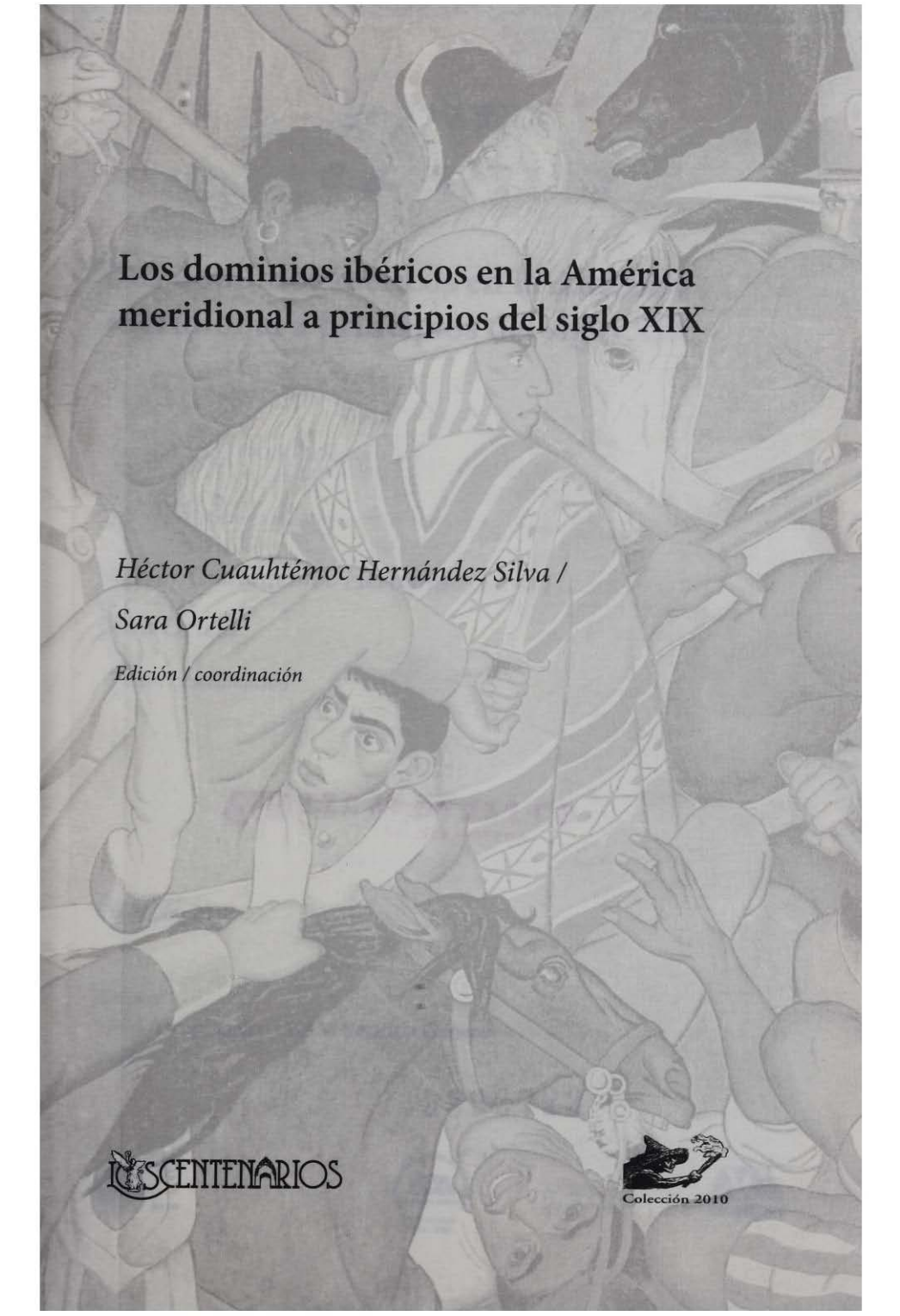


Los dominios ibéricos en la América meridional a principios del siglo XIX



Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, editor
Profesor-investigador de la Universidad
Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
Profesor normalista de primaria y secundaria
(1977 – 1987); cursó estudios de licenciatura y
posgrado en historia en la Facultad de Filosofía y
Letras de la UNAM; obtuvo el grado de doctor en
historia por El Colegio de México. En su trabajo
académico ha estudiado el tránsito del mundo
novohispano al México independiente desde la
perspectiva regional (las élites y la formación del
estado de Sonora), y de la historia social y política
de los pueblos indios (los pueblos de Xochimilco,
los pueblos yaquis). En la más reciente década ha
incursionado en la edición electrónica de obras
clásicas extensas de la historiografía mexicana,
recuperando materiales documentales inéditos
(*Diario Histórico de México, 1822-1848*, de Carlos
María de Bustamante), y realizando ediciones
novedosas de obras ya publicadas por otros
autores (*Documentos, discursos y correspondencia
de Benito Juárez de Jorge L. Tamayo, México a través
de los siglos*, dirigida por Vicente Riva Palacios),
actividades por las que fue degradado en el SNI.
En el 2009 fue coeditor del libro Fray Melchor
Talamantes, *Escritos póstumos, 1808* y de la edición
electrónica animada del TGP *450 años de lucha.
Homenaje al pueblo mexicano*.

Sara Ortelli, coordinadora
Investigadora del Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET),
en el Instituto de Estudios Histórico-Sociales
de la Universidad Nacional del Centro de la
Provincia de Buenos Aires, Argentina. Doctora
en historia por El Colegio de México. Premio
de la Academia Mexicana de Ciencias a la
mejor tesis de doctorado en Ciencias Sociales y
Humanidades 2003. Es autora de *Trama de una
guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de
los apaches, 1748 y 1790* (México, El Colegio de
México). Ha coordinado varios libros y publicado
artículos en revistas científicas y en obras
colectivas. Su principal línea de investigación
es la historia social de las fronteras (México y
Argentina, siglos XVIII y XIX).



Los dominios ibéricos en la América meridional a principios del siglo XIX

Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva /

Sara Ortelli

Edición / coordinación

 **SCENTENARIOS**


Colección 2010

217922
C.B. 2893728

Los dominios ibéricos en la América meridional a principios del siglo XIX

Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva /

Sara Ortelli

Edición / coordinación

 **AZCAPOTZALCO**
LA BIBLIOTECA

Colección 2010

México

UAM Azcapotzalco / UAM Rectoría General

2009

2893728



Colección 2010




Azcapotzalco



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

José Lema Labadie

Secretario General

Luis Javier Melgoza Valdivia

Coordinador General de Difusión

Daniel Toledo Beltrán

Director de Publicaciones
y Promoción Cultural

Álvaro Ruiz Abreu

UAM

F 2233

D 6.5



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Rectora

Paloma Ibáñez Villalobos

Secretario de la Unidad

Darío Eduardo Guaycochea Guglielmi

Coordinador General de Desarrollo Académico

Luis Soto Walls

Coordinadora de Extensión Universitaria

María Itzel Sáinz González

Jefe de la Sección de Producción y Distribución
Editoriales

Francisco Ramírez Treviño

Coordinadores de la Colección 2010

Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (UAM Azcapotzalco)

Carlos Sánchez Silva (UABJO)

Jaime Olveda (El Colegio de Jalisco)

© Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva y

Sara Ortelli

Los dominios ibéricos en la América meridional a principios del siglo XIX

Primera edición, 2009

D. R. © 2009, Universidad Autónoma Metropolitana

Prolongación Canal de Miramontes 3855,

Ex Hacienda San Juan de Dios, delegación Tlalpan

14387 México, D. F.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de los editores.

ISBN de la Colección 2010: en trámite

ISBN de la obra: 978-607-477-168-8

Impreso en México/ Printed in Mexico

Agradecimiento

Al Dr. Adrián de Garay Sánchez

por el apoyo académico y financiero otorgado para la publicación de esta obra durante su gestión como rector de la UAM, Unidad Azcapotzalco (2005-2009), y para la realización de otros proyectos editoriales en el Bicentenario del natalicio de Benito Juárez el año 2006, y para el Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución en el 2010

ÍNDICE

Presentación a la Colección 2010	9
Sara Ortelli	
Miradas a la coyuntura de 1808.....	11
Sara Emilia Mata	
Una sociedad conflictiva. La intendencia de Salta del Tucumán a fines de la colonia	19
Emir Reintano	
Entre la inestabilidad política y la soñada utopía. El caso de Buenos Aires y sus extranjeros en la primera década del siglo XIX.....	42
María Elena Barral	
Nuevos escenarios, nuevas mediaciones. Política y religión en el Buenos Aires rural en tiempos de la ocupación francesa de España	76
Diego E. Lévano Medina	
<i>Por la salud pública y la felicidad de la nación.</i> Movilización militar, rogativas públicas y contribuciones patrióticas para la preservación de la monarquía hispánica en Perú, 1793-1810	104
Magali Carrillo Rocha	
El pueblo de Nueva Granada antes de la revolución.....	146
Lucrecia Enríquez Agrazar	
Conflictos locales, cuestionamientos imperiales: Chile en 1808	176

Elisa Frühauf García

Los nuevos vasallos del <i>rey fidelísimo</i> . El desplazamiento de siete de los treinta pueblos de misiones del Paraguay a los dominios portugueses, 1801-1811.....	199
---	-----

Maria Regina Celestino de Almeida

Políticas indígenas y políticas indigenistas en tiempos de la corte portuguesa en Río de Janeiro	228
---	-----

Vania María Losada Moreira

1808. La guerra de João VI contra los indios del río Doce	258
---	-----

Autores	284
----------------------	-----

PRESENTACIÓN A LA COLECCIÓN 2010

La conmemoración en México este 2010 del bicentenario del inicio de la lucha insurgente por la independencia y del centenario de la primera revolución social del siglo XX, ofrece la oportunidad a los investigadores contemporáneos de presentar los frutos de la labor analítica realizada, a lo largo de su carrera académica, acerca de los procesos e instituciones que afectaron a los distintos grupos sociales que han ocupado su territorio desde finales del siglo de las luces.

Al igual que sucedió con la conmemoración del bicentenario del natalicio de Benito Juárez en el 2006, con tiempo anticipado para su preparación, desde hace tres años fueron convocados estudiosos de varios centros de educación superior y de investigación del país y del extranjero, para que coordinaran y trabajaran en libros que dieran a conocer los resultados de su labor historiográfica sobre temas diversos. Estos análisis de la historia mexicana son acompañados de otros que presentan lo sucedido en el contexto latinoamericano y mundial.

A diferencia de los centenarios y cincuentenarios celebrados en el siglo XX, en que el Estado era el que marcaba las festividades y acciones a realizar, los celebrados en este nuevo siglo encuentran a una academia que se ha ido conformando, transformado y consolidado desde hace 50 años, gracias a la profesionalización de sus estudios formativos, y que puede ofrecer una reflexión distinta a la meramente conmemorativa. Los trabajos que se presentan en esta Colección 2010 tienen la finalidad de exponer la larga lista de problemas, agravios y procesos, que para desgracia de los grupos sociales mayoritarios no han sido resueltos o se han desarrollado en detrimento de los herederos de aquellos insurgentes que en 1810 y 1910 tomaron sus armas, machetes, cuchillos, antorchas, piedras, para marcar un alto a la explotación de que eran y siguen siendo objeto.

Las instituciones de educación superior e investigadores participantes en la Colección 2010 se unen al recordatorio de estas luchas sociales y de todo lo que falta por realizar.

MIRADAS A LA COYUNTURA DE 1808

Sara Ortelli

CONICET-Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina

Los artículos reunidos en este libro presentan las diversas situaciones históricas que atravesaban los territorios coloniales de la América meridional en torno al enfrentamiento de los imperios europeos en la primera década del siglo XIX y en especial durante la crisis que vivieron los de la península ibérica en 1808. La historiografía iberoamericana fundamentalmente se ha ocupado, y se está ocupando, del bienio 1808-1810 y de las reacciones que se suscitaron a partir del conocimiento de los acontecimientos sucedidos en Europa, pero poco ha indagado acerca de los procesos y problemas que atravesaban las regiones y actores sociales antes de esos momentos. La coyuntura de 1808 y el dinamismo político y social que a ella siguió, se explican en gran medida en el contexto de la desarticulación de los espacios coloniales y deben ser analizados como un momento de ruptura, pero también de señaladas continuidades en el marco de las pugnas de poder propiciadas por la crisis que se vivía en ambos lados del Atlántico. La confluencia de sucesos de carácter internacional, regional y local estuvieron inscritos en diversos procesos que se remontan varias décadas atrás.¹ A partir de estas premisas, los trabajos que conforman este volumen atienden a estas dos coordenadas. Una parte de ellos aborda la coyuntura de la ocupación francesa de la península, las guerras napoleónicas y sus repercusiones en los dominios americanos y en las realidades locales. Otros artículos adoptan una perspectiva hacia los procesos y se dedican a revisar las décadas finales del periodo colonial.

¹ Chust, "Un bienio trascendental", en Chust, *1808. La eclosión juntera*, pp. 11-14. En el mismo volumen, Ana Frega, "La Junta de Montevideo de 1808", p. 243.

Desde esta última óptica de análisis, Sara Mata recrea el ambiente de enfrentamiento social que imperaba en la jurisdicción de Salta del Tucumán, en el noroeste del actual territorio argentino, a fines de la colonia. A las dificultades de carácter económico que caracterizaron a ese periodo, y que determinaron enfrentamientos en el seno de la élite, se sumó el temor -real o potencial- a un levantamiento popular por parte de la "plebe" urbana y rural en expansión, sector de heterogénea composición étnica y social, y con escasas oportunidades de ascenso. Esa sospecha, y los rumores a los que daba lugar, se hacían eco de varios episodios que se habían vivido a lo largo del siglo XVIII en distintas regiones: a la jurisdicción de Salta llegarían los temores por las manifestaciones que provocó la expulsión de los jesuitas y las rebeliones que habían tenido lugar en Perú en la década de 1780; un poco más tarde, los salteños se verían sacudidos por las noticias acerca de la rebelión de esclavos en Haití, y los rumores de insurrección en Chuquisaca, La Paz y otras urbes de la región andina. Esta sensación se incrementó a medida que se iban conociendo los sucesos de 1808 y se reflejó en el despliegue de un mayor control por parte de las autoridades hacia prácticas populares, como la ingesta de alcohol, las reuniones y la tenencia de armas blancas. En efecto, la coyuntura estuvo dominada por los miedos; no sólo frente a factores externos -como una posible invasión por parte de Inglaterra, o la anexión de los dominios hispanos a la monarquía portuguesa- sino también internos, representados, por ejemplo, en el fantasma de los levantamientos populares, o el miedo a perder el poder político y el status por parte de los sectores ligados al gobierno.² En ese clima, nos dice la autora, se desencadenaron los sucesos de 1810, cuando se conformó la primera junta en la capital del virreinato del Río de la Plata.

La ciudad porteña ingresa a la propuesta a través del estudio de Emir Reitano de los extranjeros que vivían en Buenos Aires a fines de la colonia, con especial énfasis en el caso de los portugueses.³ Su análisis se sitúa en el marco de las vertiginosas transformaciones de carácter social, económico, político y demográfico que vivió este rincón del imperio español en las postrimerías del siglo XVIII y la primera década del XIX. Fue precisamente en esa década cuando el escenario porteño se vio sacudido por dos invasiones ingle-

² Chust, "Un bienio trascendental", pp. 37-38.

³ Las investigaciones de Reitano adquieren particular relevancia frente a la relativa escasez de trabajos que estudien de manera sistemática la presencia y accionar de los portugueses en los dominios españoles en América.

sas -en 1806 y 1807- y el traslado de la corte portuguesa a Brasil, en 1808, en el marco de los sucesos acaecidos en la península. Una vez más, al igual que en el caso estudiado por Sara Mata, una de las repercusiones que tuvieron estos acontecimientos fue la puesta en práctica de un mayor control sobre amplios sectores de la población, entre los que se contaban los extranjeros, quienes además en ese momento podían resultar sospechosos de simpatizar con la causa francesa. Para el caso de la comunidad portuguesa existían antecedentes frescos. Desde principios del siglo XIX la vigilancia hacia ellos se endureció debido a la “Guerra de las Naranjas” que enfrentó a las coronas española y portuguesa en 1801. Sin embargo, a pesar del reinante clima de control y monitoreo por parte de las autoridades, el autor encuentra que los extranjeros de diversos orígenes continuaron llegando e insertándose en la sociedad rioplatense como lo habían hecho desde décadas atrás, situación que, más allá de la complicada coyuntura política, se facilitaba por el proceso de expansión que venía experimentando la ciudad y el área rural que la circundaba. De hecho, las transformaciones sociales y las nuevas bases de poder local resultantes de la organización para la defensa y la expulsión de los ingleses, beneficiaron a algunos hijos de extranjeros que encontraron en la nueva situación alternativas de inserción y de ascenso social, que se reforzó en algunos casos a partir de su participación en las guerras de independencia y en su posterior actuación en la vida nacional.

El artículo de María Elena Barral también se concentra en la región rioplatense, pero enfoca la zona rural, la denominada campaña bonaerense, y un aspecto muy poco estudiado aún para esas latitudes: la organización del clero rural, su papel como mediador y su influencia en el control social y la circulación de noticias. Este trabajo -que se suma a la mirada renovadora que la historiografía viene construyendo desde hace unas décadas sobre la zona rural rioplatense-⁴ analiza el papel fundamental desempeñado por la iglesia en la articulación social, en un contexto en el que las autoridades judiciales y policiales estaban muy diluidas.⁵ La iglesia fungió como pieza clave

⁴ Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, “Rural History of the Rio de la Plata, 1600-1850: Results of a Historiographical Renaissance”, en *Latin American Research Review*, vol 30, N° 3, 1995, pp. 75-105.

⁵ Acerca de los mediadores, tema que comienza a ser indagado por los investigadores del mundo rioplatense colonial y decimonónico, véase la sección coordinada por Raúl Fradkin y Jorge Gelman, “Actores intermedios y política en el mundo rural del siglo XIX”, *Anuario del IEHS*, número 23, Tandil, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, 2009.

del funcionamiento burocrático de la monarquía y de su sostén ideológico a través de distintos tipos de funciones que adquirieron gran relevancia durante la crisis de la monarquía. Así, en 1808 algunos párrocos tuvieron la capacidad de movilizar a la feligresía en defensa de la religión y de la patria, y el clero se esforzó por demostrar obediencia y, cada vez más, el patriotismo.

Diego Lévano Medina estudia las diversas formas de apoyo manifestadas a la monarquía hispánica en el virreinato del Perú. El análisis inicia a principios de la década de 1790, con el proceso de organización interna del ejército imperial y la profesionalización del cuerpo militar en el contexto de las guerras en las que intervinieron España y otras potencias europeas. La fuerza castrense fungió como uno de los pilares de la defensa de la monarquía y de los intentos de neutralización de las ideas revolucionarias.⁶ Pero, al mismo tiempo, se incentivó desde esta región el envío de numerario líquido, que bajo el concepto de empréstitos "patrióticos" o donaciones "voluntarias", tuvo un promotor fundamental en el Consulado de Lima. Sumadas a estas medidas, la fidelidad al rey fue expresada a través de actos religiosos o rogativas en las que participaban todos los estamentos de la sociedad. Como en otras latitudes del imperio, sobre esta región también se dejaban sentir las sombras de una posible invasión inglesa y de la expansión de la casa portuguesa de Braganza, que tenía pretensiones sobre los dominios españoles de la América meridional. En esos momentos, el cautiverio de Fernando VII sirvió para reforzar la idea de fidelidad hacia la monarquía por parte de las autoridades y de la población en general. Más tarde, sin embargo, posiblemente por la falta de reacción y contradicciones del gobierno central, esa primera reacción fidelista dio paso a partir de 1810 a las ideas independentistas.

El análisis de Magali Carrillo para el virreinato de Nueva Granada refuerza la idea de que los acontecimientos que ocurrieron a ambos lados del Atlántico deben ser analizados en conjunto, en tanto se inscribieron como parte de una misma comunidad política, la monarquía hispánica. Al igual que Lévano Medina, la autora enfatiza que la monarquía gozaba de gran estabilidad hacia principios del siglo XIX. En ese contexto, analiza la manera en que la sociedad monárquica entendía al pueblo, las ambigüedades que encerraba tal figura y las transformaciones que fue sufriendo. A fines del siglo

⁶ Anthony McFarlane, "Los ejércitos coloniales y la crisis del imperio español, 1808-1810", *Historia Mexicana*, 229, Vol. LVIII, núm. 1, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 2008, pp. 229-285.

XVIII la manera de concebir al pueblo fue ganando en diversidad y comenzó a involucrar a diversos sectores de la población que, como en el caso de los problemas, tensiones y conatos de insurrección que tuvieron lugar en el virreinato del Perú, cuestionaban la autoridad y legitimidad de los funcionarios virreinales, pero no del rey. Sin embargo, antes de 1808 el pueblo estaba unido al rey de manera orgánica y solo se hacía visible en momentos de graves tensiones sociales. De ahí en más, con la crisis de la monarquía hispánica, el pueblo, como principio político y sujeto que ejerce la soberanía, comenzó a ser permanentemente visible y actuante.

Lucrecia Enríquez Agrazar se adentra en el Chile de 1808 a partir de una propuesta que matiza y complementa los análisis tradicionales de la historiografía chilena sobre esos años. En general, los esfuerzos explicativos se han concentrado en el nivel local y, fundamentalmente, en el gobierno de Francisco García Carrasco. Enríquez ubica a este gobierno en una temporalidad más extensa y en un escenario más amplio,⁷ que incorpora los sucesos que tuvieron lugar en la península, y en otras latitudes americanas, con especial atención a las relaciones entre Santiago y Buenos Aires. Su estudio atiende, además, no sólo a los aspectos institucionales del proceso, sino a la red de relaciones que entrelazaban y trascendían a las propias instituciones. Así, plantea la necesidad de desentrañar el complejo entramado de la élite chilena, las alianzas entre los bandos en pugna por los escasos cargos políticos y eclesiásticos, y la manera como fueron utilizadas a nivel local las noticias de España. En esa coyuntura, las indecisiones y ambigüedades en la acción de García Carrasco favorecieron a los grupos locales que pretendían reformar las relaciones con la metrópoli. Sus inquietudes fueron canalizadas a través del cabildo de Santiago, que mostró autonomía de decisiones desde 1808. Según la autora, fue en ese momento cuando “se echaron los dados” de lo que ocurrió dos años más tarde, cuando la élite santiaguina formó una junta gubernativa.

El volumen cierra con tres artículos dedicados a los dominios portugueses en la América meridional. El caso de Brasil no siempre es contemplado en las compilaciones que abordan los procesos de independencia. Sin embargo,

⁷ Pueden revisarse a este respecto las reflexiones de Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, “Chile 1808-1809: la crisis a tiempo corto”, en el número conmemorativo coordinado por Ana Buriano y Johanna von Grafenstein, “Soberanía, lealtad e igualdad: las respuestas americanas a la crisis imperial hispana, 1808-1810”, *Secuencia*. Revista de Historia y Ciencias Sociales, México, Instituto Mora, 2009, pp. 231-242.

es fundamental tomarlo en cuenta en los análisis, ya que la situación de la corona portuguesa en esta coyuntura, por el traslado de la corte a Rio de Janeiro, tuvieron un impacto significativo en los territorios españoles de ultramar. Al mismo tiempo, es importante integrar el caso de la América portuguesa que por muchos años ha estado separada por barreras históricas y lingüísticas, pero también académicas e historiográficas. Y esto ha dejado su impronta, necesariamente, en las agendas de investigación que llevó adelante cada país, agendas que desde hace unos años estamos logrando acercar y hacer confluir, en la medida en que los académicos del mundo hispanoamericano y del mundo lusoamericano hemos comenzado a compartir intereses, enfoques y problemas de investigación y a dialogar de manera comparativa acerca del pasado -y del presente- de nuestros respectivos países.⁸

Las propuestas de las tres colegas brasileñas que se suman a este libro abordan una temática aún poco estudiada, como es el caso de las sociedades indígenas en la historia de Brasil⁹ y, especialmente, de qué manera impactó en la sociedad colonial el establecimiento de la corte portuguesa en Rio de Janeiro en 1808.

El artículo de Elisa Frühauf García estudia las estrategias portuguesas de atracción de los indios a partir de la política indigenista elaborada por Sebastião José de Carvalho e Melo, futuro Marqués de Pombal, aplicada en la América portuguesa hacia mediados de la década de 1750. Su estudio se enfoca, particularmente, en las misiones jesuitas del actual Paraguay, una región signada en el periodo colonial por los conflictos fronterizos entre las coronas portuguesa y española. Siete de esos treinta pueblos fueron disputados durante la ya mencionada "Guerra de las Naranjas" y pasaron a formar parte de los dominios portugueses en 1801, cuestión en la que incidió fuertemente el descontento de los indios con la administración española. Más tarde, durante el proceso de independencia, estos pueblos fueron nuevamente objeto de

⁸ Véase la introducción a la sección coordinada por Sara Ortelli y Maria Aparecida de S. Lopes, "Fronteras americanas: entre interacciones y conflictos. Una mirada a los casos de México y Brasil", *Anuario del IEHS*, número 23, Tandil, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, 2009.

⁹ Uno de los primeros esfuerzos por rescatar la historia de los indígenas de Brasil fue el estudio renovador de John Manuel Monteiro, que lleva el título de *Negros da terra. Índios e bandeirantes nas origens de São Paulo*, Brasil, Companhia das Letras, 1994, tercera reimpresión. Para un balance reciente, puede consultarse el dossier coordinado por Maria Regina Celestino de Almeida, "Os índios na História: abordagens interdisciplinares", *Tempo*, 23, Revista do Departamento de História da Universidade Federal Fluminense, Rio de Janeiro, UFF, julio-diciembre de 2007.

conflicto entre los intereses luso-brasileños y los rioplatenses. En ese momento, una parte de los habitantes de los siete pueblos se alineó al lado de los portugueses, otra se adhirió a los proyectos de José de Artigas y, una vez derrotadas las tropas artiguistas, muchos se dirigieron nuevamente a buscar la protección de los lusitanos, quienes mantenían aún su antigua política de atracción de las poblaciones indígenas.

Regina Celestino de Almeida estudia la política hacia los indios puesta en práctica por el príncipe regente Don João en 1808. A partir de ese momento, los diversos grupos indígenas de la América portuguesa sufrieron transformaciones variadas. Para los grupos sedentarios, habitantes de las antiguas aldeas coloniales que mantenían desde siglos atrás intensos contactos con los colonizadores y que se habían incorporado a una cultura política que valoraba los acuerdos y las negociaciones con las autoridades y con el propio rey, la llegada de la corte no acarreó cambios tan acentuados. Los indígenas de los *sertões* -zonas no colonizadas por el estado colonial- sufrieron la reimplantación de una antigua práctica, que en los hechos nunca había dejado de realizarse: la guerra contra los indios que ofrecían resistencia frente al dominio portugués. Sin embargo, estas prácticas diferenciadas formaban parte de una misma política que perseguía el objetivo de asimilar tanto a los indios de los pueblos como a los no reducidos: a los primeros se intentaba asimilar, establecer y civilizar; los otros debían ser mestizados y sus aldeas extinguidas. A su vez, los indios respondieron de formas diversas, que se movieron entre la colaboración, las fugas, las reivindicaciones, las amenazas y los ataques.

Por último, el artículo de Vania Maria Losada Moreira retoma el problema de la reinstauración de las prácticas de guerra justa y cautiverio contra los indios de los *sertões*, que habían sido abolidas por las leyes del marqués de Pombal referidas anteriormente por Frühauf García. Losada Moreira sostiene que este retorno a prácticas anteriores debe evaluarse en el marco de los nuevos intereses de la corona. La guerra y la conquista de los territorios indígenas de Espírito Santo y de Minas Gerais -a los que la autora atiende de manera particular- se venían produciendo desde la segunda mitad del siglo XVIII, y la carta regia del 13 de mayo sólo contribuyó a sancionar y oficializar un conflicto que ya existía en los *sertões*: la expansión de la frontera económica y social minera sobre los territorios indígenas había antecedido a la guerra decretada en 1808. En el escenario de principios del siglo XIX -antesala de los procesos que se desarrollarían a lo largo de esa centuria, no sólo en Brasil sino en otras regiones de América Latina- la guerra de conquista no se relacionaba

tanto con la consecución de mano de obra forzada como había sucedido en momentos anteriores, sino que perseguía, fundamentalmente, la anexión de nuevas tierras para incorporar a los procesos productivos.

En las páginas de todos los trabajos aquí reunidos desfilan variados temas y problemas. Ese fue, precisamente, uno de los objetivos de la propuesta: el volumen no se compone de artículos que desarrollan un hilo temático en común, sino que se planteó a los autores y autoras la posibilidad de abordar las décadas finales del periodo colonial, con la referencia de la coyuntura de 1808, en sus respectivas regiones de estudio, a través de la lente privilegiada de sus experiencias de investigación. El resultado es, así, un mosaico de situaciones que presentan tintes particulares y específicos, pero que están, a la vez, íntimamente entrelazadas, como la trama de un tejido de variados colores y puntos. Sólo resta, entonces, agradecer a cada uno de los colaboradores, quienes desde diversos rincones de América Latina se sumaron al proyecto de conmemorar este 2010 desde una mirada crítica y analítica, y ayudaron a conformar esta obra a través de miradas sugerentes y renovadoras de los procesos que recrean en los respectivos artículos.

UNA SOCIEDAD CONFLICTIVA

*La intendencia de Salta del Tucumán a fines de la colonia*¹⁰

Sara Emilia Mata

CONICET- Universidad Nacional de Salta, Argentina

*En ninguna provincia es la plebe
más insubordinada, insolente y viciosa
que esta del Tucumán*

Tadeo Dávila, teniente de gobernador, 1798.¹¹

En 1582, los conquistadores españoles fundaron la ciudad de Salta en la gobernación del Tucumán, extensa comarca austral del virreinato del Perú. A fines del siglo XVIII la ciudad había superado su marginalidad inicial y ostentaba el rango de ciudad capital de la intendencia de Salta del Tucumán en el virreinato del Río de la Plata. En el transcurso de más de dos siglos, su posición económica, social y política se consolidó gracias a su particular ubicación que le permitía vincular al litoral atlántico con el espacio sur andino.

Durante ese siglo, favorecida por el comercio con el Perú, se expandió la ciudad, instalándose a su rededor, en las tierras de su jurisdicción, estancias y haciendas, cuyos principales beneficios eran los productos derivados de la ganadería y el engorde de ganado destinados a la región minera andina. Muy lejos habían quedado las guerras destinadas a dominar a los indígenas del

¹⁰ Este trabajo forma parte de los Proyectos PIP CONICET 6073, CIUNSA 1418 y PICTO/06 AGENCIA 36715 de Argentina.

¹¹ "Informe de los reos destinados a los fuertes de Salta, 1797", AGN (Archivo General de la Nación), Buenos Aires, Sala 9, 38-6-5.

valle Calchaquí y controlar los avances de los pueblos chaqueños sobre la ciudad de Salta.¹² Al finalizar el siglo, una élite orgullosa de su linaje contaba entre sus miembros a enriquecidos comerciantes e ilustrados funcionarios peninsulares. La mayor parte de su población era mestiza, afromestiza e indígena. Estos últimos, en su mayoría, procedentes del Alto Perú, eran expulsados de sus lugares de origen por una creciente presión demográfica agravada por las medidas implementadas por las reformas borbónicas en la región luego de los levantamientos indígenas de 1780 y 1781.

En la primera década del siglo XIX, una fuerte conflictividad social se manifestaba en la sociedad salteña acompañada por serias dificultades de orden económico. Las autoridades coloniales se mostraban preocupadas y recelosas frente a una facción de la élite dispuesta a desafiarla y a una “plebe” que por momentos se mostraba insolente e irrespetuosa.

Un comercio floreciente y una élite enfrentada

La creciente importancia adquirida en el siglo XVIII por el puerto de Buenos Aires debido al comercio de esclavos y de efectos de Castilla, favoreció la radicación y tránsito por Salta de comerciantes vinculados a las casas comerciales de Cádiz, cuyos agentes instalados en Buenos Aires intentaban captar el mercado alto peruano compitiendo con el comercio limeño. Por otra parte, la recuperación de la producción minera potosina (que había comenzado a manifestarse, a partir de 1720, estimulada por el contrabando francés que operaba sobre las costas del Pacífico),¹³ se hizo más intensa en las décadas siguientes, ofreciendo a los vecinos de Salta nuevas oportunidades comerciales al aumentar la demanda de ganado mular de fundamental importancia para el transporte de mercancías en la escarpada geografía andina. La creación del virreinato del Río de la Plata, la incorporación al mismo de la intendencia de

¹² El valle Calchaquí, último y extremo dominio del incanato, extendido al oeste de la jurisdicción de la ciudad de Salta, fue ocupado de manera efectiva luego del extrañamiento de su población indígena en 1667, cuando el gobernador Mercado y Villacorta venció la rebelión que mantuvo en vilo a los vecinos del Tucumán durante varias décadas. En 1685, comenzaron los problemas más serios con los pueblos del Chaco Gualamba, que avanzaron sobre los poblados españoles. Durante todo el siglo XVIII las reducciones de indios, los fuertes y las estancias marcaron con fuerza el avance de la sociedad hispano criolla sobre la frontera con el Chaco.

¹³ Tandeter, *Coacción y mercado*, p. 21.

Potosí, dónde se encontraban los principales centros productores de plata y, en particular, la habilitación de Buenos Aires como puerto para el comercio con España -el único por el cual, a partir de 1778, podía remitirse la plata potosina a Europa- convirtieron a la ciudad de Salta en un centro mercantil importante en el espacio económico sur andino.

El comercio mular pasó a ser la actividad más relevante de la región. La descripción que de este comercio efectuara Concolorcorvo en el *Lazarillo de ciegos caminantes* nos permite comprender la forma en que se llevaba a cabo, involucrando a la pampa bonaerense, el litoral y a Córdoba como lugares de cría; a los valles de Lerma y Calchaquí como invernada; y a las tabladadas próximas a Salta como escenario, en los meses de febrero y marzo, de “la asamblea mayor de mulas que hay en todo el mundo”.¹⁴

Las ferias de mulas movilizaron los recursos de la ciudad. Los comerciantes que llegaban desde Córdoba, como aquellos que provenían del Alto Perú o del Perú, alquilaban cuartos para su breve residencia, contratando peones y capataces, que habilitaban en las tiendas de Salta, para hacer frente al arreo de las tropas de mulas en su largo viaje. Junto al mercado mular se comercializaban en las tiendas y pulperías de Salta efectos de la tierra y de Castilla. Los más importantes de los primeros procedían de jurisdicciones próximas y eran pasas secas, nueces, vino y aguardiente provenientes de San Juan, La Rioja y Catamarca; chocolate, cobre, almendras, tejidos y azúcar ingresados desde Chile por Mendoza; hojas de coca y tucuyos provenientes de La Paz y Cochabamba. El consumo, sin embargo, no se limitó tan sólo a la ciudad de Salta y su jurisdicción, ya que Salta reexportaba gran parte de estos productos especialmente a las zonas mineras de la Puna y Rinconada. Los tucuyos cochabambinos se reexportaban hacia Buenos Aires.

Tres circuitos mercantiles claramente definidos confluían en la ciudad de Salta. El más importante era el de Buenos Aires-Perú. Por él circulaban efectos de Castilla, esclavos, yerba mate y mulas que en retorno ofrecían dinero efectivo, tejidos alto peruanos y lana de vicuña. Participaron de este circuito los comerciantes más importantes. Otro más restringido, espacialmente, comprendía las regiones productoras de vino y aguardiente como La Rioja, San Juan y Catamarca. Los ponchos cordobeses formaban también parte del mismo. Los comerciantes que lo transitaban, o que remitían con arrieros sus

¹⁴ Concolorcorvo, *El lazarillo de ciegos caminantes*, p. 314.

productos a los apoderados en Salta, componían un interesante sector medio urbano. Finalmente, en el circuito mercantil Santiago de Chile-Mendoza-Salta-Alto Perú, participaban comerciantes de Buenos Aires junto con otros residentes en Salta. Por él transitaban efectos de la tierra provenientes de Chile y aguardiente y pasas de uva de San Juan, junto con tejidos alto peruanos y efectos de Castilla.¹⁵

La importancia de la ciudad de Salta en los circuitos mercantiles andinos del sur favoreció el proceso de urbanización que en ella se advierte y que difiere del resto de las ciudades de la gobernación del Tucumán. De acuerdo con los datos que nos brinda el censo de población levantado por orden de Carlos III en 1776, casi el 45% de la población del curato rectoral fue calificada de española, en tanto que la misma concentraba el 63% del total de los habitantes de la ciudad y su jurisdicción. El 37% restante se repartía en las estancias, haciendas y fuertes de los valles de Lerma, Calchaquí y la frontera con el Chaco.¹⁶

La presencia de un gran número de esclavos en el ámbito urbano constituye también un indicador de la prosperidad alcanzada por los vecinos de Salta. Tener esclavos en las ciudades representaban un símbolo de estatus y condición social, aun cuando también podían redituarse importantes beneficios a sus amos al ser alquilados por éstos para diferentes menesteres o cuando ejercían algún oficio. Es de lamentar que se desconozcan las modificaciones producidas en el lapso comprendido entre 1776 y 1810 en la composición étnica de la ciudad, pero es factible suponer que el porcentual de españoles se mantuvo o que incluso se incrementó como consecuencia del afianzamiento mercantil de la ciudad y de su transformación en capital de la intendencia.

El crecimiento de la población se manifestó en la expansión física de la ciudad y en su remodelación arquitectónica. En las últimas décadas del siglo XVIII se construyeron valiosas viviendas con "altos", adornadas con balcones de balaustres de madera torneada, rejas de hierros en las ventanas y bellos patios embaldosados, ubicados en proximidades de la plaza central de la ciudad. En ellas residían, junto a las familias de la élite, los esclavos e indios de su servicio. Las más importantes incluyeron cocheras para los carruajes en que sus propietarios solían trasladarse a sus quintas de fin de semana ubicadas en

¹⁵ Mata de López, *Tierra y poder en Salta*, p. 46.

¹⁶ Larrouy, *Documentos del Archivo de Indias*, tomo II, p. 380.

las proximidades de la ciudad. Muchas de estas casas pertenecieron a comerciantes enriquecidos y a tradicionales familias salteñas.¹⁷

El cabildo fue reconstruido con la contribución pecuniaria del vecindario, reemplazando el viejo y ruinoso edificio por uno de dos plantas, que actualmente se conserva. Las nuevas obras se inauguraron en la celebración de la coronación de Carlos IV. Varios barrios se incorporaron a la traza original de la ciudad, entre los cuales el más populoso fue el de La Viña, al sur de la ciudad, donde radicarón artesanos y gente de color que otorgaron a la ciudad una fisonomía diferente a aquella que la había caracterizado en épocas más tempranas.¹⁸

Al fungir Salta como capital de la intendencia desde 1784, la presencia de un gobernador intendente y de funcionarios peninsulares generó nuevas alianzas en una élite caracterizada por fuertes enfrentamientos facciosos que habían dado lugar a violentos episodios en ocasión de la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767. Los jesuitas poseían en Salta importantes haciendas y estancias destinadas a la invernada de las tropas de mulas enviadas por el colegio de Córdoba, en cuyas propiedades se criaban anualmente importante número de ellas. Los intereses de los religiosos en el comercio mular y la prosperidad alcanzada por las reducciones de indios en la frontera (que contaban con gran número de ganado vacuno y producían cantidades considerables de jabón y sebo, además de tejidos de algodón), favoreció a los vecinos de Salta y Córdoba cuyos negocios se beneficiaban por su proximidad a los ignacianos. Otros, excluidos del círculo social ligado a los jesuitas, encontraron en los funcionarios borbónicos aliados en su enfrentamiento con ellos. Entre otras razones molestaba a todos aquellos que participaban del comercio mular el pago de la sisa, es decir el impuesto que gravaba la internación de mulas al Alto Perú y que se cobraba en Salta. El destino de este impuesto era el sostén de los fuertes y reducciones de la frontera para contener las incursiones indígenas sobre los poblados españoles. La Compañía de Jesús estaba eximida de abonarlo, obteniendo de este modo mayor ganancia. El no abonar la sisa no fue impedimento para reclamar del citado ramo auxilio pecuniario a las reducciones que administraban en la frontera, aduciendo los importantes servicios que prestaban ellas y sus indios en la defensa de los poblados españoles. Si esta demanda irritaba a los funcionarios borbónicos y

¹⁷ Mata de López, *Tierra y poder en Salta*, p. 215-217.

¹⁸ Mata de López, *et al.*, "La sociedad urbana de Salta", p. 220-222.

a los vecinos aliados a ellos, más molestaba la decisión de la Compañía de repartir armas y organizar con los indios de las reducciones acciones punitivas en el Chaco¹⁹.

En el marco de estas desavenencias, que involucraban a varias facciones de la élite de la gobernación del Tucumán, la expulsión de los jesuitas provocó un levantamiento protagonizado por destacados vecinos de las ciudades de Córdoba, Salta y Jujuy, que puso en peligro la integridad física del gobernador, atacado y apresado por los revoltosos.²⁰ Los enconos habrían de persistir en el tiempo. Las familias que habían apoyado a la Compañía, y más aún aquellos que tomaron parte activa en los conflictos posteriores a la expulsión, perdieron parte de su preeminencia social y política, y en algunos casos su fortuna. Las propiedades de los jesuitas fueron arrendadas y se beneficiaron de ellas en mayor grado quienes habían apoyado la expulsión. El quiebre en el equilibrio de la élite de Salta fue notorio y el reacomodamiento de antiguas familias se potenció con las alianzas entabladas con los comerciantes peninsulares que arribaron por la habilitación del puerto de Buenos Aires y con los funcionarios de alto rango que ocuparon los cargos en la recientemente creada intendencia de Salta en el mencionado año de 1784.

Las antiguas rivalidades facciosas de la élite salteña mudaron en nuevas disputas por el poder local como consecuencia del enriquecimiento y el ascenso social de los comerciantes peninsulares, que ligados a través de alianzas matrimoniales con familias locales, aumentaron sus posibilidades de brindar una educación esmerada a sus hijos²¹ y de participar en el cabildo, amenazando la tradicional hegemonía de los hacendados y estancieros de Salta. La presencia de burócratas, militares y funcionarios borbónicos con la tarea de implementar mayores controles sobre el poder local, contribuyeron también a potenciar enfrentamientos.²²

Los conflictos intra-élite adquirieron así mayor virulencia y las oposiciones entre aquellos comerciantes y propietarios de tierras que se aliaron con

¹⁹ AGN, Buenos Aires, Sala 9, 5-6-6, Intendencia de Salta.

²⁰ Acevedo, *La rebelión de 1767*, pp. 81-90.

²¹ Entre 1776 y 1809, un 15.5% de los estudiantes de la Academia Carolina de Charcas, creada en 1776 en La Plata, procedían de la intendencia de Salta del Tucumán (Cf. Thibaud, "La Academia Carolina de Charcas", p. 44). Fue igualmente significativa la presencia de estudiantes salteños en la Universidad de Córdoba y las bibliotecas particulares contaban con un buen número de libros (Cornejo, "Bibliotecas privadas de Salta", pp. 67-109).

²² Marchionni, "Una élite consolidada", pp. 177-218; Marchionni, "Acceso y permanencia de las élites".

las nuevas autoridades borbónicas y los que no fueron cada vez más frecuentes, resignificando viejas rencillas y enemistades puestas de manifiestas en diferentes momentos del siglo XVIII. El cabildo se convirtió en la caja de resonancia de todas estas tensiones y conflictos, involucrándose el gobernador intendente en reiteradas oportunidades, como fue el caso de la designación de personas como alcaldes de primer y segundo voto en quienes le eran más afectos o de mayor confianza, por lo general comerciantes peninsulares, para lo que desconocía las votaciones realizadas por los capitulares.²³

Tensiones en el mundo rural

Las últimas décadas coloniales presentaron en la jurisdicción de la ciudad de Salta procesos en extremo complejos en torno al acceso a la tierra, particularmente en el valle de Lerma. El activo comercio mular y la demanda creciente de ganado vacuno y sus derivados, tales como grasa, sebo y jabón, con destino a las provincias alto peruanas, estimuló la concentración de tierras destinadas a la ganadería y a la invernada de mulas. De manera simultánea se verificó un significativo aumento de la población rural, producto no sólo de un crecimiento vegetativo positivo sino fundamentalmente de una inmigración de población procedente de diferentes jurisdicciones y en su mayoría indígena oriunda y expulsada del Alto Perú.²⁴

Los hombres solteros de esta población se conchavaron en las estancias y chacras en calidad de peones,²⁵ o en algunos casos se establecieron como agregados. En el Valle Calchaquí se incorporaron a la encomienda de Nicolás Severo de Isasmendi, propietario de una extensa y valiosa hacienda. Un considerable porcentaje de la población rural, especialmente en el valle de Lerma, de más antigua ocupación, se encontraba en las propiedades en calidad

²³ Mata de López, "La conformación de las élites a fines de la colonia", p. 192.

²⁴ No se ha realizado aún un estudio de las migraciones surandinas, pero sí importantes avances en relación a la movilidad y expulsión de población vinculados a la represión de la rebelión pan-andina de 1780, y a los procesos económicos y demográficos que tuvieron lugar en las últimas décadas coloniales. Cf. Serulnikov, *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino*, p. 34-40; Jacobsen, "Campesinos y tenencia de la tierra en el Altiplano peruano", p. 25-92.

²⁵ En este texto *conchavar* se utiliza con el significado de contratar, contratarse o contratado. En el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua aparece escrito conchar. Lo dejamos escrito con v como se acostumbra en Sudamérica. Nota del editor.

de arrendera.²⁶ Al finalizar el siglo XVIII se observó en este valle la presencia cada vez más numerosa de hombres que se instalaban en tierras sin autorización. La arriería, actividad a la cual se dedicaban algunos integrantes de las familias campesinas, brindaba la posibilidad de obtener un porcentaje del salario en plata sellada y ofrecía la oportunidad de incorporar algunos animales de su propiedad en las tropas que se internaban al Alto Perú y el Perú.

Arrenderos y peones, al igual que capataces de estancias o de tropas, lograron de esta manera acumular algunos pesos de plata que intentaron invertir en la adquisición de pequeñas y en ocasiones medianas parcelas de tierra, favorecidos en muchos casos por estrechas relaciones clientelares que propiciaban la operación.²⁷ Por otra parte, una mayor población tanto en el valle como en la ciudad obligó a destinar mayor superficie al cultivo de cereales y hortalizas, favoreciendo la fragmentación de la tierra y la constitución de un campesinado propietario de su pequeña parcela en determinados parajes del valle de Lerma, tales como Rosario de los Cerrillos y Chicoana.

Sin embargo, y como consecuencia de la creciente demanda ganadera, se verificó un marcado interés por parte de invernadores,²⁸ y de estancieros y comerciantes involucrados en el comercio de ganado tanto mular como vacuno, por adquirir tierras, ya fuera para ampliar sus propiedades o para realizar una inversión conveniente. En ambos casos les entusiasmaba la posibilidad de aumentar sus ganancias, pues el engorde significaba una renta segura. De este modo se generó un proceso contradictorio, y fuente de tensiones sociales y disputas, entre estancieros y hacendados, ansiosos por extender sus propiedades, y una población rural que aspiraba a adquirir una porción de tierra para sus más modestos emprendimientos. Los conflictos entre ganaderos y agricultores se generalizaron, ya que pequeños y medianos productores introdujeron en sus tierras más ganados que los que podían sostener, y estos naturalmente invadieron campos ajenos arruinando en muchas ocasiones los sembradíos de las chacras, incluso en las proximidades de la ciudad.²⁹ No

²⁶ Mata de López, "Mano de obra rural", pp.18-22.

²⁷ Mata de López, *Tierra y poder en Salta*. pp. 272-275.

²⁸ Así se llamaba a quienes alquilaban sus pastos para engordar el ganado mular durante unos meses antes de internarlo en la zona andina.

²⁹ Ante la gravedad del problema, en 1806, el gobernador dispuso que en las chacras sólo se mantuviese un corto número de ganado, necesario para las faenas rurales y el mantenimiento de la familia. "Suplemento al Auto de Buen Gobierno, Salta 2 de enero de 1807", AGN, Buenos Aires, Sala 9, 39-5-6, exp. 8, citado por Tau Anzoátegui "El Auto de Buen Gobierno de 1806", p. 152.

toda la población rural encontró un lugar para instalarse legalmente, lo que propició la presencia creciente de sujetos, e incluso familias, que “vivían” intrusos en tierras ajenas, generando la desconfianza de propietarios y vecinos, que vieron en ellos los agentes del desorden y del delito.

La frontera con el indio no sometido, sobre el umbral del Chaco, adquirió mayor relevancia económica y social como consecuencia de las políticas borbónicas de poblamiento y fortificación militar, y de los requerimientos de ganado desde el Alto Perú. Las propiedades ubicadas en zonas de colonización más antigua y en el camino por donde transitaban las carretas desde Tucumán hacia Jujuy, muy rápido se valorizaron, siendo más lento el establecimiento de estancias y estanzuelas en terrenos ubicados cada vez más hacia el este. Nuevos fuertes se fundaron para afianzar estos asentamientos y la relación con los grupos indígenas del Chaco osciló entre la negociación y el enfrentamiento. El control político y social de estos territorios por parte de las autoridades coloniales resultó dificultoso y los comandantes de frontera, instituidos por la real ordenanza que reglamentó las milicias, pasaron a ser la única autoridad en ese amplio espacio poblado por mestizos, indígenas, españoles pobres y negros marginados de la sociedad hispano criolla. Muchos de ellos se encontraban instalados en tierras realengas o en las estancias próximas a los fortines y se sumaban a las partidas de milicianos que se internaban en el Chaco cuando las autoridades militares los convocaban. Fueron, por estas mismas razones, temidos y necesarios para las autoridades coloniales. El conchavo voluntario de los indios “infiel” en las propiedades españolas generó resquemores entre los funcionarios borbónicos por dárseles una parte del salario a estos peones con puntas de hierro y cuchillos elaborados en las herrerías de las estancias.³⁰ De este modo la población en la frontera portaba armas, tanto blancas como de fuego, a pesar de las disposiciones que les impedía hacerlo por su condición social.

El clima social estaba por ende atravesado por los conflictos y temores que generaba el enriquecimiento de un pequeño sector dominante (que por otra parte se enfrentaba entre sí), y una creciente población urbana y rural de heterogénea composición étnica y social y diversas posibilidades de acceso a los recursos de la tierra y el ganado, pero siempre con escasas oportunidades de ascenso social. Ellos, al igual que la élite y las autoridades, distinguían

³⁰ Mata de López “Las fronteras coloniales como espacios de interacción social”, p. 85-86.

entre quienes poseían un oficio o tenían un patrón, y aquellos sin oficio conocido, es decir, “vagos o mal entretenidos”.

El temor a la denominada “plebe” no era sin embargo un fenómeno novedoso ni restringido tan sólo a la jurisdicción de Salta. Lejos de los edulcorados relatos acerca de la sociedad colonial, escritos por nostálgicos y memoriosos, tuvieron lugar en el siglo XVIII violentos episodios, tales como la mencionada revuelta protagonizada por sectores de la élite ante la expulsión de los jesuitas decretada por la corona en 1767, o la adhesión de algunos sectores de la población en Salta y Jujuy a la rebelión indígena de Tupac Amaru de 1780 en el Perú. A estos episodios puntuales se suman todos aquellos, que por su escasa relevancia resultan menos conocidos, pero que tienen lugar de manera cotidiana revelando la conflictividad social en toda su magnitud y profundidad.

Conflictos sociales y disputas de poder

Las dos últimas décadas coloniales fueron especialmente difíciles. Los enfrentamientos facciosos de la élite adquirieron ribetes más agudos y se manifestaron tanto en el cabildo como en otras esferas de poder. Si bien los conflictos se verificaron en diferentes instancias, fueron particularmente visibles en la frontera y en las milicias organizadas luego de la promulgación en 1801 del “Reglamento para las milicias disciplinadas de infantería y caballería del virreinato del Río de la Plata”.

En todo caso, es clara la resistencia del grupo de poder local a las disposiciones de la corona, por ejemplo, en la administración de justicia. En un expediente promovido por el procurador síndico general de la ciudad, en enero de 1794, éste denuncia “los crímenes y daños que ejecuta la gente plebeya” y se lamenta porque “permanece la cárcel llena de estos holgazanes, el uno por que robo una vaca, otro porque quitó un caballo, últimamente otros por otras cosas de mayor o menor entidad sin que se pueda substanciar a todos un breve proceso sumario ni castigarlos con pena alguno que los contenga *por haber prohibido su alteza el que se les reprimiese con azotes*, reservando la pena de esos hasta que se examinen sus causas en aquella real audiencia y se determine la pena correspondiente al delito”. Solicita al gobernador intendente informe sobre esta circunstancia y reclama a las justicias de la ciudad de Salta la “limitada facultad de castigar a los mencionados reos, justificado que sea plenamente su delito, con la pena de veinticinco azotes [...] siendo éste

el unico freno para sujetar y evitar tanta insolencia". Consultado el cabildo, sus capitulares opinaron "que nada es más constante a Usía, a este cabildo y a todo el vecindario que lo expuesto (aunque en bosquejo) por el procurador, pues no se oye otra cosa en la ciudad que repetidos clamores de los robos, fuerzas, salteamientos y demás delitos que se ejecutan en la campaña por los *innumerables bandidos que la infestan*", y ruegan al gobernador intendente reclame las providencias necesarias para poder aplicar las penas de azotes sin más proceso previo que una sumaria información verbal. Presionado por el cabildo y los alcaldes de la Santa Hermandad, el gobernador intendente eleva a las autoridades virreinales las quejas de los vecinos, solicitando se considere la posibilidad de castigar, en el caso de los delitos menores "sin pasar por las largas estaciones de un proceso, y sin que se consulte la sentencia con la superioridad de vuestra alteza".³¹

Se desconoce si la real audiencia autorizó dispensar castigos sin proceso previo, pero lo cierto es que tres años después, en 1797, el protector de indios y defensor de pobres denunciaba que "los muchos desterrados que se hallan en los fuertes [...] no están las condenas de causas seguidas por sus términos [...] pues sólo se dirige dicho destierro para que los desterrados sirvan a los comandantes de dichas fortalezas en el servicio de sus granjerías, lo que es público y notorio, y no se hallará en la secretaría de cámara de ese regio tribunal causa alguna de estos desterrados, ni a mí se me ha pasado para la defensa".³² Los alcaldes ordinarios del cabildo de Salta sostuvieron en su defensa que procedían "*según lo acostumbrado por nuestros antecesores, desde inmemorial tiempo, sin formarles proceso*, pues de seguirles sus causas judiciales llegaría el caso, frecuentemente, de estar esta capital llena de estos reos expuesta al escalamiento o a que se murieran en ella de hambre por no haber cómo mantenerla [...] se hace preciso e indispensable proceder conforme a la costumbre referida y sin formalización de causa a los de menor delito". Al devolver el expediente a la audiencia de Buenos Aires, el teniente de gobernador apoya los argumentos de los alcaldes y señala que entre los desterrados a los fuertes no se encuentra ningún indio tributario, "pues cuando éstos incurren en aquellos delitos, se les procura conchavar para que

³¹ "El Procurador Sindico de la Ciudad de Salta por los delitos cometidos en su jurisdicción, enero 28 de 1794", AGN, Buenos Aires, Sala 9, 36-9-1, Tribunales Administrativos, Legajo 105, Expte. 37. Los énfasis son míos.

³² "Informe de los reos destinados a los fuertes de Salta, 1797", AGN, Buenos Aires, Sala 9, 38-6-5.

paguen el tributo con su trabajo", aseveración parcialmente contradicha por el teniente de alguacil mayor, encargado de la real cárcel de Salta, que informa que entre los catorce sujetos enviados a los fuertes en 1797 se encontraban cuatro indios, de los cuales no se sabe si revistaban en la condición de tributarios.

Sin embargo, más allá de la disputa por el derecho a sancionar, y de hacerlo según la "costumbre inmemorial", o de acuerdo a las nuevas e *ilustradas* disposiciones de la corona, es importante señalar (a pesar de las exageraciones destinadas a reforzar la argumentación del procurador, el cabildo y los alcaldes de la Santa Hermandad), las tensiones presentes en el ámbito rural como consecuencia del aumento de una población masculina, procedente de otras jurisdicciones, instalada precariamente en las estancias y chacras de la jurisdicción, que desafiaban los *sagrados* derechos de propiedad. A ellos estaban destinados los "Autos de buen gobierno", que si bien siempre denunciaron la presencia de vagos en la campaña en las dos últimas décadas de la colonia, endurecieron sus disposiciones. En diciembre de 1806, el gobernador intendente Rafael de la Luz, estableció "que al que se encontrase ocioso, se le destinará por una semana a las obras públicas tantas veces cuanto se encuentre en día de labor sin ejercicio", disponiendo además la obligación de conchavarse a todo aquel que no cultivara o tuviera ganado para su manutención y la de su familia. Las penas llegaban hasta un año de trabajos públicos y la cárcel.³³

Es altamente probable que la promulgación de ese auto de buen gobierno constituyera el correlato del conflicto suscitado en 1805 entre el síndico procurador del cabildo, un comerciante peninsular estrechamente vinculado a los funcionarios borbónicos, y los estancieros locales jefes de las milicias regladas. Ese año el síndico denunció la protección otorgada por los jefes de las milicias a los excesos cometidos por los milicianos con la excusa de encontrarse amparados por el fuero militar. De acuerdo a sus propias expresiones, la "plebe" que la integraba se componía "de una gente licenciosa y sin subordinación [...] formada por blancos, indios y otras castas", de quienes por su condición poco podía esperarse. La respuesta de Pedro José de Saravia, teniente coronel de las milicias, a tan graves acusaciones revela, junto

³³ "Auto de Bueno Gobierno del Gobernador Intendente de Salta, don Rafael de la Luz, Salta 9 de diciembre de 1806" AGN, Buenos Aires, Sala 9, 39-5-6, expte. 8 (citado por Tau Anzoátegui "El Auto de Buen Gobierno de 1806", p. 148).

al larvado conflicto entre facciones de la élite, las prevenciones de algunos ilustrados peninsulares frente la autoridad ejercida por los jefes de milicias en la sociedad local.

Después de alabar la conducta de los milicianos y destacar su desinteresada colaboración, por cuanto prestaban sus servicios sin remuneración alguna, Saravia se pregunta cuáles eran las castas a las que éste aludía, reclamándole en tono imperativo: “¿Por ventura quiere que los soldados sean todos blancos, rubios y colorados?”, para argumentar luego que “al soldado no se le hace información de nobleza para alistarlo, ni nos debemos parar demasiado en lo trigueño del color. Si al procurador le fastidia, pudo haberse quedado o vuelto a su país, pues que nadie lo llamó ni lo detuvo”.³⁴ El “país” del procurador era España, y la diferencia de pertenencia no deja lugar a dudas. Salta y América, con sus costumbres inmemoriales y su población mestiza, eran el “país” del coronel y de sus milicianos. Toda una señal para comprender los acontecimientos desencadenados a partir de 1808 en el virreinato del Río de la Plata.

Aún cuando no resultó posible restringir el goce del fuero militar a los milicianos de la campaña, casi un mes después de haber promulgado el auto de buen gobierno, el gobernador intendente, por sugerencia del síndico procurador, dispuso que “los esclavos, los negros, sambos, mulatos y otras castas, como también los españoles, que después de la queda se encontrasen sin luz (no siendo para alguna diligencia precisa, lo que se hará constar), *si es persona de las castas inferiores y sospechosas*, se les dé en el paraje que se encontrasen veinticinco azotes [...] y siendo libres, habiendo sufrido aquella pena, se les exija el papel de conchavo [...] Que si fuesen milicianos del regimiento de Voluntarios de Caballería de esta capital, se pongan arrestados en la guardia de prevención, y a la mañana del siguiente día, precisamente se dé cuenta al señor intendente gobernador, para que se sirva imponerles la corrección correspondiente”.³⁵ Obviamente, la pulseada entre las jefaturas de las milicias y el síndico procurador se había resuelto de manera favorable para

³⁴ “Causa criminalmente intentada por el Sr. Coronel y Teniente Coronel del Regimiento de Milicias Provinciales de esta provincia de Salta en acción de injuriar contra el Síndico Procurador General Dn. Tomás de Arrigunaga y Archondo- Año 1806”, AGN, Buenos Aires, Sala 9. Tribunales. 38-5-3, Legajo 201.

³⁵ “Suplemento al Auto de Buen Gobierno, Salta 2 de enero de 1807”, AGN, Buenos Aires, Sala 9, 39-5-6, exp. 8 (citado por Tau Anzoátegui “El Auto de Buen Gobierno de 1806”, p. 151). El subrayado es mío.

éste último,³⁶ ya que sin desconocer el fuero militar la decisión de sancionar recaería en el gobernador intendente, en su calidad de máxima autoridad castrense.

Ese mismo año de 1807, Pedro José de Saravia de nuevo desafiaría la autoridad de don Tomás de Arrigunaga y Archondo, quien en reemplazo del fallecido Rafael de La Luz desempeñaba interinamente el cargo de gobernador interino. La razón del altercado fue, en esta oportunidad, el destino de 150 indios prisioneros del Chaco, resultantes de una incursión punitiva exitosa. Mientras el gobernador interino sostenía que las leyes no autorizaban el reparto por "piezas" de los indios entre los vecinos de la ciudad, en atención a la crueldad de separar a los niños de sus madres y a éstas de sus esposos, aún cuando fueran "infieles", y que todo ello se concretaba sin la autorización y opinión de las autoridades civiles, a quienes les competía cuidar del buen gobierno y velar por el respeto a las disposiciones reales. El teniente de las milicias respondió al gobernador que no le tocaba "juzgar de las operaciones de la comandancia militar acerca del repartimiento de los indios prisioneros, porque este mando no está subordinado al político que usted substitutamente desempeña".³⁷

Pugna de intereses y disputas por espacios de poder. No es posible, sin embargo, reducir el enfrenamiento a estas dos razones a pesar de su importancia. Entre las argumentaciones esgrimidas por Saravia, ocupa un lugar importante la "costumbre" de repartir a las mujeres y niños neófitos entre "los vecinos y hacendados de esta provincia con cargo de catequizarlos, doctrinarlos, vestirlos y alimentarlos, no en calidad de esclavos o encomiendas y si en la de sirvientes conchavados por tiempo determinado hasta tanto se hallasen capaces de tributar al rey, de este modo se civilizarían y se harían útiles a la corona". Insiste también en la seguridad de las fronteras y la amenaza que representan los adultos, a quienes califica de prisioneros de guerra y alerta sobre su peligrosidad. Descalifica de esta manera las propuestas del gobernador intendente quien sostiene que deben mantenerse unidas las familias debiendo ser empadronados y colocados bajo la real protección, admitiendo que "cuando no se hubiese podido fundar una completa reducción, desde luego me hubiera allanado a un repartimiento provisional por familias, que

³⁶ Pulsear, en sentido figurado, medir fuerzas. Nota del editor.

³⁷ "Rebelión de los indios del Chaco. Destino de los prisioneros" ABHS (Archivo y Biblioteca Históricas de Salta), Salta, Fondo de Gobierno. Año 1807.

les sería menos lamentoso. Esto lo permite la Ley 56 Tit.16, Lib. 6° y lo deja al arbitrio del gobernador y corregidor”.

Es indudable que el poder local de las milicias, luego de su organización según las disposiciones del reglamento de 1801, había crecido considerablemente y se enfrentaba, como en este caso, con toda claridad al poder político representado por los funcionarios borbónicos.

Estas disputas entre el gobernador intendente y algunas facciones de la élite se intensificaron, manifestándose no sólo en los ámbitos de aplicación de justicia y en la milicia sino también en las elecciones capitulares. Precisamente fue en 1805 cuando haciendo uso de sus facultades el gobernador intendente, don Rafael de la Luz, aprobó la elección de alcaldes del cabildo en quienes habían obtenido el menor número de sufragios. Desde luego la reacción fue inmediata y en febrero de ese año quienes habían obtenido la mayoría de votos y sus adherentes concretaron una presentación ante los magistrados en Buenos Aires, donde personalmente viajó Mateo de Saravia y Jáuregui, un abogado miembro de la familia de los Saravia, enfrentada con las autoridades borbónicas. La resolución de la audiencia luego de varios meses, fue favorable a la facción de Saravia y contraria a las disposiciones del gobernador y de su teniente asesor. A fines de agosto, al tomar conocimiento de la misma -y preocupado por conservar el respeto del vecindario de Salta a la autoridad del gobernador intendente-, el virrey consultó a la audiencia acerca de la conveniencia, dado lo avanzado del año, de mantener a los alcaldes confirmados por el intendente hasta concluir su mandato y designar a los electos por mayoría para el año entrante, de modo que, “sin quedar impune el exceso que ha considerado en los mencionados señores gobernador intendente y teniente asesor, no sufran estos el publico deshonor de que ya se están jactando los promotores de las discordias ocurridas, cuyo vilipendio y perjuicios serán mucho mayores si llega a tener efecto lo determinado en la forma que el tribunal lo ha dispuesto; y *antes de comunicarse esta providencia al gobierno de Salta esperense las resultas de la contestación que debe dar la real audiencia* a los demás puntos pendientes, para cuyo efecto se volverán a traer al despacho los autos”.³⁸ Estas prudentes consideraciones no tuvieron efecto, al día siguiente el virrey denuncia que a pesar de las demoras sufridas por el expediente para su resolución, “se ha procedido sin embargo con tal celeridad

2893728

³⁸ “Actuaciones para la elección en el Cabildo de Salta. 1804” AGN, Buenos Aires, Sala 9. 37-5-2. Tribunales, Leg. 138, Exp. 21, fs. 9v.

y prontitud en la expedición y remisión de las acordadas mandadas librar para el cumplimiento de la citada resolución, que no sólo se extendieron en un día feriado, que lo fue el 2 del corriente, y se entregaron en el mismo día al propio autor de las discordias, que lo es el licenciado don Mateo Saravia, regidor y el ejecutor de aquel ayuntamiento [sino que] se ha verificado el envío de las referidas acordadas por extraordinario que ha costado el expresado Saravia y sin aguardarse tampoco a la salida del correo ordinario, en que era más regular comunicar dicha resolución". No cabe duda que la facción de Saravia en Salta contaba con aliados en la audiencia y que ésta también desafiaba a la autoridad virreinal.

Los temores del virrey se cumplieron. A principios de septiembre, don Rafael de la Luz informaba a Buenos Aires que "quedaban posesionados los elegidos por la pluralidad agavillada, y aprobados por la real audiencia", incluyendo en la correspondencia un pasquín, "de los varios que ha fijado la parcialidad desatenta e insubordinada", denunciando que "es tanto el descaro y atrevimiento de esta parcialidad, que no solamente en pasquines y en conversaciones de corrillo, sino también en las públicas y en canto a compás de musica, hacen escarnio y mofa de las autoridades legítimamente constituidas".³⁹

No cabe duda de la virulencia de los conflictos que enfrentaban a facciones de la élite de Salta, que si bien no eran nuevos ni tampoco únicos, ya que caracterizaron con matices diversos a la sociedad colonial, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, adquieren connotaciones particulares en el contexto de inestabilidad política y de tensión social que caracterizaba al Alto Perú y a Salta en esta primera década del siglo XIX, agravada además por los primeros síntomas de una crisis económica provocada por una feroz sequía los años de 1804 y 1805 en el sur andino, que afectó a Salta y su comercio mular.⁴⁰ En efecto, cabe preguntarse acerca de cuánto influyeron estas disputas de la élite en los episodios de *insubordinación* y de bandolerismo protagonizados por la plebe y denunciados por los funcionarios insistentemente en estos años. Un ejemplo puede ilustrar esto. En 1806, entre los actos insolentes concretados por los milicianos, el síndico procurador del cabildo de Salta señalaba con preocupación la actitud irreverente de un miliciano, "en que pasando congregado el ilustre cabildo por los portales de las casas

³⁹ *Ibidem*, fs. 14v-15.

⁴⁰ Tandeter, "La crisis de 1804 en el Alto Perú", p. 1-28.

capitulares, osó ostentar a un desaliñado soldado toda la independiente idea y presunción de su envanecido capricho en la fija posición del sombrero que lo distinguía, el cual lo mantuvo encasquetado con la mayor constancia hasta que el cabildo pasó. Y reconveniendo alguno de los muchos individuos que allí había sobre esta desatención contestó en alta voz que a él sólo le comprendía la obligación de quitarse el sombrero para con el señor gobernador, cuya respuesta celebraron los demás milicianos con demostraciones que prometían la observancia del mal ejemplo".⁴¹

Las relaciones clientelares, pero también la negociación entre facciones de la élite con sectores de la plebe, potenciaron los conflictos y constituyen indicios importantes para entender la complejidad, violencia y generalización de la insurrección que tendrá lugar en la jurisdicción de Salta durante la guerra de independencia librada contra las fuerzas realistas entre 1814 y 1821.

Agitación política a fines de la colonia

Ya en 1806, año en que discutían el procurador del cabildo, el coronel de las milicias regladas de Salta, sectores de la élite y el gobernador intendente, el clima político se hallaba enrarecido. Las novedades de los sucesos en el exterior eran conocidas. Con el arribo de los navíos cargados de mercancías ultramarinas llegaron a Buenos Aires noticias acerca de la sublevación de los negros en Haití, la cual rápidamente se propagó entre los esclavos del Río de la Plata y con toda seguridad también entre los esclavos y "gente de color" de la jurisdicción de Salta. Los pasquines y panfletos circulaban junto con los rumores, aumentando la incertidumbre y esparciendo ideas subversivas al orden colonial.⁴²

Entre los papeles que circulaban en Salta preocupó a las autoridades coloniales particularmente uno, fechado en 1805, en esa ciudad, y firmado por 'El Hombre', que afirmaba que "Las Américas no podían tener novedad mas grave que la falta de su rey"; y luego de acusar de regicida al pueblo español, se preguntaba, "¿por qué las Américas, y primero sus virreyes, no

⁴¹ "Causa criminalmente intentada por el Sr. Coronel y Teniente Coronel del Regimiento de Milicias Provinciales de esta provincia de Salta en acción de injuriar contra el Síndico Procurador General Dn. Tomás de Arrigunaga y Archondo- Año 1806", AGN, Buenos Aires, Sala 9. Tribunales. 38-5-3, Legajo 201, fs. 5v-6.

⁴² La ciudad de Charcas en 1805 fue empapelada de pasquines que propagaban ideas revolucionarias afines a Francisco de Miranda.

tomarán las armas, como tan fieles y leales, para pedir satisfacción?”. Puesto que por esta acción la nación española no merecía la fidelidad de sus colonias, proponía ofrecer “al ingles el Comercio y será el maestro de policía y la armada inexpugnable. Con su dirección y resguardo sea rey condicional el virrey. Congréguese diputados de todas las provincias en la ciudad que sea como centro. Entretanto, vayan gobernando los cabildos sin hacer alteración en las leyes”. Y culminaba de esta manera su propuesta política: “búsquese al más cercano de los incas para rey hereditario en falta de sucesión y para que Dios nos ayude”.⁴³ Ante la ausencia del rey, y la ilegitimidad del pueblo español por regicida, las colonias americanas adquirirían el derecho de decidir por sí mismas, y para ello ofrecía un proyecto político que incluía solicitar la protección de Inglaterra, a fin de garantizar el comercio, asegurando la transición al conservar las autoridades e instituciones de la colonia, es decir cabildo, virreyes y leyes, para al final proponer el restablecimiento de una monarquía incásica, consagrada por los diputados de todas las provincias reunidos en una ciudad del centro. ¿Era el Cusco, la antigua capital del imperio de los incas, esa ciudad central? Con toda seguridad que sí, por cuanto un inca sería coronado rey, propuesta ésta que en el proceso de independencia sería reiteradamente sostenida por las élites revolucionarias rioplatenses en búsqueda de su legitimación política en el mundo andino. La invocación a Dios también resulta significativa. Restablecer los derechos de los incas sobre estos territorios implicaba subsanar la injusticia cometida en la conquista y ello sin duda contribuiría a lograr la ayuda de Dios, en tanto la causa era justa.⁴⁴

El autor del anónimo justificaba su propuesta en noticias falsas, la muerte de Carlos IV y la falta de sucesión en España. No se sabe si mintió deliberadamente, con la finalidad de dirigirse a un público amplio, obviamente el andino, en el cual el regicidio remitía a la muerte de los incas, o si el escrito reproducía en este punto un rumor interesado en deslegitimar los derechos de España de gobernar estos territorios. En cualquiera de los casos, constituye un interesante ejemplo sobre la importancia que revestían para América los sucesos que tenían lugar en Europa, y en particular en España, y cómo las noticias eran recibidas, manipuladas y resignificadas, a partir de los imaginarios políticos coloniales, en este caso el andino.

⁴³ “Anónimo” Salta, 10 de julio de 1805, AGN, Buenos Aires. Sala 9, 5-7-4.

⁴⁴ Demélas, *La invención política*, p. 226-227.

El proyecto político enunciado en el anónimo incluía también medidas de orden económico, especialmente aquellas reclamadas por los comerciantes y los azogueros, y más allá de su invocación a Dios, manifestaba una clara intención de recortar el poder económico de la Iglesia. Entre sus propuestas solicitaba quitar, “desde luego, todo pecho al cuerpo eclesiástico, con prohibición absoluta de fundaciones nuevas de capellanías [...] Al secular minóresele la alcabala y quítese del todo en el comercio de comidas y también el nuevo impuesto”, y aconsejaba favorecer la minería “haciendo que del marco de plata que tiene 8 onzas se sellase 16 pesos, de a media onza de peso y a 8 reales de uso cada uno [...] y se pagaría al azoguero 16 pesos por el marco en lugar de los 7 pesos que se les paga. Entonces no habría azoguero pobre”. Apelaba así a un conjunto social que, si bien anhelaba medidas como las propuestas, no necesariamente habría de coincidir con el proyecto político enunciado párrafos antes.

Por último, cabe señalar que en este anónimo se delinean ya propuestas políticas que se formularán posteriormente en otros contextos. Así, la convocatoria al trono de un Inca será, durante los primeros años revolucionarios, una de las alternativas barajadas por la dirigencia política altoperuana e incluso del Río de la Plata; y de la misma manera, la idea de la acción ilegítima perpetrada por la conquista de arrebatar el trono a los incas, se expresará con fuerza en 1809 en el *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Eliseos*, escrito en Charcas a principios de 1809, y atribuido a Bernardo de Monteagudo.⁴⁵ Este escrito circuló también de manera anónima por todo el Alto Perú y ejerció enorme influencia en los levantamientos que tuvieron lugar ese año en Chuquisaca y La Paz, y en los cuales la “plebe” participó activamente.⁴⁶

También y significativamente, en 1807 los generales ingleses que ocupaban la plaza de Montevideo se dirigieron a la audiencia y al cabildo de Buenos Aires ofreciendo “a vuestras mercedes sus leyes, su religión y propiedad bajo la protección del gobierno inglés”,⁴⁷ indicador interesante de un proyecto

⁴⁵ “Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Eliseos” (1809) en *Pensamiento político de la emancipación*, pp. 64-71.

⁴⁶ Just Lleó, *Comienzo de la independencia en Alto Perú*, pp. 118-121.

⁴⁷ Archivo Histórico Nacional (AHN) Madrid, “Oficio de los generales Ingleses que han ocupado la plaza de Montevideo, dirigidos por separado a la Real Audiencia de Buenos Aires y al muy Ilustre Cabildo y las respectivas contestaciones de estas”. Estado, 57A.

político ampliamente conocido, particularmente entre los comerciantes que operaban en el comercio atlántico.

A medida que fue conociéndose la prisión del rey de España en 1808, la invasión napoleónica a la península, y la formación de juntas, primero en España y luego en América, las autoridades coloniales aumentaron sus controles sobre la "plebe" prohibiendo el expendio de bebidas en las pulperías y la reunión de varias personas en las calles después del atardecer, y, por sobre todas las cosas, intentaron impedir la tenencia de armas blancas y de chispa entre los mulatos, mestizos e indios, cuya posesión burlaba la prohibición que al respecto establecían las leyes españolas.

El arequipeño José Manuel de Goyeneche, portador de las novedades peninsulares, visitó Salta en su camino hacia el Alto Perú, procedente de Buenos Aires. No se sabe quiénes fueron sus interlocutores más allá del gobernador intendente y los miembros del cabildo, ni cuáles pudieron haber sido las reacciones que las novedades que traía provocaron. En Chuquisaca, donde arribó en el mes de mayo, sus gestiones provocaron un fuerte rechazo. El presidente de la audiencia, el gobernador y el obispo fueron tomados prisioneros y se constituyó una junta de gobierno en nombre de Fernando VII. Poco después, en el mes de julio, en la ciudad de La Paz se instalaba otra junta de gobierno. Ambos movimientos fueron reprimidos en el mes de noviembre por fuerzas militares procedentes del Cuzco. Las milicias enviadas desde Buenos Aires, y en las cuales se incorporaron hombres en Salta, llegaron cuando ya el movimiento había sido sofocado.

Luego de los conatos insurreccionales de Chuquisaca y La Paz, los rumores acerca de conspiraciones y levantamientos de las plebes urbanas se repitieron en numerosas ciudades andinas. En noviembre de 1809 comenzaron a circular en Salta inquietantes rumores que llegaron a los oídos de los miembros del cabildo de Jujuy, quienes preocupados por las "ocurrencias" de la ciudad capital de la intendencia iniciaron una investigación, a fin de conocer qué estaba verdaderamente sucediendo. En el marco de estas averiguaciones fueron convocados a declarar vecinos de Salta y Jujuy, que procedentes de esta primera ciudad habían esparcido la noticia de un levantamiento de la plebe en Salta. Todos aseveraron no haber visto personalmente nada, pero todos dijeron haber escuchado decir que habían sido vistas gentes de la plebe armada que proclamaban a la Francia. Uno de ellos afirmó que se decía "que la gente plebe andaba con ciertos movimientos queriendo imitar a los de la Paz y que parece los dirigían contra los europeos; que también oyó decir que dicha

plebe en una noche decía ¡Viva la Francia!''.⁴⁸ La preocupación de los vecinos de Jujuy fue compartida por el cabildo de Salta y el gobernador intendente, quien a pesar de no haberse probado la existencia de este movimiento insurreccional dispuso reforzar las rondas nocturnas y aconsejó al obispo realizar la procesión de las ánimas antes del anochecer para precaverse de posibles incidentes.

Infundados o con razones valederas, los temores sobre un levantamiento popular sobrevolaron los últimos años de la colonia en Salta. Los conflictos sociales solapados en los reclamos ante las autoridades o en las denuncias entre vecinos, y expresados en reclamos sobre tierras, denuncias de delitos contra la propiedad o acusaciones de abuso de poder entre funcionarios, encontrarían otras vías de expresión en 1810 cuando el virrey fue depuesto y se creó en Buenos Aires una junta de gobierno que se arrogó la representación del rey Fernando VII en los territorios del virreinato del Río de la Plata.

⁴⁸ Archivo Histórico de Jujuy (AHJ), Jujuy, Caja 73, Leg. 2331. 1809.

FUENTES

Archivos

- AGN- Archivo General de la Nación, Buenos Aires
ABHS- Archivo y Biblioteca Históricos de Salta, Salta
AHJ- Archivo Histórico de Jujuy, Jujuy
AHN- Archivo Histórico Nacional, Madrid

Bibliografía

- Acevedo, Edberto Oscar, *La Rebelión de 1767 en el Tucumán*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1969.
- Concolorcorvo, *El Lazarillo de ciegos caminantes*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Relaciones Histórico-Literarias de la América Meridional, Tomo CXXII, Ediciones Atlas, 1959.
- Cornejo, Atilio, "Bibliotecas privadas de Salta en la época colonial", *Boletín del Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta*, Salta, Instituto San Felipe y Santiago, IV-16, 1945.
- Demélas, Marie-Danielle, *La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX*, Lima, IFEA- Instituto de Estudios Peruanos, 2003.
- Just Lleó, Estanislao, *Comienzo de la Independencia en el Alto Perú: los sucesos de Chuquisaca, 1809*, Sucre, Bolivia, Editorial Judicial, 1994.
- Larrouy, P.A., *Documentos del Archivo de Indias para la Historia del Tucumán*, Tolosa, Imp. E. Privat, Tomo I y II, 1927.
- Marchionni, Marcelo, "Una élite consolidada. El cabildo de Salta en tiempos de cambios", *Persistencias y cambios: Salta y el Noroeste Argentino. 1770-1840*, Sara Mata de López (comp.) Rosario, Prohistoria & Manuel Suárez Editor, 1999.
- Marchionni, Marcelo, "Acceso y permanencia de las élites en el poder político local. El cabildo de Salta a fines del periodo colonial", *Cuadernos*, Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, núm. 13, 2000.
- Mata de López, Sara, "Mano de obra rural en la jurisdicción de Salta a fines del siglo XVIII", Ana Teruel (comp.), *Población y trabajo en el Noroeste Argentino, siglos XVIII y XIX*, Jujuy, Argentina, UIHR, Universidad Nacional de Jujuy, 1995.
- Mata de López, Sara, *et al*, "La sociedad urbana de Salta a fines del período colonial", *Cuaderno de Humanidades*, Salta, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, núm. 8, 1996.

- Mata de López, Sara, "Tierra en armas. Salta en la Revolución", *Persistencias y cambios: Salta y el Noroeste Argentino. 1770-1840*, Sara Mata de López (comp.), Rosario, Prohistoria & Manuel Suárez Editor, 1999.
- Mata de López, Sara, "La conformación de las élites a fines de la colonia: comerciantes y hacendados en la sociedad de Salta, Argentina", *Colonial Latin American Historical Review*, University of New Mexico, Albuquerque, USA, Volume 9 (2), 2000.
- Mata de López, Sara, *Tierra y poder en Salta. El noroeste argentino en vísperas de la independencia*, España, Colección Nuestra América, Diputación de Sevilla, 2000.
- Mata de López, Sara, "Las fronteras coloniales como espacios de interacción social. Salta del Tucumán (Argentina) entre la colonia y la independencia", *Dimensión Antropológica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Año 12, vol. 33, enero-abril, 2005.
- Pensamiento político de la Emancipación (1790-1825)*, Prólogo e introducción de José Luis Romero, Caracas, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, número 23, 1977.
- Serulnikov, Sergio, *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino. El norte de Potosí en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Tandeter, Enrique, *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1992.
- Tandeter, Enrique, "La crisis de 1800-1805 en el Alto Perú", *DATA. Revista del Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos*, La Paz, Bolivia, núm. 1, 1991.
- Tau Anzoátegui, Víctor, "El Auto de Buen Gobierno de 1806 del Gobernador Intendente Don Rafael de la Luz", en *I Jornadas de Historia de Salta*, Salta, Argentina, Complejo Museo Histórico del Norte, 1984.
- Thibaud, Clément, "La Academia Carolina de Charcas: una "escuela de dirigentes" para la independencia", *El Siglo XIX: Bolivia y América Latina*, Rossana Barragán (comp.), La Paz, Bolivia, Muela del Diablo, IFEA, 1997.

ENTRE LA INESTABILIDAD POLÍTICA Y LA SOÑADA UTOPIA

El caso de Buenos Aires y sus extranjeros en la primera década del siglo XIX

Emir Reitano

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

El escenario

Los comienzos del siglo XIX fueron vertiginosos en Buenos Aires y estuvieron enmarcados en una sucesión de acontecimientos en los que la situación europea repercutió de manera extraordinaria. Variados hechos sucedieron en un plazo demasiado breve: las tropas británicas desembarcaron a escasos kilómetros de Buenos Aires en la localidad de Quilmes el 26 de junio de 1806, y entre esa fecha y el 14 de agosto del mismo año los ingleses ocuparon Buenos Aires; el virrey Sobremonte huyó a Córdoba con el tesoro real para evitar que cayera en manos de los enemigos, y los criollos, ante la inviabilidad de negociar la independencia con los invasores decidieron actuar, con todo éxito, sobre las tropas de ocupación. Las invasiones inglesas y los sucesos posteriores modificaron de plano a toda la sociedad rioplatense y también alteraron el rumbo político-social dentro de la región.

Los cambios políticos trajeron aparejados cambios sociales y económicos en una sociedad que estaba asistiendo a una transformación inusitada. La administración de los recursos estatales también sufrió cambios importantes. Al acrecentarse el costo de la administración local se volcó sobre Buenos Aires una considerable masa monetaria que antes tenía como destino la metrópoli. Así, los pagos de salarios que representaban entre 1801 y 1805 el 33,25 % de los gastos de la real caja de Buenos Aires, pasaron a 60,3% en el período comprendido entre 1806 y 1809. Esto produjo una transferencia de recursos del Estado hacia los sectores bajos, los cuales encontraron en su incorpora-

ción al ejército un medio de subsistencia. Todo esto modificó el equilibrio del poder en Buenos Aires, constituyendo la milicia urbana una fuerza militar criolla “peligrosamente independiente”, como ya había señalado Tulio Halperín Donghi.⁴⁹

En Buenos Aires, después de 1807, nada fue como antes. El haber logrado promover un movimiento político contra los invasores británicos solamente pudo tener fundamento en las circunstancias de 1806 al traducirlo en términos militares. Esta acción revolucionó a toda la comunidad rioplatense y abrió el camino hacia la transformación social y política de esta parte del imperio español, región donde éste había demostrado su fragilidad e inevitables síntomas de agotamiento.⁵⁰ A partir de ese momento, las circunstancias políticas y sociales perfilaron un nuevo horizonte ideológico y una nueva hegemonía del poder en el Río de la Plata.

Hacia comienzos de 1808 Buenos Aires era presa de una tensa calma, hasta que, a principios de febrero, Santiago de Liniers (a cargo del mando supremo interino desde diciembre de 1807), recibió dos noticias alarmantes: la llegada de la familia real portuguesa al Brasil y los preparativos secretos realizados por el general Beresford para una expedición “que se cree dirigirse a una nueva invasión al Río de la Plata”, según consta en una proclama del 13 de febrero de 1808.⁵¹ Estas noticias significaban un peligro concreto, dado que la flota británica, cumplida su misión de custodia de la familia real portuguesa, podía quedar en disponibilidad para continuar su viaje hasta Buenos Aires. Esta no era una idea descabellada. Con todos los recursos que le podía ofrecer su aliado desde Río Grande do Sul, y a muy poca distancia de Maldonado (un fondeadero seguro para la flota), Inglaterra podía preparar una nueva ofensiva general sobre el Río de La Plata. Sin embargo Beresford recibió instrucciones de apoderarse de la isla de Madeira y los acontecimientos sucedidos en Europa hicieron olvidar por un tiempo a Buenos Aires⁵²

La preocupación de Liniers tenía su fundamento, ya que la corte de Braganza en Río de Janeiro comenzó a mostrar sus intenciones platinas. Así, en el acuerdo del cabildo de Buenos Aires de febrero de 1808, se constata la preocupación por la llegada de la corte portuguesa a Brasil. El día 20 del mismo

⁴⁹ Goldman, Noemí. “Crisis imperial, Revolución y Guerra”, p.34.

⁵⁰ Ferns, H. S. *Gran Bretaña y Argentina en el Siglo diecinueve*, p. 42.

⁵¹ Pueyrredón, Carlos, *La Revolución de Mayo*, p.58.

⁵² *Ibidem*, p. 58.

mes volvió a tratarse el asunto y se resolvió que el alcalde de primer voto se entrevistara con Liniers para impedir la salida de buques portugueses.⁵³

La situación se puso cada vez más tensa ante el temor de que el príncipe regente de Portugal tuviera intenciones de extender sus dominios con el auxilio de las tropas inglesas. Liniers se preparó para una guerra defensiva. Con escasos recursos y falta de armamentos, comenzó a tomar medidas sensatas tratando de arreglar las dificultades con el imperio vecino por medios pacíficos mientras hacía gestiones para obtener dinero, armas y pólvora, preparando a su ejército para combatir en condiciones favorables.

Esta situación no era demasiado novedosa en la región. Hacia fines del siglo XVIII los conflictos bélicos internacionales ya habían comenzado a repercutir fuertemente en las comunicaciones e intercambio entre España y sus dominios ultramarinos. La corona española se vio obligada a implementar medidas de excepción que restablecieron antiguos escenarios para la intervención de los portugueses en el comercio y la navegación por el Río de la Plata. Estos cambios fueron favorables para los lusitanos y los mismos incrementaron su presencia en la región profundizando lazos con los comerciantes del lugar, nexos que a pesar de la contienda de 1801 entre ambas coronas peninsulares (conocida como “La guerra de las naranjas”), no se destrabaron bajo ningún aspecto y se cubrieron bajo formas legales, pseudos legales e ilegales.⁵⁴ Durante aquel conflicto, en el Río de la Plata se decidió el embargo de las embarcaciones portuguesas que estaban en el puerto y la detención de los buques de bandera española con permiso para viajar a los dominios portugueses. A pesar de que esta medida perjudicaba fundamentalmente a los que se encontraban en el puerto, otros pudieron prevenirse de estos perjuicios gracias a los correspondientes que tenían en la colonia portuguesa, pudiendo continuar con sus negocios sin mayores problemas.⁵⁵

Luego de las invasiones inglesas de 1806 y 1807, en el Río de la Plata la situación se tornó compleja para los extranjeros, sobre todo cuando la corona

⁵³ *Ibidem*, p. 62.

⁵⁴ 7- Esta guerra de corta duración recibió el nombre de guerra de las Naranjas y se originó en el convenio firmado entre España y Francia el 29 de enero de 1801, para obligar a Portugal a abandonar su alianza con Inglaterra. Cuando finalizó, Portugal se comprometió a cerrar sus puertos a Inglaterra y España quedó en posesión de la plaza portuguesa de Olivenza, mientras cedía a los lusitanos los pueblos de las misiones orientales del Uruguay (Tejerina, Marcela, *Luso-Brasileños en el Buenos Aires Virreinal*, pp. 109 / 117).

⁵⁵ Tejerina, Marcela, *Luso-Brasileños en el Buenos Aires Virreinal*, p. 117.

pretendió volver al "orden previo". En Montevideo, entre septiembre de 1807 y septiembre de 1808, se verificó esto –según señala Arturo Bentancur. La situación no tardó en revertirse y el año 1808 trajo aparejado un sinnúmero de transformaciones en las metrópolis ibéricas que obviamente fueron a repercutir en sus colonias de ultramar.⁵⁶

Como ya se señalaba, el cabildo de Buenos Aires el 20 de febrero de 1808 analizaba las consecuencias de la salida de buques de bandera portuguesa teniendo en cuenta la llegada de la familia real a Brasil. Sin embargo, el traslado de la corte portuguesa al Brasil en la flota británica, la situación de confusión y desamparo en España ante la farsa de Bayona, y la firma del armistio hispano-británico del 2 de julio de 1808, pusieron fin a la etapa que se había iniciado en 1777, cuando don Pedro de Cevallos, mediante una exitosa campaña militar, dio por finalizado el dominio lusitano sobre la margen superior del estuario rioplatense, y el enclave portugués (la colonia del Sacramento) pasó definitivamente a manos españolas.⁵⁷

Durante el período comprendido entre 1777 y 1808, los portugueses de Buenos Aires tuvieron la oportunidad de adecuarse y reacomodarse a los diferentes acontecimientos que se fueron sucediendo. Desde los comerciantes más destacados hasta los individuos de los sectores más desprotegidos continuaban arribando a Buenos Aires y actuaban normalmente dentro de sus actividades cotidianas. Así, el crecimiento urbano de Buenos Aires estuvo por encima de las expectativas gubernamentales, y más allá de los conflictos en la región continuaron arribando contingentes compuestos por una variada gama de individuos de origen luso-brasileño, como también de otras naciones europeas, que se sumaron a esa variopinta población de Buenos Aires vinculada al puerto, a algunos oficios y a los sectores comerciales de la ciudad.

Desde el período colonial tardío Buenos Aires era una ciudad diferente del resto de Hispanoamérica, tanto en términos de su cultura como en sus manifestaciones sociales y en su crecimiento poco común. Bastaron poco más de tres décadas para que la pequeña aldea se transformara en una pujante ciudad hispanoamericana.

⁵⁶ Tejerina, Marcela, *Luso-Brasileños en el Buenos Aires Virreinal*, p. 138.

Bentancur, Arturo, *El puerto colonial de Montevideo*, p. 18.

⁵⁷ Tejerina, Marcela, *Luso-Brasileños en el Buenos Aires Virreinal*, p. 71 /139.

Fue a mediados del siglo XVIII cuando Buenos Aires comenzó a cambiar en todos sus aspectos. En primer lugar, el conflicto de la España borbónica con Inglaterra y Portugal llevó a introducir cambios profundos en la política española para el control estricto de las colonias en los bordes del imperio. La creación del virreinato del Río de la Plata en 1776 y la extensión de la ordenanza de libre comercio dos años más tarde, otorgaron un gran empuje a la ciudad. De este modo pasó a ser un activo polo de atracción tanto para los migrantes internos como para los externos del imperio español. Todos estos motivos provocaron mutaciones a nivel político, social y arquitectónico dando lugar a un crecimiento único para una ciudad hispanoamericana entre 1770 y 1810.⁵⁸

Al tener los brillos de una ciudad hispanoamericana floreciente, Buenos Aires debió modificar su estructura espacial debido al crecimiento que se fue más allá de los cuarteles céntricos. Para 1778 se encontraba subdividida en seis cuarteles o parroquias a las que diez y seis años después se les subdividió en veinte barrios. Estos cambios político-administrativos de la ciudad demuestran que el crecimiento de la ciudad era digno de consideración también para las autoridades virreinales.⁵⁹

La expansión continua y el auge del comercio provocaron la atención de extranjeros y de habitantes del interior que llegaron a la capital incentivados por la movilidad social que en apariencia les ofrecía. Todos ellos buscaron, dentro del espectro de su estratificación social, un lugar en el que pudieran desarrollar sus expectativas personales y familiares más allá de los conflictos ultramarinos y sus consecuencias.

Los extranjeros de Buenos Aires ante el control de la corona

Desde los inicios de la colonia, luego de la *Recopilación de las Leyes de Indias* de 1680, la corona volvió a recurrir a las reales cédulas para recordar a las autoridades locales el cumplimiento de las prohibiciones y restricciones aplicables a extranjeros en lo que se refería a su residencia o trato comercial, por más que éstas prácticamente no se cumplieran. Un ejemplo de ello ocurrió en Buenos Aires en 1740, cuando se dispuso una de las primeras órdenes de

⁵⁸ Socolow, Susan, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal*, pp. 12-13.

⁵⁹ Taulliard. *Los planos más antiguos*, P. 61.

expulsión por el gobernador Miguel de Salcedo, el cual cumpliendo estrictamente con lo ordenado por la metrópoli mandó expulsar, en el plazo de veinte días, a “todos los portugueses casados y solteros que residieran en el territorio”.⁶⁰

Esta resolución causó un revuelo de tal magnitud en Buenos Aires que se tuvo que llamar a la mediación del cuerpo capitular invocando la ley 10, título 27, libro 9 de la *Recopilación*, que exceptuaba de la expulsión de extranjeros a los que sirviesen en oficios mecánicos a la república, porque “la principal causa consiste en purgar la república de personas que no convienen, y conservar las que fueren útiles y necesarias guardando la integridad de nuestra santa fe católica”.⁶¹

La expulsión finalmente se redujo a los extranjeros solteros, solución aconsejada por el consejo de Indias en septiembre de 1742, a los cuales se les permitió, incluso, avecindarse tierra adentro.⁶² Ello demostraba que en la ciudad no todo era rivalidad y, por más que la ley impusiera ciertas pautas, los hechos demostraban lo contrario. La presencia de súbditos portugueses residiendo, comerciando, trabajando y tratando en Buenos Aires, se hacía indispensable. Los artesanos, los trabajadores rurales y demás oficios (marinos y mecánicos, en particular), llevaron a que las autoridades reconsideraran la medida por la supervivencia misma de la ciudad, la cual se quedaría sin mano de obra esencial para su vida cotidiana.

Buenos Aires se debatía dentro de una legislación ecléctica respecto a sus extranjeros. Un nuevo bando del 5 de abril de 1743 insistía en prohibir el ingreso de extranjeros al Río de la Plata, obligando a los solteros a abandonar el territorio, impidiendo también a los casados ser propietarios de pulperías y otros comercios. Ante este nuevo bando se volvió a plantear en la ciudad el mismo conflicto suscitado por la ordenanza anterior. Nuevamente la orden de expulsión había provocado revuelo entre los habitantes de Buenos Aires y tuvo que intervenir, como anteriormente lo había hecho, la autoridad del cabildo a través de su procurador general, quien presentó el 26 de mayo de

⁶⁰ Matraya y Ricci, Juan J., *Catálogo Cronológico de las Pragmáticas, Cédulas, Decretos, Ordenes y Resoluciones*, p. 579.

⁶¹ Yanzi Ferreira, Ramón, “Expulsión de extranjeros en el Buenos Aires colonial”, p. 220. Subrayado mío.

⁶² Para mayor información acerca del tema remitirse a Tau Anzoategui, “Una defensa de los extranjeros en el Buenos Aires de 1743”.

1743 un memorial al gobierno puntualizando los progresos que en la ciudad había causado la presencia del artesanado industrial de origen extranjero.⁶³

Al ocupar Pedro de Cevallos el gobierno de Buenos Aires intentó controlar la situación en la ciudad, revalidando los bandos anteriores con amenazas serias para los encubridores y penas más severas para los que no cumplieran la ley. Sus acciones contra la colonia del Sacramento en 1763, lo llevaron a remitir a la provincia de Mendoza, en calidad de prisioneros, a setenta y cinco portugueses, situación que se volvió a repetir luego de las acciones definitivas contra esa colonia en 1777.⁶⁴

Yanzi Ferreira señala otro caso de aplicación singular de las disposiciones sobre expulsión de extranjeros durante la gobernación de Cevallos, la relacionada con los maestros panaderos. Las panaderías de Buenos Aires, en general en manos de extranjeros (mayoritariamente franceses), según acusaba el procurador general de Buenos Aires, don Francisco Cabrera, obtenían ganancias desmesuradas por el incremento del costo del pan. Su petición fue estudiada por el cabildo, el cual volvió a la carga con los viejos bandos que no admitían extranjeros en trato comercial alguno; sin embargo, fue otra legislación cumplida con parcialidad.⁶⁵

La segunda mitad del siglo XVIII fue de cambios fundamentales en el equilibrio geopolítico del continente y en los diferentes niveles de la sociedad colonial. La expulsión de la orden de los jesuitas en 1767 y la apropiación de sus bienes dispuesta por Carlos III, en un intento de reivindicar su poder sobre la iglesia, constituía una medida que avisaba a la sociedad de la necesidad de obediencia absoluta, dado que los jesuitas eran conocidos por su independencia de la autoridad episcopal.

El establecimiento del nuevo virreinato con Buenos Aires como capital, incluyendo dentro del mismo la región del Alto Perú, con el fin de proveer a esta nueva demarcación de los beneficios fiscales del Potosí, constituyó una reforma radical en la región rioplatense. Esta revalorización del puerto bonaerense, con el crecimiento burocrático que implicaba la nueva administración, volvió a colocar sobre la ciudad la mirada de muchos extranjeros, en su

⁶³ Bando de los virreyes y gobernadores del Río de la Plata. p.16; Tau Anzoategui, Victor. "Una defensa de los extranjeros en el Buenos Aires de 1743".

⁶⁴ Se remitieron a Mendoza 75 prisioneros portugueses. Figuraban en la lista 22 pulperos, 5 marinos, 9 sastres, 4 zapateros, 7 carpinteros, 3 toneleros, 3 herreros, 3 labradores, 1 boticario, 2 plateros, 2 albañiles, 1 barbero y otros sin oficio fijo (Gomadrán Ruiz, p. 75).

⁶⁵ Yanzi Ferreira, "Expulsión de extranjeros en el Buenos Aires colonial", p. 227.

mayoría vinculados a los sectores bajos, que veían en ella una nueva vía de movilidad social ascendente, por más que ello significara (en la mayoría de los casos) una utopía irrealizable.⁶⁶

Las últimas disposiciones de extranjería del Estado borbónico se sucedieron en la primera década del siglo XIX. Durante el período colonial tardío, la presencia lusitana en el Río de la Plata en particular, y de los extranjeros en general, se volvió problemática por los motivos ya señalados. La guerra con Inglaterra avizoraba el peligro de la participación portuguesa en la misma, y debido a ello las autoridades se vieron obligadas a tomar medidas sobre dicha población, sobre todo en un área vulnerable como era el Río de la Plata. Estas medidas, extensibles a todo el virreinato, se aplicaron fundamentalmente sobre la población portuaria, más vulnerable al contacto con el exterior.⁶⁷

En 1801, el virrey del Pino ordenó que los portugueses residentes en Buenos Aires abandonaran la ciudad en el término de tres días, quedando excluidos los casados y los avecindados por más de diez años. Esta medida precautoria se tomó ante el estallido de la ya mencionada "guerra de las naranjas" entre las coronas ibéricas. Durante el interregno de paz entre 1802 a 1804, y ante la complicada situación europea, el consejo de Indias dispuso hacer efectivas las leyes sobre los extranjeros, por este motivo en Buenos Aires se dispuso la confección de un padrón de los extranjeros que habitaban la ciudad.⁶⁸

Estas medidas alteraron el ritmo de Buenos Aires, sobre todo cuando el 23 de abril de 1803 el consejo real de Indias ordenó la expulsión de todos los extranjeros de estos territorios. Con motivo de dicha ordenanza se empadronó en la ciudad a todos los extranjeros residentes. Terminada la tarea, el virrey Sobremonte, por decreto del 9 de marzo de 1804, presentó la lista de los que debían ser *extrañados*. Se ordenó "que saliesen de estos reinos en los buques que en esta rada y en el puerto de Montevideo se hallan próximos a darse a la vela, bajo el aperebimiento de que en caso de no cumplirlo se procederá



2893728

⁶⁶ Brading, "La España de los Borbones y su imperio americano", pp. 94-97.

⁶⁷ Tejerina, *Portugueses en Buenos Aires*, p. 172.

El 15 de noviembre de 1797 el virrey ordenaba a través de un bando que no se permitiese el desembarco de personas ni de efectos de las naves que llegasen procedentes de colonias extranjeras o del tráfico de negros. Libro 7, f. 290.

⁶⁸ "Bando del virrey Rafael de Sobremonte, ordenando la presentación en el término de un mes de todos los extranjeros, para que declaren la religión que profesan, el lugar de nacimiento, el estado, la ocupación y los bienes raíces o muebles que posean", Libro 8, f. 217.

al secuestro de sus bienes, a la prisión de sus personas y a lo demás que hay lugar sin admitirse excepción ni excusa alguna".⁶⁹

Es obvio que el empadronamiento presentó algunos contratiempos: muchos extranjeros se dieron a la vela; otros, con varios años de residencia en Buenos Aires, presentaron sus quejas (algunas fueron contempladas por las autoridades); y otros, (que ejercían de tratantes y traficantes) marcharon a otras regiones más seguras para su actividad, donde pudieran ejercer su oficio con tranquilidad.

Sin embargo, hubo cierta flexibilidad para muchos portugueses, según muestra la lista, aunque los que aparecieran en la nómina señalada por el virrey debían ser embarcados en la primera ocasión que se pudiera en buque próximo a partir, so pena de prisión y secuestro de sus bienes. No obstante, de los 262 portugueses empadronados en la ciudad, 75 expulsados resulta un número proporcionalmente bajo. Entre los posibles expulsos se encontraban, fundamentalmente, individuos dedicados al comercio de ultramar y la navegación.⁷⁰

El padrón de 1804 (como también los de 1807 y 1809, que se realizaron con motivos similares), presenta características muy reveladoras para el estudio de la sociedad porteña del período colonial postrero. Por primera vez los italianos son afectados por una ordenanza de este tipo en la colonia. Por otra parte, sus cifras son reveladoras para tomar conocimiento de la realidad en aquellos días.⁷¹

Entre 1806 y 1808 las autoridades rioplatenses debieron tomar nuevas medidas ante las complejas circunstancias políticas. Los extranjeros no permanecieron en paz dentro de la región. Tanto la invasión y luego reconquista de Buenos Aires, como la ocupación de Montevideo, trajeron consigo una serie de medidas tendientes a limitar la presencia extranjera. Se ordenó la confección de un nuevo padrón de extranjeros residentes en Buenos Aires para 1807. Este padrón tenía una doble finalidad: por un lado, conocer la conformación de la población extranjera; por otro, generar mecanismos para un posible alistamiento. Otra vez los portugueses solteros, sumados ahora ingleses y norteamericanos, debieron salir de la ciudad en un plazo de tres días.

⁶⁹ Facultad de Filosofía y Letras, *Documentos para la Historia Argentina. Territorio y población*, Vol. XII, pp 120-270; Yanzi Ferreira, "Expulsión de extranjeros en el Buenos Aires colonial", p. 216.

⁷⁰ Tejerina, *Portugueses en Buenos Aires*, p. 175.

⁷¹ Facultad de Filosofía y Letras, *Documentos para la Historia Argentina*, pp. 120-270.

El último registro de extranjeros del período colonial fue el padrón de 1809. Éste también tuvo su origen en la situación exterior, fundamentalmente el traslado de la familia real portuguesa a Río de Janeiro, y sus posibles consecuencias en el área rioplatense. Dentro de este contexto, la situación de los extranjeros en general y de los portugueses en particular, fue complicándose a medida que el conflicto se agudizaba en Europa, fundamentalmente debido al posible apoyo que podían brindar los portugueses a los británicos por su tradicional alianza política desde el tratado de Methuen, por lo que la expulsión de los extranjeros señalados en este registro debía cumplirse sin excepciones. Sin embargo, la abrumadora circunstancia de los hechos que se sucedieron llevó a que dicha medida quedara, una vez más, a medio camino de su aplicación.⁷²

Aunque el estudio de los padrones y censos no constituyen una fuente completa y veraz si se analiza de manera aislada, un recorrido por los padrones de extranjeros elaborados en 1804, 1807 y 1809, en este caso develan la situación de los extranjeros en el Buenos Aires de aquellos días, como también su vida cotidiana, su situación y la relación con las autoridades virreinales.

A través de las fuentes mencionadas con anterioridad, encontramos una cantidad estimativa de los extranjeros residentes en Buenos Aires, resumida de la siguiente manera:

Cuadro 1

Cantidad de extranjeros censados en Buenos Aires 1804, 1807 y 1809

AÑO	CANTIDAD
1804	455
1807	368
1809	376

FUENTE: Elaboración propia a partir de los *Documentos para la Historia Argentina*, Vol. XII, Padrones complementarios de la ciudad de Buenos Aires (Facultad de Filosofía y Letras).

⁷² *Ibidem*, p. 176.

La cantidad proporcional de extranjeros para cada uno de los años señalados es la siguiente:

Cuadro 2

Extranjeros de Buenos Aires 1804

CANTIDAD	ORIGEN	PORCENTAJE
262	portugueses	57 %
101	italianos	22,1%
53	franceses	11,6%
22	ingleses	4,7%
17	otros	3,7%
455	TOTAL	100 %

Extranjeros de Buenos Aires 1807

CANTIDAD	ORIGEN	PORCENTAJE
236	portugueses	64,1 %
74	italianos	20,1 %
35	franceses	9,5 %
6	ingleses	1,6 %
17	otros	4,6 %
368	TOTAL	100 %

Extranjeros de Buenos Aires 1809

CANTIDAD	ORIGEN	PORCENTAJE
173	portugueses	46,0 %
67	italianos	17,8 %
59	franceses	15,6 %
51	ingleses	13,5 %
26	otros	6,9 %
376	TOTAL	100 %

FUENTE: La misma del cuadro anterior.

Con excepción de 1809, la comunidad de portugueses constituyó siempre más del 50% de la población de extranjeros. La segunda en importancia pareció ser la comunidad italiana, compuesta fundamentalmente por genoveses (para el padrón de 1804 los genoveses constituían un 62% del total de itálicos), quienes fueron apareciendo en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII. Un número muy significativo de ellos integró la población porteña para los tiempos de la revolución dentro de una original gama de nuevos oficios.

Los británicos, con su comunidad pequeña, pero hermética e influyente, comenzaron a tener presencia considerable en la ciudad a comienzos del siglo XIX. Desde 1802 llegó un número importante de comerciantes, y luego de la independencia se incrementó el número de sus miembros debido a la instalación de casas de comercio británicas en el Río de la Plata. Los textiles ingleses habían entrado en la red monopólica comercial ibérica veinte años antes de la independencia. Libres de intermediarios españoles, comerciantes ingleses, franceses y estadounidenses entraron definitivamente al Río de la Plata.⁷³

⁷³ El interés británico por el Río de la Plata, a comienzos del siglo XIX, queda bien reflejado en una nota publicada por el periódico *The Times* en Londres el 25 de septiembre de 1806, en plena invasión inglesa y en la que se hace una sugerente descripción de Buenos Aires: "Hace apenas cuarenta años, Buenos Aires era sólo la cuarta ciudad en el virreinato del Perú, y los ciudadanos no tenían casas de campo; pero ahora no hay en Sudamérica, con la excepción de Lima, ciudad más importante que Buenos Aires, y hay pocas personas en buena posición que no tengan quintas y que no cultiven en sus jardines toda clase de frutos y flores. Las damas de Buenos Aires son consideradas las más agradables y hermosas de toda Sudamérica, y aunque no igualan a las de Lima en su manera de vestirse y adornarse, es no menos agradable y revela un gusto superior. - Hay tal abundancia de provisiones y particularmente de carne fresca en Buenos Aires, que frecuentemente se las distribuye gratis entre los pobres. El agua de río es más bien barrosa, pero pronto se clarifica y se hace potable al ser conservada en grandes cubos o vasijas de barro. También hay gran abundancia de pescado [...] El comercio de esta región, bajo el ordenamiento británico, promete ser sumamente ventajoso para ella, y podría abrir mercados de incalculables posibilidades para el consumo de manufacturas británicas. En la medida en que las cargas impuestas a los habitantes sean disminuidas por el gobierno británico, sus medios de comprar nuestros productos se verán incrementados, y el pueblo, en lugar de permanecer andrajoso e indolente, se hará industrioso, y llegará a la mutua competencia por poseer no sólo las comodidades, sino aun los lujos de la vida" (citado en Castelli, *El delicado umbral de la tempestad*, pp. 133-134).

Se estima que en vísperas de la Revolución de Mayo había en Buenos Aires 123 súbditos ingleses (incluidos los irlandeses). Para 1824 ya eran 1,355 personas y en 1830 se registraban 49 casas comerciales.⁷⁴

Los comerciantes británicos se habían establecido rápidamente en puertos, capitales y otros centros urbanos para competir con los comerciantes locales formando colonias importantes en Buenos Aires, Río de Janeiro o Valparaíso.⁷⁵ Esta presencia comercial y laboral se hizo notar en la ciudad ya en el registro de 1804, que destaca la existencia de 22 ingleses en Buenos Aires, de los cuales tres estaban dedicados al comercio de exportación, otros tres eran dependientes de comercio, dos médicos, cuatro artesanos y cinco trabajadores en el puerto, del resto no se especificaba su situación. Sus intenciones eran asentarse, ya que entre las propiedades que adquirieron en Buenos Aires se encuentran dos casas, una quinta, y ocho esclavos.⁷⁶

Las invasiones inglesas a Buenos Aires en 1806 y 1807 parecen haber afectado a esta comunidad, dado que el registro de 1807 señala apenas seis ingleses en Buenos Aires; sin embargo, para 1809 son 51 los británicos registrados, lo que constituye un 13,5% de los extranjeros censados. Aparecen entre ellos algunos realizando tareas rurales en los barrios alejados de la ciudad, lo que hace suponer una posible desertión de algunos miembros de la tropa invasora. El asentamiento en Buenos Aires pudo haber constituido una interesante alternativa de vida.

Aunque la cantidad de franceses asentados en el Río de la Plata era muy escasa, su situación generó por los acontecimientos europeos hacia finales de la colonia algunas actitudes curiosas.

Los extranjeros se distribuían de forma variada e irregular dentro de la ciudad de Buenos Aires. Se puede tener una idea del reparto de ellos en los veinte cuarteles de Buenos Aires el año de 1804: en el cuartel quinto (área conocida como Alto de San Pedro frente al río y próximo al Riachuelo), había cuarenta y dos portugueses, tres italianos, tres irlandeses, un escocés, un in-

⁷⁴ Según Kohn, Loncarica y Sánchez, en 1830 se registraban en Buenos Aires 49 casas comerciales, 18 almacenes, 4 hoteles, 9 muebleros, 2 barraqueros, 3 herreros, 5 boticas, 6 sastres, 2 encuadernadores, 1 hojalatero, 2 cocheros, 1 corredor, 1 rematador, 2 imprentas, 8 médicos, 2 talabarteros, 4 pintores decorativos, 3 sombrereros, 3 tapiceros y colchoneros, 1 joyero, 4 relojeros 1 cervecero y cinco negocios pequeños al menudeo en manos de ingleses (Sarramone, p. 326).

⁷⁵ García Belsunce (Dir.), *Buenos Aires 1800-1830*, Vol. 1, p. 100; Balmori, "Las alianzas de familias", p. 55.

⁷⁶ Mallo, "Ingleses y Angloamericanos", p. 327.

glés, un prusiano y cuatro norteamericanos; en el cuartel segundo (próximo al fuerte y de alta concentración urbana), había doce portugueses y cinco genoveses; en el cuartel octavo (con características similares al anterior), había diez portugueses, siete italianos, dos franceses, dos ingleses, dos norteamericanos y un irlandés; y en el cuartel diecinueve (sobre el borde sur de la ciudad y netamente suburbano), había cinco portugueses, siete genoveses, un francés y un inglés.⁷⁷

La aceptación tácita de extranjeros en el área rioplatense se explica también en función de la particular concepción de la monarquía que predominaba desde la época de los austrias, sumando también en estos casos, la costumbre, la tradición, la necesidad y la conveniencia. Dada la expansión del imperio español en Europa, llegó a constituir un imperio en el que navarros, aragoneses y en determinados momentos napolitanos, flamencos, alemanes y portugueses, eran considerados integrantes de la España imperial. Pero en América todos ellos compartían situación de extranjería, ya que las posesiones de ultramar habían sido incorporadas en su origen a la corona de Castilla.⁷⁸

James Lockhart también señala que a comienzos de la colonización los reinos de Aragón y Castilla no constituían una unidad hermética contra un Portugal extranjero, más bien la península Ibérica formaba un grupo de “castellanos hablantes” (Sevilla, León y Zaragoza), y tres grupos marginales de considerable importancia, los catalanes, los vascos y los portugueses, cada cual, a su manera, eran más o menos extranjerizantes por igual: “Para los castellanos el vasco era el mismísimo prototipo del extranjero”.⁷⁹

Buenos Aires durante todo el período colonial tuvo un constante flujo de inmigrantes que provenían tanto del entorno regional como del europeo, con una preponderancia española dentro del movimiento. Esta afluencia y crecimiento convirtió a la ciudad en un polo de atracción importante en todos sus aspectos. La ciudad ofrecía posibilidades para todos los estamentos de la sociedad colonial y probables caminos de ascenso social tanto para comerciantes, artesanos, labradores, marineros y otros, dentro de un variado abanico de ocupaciones.

Durante el período colonial tardío esta situación parece haberse trasladado a toda el área rioplatense. Arturo Bentancur señala para Montevideo, entre

⁷⁷ Facultad de Filosofía y Letras, *Documentos para la Historia Argentina*, pp. 121-198.

⁷⁸ Tejerina, p. 161.

⁷⁹ Lockhart, *El Mundo Hispanoperuano*. 1532-1560, p. 168.

1791 y 1806, estructuras migratorias similares a las precedentes, sobre todo cuando el ascenso permanente en el tráfico portuario convirtió a Montevideo en un lugar atractivo para los diversos sectores sociales que intentaban mejorar su situación.⁸⁰

Oficios y ocupaciones de los extranjeros de Buenos Aires

Los portugueses continuaron siendo el grupo más importante de extranjeros de Buenos Aires durante todo el período colonial y su influencia se dejó sentir en la sociedad. Sin embargo, las ordenanzas contra los extranjeros continuaron sucediéndose a través de todo el siglo XVIII y principios del XIX, lo que demuestra que los mismos continuaron (en apariencia) siendo una preocupación para el estado Borbónico.⁸¹

A pesar de la situación político-jurídica adversa, ¿qué motivos llevaron a los portugueses a instalarse en Buenos Aires aun durante el período colonial tardío y fundamentalmente en la primera década del siglo XIX? Lyman Johnson ha sugerido que este período estuvo caracterizado por una "economía dual" con Santiago de Chile y Buenos Aires como los representantes de una economía natural, y Río de Janeiro como representante de la inflación de precios y la acumulación de capitales. Esta teoría se opuso a la de Romano que señalaba al período colonial tardío latinoamericano estancado en los precios y con una crónica escasez de dinero en circulación.⁸²

Esta diferenciación resultó favorable para Buenos Aires que se convirtió en un foco de atracción por sí misma dentro del espacio atlántico: "Buenos Aires era una de las ciudades más dinámicas de la América española durante

⁸⁰ Bentancur, *El puerto colonial de Montevideo*, p. 111. El autor señala que se registró en Montevideo una elevación de los puestos de trabajo, percibiendo él mismo alguna tendencia al doble empleo: "La existencia de mayores requerimientos laborales se hacía sentir a su vez una década antes, cuando un súbdito portugués mudaba su residencia a Montevideo, por haber hallado en esta plaza trabajo en su oficio de escultor" (p. 111).

⁸¹ El censo de 1744 demostró que había en Buenos Aires, entre otros, 9 franceses, 6 ingleses, 4 italianos y 47 portugueses que totalizaron, incluyendo a los españoles 360 europeos aproximadamente. Cifra escasa si la comparamos con los 11,000 habitantes que se estima tendría Buenos Aires para aquella época (Johnson, "Estimaciones de la población de Buenos Aires", pp. 110-112).

⁸² Acerca de este debate, remitirse a Romano, "Algunas consideraciones sobre la historia de precios en Latinoamérica colonial", y Johnson, "La historia de precios de Buenos Aires durante el período virreinal", ambos en Johnson, Tandeter, *Economías Coloniales*, pp 45-80 y 153-190.

el período colonial tardío", y en ella, donde Romano había encontrado estancamiento Johnson detectó lo contrario. Comparando un índice de precios al consumidor con salarios urbanos, Johnson pudo señalar que los salarios de la clase trabajadora se elevaron fuertemente hacia el final del período colonial, pero los precios al consumidor lo hicieron de un modo mayor. De este modo, la última década del período colonial fue testigo de una declinación en los salarios reales.⁸³

Hacia la década posterior a la creación del virreinato se incrementó el costo de vida en Buenos Aires debido al rápido crecimiento de la población. Por otra parte, el período sucedido entre 1785 y 1795 fue un período en el cual las demandas de mano de obra, asociadas a la expansión comercial y a una explosión en la construcción urbana, empujaron hacia arriba los salarios con mayor velocidad que a los precios que se pagaban por los bienes básicos de consumo. En este período, señala Johnson, "los obreros ahorraron, gozaron de una dieta mejorada, tuvieron acceso a una mejor vivienda y una vida más larga y sana".⁸⁴ Los salarios terminaron en alza a fines del período colonial, aunque su incremento fue considerablemente más bajo que el de los precios luego de 1800. Durante 1780 y 1790, los integrantes de los sectores bajos de Buenos Aires gozaron de mejoras en su bienestar material. Muchos varones jóvenes ingresaron en las actividades calificadas, incrementando el aumento de negocios mayoristas y minoristas. Por más que la inflación hubiera reducido los salarios hacia el final del período colonial, Buenos Aires continuaba siendo el polo de atracción de muchos jóvenes europeos incentivados por un ascenso económico y mayor movilidad social que la ciudad porteña, en apariencia, les ofrecía.⁸⁵

El estudio de las ocupaciones y oficios resulta fundamental para desentrañar en gran medida la estructura ocupacional porteña a fines del siglo XVIII y principios del XIX y, dentro de ella, el lugar que les correspondía a los extranjeros en el convulsionado Buenos Aires de aquellos días. El aprendizaje de un oficio ofrecía una posibilidad más que el individuo podía llevar consigo dentro de la estrategia migratoria. Desde el punto de vista del capital humano, una habilidad distinta para desempeñarse le permitía a dicho individuo una inserción en la sociedad que lo recogía. Aunque muchas veces el apren-

⁸³ Johnson, Tandeter, *Economías Coloniales*, p. 13.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 188.

⁸⁵ *Ibidem* pp. 188-190.

dizaje de un oficio y la habilidad en ejercerlo no estaban a disposición de cualquiera, existía una gran cantidad de oficios “menos nobles” y ocupaciones menores que prácticamente no exigían preparación alguna. De este modo la ciudad de Buenos Aires, durante el período que estamos analizando, ofrecía una diversidad de ocupaciones en las que todos los individuos migrantes encontraban su lugar.⁸⁶

Durante el período colonial tardío, la población europea disminuyó considerablemente, ya que, para 1744 representaban un 18,3% del total de inmigrantes masculinos y, para 1810, esta proporción cayó hasta constituir un 12,2% del total de los mismos. Esta disminución de europeos demuestra, en primera instancia, un mayor control de las autoridades españolas contra la inmigración principalmente lusobrasileña, y en segundo lugar, la situación convulsionada que estaba viviendo Europa en general y España y Portugal en particular.⁸⁷

Lyman Johnson sostiene que el flujo migratorio tuvo un impacto negativo sobre las oportunidades ocupacionales y la movilidad social potencial de la sociedad porteña. Lo cierto es que los hombres que venían desde Europa, o desde el interior, desplazaban a los varones nativos en los niveles superior y medio de la jerarquía ocupacional, o limitaban las posibilidades de progreso de los porteños en las ocupaciones burocráticas comerciales y artesanales. Por ello, un gran número de la población libre nativa se vio obligada a salir de la ciudad y buscar mejores oportunidades en el interior o en otras colonias españolas. Este conflicto llevó también, dentro de los sectores bajos, a una gran rivalidad entre inmigrantes y nativos, ya que generó competencia de la mano de obra libre con la mano de obra esclava en los trabajos calificados y semicalificados.⁸⁸

Cierto es que muchos artesanos extranjeros llegaban a Buenos Aires atraídos por el engrandecimiento y las nuevas posibilidades que la ciudad ofrecía y se horrorizaban al comprobar que en muchas oportunidades su trabajo debía competir con el de las castas y los esclavos, limitando de esta manera sus sueños de progreso y nuevas posibilidades de ascenso para ellos y sus familias.⁸⁹

⁸⁶ Fernández Alves, *Os Brasileiros*, p. 77.

⁸⁷ Johnson, Socolow, “Población y espacio”, p. 337.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 338.

⁸⁹ Johnson, *Francisco Baquero*, p. 73.

Lo que podemos afirmar es que desde los orígenes del virreinato una gran proporción de la población de artesanos de Buenos Aires estaba compuesta por inmigrantes, ya fueran extranjeros o migrantes internos. Cabe destacar el notable número de portugueses que resaltan en el gráfico siguiente, constituyendo un porcentaje importante de artesanos por tratarse de una comunidad de extranjeros.

Cuadro 3

Porcentaje de los artesanos de Buenos Aires según su lugar de origen (1780)

Buenos Aires	474	45,4%
España	205	19,6%
<i>Portugal</i>	59	5,7%
<i>Brasil</i>	14	1,3%
Europa	30	2,9%
Otras partes del V	123	11,8%
Otras colonias esp.	13	1,2%
Negros libres	49	4,7%
Esclavos	78	7,5%

FUENTE: Johnson, Lyman, *The artisans of Buenos Aires*, p. 249.

De acuerdo con los datos censales que se poseen, los portugueses que aparecen en el registro de extranjeros de 1804 estaban distribuidos, de acuerdo a su ocupación, de la siguiente manera:

Cuadro 4**Oficios y ocupaciones mayoritarias de los portugueses de Buenos Aires 1804**

OCUPACIÓN	CANTIDAD	PORCENTAJE	
calafates*	11	4,1%	
carpinteros de ribera*	8	3,0%	
patrón de lancha	7	2,6%	
pilotos	5	1,9%	19,8%
capitán	1	0,3%	
marineros	15	5,7%	
contraestre	1	0,3%	
tonelero*	1	0,3%	
sobrecargo de embarcación	2	0,7%	
escribano de embarcación	1	0,3%	
quinteros y labradores	19	7,2%	
zapateros*	18	6,8%	
tratantes y traficantes	18	6,8%	
sastres*	14	5,3%	
plateros*	12	4,5%	
peones	11	4,1%	
comerciantes	10	3,8%	
pulperos	10	3,8%	
médicos	5	1,9%	
carpinteros*	5	1,9%	
barberos	4	1,5%	
herrerros*	4	1,5%	
músicos	4	11,5%	
sombrereros*	3	1,1%	
caféteros	2	0,7%	
milicias	2	0,7%	
no figura	13	4,9%	
otros / no aclaran	56	21,3%	

* Artesanos

FUENTE: *Documentos para la Historia Argentina*, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 121-198.

Se ha tomado el padrón de extranjeros de 1804 por resultar el más completo y representativo sobre esta comunidad, dado que los padrones de 1807 y 1809, aunque mantienen su relación proporcional referida a los oficios con el padrón de 1804, registran imprecisiones que en muchos casos no resultan una muestra relevante de la situación de la comunidad.

También se encuentra que ciertas nacionalidades se inclinaban a desarrollar determinadas tareas: en el caso de los portugueses, una gran mayoría desempeñaba tareas portuarias y del río, como los carpinteros de ribera, calafates, patrones de lancha, pilotos y marineros, que constituyen casi un 20% del padrón. Le suceden en importancia los oficios de zapateros, sastres, comerciantes, quinteros y labradores, junto a un número considerable de aprendices, mozos y ayudantes.

Los artesanos en sí constituyen el grupo más numeroso de las ocupaciones de los portugueses, llegando su número a 76 y constituyendo el porcentaje más elevado de las mismas o sea el 29%. Los diversos oficios nos muestran una comunidad portuguesa integrada a los sectores más populosos en la vida cotidiana del Buenos Aires colonial, aunque la tendencia de los portugueses hacia los oficios del mar demuestra una inclinación de dicha comunidad por el trabajo de puerto (suman diecinueve los carpinteros de ribera y calafates) como el trabajo marino (veintidós en total son los pilotos, marineros, capitanes y patrones). Parte de las actividades del puerto estaban concentradas a comienzos del siglo XIX entre los portugueses considerados en general como hombres de mar, y para ello el padrón de 1804 resulta ser una muestra relevante.

Por la diversidad de oficios que requería una ciudad en desarrollo, se encuentra a otros portugueses integrados a la vida cotidiana del Buenos Aires de aquellos convulsionados días. La tendencia de los portugueses hacia los oficios portuarios y marítimos se complementó con su inclinación hacia el artesanado. Los zapateros que figuran en el padrón de 1804 son en su mayoría portugueses (de 25 zapateros que figuran en el padrón de extranjeros, 18 son portugueses, 3 genoveses, un milanés, un francés, un corso y un norteamericano). Tanto zapateros como sastres son oficios entre los que se encontraba una amplia mayoría de integrantes de esta nación, aunque también resultaron ser, de acuerdo a las declaraciones de bienes en 1804, los más pobres de los mismos.

Pero se debe tener también en cuenta que los cambios acaecidos en Buenos Aires entre 1780 y 1804 resultaron de gran magnitud respecto a la

población y los oficios. Lyman Johnson señala que los calafates y los carpinteros de ribera eran fundamentalmente españoles según el registro de artesanos de 1780. Para ese año, señala Johnson, había en la ciudad 23 calafates españoles, uno portugués y tres de Buenos Aires, mientras que los carpinteros de ribera eran treinta y tres españoles y ocho porteños, no habiendo portugueses.⁹⁰ Lo señalado por Johnson resulta pertinente, aunque cabe aclarar que hasta fines del siglo XVIII la industria naval rioplatense se limitó a la construcción de embarcaciones menores y el tráfico fluvial no era tan intensivo.

En 1783, según Alvear, el número de las lanchas del tráfico fluvial del Río de la Plata oscilaba alrededor de unas treinta embarcaciones.⁹¹ Estas lanchas se utilizaban no sólo en el comercio de ultramar sino también en el interior. Resulta interesante destacar el crecimiento que tuvo esa flota de cabotaje: en 1801, según nos señala en su crónica de viajes Félix de Azara, ya existían en Buenos Aires 170 goletas y lanchas dedicadas al tráfico de cabotaje. El aumento parece desproporcionado en comparación con el aumento de población de la ciudad en esos 18 años, pero da una clara idea del desarrollo y crecimiento de la economía rioplatense en esa época.⁹² El movimiento de astilleros, el incremento del comercio fluvial, como también la necesidad de tripulantes, fueron un gran incentivo para la inmigración de los portugueses con "oficios de mar", ocupando una franja considerable dentro del grupo de trabajadores.

En el Buenos Aires del período colonial tardío encontramos también otras comunidades de trabajadores extranjeros, como fue el caso de los italianos, en especial de genoveses, los cuales ocuparon un elevado porcentaje dentro de la comunidad.

Como grupo migratorio fue de aparición tardía en la colonia dado que nunca antes habían constituido un número considerable. Es muy probable que el crecimiento urbano de la ciudad a finales del período les otorgó posibilidades dentro de nuevas profesiones u oficios no vistos antes en la vieja colonia y que no aparecían en los padrones y registros con anterioridad. Para fines del período colonial los italianos concentraban en Buenos Aires los oficios que podríamos llamar "de la alimentación" (fabricante de fideos, cafete-

⁹⁰ *Ibidem*, pp. 289-291.

⁹¹ Wedovoy, "Estudio preliminar a Manuel José de Labarden", p. 16.

⁹² *Ibidem*, p. 16.

ros, confiteros y un fabricante de chocolate), lo que nos lleva a reformularnos algunas ideas preconcebidas para una ciudad que imaginábamos pobre en sus aspectos culinarios y en la que, estudios recientes nos demostraron que se consumía “algo más que asado y mate”.⁹³

Cuadro 5

Origen de los italianos de Buenos Aires 1804

CANTIDAD	ORIGEN	PORCENTAJE
56	Génova	62,9 %
6	Piamonte	6,7 %
4	Roma	4,5 %
4	Nápoles	4,5 %
3	Milán	3,4 %
2	Saboya	2,3 %
14	otros	15,7 %
TOTAL	89	100,0 %
(12 no aclaran)		

FUENTE: *Documentos para la Historia Argentina*, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 121-198.

⁹³ Los viajeros y la literatura tradicional hablan de una dieta de lo más elemental para la ciudad y campaña de Buenos Aires consistente en carne, algunas verduras, pasteles y mate. Felix de Azara cuenta que “no comen legumbres ni ensaladas, diciendo que son pasto, y se mofan de los europeos, que comen como los caballos y usan el aceite, otra cosa que les repugna mucho. No se alimentan absolutamente más que de carne de vaca asada, como lo hacen los charrúas, y sin sal. No tienen hora fija de comer y se limpian la boca con el lomo del cuchillo y las manos en las piernas o en las botas” (Azara, vol. 2, pp. 176-177). Correa y Wibaux, en su reciente trabajo titulado *Sabores de la pampa*, muestran el análisis de inventarios de pulperías y almacenes rurales y en donde han descubierto una interesante variedad de productos, de los cuales los habitantes del mundo rural podían proveerse y acceder al consumo. Encontraron más de cien productos, entre los que se destacan fideos, harina, pan, bizcochos, yerba, azúcar, aceite, vinagre, especias, legumbres, infusiones, dulces, entre otros, descontando que las verduras y hortalizas, lo mismo que la leche y los huevos, se producían en la zona y eran lo más común los platos con estos ingredientes (Correa y Wibaux, “Sabores de la pampa”, pp. 71-86).

Cuadro 6**Oficios y ocupaciones mayoritarias de los italianos de Buenos Aires
1804**

OCUPACION	CANTIDAD	PORCENTAJE
quinteros, labradores, y hortelanos	10	9,9 %
hojalateros	10	9,9 %
confiteros	6	5,9 %
fabricante de fideos	5	4,9 %
mercaderes	5	4,9 %
comerciantes	4	3,9 %
cocineros	4	3,9 %
herrerros	3	2,9 %
chancheros	3	2,9 %
pulperos	3	2,9 %
zapateros	3	2,9 %
tenderos y merceros	3	2,9 %
marinos	3	2,9 %
cafeteros	2	1,9 %
carpinteros	2	1,9 %
pintores	2	1,9 %
harineros	1	0,9 %
labrar chocolate	1	0,9 %
fabricante de velas	1	0,9 %
platero	1	0,9 %
otros / no aclaran	29	28,7 %
TOTAL	101	100,0 %

FUENTE: La misma del cuadro anterior

El cuadro anterior presenta una comunidad italiana muy diversificada en sus ocupaciones (con la excepción de los hojalateros, chaperos y los dedicados a los oficios de la alimentación). El grupo constituido por quinteros, labradores y hortelanos resulta numeroso, pero también lo es dentro de la comunidad portuguesa, debido al importante sector de la población que se dedicaba a ese tipo de tareas rurales.

Otras comunidades hispánicas, como fue el caso de los navarros, según Frías y García Belsunce, tuvieron mayores posibilidades de integración. La mayoría de ellos se dedicaron a los negocios mercantiles y hubo entre ellos, hacia fines del período colonial, 34 comerciantes de alto vuelo (es decir, importadores y exportadores), 11 comerciantes de condición económica y social más modesta, 25 funcionarios de la corona, algunos militares, un marino y tres zapateros (uno de ellos avenida más tarde a pulpero), un fabricante de sebo y un tallista.⁹⁴ Su condición de miembros de la corona les otorgó mayores posibilidades de integración dentro de la estructura burocrática española, cosa que para portugueses e italianos resultaba prácticamente imposible, sobre todo luego de los sucesos acaecidos durante la primera década del siglo XIX.

El caso de los trabajadores franceses es también singular. Según los datos del padrón de 1804, ellos constituían la comunidad más diversificada en cuanto a sus oficios, lo que implica un notable parámetro de inserción dentro de la sociedad colonial porteña por más que eran un número reducido de inmigrantes. Sin embargo de su pequeño número, los maestros panaderos franceses fueron conocidos en el Buenos Aires colonial; en el padrón estudiado aparecen dos maestros de primeras letras (uno de ellos se presentaba como "intérprete de la lengua francesa), ambos con residencia estable en Buenos Aires, uno casado con mujer porteña. Es la única comunidad de extranjeros que revela la ocupación de maestros en el padrón, y aunque éstos no se encuentren entre otras comunidades ello no significa que no los haya habido. De los 54 franceses censados 18 vivían en el cuartel número 13 de la ciudad, lo que constituye un 33 % de los mismos. También es el único grupo de extranjeros que logran cierta concentración dentro de un barrio, a diferencia de italianos, ingleses y portugueses, a quienes los encontramos dispersos por todos los cuarteles en que la ciudad se hallaba dividida.

⁹⁴ Frías, García Belsunce, pp. 45-53.

Cuadro 7**Oficios y ocupaciones mayoritarias de los franceses de Buenos Aires 1804**

OCUPACION	CANTIDAD	PORCENTAJE
Panadero	6	11,1%
comerciantes	3	5,5%
quinteros, labradores, y hortelanos	2	3,7%
maestros	2	3,7%
curtidor	2	3,7%
dependiente	2	3,7%
barberos	2	3,7%
fabricante de velas	2	3,7%
marineros	2	3,7%
herreros	1	1,8%
zapateros	1	1,8%
sastre	1	1,8%
tonelero	1	1,8%
vidriero	1	1,8%
fondero	1	1,8%
chanchero	1	1,8%
relojero	1	1,8%
afilador	1	1,8%
cafeteros	1	1,8%
carpinteros	1	1,8%
otros / no aclaran	20	37%
TOTAL	54	100,0 %

FUENTE: la misma que los cuadros anteriores.

Los franceses nunca constituyeron un núcleo sólido de inmigrantes durante el período colonial, su presencia se hace más visible después de la independencia; por ello, tan sólo en escasas ocasiones fueron puestos en

vigilancia. El caso más relevante fue el de 1761, cuando el procurador general de la ciudad de Buenos Aires efectuó una presentación ante el cabildo, a raíz de situaciones comprobadas por él mismo en la fabricación de pan (donde los maestros panaderos obtenían ganancias desmesuradas por cada fanega de trigo), y perjudiciales para el bien común. El mismo procurador propuso el destierro de los panaderos extranjeros para erradicar esta codicia. Sin embargo, su reclamo no fue tenido en cuenta por las autoridades salvo como un simple llamado de atención.⁹⁵

Más allá de este episodio, los inmigrantes franceses comenzaron a ser observados a partir de la revolución de 1789. Posteriormente, la figura de Santiago de Liniers, luego de las invasiones inglesas, trasladó a un primer plano la problemática de los franceses por estas márgenes del imperio.

Santiago de Liniers, francés de nacimiento, después de cumplir servicios para la corona española como oficial naval, y de haber participado en la expedición de Pedro de Cevallos en 1776, reapareció en el Río de la Plata como capitán de puerto, a cargo de la vigilancia del estuario contra la presencia de posibles barcos enemigos. A raíz de la guerra con Francia, sus enemigos hicieron llegar anónimos al virrey acusándolo de conspirar a favor de la revolución de 1789, lo que demuestra que su persona era polémica desde antes de los sucesos con Inglaterra, incluso, en 1795, tuvo un enfrentamiento con Martín de Álzaga; éste hizo aprender a su capataz, José Bloud, en un pequeño proceso contra los franceses de Buenos Aires acusados de conspiración. Luego de constituirse en el héroe del rechazo al invasor inglés, Liniers fue la figura destacada de Buenos Aires, y sobre quien recayó la dirección del gobierno, lo que causó, por su condición de francés, demasiados roces y conflictos dentro de la ciudad.⁹⁶

Por lo que respecta a otro grupos, como las llamadas castas y negros, Nidia Areces ha señalado que en el Buenos Aires de las dos últimas décadas del siglo XVIII “se registró un movimiento de opinión que proponía el alejamiento de los esclavos y personas de color de las actividades artesanales, y que dicho grupo sostenía que los criollos y peninsulares no realizaban trabajos manuales debido a la infamia que constituía para ellos el contacto con las castas consideradas inferiores”.⁹⁷

⁹⁵ Yanzi Ferreira, p. 227.

⁹⁶ Cutolo, p. 201.

⁹⁷ Areces, “Las sociedades urbanas coloniales”, p.175.

No hay más referencia de este movimiento, pero en los registros se observa que más allá de los conflictos sociales y tensiones raciales que podía generar la convivencia entre blancos, negros, indios y mestizos, los extranjeros subsistían dentro de esta sociedad ocupándose de los oficios más diversos y compartiendo su trabajo cotidiano con las castas, más allá de toda opinión adversa.

Consideraciones finales

Resulta singular que durante la primera década del siglo XIX Buenos Aires haya tenido una situación heterogénea en sus aspectos políticos y sociales. Sin duda, las nuevas circunstancias políticas dieron lugar a una problemática diferente y novedosa a la que la ciudad y sus habitantes no pudieron permanecer ajenos. La crisis en que se sumergió el mundo europeo con la invasión napoleónica a la península ibérica en 1808, trajo consigo consecuencias políticas inevitables que modificaron la situación de la ciudad, demasiado vulnerable por su posición geográfica dentro del espacio atlántico. El traslado de la familia real portuguesa a Río de Janeiro fue otro motivo de alerta para la región y en todos estos casos los grupos de extranjeros residentes en la ciudad fueron objeto de control y observación por parte de la corona. Sin embargo, los padrones y algunos documentos contemporáneos a los sucesos parecen revelar una realidad paralela. El arribo constante de portugueses, italianos, franceses e ingleses refleja un mundo en el cual todos encontraban un lugar adecuado. Curioso resulta que los ingleses de Buenos Aires, luego de las invasiones de sus coetáneos, debieron tomar recaudos por un tiempo, pero ello duró unos pocos meses y en breve volvieron a sus tareas cotidianas en el trabajo y el comercio. La inserción de los extranjeros dentro del mercado de trabajo portuario, oficios y artesanado, permiten esbozar nuevas miradas sobre ellos en Buenos Aires hacia la primera década del siglo XIX. Para estos individuos que buscaban su lugar dentro de la sociedad, el impacto del crecimiento urbano pareció ser una tentación superior al impacto político de los sucesos previos a la Revolución de Mayo.

A pesar de las políticas de control de la limitación a extranjeros para afinarse en Buenos Aires, su ingreso a la ciudad durante todo el período colonial parecía ser una constante que desafiaba a la autoridad, y ese flujo no fue interrumpido durante la primera década del siglo XIX. El ingreso al mercado de las manufacturas, al artesanado y al comercio, sedujo igualmente a todos los extranjeros que tendieron lazos de unión entre Europa y el continente ameri-

cano, hasta que la revolución y el largo proceso generado por ella transformó ese destino de manera definitiva.

Aunque diferenciados entre ellos en sus comportamientos, modos de vida y costumbres, los extranjeros de Buenos Aires, y principalmente los portugueses, tenían en común esa necesidad de inclusión inmediata en la sociedad, buscando por todos los medios alejarse de la “molestia” que su nacionalidad les otorgaba, persiguiendo la integración social como fin último de sus actitudes.

Debe considerarse que Buenos Aires desde sus orígenes se había constituido como un espacio de frontera; de este modo, los vínculos lusoespañoles en su dinámica fueron una constante, y luego de la fundación de la colonia del Sacramento en 1680 por parte de la corona portuguesa, el vínculo de sociedad de frontera se consolidó todavía más. Para los portugueses, Buenos Aires era una alternativa más dentro del espacio atlántico (en el litoral brasileño) y la que, por su crecimiento hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, les podía permitir una vida mejor. Su pertenencia a la corona española era una circunstancia relativa y por ello las relaciones hispanolusitanas se dieron de manera particular en su interior. Así, los individuos habitantes de este espacio percibían la realidad de frontera como lo cotidiano, más allá de las relaciones políticas entre ambas coronas ibéricas y sus consecuencias, y esto era un factor fundamental para la llegada constante de portugueses metropolitanos de todos los sectores sociales al Río de la Plata.

Los extranjeros, a pesar de una supuesta legislación vigente en su contra, se arrojaron a la ciudad de Buenos Aires adaptándose a la vida cotidiana rioplatense desde sus remotos comienzos con total normalidad.

Para el período colonial tardío, Buenos Aires era una ciudad diferente del resto de Hispanoamérica, tanto en términos de su cultura como en sus manifestaciones sociales y en su crecimiento poco común. Tal vez esto la hacía más seductora para los grupos migratorios que se instalaron en ella. Lo cierto es que estos extranjeros se integraron mayoritariamente en los sectores artesanales y agrícolas de Buenos Aires buscando nuevas posibilidades de vida y de progreso, aunque la mayoría de las ocasiones no lo lograron, ya que sólo un grupo reducido de extranjeros se integró a los sectores medios y altos vinculados a los grandes comerciantes y tratantes de esta singular sociedad porteña tardocolonial.

Sin embargo, a comienzos del siglo XIX la situación había cambiado demasiado en un breve lapso, y un Estado, que siendo poderoso no pudo

controlar la inmigración clandestina, mucho menos pudo hacerlo durante su agonía. La victoria sobre los ingleses durante la primera invasión otorgó una conciencia de poder totalmente renovada, la que se reforzó más aún luego de la segunda invasión. Buenos Aires se había defendido sin la ayuda de España y ni siquiera de Perú. Su población nativa dio muestras de poder político deponiendo al virrey y repeliendo al invasor; sin embargo, las circunstancias demostraron que todavía quedaba un largo camino por transitar.⁹⁸

Por otra parte, luego de las invasiones inglesas, se concentró en las fuerzas militares el control regente del virreinato, otorgando a la élite de comerciantes y burócratas una nueva base de poder local y a la plebe una singular presencia en la escena pública. Todo esto significó un cambio de hábitos y una vía de ascenso para algunos individuos sin fortuna y sin formación militar, los cuales encontraron una alternativa de progreso y un medio eficaz para ganarse la vida.⁹⁹ Dentro de estos nuevos actores se observa que algunos hijos de extranjeros encontraron su lugar en la sociedad. Así, José Pereira Lucena, hijo del mercader portugués Francisco Pereira Lucena, fue alcalde del cuartel 5 de la ciudad de Buenos Aires, y “curiosamente” el encargado de relevar y llevar a cabo la lista de extranjeros que debían ser extraditados de ese cuartel para el registro de 1804, tarea que cumplió puntillosamente. Su situación dentro de la sociedad porteña reveló notables pautas de integración a la misma. Su hijo, también llamado José, fue el primer oficial de jerarquía muerto en las guerras de independencia en 1811, figurando su nombre en la Pirámide de Mayo. Su nieto resultó un destacado médico de Buenos Aires que murió en la epidemia de fiebre amarilla.¹⁰⁰

La actitud de José Pereira Lucena como alcalde del cuartel no parece haber sido una excepción. José Botello o Botelho había nacido en Río de Janeiro y se trasladó a Buenos Aires en el año 1795, dedicándose al comercio mayorista de vinos. En poco tiempo fue nombrado alcalde de barrio en el cuartel 16 de la ciudad y en ejercicio de sus funciones empadronó en 1804, 1807 y 1809 a todos los extranjeros habitantes de su distrito, portugueses como él en su mayoría, tarea que también se esmeró en realizar correctamente sin contemplar excepciones. Botello se casó en Buenos Aires con Josefa, hija de Tomás de Andonaegui, integrándose de modo más intenso a la sociedad por-

⁹⁸ Floria, García Belsunce, p. 244-245.

⁹⁹ Goldman, p. 34.

¹⁰⁰ Cutolo, vol. V, p. 425

teña tardocolonial. Sus hijos lograron una vida destacada durante el período independiente y logró casar a su hija Josefa María con Lucas Vivas, destacado comandante de los húsares de Pueyrredón durante las invasiones inglesas.¹⁰¹

Los cambios políticos trajeron aparejados cambios sociales y económicos en una sociedad que estaba asistiendo a una transformación inusitada. El haber logrado promover un movimiento político contra los británicos solamente pudo tener fundamento en las circunstancias de 1806 al traducirlo en términos militares. Esta acción revolucionó a toda la comunidad rioplatense y abrió el camino hacia la transformación social y política de esta parte del imperio español, región donde había demostrado su fragilidad y sus inevitables síntomas de agotamiento.¹⁰² A partir de ese momento, las circunstancias políticas y sociales perfilaron un nuevo horizonte ideológico y una nueva hegemonía del poder en el Río de la Plata.

Cabe una última pregunta acerca del arribo de extranjeros a Buenos Aires y esta se refiere a su “relativamente frágil” situación dentro del mundo porteño tradocolonial. ¿Qué motivos podían llevar a un inmigrante a salir de su tierra e instalarse en un lugar que, aunque le posibilitara el ascenso económico, lo enfrentaba a una legislación adversa, un panorama político incierto y peligroso, y a la discriminación de una sociedad que lo observaba despectivamente? Tal vez la respuesta se encuentre no en este trabajo sino en la historia misma de la inmigración, dado que, hasta el día de hoy, esa es la situación a la que se enfrentan cotidianamente -dentro de la sociedad receptora- los individuos que migran, y sin embargo deciden quedarse, persiguiendo... soñando su utopía.

Los extranjeros de Buenos Aires constituyeron un grupo social que, aunque dispar, tenía un común interés de integración dentro del complejo mosaico de esa sociedad rioplatense tardocolonial *fronteriza, mestiza y periférica*, que se iba convirtiendo en nuclear. Integración que se vio consolidada definitivamente cuando muchos de los hijos de ellos desempeñaron un papel fundamental en las guerras de independencia abrazando la carrera militar o integrándose a la sociedad activamente (a través de las transformaciones acaecidas con la revolución), con una intensa participación en la vida nacional independiente. Los casos de Martín Rivero de los Santos y José Pereira Lucena, como tantos otros, resultan un concreto ejemplo de ello.

¹⁰¹ Molina, *Genealogía de los Hombres de Mayo*, pp. 76-77.

¹⁰² Ferns, H. S., p. 42.

FUENTES

Archivos

Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina

AGN X 9-5-5

AGN X 31-11-3

Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, La Plata, Argentina

AHPBA. JC.1800 34-2-25. Causa criminal seguida contra Domingo Duarte por haber herido con cuchillo a Manuel Angulo.

AHPBA. JC. 1786. 7-2-102. Causa seguida contra Sosa Félix por muerte a Francisco Ortiz

Documentos

Azara, Félix, *Viajes por la América Meridional*, Madrid, Ed Calpe, 1923.

Archivos parroquiales. Actas de matrimonios, Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, Centro de Historia Familiar, La Plata.

Bando de los Virreyes y Gobernadores del Río de la Plata (1741-1809). Buenos Aires. Archivo General de la Nación. 1997. Libro 1 folios 19-20.

Bando del virrey Rafael de Sobremonte, ordenando la presentación en el término de un mes de todos los extranjeros, para que declaren la religión que profesan, el lugar de nacimiento, el estado, la ocupación y los bienes raíces o muebles que posean. Libro 8 f. 217, Facultad de Filosofía y Letras. *Documentos para la Historia Argentina. Territorio y población* Vol XII. Padrones complementarios de la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, Compañía Sud Americana de Billetes de Banco, 1919.

Fernandez Burzaco, Hugo, *Aportes biogenealógicos para un padrón de habitantes del Río de la Plata*. Buenos Aires, Buenos Aires, S/ed, 1986-1991, 6 vols.

Matraya y Ricci, Juan J., *Catálogo Cronológico de las Pragmáticas, Cédulas, Decretos, Ordenes y Resoluciones Reales generales emanados después de la Recopilación de las Leyes de Indias*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 1978.

Vazquez Mansilla, Roberto, "*Matrimonios de la Iglesia Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires 1737-1869*", Buenos Aires, Fuentes históricas y genealógicas argentinas, 1988.

Libros

- Balmori, Diana, y otros, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*, México, FCE, 1990.
- Bentancur, Arturo Ariel, *El puerto colonial de Montevideo. Guerras y apertura comercial: tres lustros de crecimiento económico 1791-1806*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1997 – 2000, 2 tomos.
- Castelli, Jorge, *El delicado umbral de la tempestad. Cuestiones de un general inglés*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.
- Comadrán Ruiz, Jorge. *Evolución demográfica argentina durante el período hispano (1535-1810)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.
- Cutolo, Vicente O. *Nuevo diccionario biográfico argentino. 1750-1930*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1985.
- Devoto, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
- Fernández Alves, Jorge, *Os Brasileiros. Emigração e retorno no Porto otocentista*, Porto, Graficos Reunidos Ltda., 1994.
- Ferns, H. S. *Gran Bretaña y Argentina en el Siglo Diecinueve*, Buenos Aires, 1966.
- Floria, García Belsunce, *Historia de los Argentinos*, Buenos Aires, Larousse, 1994.
- Frias, S. García Belsunce, *De Navarra a Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto Americano de Estudios Vascos, 1996.
- García Belsunce (Dir). *Buenos Aires 1800-1830*. Buenos Aires, Emecé, 1976.
- Johnson, L. - Tandeter, E. (Comp.) *Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina. (S XVIII)*, Buenos Aires, F.C.E, 1992.
- Lockhart, James, *El Mundo Hispanoperuano. 1532-1560*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Mayo, Carlos (editor) *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770-1870)*. Buenos Aires, Biblos, 2000
- Mayo, Carlos, (editor). *Pulperos y pulperías de Buenos Aires 1740-1830*, Mar del Plata, Facultad de Humanidades, 1996.
- Molina, Raúl (Dir), *Genealogía de los Hombres de Mayo*, Buenos Aires, Revista del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, 1961.
- Pueyrredón, Carlos, 1810. *La Revolución de Mayo según amplia documentación de la época*, Buenos Aires, Editorial Peuser, 1953.
- Sanchez Albornoz, Nicolás, *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Madrid, Editorial Alianza, 1973.

- Sarramone, A, *Los abuelos inmigrantes. Historia y sociología de la inmigración argentina*, Azul, Editorial Biblos Azul, 1999.
- Socolow, Susan, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: Familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991.
- Sweet, D. Nash, G. *Lucha por la supervivencia en la América Colonial*, México, FCE, 1987.
- Taulliard, *Los planos más antiguos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1940.
- Tejerina, Marcela, *Portugueses en Buenos Aires: actividades comerciales, portuarias y navieras (1777-1808)*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2001.
- Tejerina, Marcela, *Luso- Brasileños en el Buenos Aires virreinal*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2004.

Capítulos de libro

- Areces, Nidia, "Las sociedades urbanas coloniales", Tandeter, E. (Dir), *Nueva Historia Argentina*. tomo 2 La Sociedad Colonial, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000, pp. 145-187.
- Brading, David. "La España de los Borbones y su imperio americano". Bethell, Leslie (ed). *Historia de América Latina*, Barcelona, Editorial Crítica, 1990, Vol 2, pp 94-97.
- Correa, C. Wibaux, M, "Sabores de la pampa. Dieta y Hábitos de consumo en la frontera bonaerense" Mayo, Carlos (editor) *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770-1870)*. Buenos Aires, Biblos, 2000, pp. 71-86.
- Goldman, Noemí, "Crisis imperial, Revolución y Guerra (1806-1820)", *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998, pp.21-69.
- Johnson, Lyman. "Francisco Baquero: Zapatero y organizador (Río de la Plata, Siglos XVIII y XIX)". Sweet, D. Nash, G. *Lucha por la supervivencia en la América Colonial*, México, FCE, 1987.
- _____. "La historia de precios en Buenos Aires durante el período virreinal". Johnson, L. Tandeter, E. *Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina, siglo XVIII*. Buenos Aires. FCE. 1992. pp153-190
- Mallo, Silvia. "Ingleses y Angloamericanos en Buenos Aires 1770-1850", *Estudios de Historia, Enrique Barba In memoriam*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1994, pp. 325-336.

- Tejerina, Marcela, "Los portugueses al servicio de España y sus vínculos comerciales con el Brasil". Silva, Hernán, *Navegación y comercio rioplatense*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1998, pp. 135-179
- Wedovoy, Enrique, "Estudio preliminar a Manuel José de Labarden". *Nuevo Aspecto del Comercio en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial Raigal,

Artículos en publicación periódica

- Goldberg, Marta, "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires. 1810-1840", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Abril- junio 1976, Nro 61, pp. 75-99.
- Johnson, Lyman, "La población de Buenos Aires en 1744, 1778 y 1810", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Abril 1979, Nro 73, p.107-119.
- Johnson, L. Socolow, S. "Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Octubre-diciembre 1980 Nro 79, pp. 329-349.
- Mörner, Magnus, "Panorama de la sociedad del Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII", *Estudios Americanos*, 1959, Nro 92-93, pp. 203-216.
- Sanchez Alborno, Nicolás, "El primer traslado transatlántico: La migración española hacia el Nuevo Mundo. 1493-1810", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 10 Nro 31, Buenos Aires, CEMLA, 1995, pp. 747-757.
- Tau Anzoategui, Víctor. "Una defensa de los extranjeros en el Buenos Aires de 1743", Buenos Aires, VI Congreso Internacional de Historia de América, Academia Nacional de la Historia, 1982, Vol IV, pp 275-283.
- Yanzi Ferreira, Ramón, "Expulsión de extranjeros en el Buenos Aires colonial", *Revista de Historia del Derecho*, Dr Ricardo Levene, Buenos Aires, 1995, Nro. 30, pp. 213-229.

Tesis de Doctorado

- Johnson, Lyman, *The artisans of Buenos Aires during the Viceroyalty (1776-1810)*, Ph. D. The University of Connecticut, 1974, Mimeo.

NUEVOS ESCENARIOS, NUEVAS MEDIACIONES

Política y religión en el Buenos Aires rural en tiempos de la ocupación francesa de España

María Elena Barral

CONICET-Universidad Nacional de Luján

Introducción

Cuando en 1808 llegaron a Buenos Aires las noticias acerca de las abdicaciones de Bayona y el nombramiento de José Bonaparte como rey de España, una buena parte de sus familias notables y algunas de las instituciones donde concentraban su intervención, como el cabildo de Buenos Aires, se sintieron en peligro. La máxima autoridad por entonces, el virrey Santiago de Liniers, era de origen francés, y sobre él se alzaron fundadas sospechas acerca de su amistad con algunas de las figuras destacadas del nuevo gabinete de José I y de su fidelidad al monarca español.

Estas prevenciones se sumaron a la popularidad del virrey entre la plebe de Buenos Aires, que la élite porteña se negaba aceptar. Hay que recordar que, producto de su heroica actuación en las invasiones inglesas —en particular, en la Reconquista de 1806—, Santiago de Liniers había sido aclamado virrey. Por su parte, el cabildo, y en particular Martín de Álzaga, alcalde de primer voto, habían sido los protagonistas de la nueva victoria frente a los ingleses en 1807.¹⁰³

Todos ellos, ante las noticias de las abdicaciones borbónicas, actuaron desde distintas posiciones, como atrincherarse en el cabildo o escuchar las propuestas de la infanta Carlota Joaquina y sus ambiciones de convertirse en regente de los dominios españoles en América. La corte portuguesa había llegado a Río de Janeiro escoltada en su travesía atlántica nada menos que

¹⁰³ Halperín Donghi, *Revolución y guerra*.

por el enemigo inglés. Por su parte, la corona española había favorecido, previamente, la ocupación del territorio metropolitano portugués. A pesar de situación tan delicada, las partes parecían buscar más el acuerdo que el choque. El carlotismo reunía adhesiones en Buenos Aires entre algunos de los futuros prohombres de la Revolución de Mayo y, a la vez, los contactos que establecía Liniers con algunos de los enviados alertaban al cabildo sobre los planes del virrey para liberar el comercio entre el Río de la Plata y la América lusitana y favorecer así los intereses mercantiles de sus allegados.

Napoleón también envió a su comisionado a estas orillas. El marqués de Sassenay era dicho emisario en el Río de la Plata. Emigrado como Liniers, llegaba con los pliegos desde Bayona y una cadena de impresos, en que incluía las abdicaciones y la renuncia de la dinastía en favor de Napoleón. El nuevo emperador pedía al virrey el “cumplimiento de lo que contienen los impresos”, por parte de “un pueblo que se ha portado con la mayor energía y fidelidad”, al tiempo que ordenaba suspender la proclamación de Fernando VII.¹⁰⁴ Todos los papeles –considerados “seductivos contra la dinastía española” por las autoridades locales– se echaron al fuego.¹⁰⁵

En efecto, pese a las probables simpatías que Sassenay pudo suscitar –en Liniers y en otros sectores de la élite local– el virrey rechazó la traslación de la corona a la nueva dinastía, por lo que expulsó al emisario napoleónico y anticipó la jura a Fernando VII como muestras de su celo monárquico, “porque el asunto era de la mayor gravedad y debía hacerse entender al público a través de una proclama que debía darse a prensa”.¹⁰⁶

El 21 de agosto tenía lugar la jura de Fernando VII y lo proclamaron en la plaza mayor de Buenos Aires, las plazuelas y los pórticos de los conventos de Santo Domingo y la Merced con las voces “Castilla y las Indias, Castilla y las Indias, Castilla y las Indias, por nuestro rey el señor don Fernando VII, que Dios guarde”.¹⁰⁷ Se cerraban así trece días de “grandes alegrías y fiestas de todo el pueblo”¹⁰⁸ y al día siguiente tenía lugar el tradicional *Te Deum*. En acuerdo del 22 de agosto los regidores del cabildo convinieron:

¹⁰⁴ Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires (en adelante AECBA), Serie IV, tomo III, p. 176: 13 de agosto de 1808.

¹⁰⁵ AECBA, Serie IV, tomo III, p. 177, 13 de agosto de 1808.

¹⁰⁶ AECBA, Serie IV, tomo III, p. 178: 14 de agosto de 1808.

¹⁰⁷ AECBA, Serie IV, tomo III, p. 183: 21 de agosto de 1808.

¹⁰⁸ *Diario de un soldado*, Buenos Aires, AGN/Comisión Nacional Ejecutiva, 1960, p. 212.

que para electrizar más y más la acreditada lealtad de este vecindario, y disipar del todo el disgusto y sensible emoción que le causó la venida del emisario francés, se eche una proclama enérgica que aludiendo a la proclamación y jura practicada la tarde de ayer les inspire aún mayor confianza y unión de sentimientos que los que tan debidamente les han granjeado la estimación pública y constituyen su verdadero carácter.¹⁰⁹

La proclama subrayaba:

No se escuchará entre nosotros otra voz que la del monarca que habéis jurado; no se reconocerán relaciones distintas de las que nos unen a su persona, y afianzando sus derechos en vuestro fiel y constante vasallaje será éste el mejor apoyo de las tendencias que aquellos pueden tener al origen de que dimanen. ¡Con cuánto asombro recibirán los enemigos de vuestro sosiego la noticia de una resolución tan magnánima!¹¹⁰

Al día siguiente, la llegada del *José Manuel de Goyeneche* desde Cádiz con los pliegos del real servicio renovaba las noticias: la renuncia de la dinastía, el levantamiento de España contra Napoleón, la centralización de las juntas en la Junta Suprema de Sevilla, la declaración de guerra contra Napoleón por parte de esta Junta y el firme propósito de obtener la lealtad de la colonias en América, así como su auxilio económico en la guerra “contra el invasor”.

Una nueva proclama del virrey situaba las proezas de los porteños desde 1806, una tras otra, reconociendo en su coherencia el sentimiento de lealtad al monarca:

Nos hemos reconquistado, nos hemos defendido de un enjambre de enemigos empeñados en nuestra ruina y no hemos titubeado un momento entre las ofertas lisonjeras (pero pérfidas) del emperador de los franceses para mantenerse fieles a nuestro legítimo soberano.¹¹¹

¹⁰⁹ AECBA, Serie IV, tomo III, p. 184: 22 de agosto de 1808.

¹¹⁰ AECBA, Serie IV, tomo III, p. 185: 22 de agosto de 1808.

¹¹¹ Proclama de Liniers a los “Nobles e incomparables habitantes de las Provincias del Río de la Plata”, Imprenta de Niños Expósitos, 27 de agosto de 1808.

La Banda Oriental, que había jurado al rey antes que Buenos Aires, recorrería otro camino: había formado una junta a imitación de las peninsulares, lo que condujo a la ruptura con el virrey en Buenos Aires. Con la secesión, Francisco Javier de Elío se distanciaba de quien lo había nombrado gobernador militar de la plaza de Montevideo luego de las invasiones inglesas, y se unía a las prevenciones que el cabildo de Buenos Aires acopiaba contra el virrey Liniers.

La alianza entre el virrey y el cabildo porteño, forjada durante las invasiones inglesas, acumulaba signos de deterioro. El cabildo había nombrado a Liniers regidor perpetuo y promovido su designación como virrey interino en mayo de 1808. Esta designación coronaba su carrera en la burocracia imperial, donde ostentaba los cargos de capitán del puerto, gobernador de las misiones y jefe de la estación naval de Buenos Aires. Liniers fue el primer “ídolo popular” de la Buenos Aires virreinal. Entre las milicias y la plebe su popularidad era indiscutible.¹¹²

El enfrentamiento entre el cabildo y el virrey Liniers estalló con un tumulto en la plaza mayor, el llamado motín de Álzaga. El 1 de enero de 1809, una delegación del cabildo, auxiliado por algunos regimientos de milicias europeas, exigía la renuncia del virrey y el establecimiento de una junta, temerosos de ser desplazados por partidarios del virrey. En esta oportunidad el virrey era rescatado de una inminente renuncia por los regimientos de milicias que les eran leales, en su mayoría criollos.

Precauidos de las consecuencias que podría tener la consolidación de un administrador demasiado popular, y de un polo de poder peligrosamente autónomo desde el proceso abierto por las invasiones inglesas, y aprovechando la finalización de su interinato como virrey, Liniers fue reemplazado por Baltasar Hidalgo de Cisneros.¹¹³

Las expresiones antinapoléonicas

Las invasiones inglesas habían introducido cambios importantes en la sociedad porteña. Una de ellas fue la movilización de las milicias y su nuevo –y futuro– protagonismo en la política local. Estos acontecimientos también

¹¹² Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo!*

¹¹³ Halperín Donghi, *Revolución y guerra*.

dieron la oportunidad para poner en evidencia los primeros balbuceos de la opinión pública a través de la circulación de impresos y folletos donde se transmitían los principales acontecimientos de aquellos días de 1806 y 1807.¹¹⁴ La crisis de 1808 también produciría una proliferación de hojas volantes y folletos impresos en la ciudad capital del virreinato.

Esta multiplicación de publicaciones no era exclusiva del Río de la Plata. Como también sucedió en Nueva España, en estas orillas se seguía el ejemplo de la metrópoli.¹¹⁵ En gran medida se trataba de reimpresos de publicaciones peninsulares y la coyuntura crítica de 1808-1810 favoreció el aumento de las concernientes a temas político-patrióticos en relación con las más tradicionales referidas a cuestiones religiosas –novenarios, rogativas, catecismos, sermones–, aunque este último tipo de referencias inundarían a los nuevos textos.

Entre muchos de los papeles que circularon por Buenos Aires por esos meses –impresos o reimpresos por la Imprenta de Niños Expósitos– se encuentran exhortaciones y arengas incitando a la lucha contra el invasor, composiciones poéticas contra Francia, las proclamas o circulares del cabildo, o del virrey Liniers, informando sobre las contribuciones patrióticas, condenando la asonada del 1 de enero de 1809 o adelantando las informaciones de las gacetas inglesas o madrileñas. La imprenta también publicaba artículos periodísticos de origen inglés incluidos en *La Gazeta*, lo mismo que los decretos del Consejo de Indias, de Fernando VII y de la Junta Suprema de Sevilla (y su declaración de guerra a Napoleón) o las cartas de la infanta Carlota Joaquina al virrey y a los porteños invitándolos a “fomentar y conservar en todos, y en cada uno de los individuos que representáis, esos mismos sentimientos tan necesarios al bien común de la patria, y a la segura defensa de los derechos y soberanía de mi muy querido hermano Fernando VII, y demás individuos de mi augusta y real familia de España”.¹¹⁶

Se reimprimían en la Imprenta de Niños Expósitos los textos del cabildo eclesiástico de Málaga haciendo causa común con el reino de Granada; las proclamas a los habitantes de Arcos de la Frontera, de Tarifa, Cádiz o Santan-

¹¹⁴ Garavaglia, *Construir el estado, inventar la nación*.

¹¹⁵ Guerra, *Modernidad e independencias*.

¹¹⁶ “Carta de la Serenísima Sra. Infanta de España, doña Carlota Joaquina de Borbón, al Exmo. Cabildo de Buenos Aires, Imprenta de los niños expósitos, año de 1809”, en *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época* (Augusto Mallié, Comp.), tomo 1, Buenos Aires, 1965, pp. 123-125.

der; la del emperador de Marruecos, de La Mancha o de Orense; la de la junta general del principado de Asturias y Sanlúcar de Barrameda; un oficio del reino de Galicia al virrey del Río de la Plata; diarios de Valencia o La Coruña, o la descripción de las batallas que los catalanes ganaban a los franceses.

Era habitual que la población tuviera acceso al contenido de estos impresos a través de la lectura en voz alta en las casas o en los cafés, que ya por esa época se habían multiplicado en la ciudad y se habían sumado a los más tradicionales lugares públicos como las plazas, los mercados y las pulperías. Los nuevos espacios –cafés, billares y hoteles– comenzaban a adquirir mayor especificidad en cuanto a su clientela y a su función social diferenciándose de las pulperías más populares y presuntamente delictivas. La “sociabilidad asociativa”, por su parte, se canalizaba a través de cofradías y terceras órdenes y comenzaban a proyectarse las sociedades patriótico-literarias que instaurarían nuevos espacios públicos aunque limitados a la élite.¹¹⁷

Estos impresos desbordaban de referencias al demonizado Napoleón. En las décimas tituladas *Odio a la Francia* podía leerse:

En la argentina ribera
canta un cisne aragonés
contra el maldito francés
con armonía severa
y pues de aquella manera,
por ser también de Aragón,
se encierra en su corazón
el mismo odio, y con cantar
te quieres desahogar,
yo te daré la lección.¹¹⁸

En la misma composición los cadáveres franceses se presentaban como “más venenosos que el diablo”, se invocaba la ayuda de la virgen del Pilar, se evo-

¹¹⁷ González Bernardo, “La Revolución Francesa y la emergencia de nuevas prácticas de la política”, en Batticuore, *La mujer romántica; Guerra, Modernidad e independencias*.

¹¹⁸ “Odio a la Francia. El discípulo de la calandria del Paraná, D. Pedro Tuella, al cisne de la ribera argentina, D. Gervasio Algarate, ambos aragoneses”, Imprenta de los niños expósitos, año de 1809, en *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época* (Augusto Mallié, Comp.), tomo 1, Buenos Aires, 1965, p. 19.

caba la imagen de la Jerusalén cautiva y se igualaba a los “afrancesados avarientos” a monstruos de “mil bocas, todas abiertas, todas insaciables”.

En la Pascua de 1809 la ceremonia de la quema del Judas –registrada para los años anteriores por viajeros y damas porteñas ilustres¹¹⁹ adoptaba un sesgo particular. Ahora los Judas eran el mismo Napoleón, los cuales “al tocar las aleluyas ardieron con tanta concurrencia a la novedad de haberse perdido o ya olvidado los Judas y convertidos en franceses”. Aquella noche se colgó la figura de Marat, “que fue quemado al son de músicas”.¹²⁰

Por su parte, la sucesión de circulares de las distintas autoridades –también publicadas en forma de impresos– permitían reconocer los conflictos entre el cabildo de Buenos Aires y el virrey, entre éste último y Montevideo, así como las listas de los contribuyentes que habían respondido al pedido de auxilio de la metrópoli. Un “Aviso al público” se dirigía a quienes queriendo contribuir el rubor de sus “cortas erogaciones” se lo impedía. Para que nadie contuviera su “ardor patriótico” el comandante de Arribeños recogería por los arrabales y la campaña toda especie de donativo.¹²¹

Claro que no sólo se acudía a la generosidad de los vasallos, sino que también se imploraban los auxilios de Dios a través de novenarios y rogativas. En Buenos Aires se buscó la intermediación de su patrono, San Martín de Tours. El último día de la novena se hicieron las rogativas y letanías de los santos. En todas las funciones se suplicaba su protección a favor de las armas españolas y la restauración del soberano a su solio.

El cabildo de Luján –el único ayuntamiento erigido en las zonas rurales de Buenos Aires, una zona conocida en las fuentes como la campaña bonaerense– también realizaba sus proclamas y solicitaba contribuciones patrióticas a la población de los partidos que administraba para socorrer a “nuestro amado monarca hasta que consigamos el restituir a su corona de que se halla destronado”, y exhortaba y convidaba “a sus amados compatriotas lujaneros para que cada uno concorra con su donativo, bien sea en dinero, cueros, ganado, grasa o sebo.”¹²² Los encargados de reunir las contribuciones eran el párroco –que se había adelantado al cabildo y había realizado su propia exhortación desde el púlpito primero y luego desde la prensa– y un regidor del

¹¹⁹ Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior; Un Inglés, Cinco años en Buenos Aires*, y Mariquita Sánchez, *Recuerdos del Buenos Aires virreinal*.

¹²⁰ *Diario de un soldado*, Buenos Aires, AGN/Comisión Nacional Ejecutiva, 1960, p. 229.

¹²¹ “Aviso al Público”, Imprenta de Niños Expósitos, 3 de septiembre de 1808.

¹²² Acuerdos del Cabildo de Luján (en adelante ACL), 22 de septiembre de 1808.

cabildo. Párrocos y alcaldes compartían funciones en la campaña bonaerense y, para estos años, irían consolidando una dupla que se disputaría en forma paulatina el liderazgo comunitario. De sus mediaciones también dependían las formas de transmisión de las noticias y comunicaciones oficiales en el contexto de la crisis que se abre en 1808.

¿Qué papel pudo tener el clero rural en la difusión de determinadas imágenes?, ¿en qué registro pudieron vivirse en estas zonas las noticias acerca de la invasión napoleónica a España? Pese a que aún no se ha estudiado en forma sistemática las formas de circulación de la información en estas áreas –y menos aún su papel en esta coyuntura particular–, de lo que no hay demasiadas dudas es acerca del papel de los párrocos como intermediarios desde las primeras décadas del siglo XIX.¹²³ Las siguientes páginas buscan mostrar algunas de las funciones políticas desempeñadas por los párrocos, su papel en los procesos de articulación social y sus formas de intervención más habituales en esta región. Esta forma particular o local de ejercer el ministerio parroquial configuró una actuación deseable por parte de los eclesiásticos en los momentos iniciales de la crisis de la monarquía española que se analizan en el presente libro.

La campaña bonaerense

La imagen de estas áreas rurales ha cambiado sustancialmente como consecuencia de un conjunto de investigaciones realizadas en las últimas dos décadas.¹²⁴ Esta producción historiográfica proporcionó nuevas conclusiones en cuanto a las relaciones sociales que pusieron de manifiesto una complejidad insospechada. Lo inadvertido está ligado a la impronta de la historiografía tradicional, para la cual existía una campaña poblada por peones y gauchos en un territorio dominado por la gran propiedad donde sólo había ganado vacuno y la agricultura no existía. Por el contrario, en esa región se fueron configurando una serie de diversos ecosistemas social-agrarios en los cuales adquirió características diferenciadas el proceso de estructuración social.

La campaña bonaerense no era una jurisdicción separada en la organización institucional colonial, aunque tenía un perfil claramente reconocible y

¹²³ Barral, *De sotanas por la pampa*.

¹²⁴ Sobre esta renovación pueden verse, Garavaglia y Gelman, “Mucha tierra y poca gente”, y Fradkin y Gelman, “Recorridos y desafíos de una historiografía”.

una entidad precisa en la percepción de los sujetos. Desde el punto de vista de la administración civil, la campaña era parte de la jurisdicción de los cabildos de Buenos Aires y de Luján hasta 1822, los cuales designaban a los alcaldes de hermandad. Desde el punto de vista de la Iglesia, la campaña no tenía inicialmente entidad jurisdiccional específica y era parte del obispado de Buenos Aires –creado en 1620– que tenía por sede a la ciudad de Buenos Aires y que incluía otras zonas como Santafé, Corrientes, la Banda Oriental y algunas de las misiones del sur de Paraguay. Buenos Aires y su campaña conformaban un ámbito regional que hasta la década de 1820 tuvo una mayor proporción de población urbana que rural. Y es precisamente la ciudad de Buenos Aires en vertiginoso crecimiento –que cuadruplica su población entre 1744 y 1810– la que empuja el poblamiento aún más acelerado de su área rural, en gran parte por la recepción de migrantes internos.¹²⁵

Esta campaña se estructuraba en torno a una ciudad-puerto que vivió un acelerado proceso de crecimiento en la segunda mitad del siglo XVIII y adquirió la categoría de capital virreinal; pese a ello, siguió siendo una sociedad de frontera, en la cual la presencia de sociedades indígenas no conquistadas se encontraban a escasos 200 kilómetros, y de un espacio regional en el que coexistían zonas de antigua colonización con áreas de ocupación incierta y más reciente en la frontera. Tras distintas experiencias iniciadas desde 1750, la sociedad colonial logró articular ya para los años ochenta una estructura defensiva relativamente eficiente que se apoyaba en un sistema de fuertes y fortines y en un cuerpo de fuerzas regulares: los blandengues. Hasta los años finales de la segunda década del siglo XIX, la solución política y económica más rentable, aunque no exenta de enfrentamientos, fue el establecimiento de un vínculo de complementariedad económica entre las sociedades indígenas y la hispano-criolla basada en una política de relaciones pacíficas respaldada en la estructura defensiva de fuertes más o menos eficiente, en demostraciones de amistad y reconocimiento formales de autoridad hacia aquellos caciques más proclives a la paz y en la intensificación del comercio.¹²⁶

La población rural se fue asentando a lo largo de los ligeros valles que formaban los ríos y arroyos, en función de su indispensable acceso a las aguas para los animales y las personas, con lo cual las suertes de estancia que

¹²⁵ Garavaglia, "Migraciones, estructuras familiares y vida campesina" y Mateo, *Población, parentesco y red social*.

¹²⁶ Mandrini, "Las fronteras y la sociedad indígena en el ámbito pampeano".

se otorgaban tenían su frente en estos cursos de agua.¹²⁷ De manera que los primeros pobladores se localizaron siguiendo el recorrido de algunos ríos (Arrecifes, Areco, Luján, Las Conchas y Matanza) y en diferentes puntos de los mismos se fueron formando pequeños villorrios.

Estos pueblos, aunque descritos por algunos viajeros como un conjunto desordenado de casas y de ranchos de ladrillos de barro endurecidos al sol, con calles que apenas podían considerarse senderos, y con su omnipresente capilla que en general desentonaba del conjunto por su hermosura, habían logrado afianzar el territorio y proteger las rutas hacia Córdoba y Cuyo. En estos pueblos residían estancieros, labradores y pastores, hombres y mujeres, familias campesinas, migrantes santiagueños o cuyanos.¹²⁸ Las unidades domésticas en algunas áreas crecieron con la incorporación de dependientes y esclavos, pero un fenómeno también muy interesante es el que se descubre a partir del patrón de asentamiento de las unidades domésticas. La proximidad física de familias nucleares con el mismo apellido, o provenientes del mismo lugar de origen, demostraría que a pesar de la autonomía de los hogares los momentos más álgidos del ciclo agrícola-ganadero pudieron ser sostenidos en forma cooperativa con el vecino-pariente-paisano. En la construcción de las relaciones sociales –tanto al interior de los notables locales como en las modalidades de inclusión de los recién llegados– el compadrazgo tiene un rol central.¹²⁹

Las investigaciones que indagaron sobre los procesos migratorios sugieren la presencia de tradiciones y costumbres religiosas de larga data, que contradicen la imagen de *desierto* del mundo rural del siglo XIX y la *nada sociológica* que muchos creyeron diagnosticar en él.¹³⁰ Muy por el contrario, se trataba de comunidades en formación al ritmo de la ocupación territorial, que afirmaron un tipo de producción y de relación con la tierra, y dieron vida a los intercambios desde las pulperías y las tiendas. En estos pagos, las redes de notables ocupaban los puestos civiles y militares colaborando estrechamente en tareas de tipo religioso. En su interior se fueron conformando identidades locales,

¹²⁷ Garavaglia, *Pastores y labradores*.

¹²⁸ La población de estos partidos oscilaba entre los 1,000 y los 2,000 habitantes. Los centros menos poblados eran los fuertes y algunos poblados muestran una concentración mayor de la población en torno a los 3,000 habitantes (Garavaglia, *Pastores y labradores*).

¹²⁹ Mateo, *Población, parentesco y red social en la frontera*, y Garavaglia, "Pobres y ricos".

¹³⁰ Garavaglia, "De 'mingas' y 'convites'."; Moreno, y Mateo, "El 'redescubrimiento' de la demografía histórica".

también reforzadas a partir de hechos sociales y religiosos como eran las fiestas patronales.

En una campaña con población móvil y en buena parte migrante, las fuentes atestiguan prácticas rutinarias institucionalizadas por argumentos y conductas reiteradas, así como apelaciones compartidas por los diversos actores.¹³¹ La movilidad de los pobladores, o la heterogeneidad de orígenes, trayectorias y posiciones, no parecen haber obstaculizado el desarrollo de prácticas compartidas. Esto supone la existencia de mecanismos de interacción social y dan cuenta de una cultura común.¹³² La idea de *nada sociológica* que durante tantos años prevaleció acerca de la historia rural en esta región y en este período, indudablemente también incluía a la iglesia y a la dimensión religiosa de la vida de los hombres y mujeres del campo de Buenos Aires. Sin embargo, tanto las sedes parroquiales, eclesiásticos, y la propia religión, tendrían un papel central a lo largo del siglo XVIII en los procesos de articulación social. El análisis que sigue considera algunas de las modalidades de actuación de la Iglesia en la región.

Las estructuras eclesiásticas

La Iglesia ha desempeñado en la región un papel central en los procesos de articulación social, sobre todo en el contexto de una escasa presencia de las autoridades judiciales y policiales. Había emprendido desde 1730 su propia organización de la campaña. Si bien antes de esta fecha se desarrollaron acciones de reducciones de pueblos, fue en 1730 cuando se crearon las seis primeras parroquias rurales que se agregaron –y absorbieron– a esas primeras congregaciones. Esta estructura diocesana originaria sufrió a lo largo del siglo XVIII y principios del XIX transformaciones en dirección a la multiplicación de sedes de poder eclesiástico. No es un dato menor que de uno de estos centros religiosos haya surgido una devoción mariana que con el tiempo se transformó en la patrona nacional, nuestra señora de Luján.

La red parroquial empezó a consolidarse en la zona de más temprana colonización en las últimas décadas del siglo XVIII y su mayor despliegue se

¹³¹ Fradkin, “*Según la costumbre del pays: costumbre y arriendo en Buenos Aires*”; Fradkin, “Entre la ley y la práctica”.

¹³² Fradkin, “Procesos de estructuración social en la campaña bonaerense (1740-1840)”.

verifica en 1780.¹³³ Esta situación se mantuvo con pocas modificaciones hasta 1810 –los cambios en 1806 se concentraron en las zonas más cercanas a la ciudad y en la línea de frontera donde algunos fuertes y fortines –que ya contaban con capilla y capellán castrense– ingresaban a la estructura diocesana como parroquias o viceparroquias. Sus encargados estarían cada vez menos solos y las sedes guiarían la instalación de otras sedes de poder institucional no eclesiástico como las alcaldías de hermandad y las sedes de poder militar–miliciano.¹³⁴ Hacia 1808 todavía las sedes parroquiales (incluidas las viceparroquias) eran las más numerosas (21), mientras que los pueblos cabecera de partido en los que se designaba alcalde de hermandad eran 17 y los fuertes y fortines, 14. Al comparar la evolución de estas estructuras y del personal eclesiástico con los correspondientes a los del poder judicial-policial y militar-miliciano, resulta evidente que durante las décadas centrales del siglo XVIII la presencia eclesiástica fue preponderante y la designación de alcaldes de hermandad siguió los pasos trazados por la estructura parroquial. La red eclesiástica fue claramente un sostén clave en la configuración del poder tanto en términos logísticos como simbólicos, y en este sentido la estructura parroquial adquirió un papel fundador en las estructuras de poder institucional en la campaña.

Cada una de las estructuras de poder institucional adoptó diferentes formas de organización y tuvo distintos ritmos de desarrollo, una ramificación regional específica y adquirió una capacidad potencial de actuación de diferente intensidad. De este modo, el proceso de construcción del poder institucional en la campaña fue el resultado de la centralización de mecanismos de poder por parte del Estado y del despliegue de nuevos medios de coacción y control institucional. Sin embargo, en los primeros años del siglo XIX se trataba de una transformación apenas incipiente que se desarrollaría con mayor intensidad a mediados de la centuria.

Los párrocos, primeros intermediarios

Durante décadas los párrocos fueron los principales intermediarios en las zonas rurales de Buenos Aires y este papel fue primordial para el control social a

¹³³ Cuando se crean nueve parroquias más, tres de las cuales eran viceparroquias de 1750, completándose el cuadro para toda la campaña de quince parroquias. Ver Barral, *De sotanas por la pampa*.

¹³⁴ Barral, y Fradkin, “Los pueblos y la construcción de las estructuras de poder institucional”.

falta de un poder policial bien organizado en la región. Poco antes de la revolución de mayo, en el paisaje social de los parajes rurales pampeanos, eran más comunes las sotanas y las cruces que otros funcionarios policiales o judiciales. Frailes y sacerdotes seculares, a través de variadas formas de intervención social, daban legitimidad al Estado colonial a partir de diversas prácticas. Actuaban como guardianes del orden público y moral, como curanderos espirituales y a través de distinto tipo de mediaciones se convirtieron en piezas clave del funcionamiento burocrático de la monarquía y de su sostén ideológico.¹³⁵

Las instituciones eclesiásticas contaban con variados recursos que le permitieron jugar este papel en la mediación social. Sus principales “operarios” –los párrocos o religiosos de distintas órdenes– se encontraban estratégicamente situados para utilizar los recursos de la campaña con el fin de desempeñar un papel significativo en los centros de poder urbanos. Su ubicación en la trama social de la ciudad les servía, a su vez, para sobresalir en la campaña. Además, eran parte de instituciones formales y desempeñaban roles de liderazgo y toma de decisiones asociados con ellos y contaban en la mayoría de los casos con recursos materiales y de enlace. Estos eclesiásticos terminaron por conocer y practicar dos estilos culturales: el de los claustros –impregnado, en parte, por el pensamiento ilustrado– y el de la campaña, con sus costumbres y hábitos bastante alejados de las normas de civilidad que se pretendían imponer como comportamientos esperados.

Otros recursos que potenciaban su mediación social –capacidades judiciales, sacramentos, cofradías, fiestas y celebraciones– procedían de la propia naturaleza de las instituciones eclesiásticas. Estas formas de intervención específicas los diferenciaban de otros mediadores y sumaban más condiciones para intervenir en los procesos de articulación social. Es en este sentido que las formas de actuación de los eclesiásticos pueden examinarse como las de unos *intermediarios especializados* que contaban con conocimientos y experiencias que sus feligreses no tenían.¹³⁶

Los sacramentos de la Iglesia y su apropiación por parte de las feligresías excedían ampliamente el terreno religioso y se convirtieron en medios para obtener fines menos devotos. En particular el bautismo era el “ingreso” a la

¹³⁵ Así lo plantea William Taylor para Nueva España en *Ministros de lo sagrado*; para la campaña de Buenos Aires puede ampliarse este enfoque en Barral, *De sotanas por la Pampa*.

¹³⁶ Hespanha, *Vísperas del Levitán* y Windler, “Mediando relaciones, redes sociales y cambio político”.

sociedad y también la vía para la construcción un tipo de relación de gran importancia en las sociedades tradicionales, el compadrazgo.

¡Qué decir acerca de la importancia de la iglesia del pueblo! En el apoyo y obediencia que los feligreses pudieran brindar a su párroco tenía mucha importancia lo que éste hiciera por la belleza del templo y la organización de las ceremonias religiosas. Su gestión podía jerarquizar devociones al ser el encargado de divulgar la capacidad milagrosa de los santos, redundando en fama, limosnas, promesas y recursos. El templo –con su campanario, atrio y cementerio– e instituciones como las cofradías, fueron elementos simbólicos de gran potencia para la formación de un sentimiento de pertenencia a la localidad y de una identidad local.

Los párrocos tenían algunas funciones intransferibles, como asegurar que sus feligresías cumplieran con sus obligaciones. Ello imponía el recuento anual de almas que fiscalizaba el cumplimiento del precepto anual de la comunión, preferentemente durante la cuaresma. Con este fin confeccionaban una matrícula indicando el cumplimiento o incumplimiento de dicho precepto. Los obispos conocían a su clero y sabían que para llegar a conformar parroquianos obedientes era necesario que los propios eclesiásticos comprendieran la importancia de esta tarea y la llevaran a cabo eficientemente. A principios del siglo XIX el obispo Lué y Riega, durante su visita a la diócesis, aún consideraba conveniente precisar la forma en que debía confeccionarse el libro de matrícula. “No hay persona que por su calidad o empleo esté exenta de la matrícula”, expresaba el prelado en las instrucciones a los párrocos. Las parroquias se planteaban con un centro de atracción y control de la gente y en esta dirección –señalada de manera particular desde el concilio de Trento– los párrocos debían procurar que la población se aglutinara en torno a ellas. Sin embargo –adivinando la corta masividad de las respuestas– al mismo tiempo se organizaron estrategias pastorales que obligaban a los párrocos a “buscarlos”. La coerción moral ejercida por los párrocos no siempre ni por todos fue atendida, por lo cual la Iglesia organizó otros dispositivos para llegar a aquella porción de la población que no respondía a las campanadas de los templos: los colegios de misioneros y las misiones interiores fueron algunas de estas experiencias alternativas.

Estas misiones, con antecedentes en Europa desde el siglo XVII, han sido consideradas una de las manifestaciones más importantes de la ofensiva pastoral postridentina e interpretadas como intervenciones pastorales extraordinarias, de marcado carácter pedagógico, orientadas a reorganizar la vida de

las comunidades y a operar en el ámbito de la conciencia, fundamentalmente por medio de la predicación y de la confesión.¹³⁷ Los obispos las solicitaban para determinadas áreas que consideraban desatendidas, para encontrar solución a determinados episodios conflictivos y para “desterrar vicios públicos” y “reformular las costumbres” a través de la predicación, de las comuniones y las confesiones generales.

Durante el período borbónico las misiones interiores constituyeron una práctica que, habiendo sido inaugurada en la región por los jesuitas, cobraba renovada vigencia gracias a los nuevos colegios de misioneros establecidos en la región: el hospicio o colegio de Misioneros de San Ramón de Las Conchas de los mercedarios y el colegio franciscano de Propaganda Fide de San Carlos de Carcarañá en Santafé.

Obispos, cabildos y párrocos encontraron en la acción de los misioneros respuestas a diferentes problemas: los prelados apelaron a ellas como un instrumento de pacificación, los cabildos las veían como una herramienta para el ordenamiento de la vida rural y los párrocos encontraban en los misioneros una ayuda para llevar a cabo las más básicas de sus tareas pastorales.

Desde estas mismas parroquias, algunos eclesiásticos –párrocos, teniendo de cura o clérigos particulares– se desempeñaron como maestros de primeras letras. Sin embargo, la intervención de las instituciones eclesiásticas y la religión en el ámbito de la educación se desarrolló al menos en tres niveles: la gestión y la enseñanza elemental, los contenidos y materiales a través de los que se llevaría a cabo y los fundamentos ideológicos del propósito civilizatorio que se estaban impulsando.¹³⁸

En vísperas de la revolución el cabildo de Luján enumeraba las obligaciones del maestro: instruir a sus alumnos en los principios de la religión católica, procurando que “la aprendan de memoria por el catecismo del P. Astete”, enseñar a leer, escribir y contar; “imprimirles pensamientos de buena educación y deseos de aplicación a ejercicios honestos y útiles a sí y al Estado” y garantizar que los mayores de ocho años se confesaran y comulgaran.¹³⁹ Aquí puede verse de manera privilegiada la unión del Estado y la Iglesia en medios y fines. Mientras que los cabildos destacaban en primer lugar los contenidos y

¹³⁷ Palomo del Barrio, *Fazer dos campos escolas excelentes*; Rico Callado, *Las misiones interiores en la España de los siglos XVII y XVIII* y Châtellier, *La religion des pauvres*.

¹³⁸ Barral, “Disciplina y civilidad”.

¹³⁹ ACL, 4 de mayo de 1810.

objetivos religiosos de estas escuelas elementales y resaltaban que los buenos ciudadanos y buenos vasallos debían ser ante todo buenos cristianos.

Los materiales básicos para la enseñanza elemental utilizados en las escuelas rurales bonaerenses desbordaban de contenidos religiosos. A través de estos textos –catones, cartillas y tratados de urbanidad¹⁴⁰ se buscaba formar fieles devotos y obedientes súbditos-ciudadanos y homogeneizar las expresiones de religiosidad de una población que debía adoptar un nuevo modo de ser.

En especial, los tratados de urbanidad contenían las principales normas de civilidad que debían incorporar los niños a lo largo de todo el día. A cada paso debía acordarse de Dios, ofrecerle las “primicias del día” y agradecerle “por haberle guardado de aquella noche”, persignarse, arrodillarse ante las imágenes, bendecir la mesa.... Este tipo de normas de civilidad, cortesía o urbanidad, que buscaban el sometimiento de las espontaneidades y los “desórdenes”, intentaron transformar en esquemas incorporados o en códigos de funcionamiento, las censuras que ellos enumeraban.¹⁴¹

Los libros sobre la compostura en la mesa constituyen un tipo de tradición literaria que se remonta a la Edad Media, en ellos se pauta el modo de comer y las formas correctas de usar los utensilios de la mesa. En el catecismo se establecían pautas generales: “procure antes de sentarse lavarse las manos y limpiarse las narices [...] Use de tal manera de la servilleta y manteles que no deje en ellos señal, y por esto no ensucie los dedos, [...] No eche debajo de la mesa las cáscaras o huesos”.¹⁴²

Es evidente que en la campaña a los maestros-preceptores les esperaba una larga y difícil tarea. La falta de intimidad y la “disolución” del individuo podía advertirse en la mayoría de las viviendas de la frontera cuando los comensales compartían la misma cuchara, el mismo jarro de agua y las prácticas comunitarias incluían el mate y el asado.¹⁴³ Pero esta “promiscuidad” no era sólo un rasgo de los grupos más marginados social y territorialmente, parece haber estado presente aún en los representantes más cultivados de las comunidades rurales. En este punto resulta interesante considerar el testimonio de

¹⁴⁰ “Catón Cristiano y Catecismo de la Doctrina Cristiana”.

¹⁴¹ Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*.

¹⁴² “Catón Cristiano y Catecismo de la Doctrina Cristiana”, pp. 400-404.

¹⁴³ Mayo, “La frontera: cotidianidad, vida privada e identidad”.

un viajero inglés quien relataba la experiencia vivida en Luján en 1811, a la que asistieron el gobernador y otros frailes del lugar:

El día era excesivamente caluroso, y tanto el gobernador como yo fuimos invitados a despojarnos de nuestras chaquetas, no estando ambos vestidos con ropa más de etiqueta. El cura se sacó la sotana y los conventuales aflojaron sus amplios hábitos. Encontré que todo este preparativo para asegurar la comodidad en la comida no era menos necesario, pues el primer manjar puesto sobre la mesa era una enorme olla podrida en una enorme fuente de barro que despedía masas de vapor de su contenido variado y casi bullente. *Sans ceremonia*, y a pesar del calor, todos los comensales se aproximaron a la olla y comieron en común sacando cada uno el sabroso bocado que más apetecía. Solamente el gobernador y yo teníamos platos, pero parecía que a él le gustaba más comer directamente de la fuente, y yo, no deseando singularizarme, seguí su ejemplo.¹⁴⁴

En este testimonio se vuelve encontrar una referencia, con una importante caraga simbólica, que puede constituir un indicio de concepciones distintas del funcionamiento de la sociedad: “comer en común” –y el comensalismo colectivo en general– tiene una matriz tradicional y se aleja bastante del proceso de individuación que traería aparejado la modernidad. Es evidente la distancia entre las prácticas de la élite ilustrada y la cultura rural. Los objetivos civilizatorios se planteaban más bien en términos de una utopía.

Los párrocos eran los capellanes de las cofradías que se fueron erigiendo en los poblados rurales de Buenos Aires, la mayoría de ellas dedicadas a las ánimas benditas del purgatorio. Según sus constituciones, las juntas de cofradías no podían verificarse en ausencia del capellán. Hacia 1808 la mitad de las parroquias de la campaña de Buenos Aires contaban con cofradías. No es coincidencia que fuesen los partidos de antiguo asentamiento y muchas de las primeras estructuras eclesíásticas establecidas en la región y con largas administraciones de sus párrocos, las que llegaron a principios del siglo XIX con un grupo de laicos organizados. Los párrocos pudieron ver en los cofrades un grupo de auxiliares dedicados a la administración de las tierras “de la virgen” o “del santo”, a bautizar *subconditione*, o en caso de necesidad, a aumentar

¹⁴⁴ Parish Robertson, *La Argentina en la época de la revolución*, p. 161.

en ocasiones las arcas parroquiales a través de sus limosnas y donaciones, a trabajar en el arreglo de los templos, o a subsidiar actividades festivas en los tiempos fuertes del año litúrgico. Las cofradías sirvieron como espacios de sociabilidad y de pertenencia de los “vecinos principales” –se requería para su acceso el requisito de limpieza de sangre– quienes encontraban en estas hermandades espacios –entre otros ámbitos e instituciones que servían a este propósito– para su construcción como el sector de los notables locales.

Para los cofrades se trataba de un espacio con distintos significados, entre los que resalta el acompañamiento colectivo en el trance de la muerte asistiendo al hermano en una buena muerte, aseguraban una asistencia básica, un número fijo de misas y la decencia en los actos fúnebres. Y, sobre todo, garantizaban sufragios complementarios ante la posibilidad de unos albaceas algo distraídos a la hora de organizar –y solventar– las exequias. Se trataba de una de las piezas claves de la sociabilidad mortuoria tradicional que había inaugurado Trento.¹⁴⁵ Pero sus obligaciones no se limitaban a atender las urgencias en el momento del fallecimiento de algún hermano, durante todo el año organizaban y participaban en distintas funciones religiosas y ocupaban un papel destacado en las distintas celebraciones como la pascua, el corpus o las fiestas patronales, y en sus propios aniversarios.

Los párrocos ejercieron la justicia eclesiástica dentro del confesonario y fuera de él. Para corregir y castigar los pecados que sus feligreses les confesaban, protegidos por la celosía del confesonario, sólo necesitaban la licencia otorgada –y renovada oportunamente– por el obispo. En cambio, para intervenir en asuntos del fuero externo los párrocos debían ser nombrados jueces eclesiásticos; como tales, era su obligación proceder ante “delitos públicos y escandalosos”. En estos delitos los jueces eclesiásticos estaban facultados para amonestar y corregir a los acusados y para pedir el auxilio de las autoridades civiles si la situación lo requería, ya que también los alcaldes de los partidos rurales debían “celar y evitar los pecados públicos y las ofensas a Dios”.

En los últimos años del siglo XVIII, los párrocos, en tanto jueces eclesiásticos, vieron restringidas algunas de sus funciones. Mientras en sus procedimientos sobre el control matrimonial se les exigían más y más trámites, su capacidad de juzgar en este ámbito se redujo a tareas, sobre todo, de tipo administrativo. De otras competencias fueron expulsados, como en todo lo

¹⁴⁵ Mantecón Movellán, *Contrarreforma y religiosidad popular en Cantabria*.

relativo a ejecuciones de testamentos y en las demandas vinculadas a capellanías. No obstante, varios de los litigios tienen como principales acusados precisamente a estas otras autoridades del lugar. Como sucedió en Nueva España, la reducción de las capacidades judiciales de los curas no significó que sus tareas se circunscribieran exclusivamente al ámbito sacramental. Taylor, al analizar la arquidiócesis de México y la diócesis de Guadalajara, asienta que la función judicial del clero podía constituir una importante fuente de poder y no siempre los párrocos aceptaron que se estrechara su autoridad como jueces.¹⁴⁶ Las atribuciones que mantuvieron se dirigieron en forma privilegiada a fiscalizar las acciones de sus competidores locales en el ejercicio del poder institucional. Pese a las resistencias, los párrocos fueron cada vez menos jueces formales del fuero externo frente a sus feligreses, al tiempo que eran desaforados y sometidos a los tribunales reales.

Por último, el derecho de asilo fue otra de las esferas que con mayor determinación desde las reformas borbónicas se restringió en el ejercicio de la justicia eclesiástica.¹⁴⁷ Sin embargo, aún las iglesias que habían perdido la inmunidad continuaban siendo lugares sagrados con jurisdicción plena eclesiástica y las fuerzas del orden no podían ingresar en ellas en búsqueda de los inculcados sin previo permiso otorgado por las autoridades eclesiásticas. Es poco probable que la antigua práctica del "asilo en sagrado" fuera desterrada. Las iglesias, sus atrios y cementerios, constituyeron espacios de congregación comunal, y no pocas revueltas y motines en los Andes, en México o en el Río de la Plata se iniciaron en estos sitios y al toque de las campanas. Aun cuando los párrocos fueran cuestionados, e inclusive el blanco de los ataques, estos espacios fueron el lugar simbólico desde donde se hacía valer la fuerza de la comunidad, constituyendo en ocasiones la "arena política" donde se decidían algunas de las formas de acción colectiva y los sitios de repliegue y lucha en enfrentamientos violentos.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Taylor, *Ministros de lo sagrado*.

¹⁴⁷ El "asilo en sagrado" era una institución de clemencia administrada por los titulares de las parroquias inunes o frías, un derecho que tenían "ciertos delincuentes que se refugian en las iglesias para estar bajo el amparo de ella, y hacerse acreedores por el beneficio de la inmunidad a una pena más moderada". Estas iglesias frías no podían ser violadas por la autoridad civil y era el párroco quien mediaba en la extracción de quienes allí se asilaran.

¹⁴⁸ Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión*.

Conclusión

Las investigaciones sobre el clero mexicano han iluminado este análisis,¹⁴⁹ y en la misma operación los curas rurales de Buenos Aires se han mostrado muy hermanados con sus equivalentes novohispanos en algunas de las formas de intervención e intermediación. Allí los autores han problematizado algunos tópicos centrales de las discusiones que han ocupado a la historiografía sobre la insurgencia, como el papel del clero en la dirigencia de las rebeliones de 1810-1814, las motivaciones de su participación en el regalismo borbónico, el papel de los símbolos religiosos como estandartes y fundamentos de los insurgentes, entre muchos otros. Estas interpretaciones, a su vez, han mostrado con solidez de qué manera a nivel local se asumían posiciones frente a la insurgencia. Así, han mostrado cómo la visión religiosa de los feligreses no implicó necesariamente la presencia ni la dirigencia de su párroco; han dado sentido a los porcentajes de neutralidad, adhesión o contrainsurgencia por parte de los eclesiásticos; han narrado historias acerca de cómo los párrocos, en ocasiones, eran quienes debían seguir a sus feligreses, los cuales eran capaces de conducir una acción autónoma y colectiva; han multiplicado las “banderas” religiosas y la virgen de Guadalupe ha perdido su soledad como estandarte de lucha;¹⁵⁰ han pensado las decisiones de los párrocos en el marco del diseño de sus carreras sacerdotales y, así, han visto sus adhesiones más contingentes y menos tempranas o duraderas; han inscrito la historia de los curas y feligreses de los años de la insurgencia en las propias historias locales de sus solidaridades y conflictos previos; los han considerado menosrealistas en tanto magistrados del Estado colonial que sus contrapartes civiles.

También en el Río de la Plata el papel de mediación de los párrocos iba a revestirse de nuevos significados desde comienzos del siglo XIX. Ser un buen párroco implicaba nuevos compromisos. Así, las acciones de los eclesiásticos durante las invasiones inglesas se sumaron en sus hojas de servicios como misiones resaltadas. Estos acontecimientos se presentaban como oportunidades inmejorables para demostrar el vasallaje, la obediencia y, cada vez más, el patriotismo. En este tipo de coyunturas comenzaba a asomar el liderazgo

¹⁴⁹ Pueden verse entre las muchas contribuciones que consideran las formas de mediación de los párrocos los trabajos de Taylor, *Ministros de lo sagrado*, Gómez Álvarez e Ibarra, “El clero novohispano y la independencia mexicana”, y de Young, *La otra rebelión*.

¹⁵⁰ Guzmán Pérez, “En el nombre del Señor... Banderas rojinegras”.

de algunos párrocos movilizando a la feligresía en defensa de la religión y de la patria.

Veamos un ejemplo de estas mutaciones en los modos de intervención de los párrocos. Vicente Monte Carvallo era el párroco de Luján en 1808 desde poco más de diez años. Nacido en Buenos Aires, cuarenta y tres años antes, había estudiado filosofía y teología en el convento dominico de la ciudad. De él se conoce unas *Exhortaciones a sus parroquianos*,¹⁵¹ que fue publicada –junto a la catarata de impresos que circularon en los meses de la invasión napoleónica de la península– por la Imprenta de Niños Expósitos. Se trata de un documento poco común por corresponder a un párroco de la campaña y estar destinado a sus feligreses. Se presenta entonces como una oportunidad para descubrir algunos rasgos del modo en que circularon las noticias sobre la invasión napoleónica a España por los pueblos rurales de Buenos Aires y el papel de los párrocos en su difusión.

La exhortatoria tenía como fin estimular la generosidad de los fieles para socorrer con donativos a la España en guerra. Sus palabras buscaban llegar al corazón de sus feligreses –“leales vecinos de Luján”– y por ello encadenaban argumentos que recuperaban una historia local de patriotismo, fidelidad y piedad que los tenía como protagonistas. La oportunidad era inmejorable, a dos años de la Reconquista el párroco rememoraba la actuación de los lujanenses por aquellos años:

Cuando en 1806 se vio nuestra capital de Buenos Aires en poder del enemigo, a los primeros pasos que dio ella misma para su reconquista, entrasteis vosotros a acción tan gloriosa en el lugar que debía ocupar una hija al alivio de su madre. Aquí se reunieron todos los esforzados; vosotros os incorporasteis, y antes de marchar a aquella acción, que por sus circunstancias no se dará otra que la haga paralelo, concurrísteis al templo, enarbolasteis vuestro real pendón, ofrecísteis al Dios de las victorias el sacrificio santo; jurasteis defender al rey y a la patria; y así lo hicisteis.¹⁵²

¹⁵¹ *Exhortaciones del cura de la Villa de Luján a sus parroquianos leales vecinos de Luján*, Imprenta de niños expósitos, 1808.

¹⁵² *Ibidem*.

En 1807 también se destacaron como envidiables patriotas -“sin extrañar el zumbido de las balas ni el estuporante tronido del cañón”- en auxilio de una ciudad cuyos arrabales se encontraban “inundados de escuadrones enemigos”, pese a lo cual pudieron penetrar en el “regazo de una madre afligida, pero la más digna”. Ahora el enemigo era Napoleón, la guerra se había trasladado a Europa -“Marte ha replegado su escena del nuevo al viejo hemisferio”- y los lujanenses se enfrentaban a una nueva oportunidad para demostrar su patriotismo y fidelidad, ahora en forma de donativos. Para ello Montes Carvallo inscribía la descontada contribución de los lujanenses en esta cadena de acciones honorables.

Como sucedería con los posteriores sermones revolucionarios rioplatenses, los episodios que los oradores comentaban también se inscribían en la historia de la salvación eterna.¹⁵³ Las apelaciones bíblicas en el marco de los discursos políticos era ineludible en sociedades donde las esferas de la política y la religión se encontraban profundamente imbricadas. Así, la guerra se sacralizaba.¹⁵⁴

Las *Exhortaciones* de Montes Carvallo presentan algunos de los modelos bíblicos utilizados con mayor frecuencia para interpretar la revolución y las guerras de independencia. El de la guerra de los macabeos -contra un ejército de ocupación- era uno de ellos. El párroco de Luján expresaba “España experimenta una guerra que nunca conocieron los siglos, pero, por su parte, de una justicia igual a la de los macabeos”. Napoleón, por su parte, era presentado como una fermentida “sierpe del África” falso, traidor y falto de fe, un “aborto” de la Europa “cuyos constitutivos morales van dejando yermos los tronos y solitarios los pueblos”. En contraste, se presentaba a Fernando VII como “aquel incomparable monarca joven a quien días pasados jurasteis por vuestro soberano”. Esto convertía “la causa, tanto nuestra cuanto suya”, allí se combatía con la espada y América -“la España que sobrevive”- auxiliaría con sus recursos.

Si algunas de las figuras, analogías y modelos anticiparían a los presentes en los sermones revolucionarios -el caso de los macabeos aludiendo a la guerra de independencia en España y a la nación española-, la ruptura política que se iría profundizando en el contexto revolucionario -y que antes habría

¹⁵³ Di Stefano, “Lecturas políticas de la Biblia en la revolución rioplatense (1810-1835)”, y Arias González y Francisco, “La divulgación popular del antiliberalismo”.

¹⁵⁴ Demélas-Bohy, “La guerra religiosa como modelo”.

sido considerada atentatoria de la fidelidad al rey– requería de la búsqueda de nuevos casos análogos en las sagradas escrituras.¹⁵⁵

Vicente Montes Carvallo proporciona un oportuno ejemplo acerca de cómo el ejercicio del ministerio parroquial exigía nuevos desafíos. Al buscar su promoción como beneficiado de la catedral de Buenos Aires resaltaba él, ante sus superiores civiles y eclesiásticos, tanto sus “servicios contraídos a la Reconquista de esta capital”, como su celo y lealtad frente a las “escandalosas pretensiones de la Francia”. A propósito de su actuación como párroco de Luján durante las invasiones, sus superiores certificaban:

No sólo coadyuvó con las exhortaciones que hizo a los feligreses de su cargo para que concurriesen a tan interesante empresa, que surtieron muy favorable efecto, sino que al mismo tiempo repartió dinero para las tropas que procuraban incorporarse con el virrey y exhibía el correspondiente a ciertos víveres que ofreció con el expresado objeto.¹⁵⁶

Respecto a su papel frente a las noticias de la ocupación francesa de la península, buscó “inspirar en los ánimos de sus mismos feligreses la [lealtad] que debían profesar a nuestro amado soberano, el señor don Fernando VII^o, haciendo que se proclamase por tal en su doctrina, como era justo, verificándolo por su palabra y por una proclama que esparció en ella para el efecto”, operación que incluyó el envío a la prensa de sus *Exhortaciones* para su publicación. A lo que suma – y no olvida precisar, “pese a la escasa renta de su beneficio” – sus “cien pesos de donativo para socorro de las urgencias de esa metrópoli en la presente guerra”.¹⁵⁷

Estas “exhortaciones patéticas”, que acostumbraba dirigir a sus feligreses, buscaban persuadir “a que los americanos españoles manifestemos en [esta] ocasión, más que en otra, la lealtad natural y constante adhesión en sostener los sagrados derechos de nuestro católico monarca, y animándolo, al mismo tiempo, con el ejemplo de jurar, proclamar y reconocer en dicha villa por

¹⁵⁵ Di Stefano, “Lecturas políticas de la Biblia en la revolución rioplatense (1810-1835)”.

¹⁵⁶ AGI, Audiencia de Buenos Aires, legajo 609: Méritos y servicios de Vicente Montes Carvallo, 1809.

¹⁵⁷ *Ibidem*.

nuestro legítimo y solo soberano al más amado de todos, el señor don Fernando VII, que Dios guarde".¹⁵⁸

No era nuevo el uso del púlpito, de la misa mayor y de las puertas de los templos para informar sobre cuestiones de orden público. Tampoco lo era el lugar de los párrocos como guardianes de ese orden. Sin embargo, pocos años más tarde, la revolución y las guerras de independencia, al tiempo que encumbraba a algunos y abría carreras políticas para otros, obligó a los párrocos a enfrentarse con parte de su feligresía, les exigió que tomaran partido.

A la crisis institucional provocada por la revolución y la guerra, que incluyó la fragmentación de las jurisdicciones eclesiásticas, las discusiones en torno a la legitimidad del ejercicio del derecho del patronato, la incomunicación con la Santa Sede, entre otros aspectos de esta crisis, le continuó el programa reformista rivadaviano con la redefinición del lugar respecto del Estado y de la sociedad que debía guardar la Iglesia. Estos años resultaron decisivos en el cambio del perfil de los párrocos.

Los párrocos se vieron rodeados, en el ámbito local, de nuevas autoridades políticas, como los jueces de paz, que acumulaban protagonismo y con quienes entraban en competencia y disputaban los espacios de mediación social. Ante la lejanía, el menoscabo o el deterioro de sus antiguos recursos, los curas pelearían con las nuevas armas disponibles. Así, echarían mano a las herramientas que proporcionaba la experiencia revolucionaria y de ese modo se politizarían en una nueva clave.¹⁵⁹

FUENTES

Archivos

AGN, Archivo General de la Nación.

ACL, Acuerdos del Cabildo de Luján.

AECBA (Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires), Serie IV, tomo III

AGI (Archivo General de Indias), Audiencia de Buenos Aires.

¹⁵⁸ *Ibidem*.

¹⁵⁹ Barral, "Ministerio parroquial, conflictividad y politización".

Memorias y documentos impresos

- Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Juan y Guillermo Parish Robertson, *La Argentina en la época de la revolución*, Buenos Aires, Biblioteca de la Nación, 1918.
- Mariquita Sánchez, *Recuerdos del Buenos Aires virreinal* (Prólogo y notas por Liniers de Estrada), Buenos Aires, Ene Editorial, 1953.
- Un Inglés, *Cinco años en Buenos Aires*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- De la Imprenta de Niños expósitos:*
Proclama [de Liniers] a los nobles e incomparables habitantes de las Provincias del Río de la Plata, 27 de agosto de 1808.
- Aviso al Público*, 3 de septiembre de 1808.
- Exhortaciones del cura de la Villa de Luján a sus parroquianos leales vecinos de Luján*, 11 de septiembre de 1808.
- "Odio a la Francia. El discípulo de la calandria del Paraná D. Pedro Tuella al cisne de la ribera argentina D. Gervasio Algarate, ambos aragoneses", Imprenta de los niños expósitos, año de 1809, en *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época* (Augusto Mallié, comp.), Tomo 1, Buenos Aires, 1965, p. 19.
- "Catón Cristiano y Catecismo de la Doctrina Cristiana", en Maillé, Augusto (coord.), *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época*, tomo IV, Buenos Aires, 1966.
- "Carta de la Serenísima Sra. Infanta de España Doña Carlota Joaquina de Borbón al Exmo. Cabildo de Buenos Aires, Imprenta de los niños expósitos, año de 1809", en *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época* (Augusto Mallié, comp.), Tomo 1, Buenos Aires, 1965, pp. 123-125.

Libros y artículos

- Arias González, Luis y Luis Martín de, Francisco, "La divulgación popular del antiliberalismo (1808-1832) a través del sermón", en *Hispania*, LIII/1, N° 183, 1993, pp. 177-212.
- Barral, María Elena, "Ministerio parroquial, conflictividad y politización: algunos cambios y permanencias del clero rural de Buenos Aires luego de la revolución e independencia", en Ayrolo, Valentina (comp.) *Estudios sobre clero iberoamericano, entre la independencia y el Estado-Nación*, Salta, CEPIHA-UNSA, 2005, pp. 153-178.

- Barral, María Elena, *De sotanas por la pampa. Religión y sociedad en Buenos Aires rural tardocolonial*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.
- Barral, María Elena y Fradkin, Raúl, "Los pueblos y la construcción de las estructuras de poder institucional en la campaña bonaerense (1785-1836)" en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 27, pp. 7-48, 2005.
- Barral, María Elena, "Disciplina y civilidad en el mundo rural de Buenos Aires a fines de la colonia", en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, Universität Hamburg, N° 44, 2007, pp. 135-156.
- Batticuore, Gabriela, *La mujer romántica*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- Chartier, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993.
- Châtellier, L., *La religion des pauvres. Les missions rurales en Europe et la formation du catholicisme moderne XVIe-XIXe*, París, Ed. Aubier, 1993.
- Demélas-Bohy, Marie-Danielle, "La guerra religiosa como modelo", en Guerra, Francois Xavier, *Las revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*, Madrid, Ed. Complutense, 1995, pp. 143-164.
- Di Meglio, Gabriel, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.
- Di Stefano, Roberto, "Lecturas políticas de la Biblia en la revolución rioplatense (1810-1835)", en *Anuario de Historia de la Iglesia*, N° 12, 2003, 201-224.
- Fradkin, Raúl O., "Según la costumbre del pays: costumbre y arriendo en Buenos Aires durante el siglo XVIII", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, N° 11, 1995, pp. 39-64.
- Fradkin, Raúl O., "Entre la ley y la práctica: la costumbre en la campaña bonaerense durante la primera mitad del siglo XIX", en *Anuario del IEHS*, 12, 1997, pp. 141-156.
- Fradkin, Raúl O., "Procesos de estructuración social en la campaña bonaerense (1740-1840): elementos para la discusión", en *Travesía. Revista de historia económica y social*, 1, Tucumán, UNT, 1998, pp. 41-62.
- Fradkin, Raúl y Gelman, Jorge, "Recorridos y desafíos de una historiografía. Escalas de observación y fuentes en la historia rural rioplatense", en Bragoni, Beatriz (ed.), *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*, Buenos Aires, PrometeoLibros, 2004, pp. 31-54.
- Garavaglia, Juan C., "Migraciones, estructuras familiares y vida campesina: Areco arriba en 1815", en Garavaglia, Juan Carlos y Moreno, José

- Luis, *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Cántaro, 1993, pp. 149-187
- Garavaglia, Juan Carlos, "‘Pobres y ricos’: cuatro historias edificantes sobre el conflicto social en la campaña bonaerense (1820-1840)", en *Entrepasados*, año VIII, 15, Buenos Aires, 1998, pp. 19-40.
- Garavaglia, Juan C., "De ‘mingas’ y ‘convites’: la reciprocidad campesina entre paisanos rioplatenses", en *Anuario del IEHS*, N° 12, UNICEN-IEHS, 1997, pp.131-140.
- Garavaglia, Juan C., *Pastores y labradores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor-IEHS-UPO, 1999.
- Garavaglia, Juan Carlos y Gelman, Jorge, "Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850: Results of a Historiographical Renaissance", en *Latin American Research Review*, vol 30, N° 3, 1995, pp. 75-105.
- Garavaglia, Juan Carlos, *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.
- Garavaglia, Juan Carlos y Gelman, Jorge, "Mucha tierra y poca gente: un nuevo balance historiográfico de la historia rural platense (1750-1850)", en *Historia Agraria*, N° 15, 1998, pp. 29-50.
- Gómez Álvarez, María Cristina y Ana Carolina Ibarra, "El clero novohispano y la independencia mexicana: convergencias y divergencias de tres clérigos poblanos", en Matute, Álvaro; Trejo, Evelia y Connaughton, Brian (coord.), *Estado, Iglesia y sociedad en México, siglo XIX*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 137-173.
- González Bernardo, Pilar, "La Revolución Francesa y la emergencia de nuevas prácticas de la política. La irrupción de la sociabilidad política en el Río de la Plata revolucionario (1810-1815.)", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, N° 3, 1991, pp. 7-27.
- Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, FCE, 1993.
- Guzmán Pérez, Moisés, "En el nombre del Señor... Banderas rojinegras en la guerra de independencia novohispana, 1811-1814", en *Estudios de Historia novohispana*, vol. 31, julio-diciembre de 2004, pp. 39-72.
- Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.
- Hespanha, António Manuel, *Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal, siglo XVII)*, Madrid, Taurus Humanidades, 1989.
- Mandrini, Raúl, "Las fronteras y la sociedad indígena en el ámbito pampeano", en *Anuario del IEHS*, N° 12, UNICEN-IEHS, 1997, pp. 23-34.

- Mantecón Movellán, Tomás, *Contrarreforma y religiosidad popular en Cantabria. Las cofradías religiosas*, Santander, Universidad de Cantabria, 1990.
- Mateo, José, *Población, parentesco y red social en la frontera. Lobos (Provincia de Buenos Aires) en el siglo XIX*, Mar del Plata, UNMdP y GIHRR, 2001.
- Mayo, Carlos, "La frontera: cotidianidad, vida privada e identidad", en Devoto, Fernando y Madero Marta, *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo 1, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 85-105.
- Moreno, José Luis y Mateo, José, "El 'redescubrimiento' de la demografía histórica en la historia económica y social", en *Anuario del IEHS*, N° 12, UNICEN/IEHS, 1997, pp. 35-56.
- Palomo del Barrio, Federico, *Fazer dos campos escolas excelentes: los jesuitas de Evora, la misión interior y el disciplinamiento social en la época confesional (1551-1630)*, Tesis Doctoral, IUE, Florencia, 2000.
- Rico Callado, Francisco, *Las misiones interiores en la España de los siglos XVII-XVIII*, Tesis Doctoral Universidad de Alicante, 2001.
- Taylor, William, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, FCE, 1987.
- Taylor, William, *Ministros de lo Sagrado: sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII*, Colegio de Michoacán-Secretaría de Gobernación-El Colegio de México, Zamora, Michoacán, 1999.
- Van Young, Eric, *La Otra Rebelión*, México, FCE, 2006.
- Windler, Christian, "Mediando relaciones, redes sociales y cambio político a finales del Antiguo Régimen", en *Hispania*, LVIII/2, N° 199, 1998, pp. 559-574.

POR LA SALUD PÚBLICA Y LA FELICIDAD DE LA NACIÓN

Movilización militar, rogativas públicas y contribuciones patrióticas para la preservación de la monarquía hispánica en Perú, 1793-1810

Diego E. Lévano Medina

Institut Français d'Études Andines (IFEA)¹⁶⁰

Los historiadores de hoy, como observadores de los procesos sucedidos en determinada época, pueden estudiar con atención el singular y acelerado movimiento político, económico, social y militar que se produjo en el período 1780-1820, dentro de la monarquía hispánica. En los dos lados del hemisferio se van formando una cadena de algaradas secuenciales, interconectadas de manera singular por el móvil propio de su ebullición: *el mal gobierno*. No sólo en las capitales y puertos importantes se percibe un estado de alerta. A finales del siglo XVIII, en el interior de los virreinos americanos, encontramos una constante movilización y formación de cuerpos de milicias que se circunscriben a un plan de reconquista y mantenimiento del orden en el continente. El advenimiento del nuevo siglo heredará un escenario político alimentado de insurrecciones regionales, movimientos separatistas y formación de un bandolerismo endémico, sin olvidar los efectos fiscales que produjeron las guerras con Inglaterra y Francia.

La crisis de la monarquía tuvo como punto álgido los acontecimientos de 1808, la invasión francesa y la abdicación de Carlos IV y Fernando VII, que serán el punto inicial de un proceso que conllevará al desplazamiento del gobierno monárquico en el mundo hispánico. En los primeros momentos de crisis se forjarán reacciones de lealtad en la figura de Fernando VII, quien

¹⁶⁰ UMIFRE 17- CNRS-MAEE.

personificará los valores de cristiandad y la soberanía de la nación española en ambas orillas del hemisferio. La fidelidad será representada públicamente a través de ceremonias que consoliden la imagen y ejercicio de poder del rey ausente. Las ciudades y sus autoridades asumirán el gobierno y soberanía de los pueblos, resguardando los derechos del monarca. A través del presente trabajo, se pretende destacar las reacciones del pueblo limeño frente a acontecimientos que pusieron en riesgo las bases de la Corona. Se enfatizarán en dos momentos puntuales la guerra contra Francia (1793) y la invasión napoleónica (1808). En ambas situaciones se ostentará el patriotismo y lealtad de los habitantes del virreinato peruano, no sólo con su participación en las ceremonias fidelistas, sino también a través de un constante apoyo monetario en forma de donativos y empréstitos.

De la revolución a la guerra

La respuesta del virreinato peruano frente a la guerra de 1793

Sin duda, los efectos de la revolución francesa influyeron en mayor o menor medida en todas las esferas de la sociedad. De la misma forma, las guerras con otras potencias mostraron deficiencias en el sistema defensivo español. A finales del siglo XVIII las monarquías europeas tratarán de acomodarse a las nuevas tendencias en el arte de la guerra y la organización interna del cuerpo militar. Inició una profesionalización del soldado que representaba una inversión en términos de tiempo, dinero y entrenamiento. La acelerada militarización produce algunas rupturas dentro de la oficialidad, sobre todo cuando los ascensos estarán en función de los servicios prestados y no en la venalidad. En una carta dirigida a Carlos IV, Godoy propondrá una reforma militar expresando que la deficiencia del ejército español era la falta de reclutas. Se exponen las causas del fracaso de los métodos de reclutamiento, siendo la solución inmediata la adopción del sistema prusiano, basado en cortos períodos de entrenamiento luego de los cuales los cuerpos regresaban a sus zonas de origen. Su implementación buscará incrementar el número de tropas ligeras y de artillería, mejorar la calidad de entrenamiento, introducir la táctica francesa y remediar la calidad de la oficialidad a través de la apertura de academias militares.¹⁶¹ La reforma del reclutamiento militar

¹⁶¹ Archivo de la Real Academia de Historia (en adelante AAH), Leg. 2, MS135.

estará de la mano de un censo poblacional, en el cual se consignará a la población del reino con distinción de su clase, edad y ocupación.

En un bando del 12 de agosto de 1793, la ciudad de Lima tomaba conocimiento de la declaración de guerra a Francia. El virrey, Francisco Gil de Taboada y Lemos, promovería un plan de defensa cuya función principal era mantener “el buen orden, disciplina y vigilancia, y que estos son los únicos medios de atender y conservar la extensión de una costa casi desierta”.¹⁶² En la real cédula de declaración de guerra a Francia, publicada en el *Mercurio Peruano* el 15 de agosto de 1793, el rey exponía las acciones que debían adoptarse:

Que desde luego se declare y publique en esta corte contra la Francia, sus posesiones y habitantes, y que sin pérdida de tiempo se circulen las providencias y órdenes que correspondan y conduzcan a la defensa de mis dominios y vasallos, y a la ofensa del enemigo; prohibiendo, como prohíbo, todo comercio, trato y comunicación entre aquellos y éstos [...] así para que puedan preservar sus intereses y personas del insulto de los franceses, como para que se dediquen a incomodarlos por medio de armamentos, y por todos los demás que permite el derecho de guerra.¹⁶³

Una de las primeras acciones fue la revisión de lo estipulado en las Leyes de Indias acerca de la residencia de los extranjeros en los dominios españoles. El virrey comisionó al alcalde de crimen formar una lista de todos los franceses residentes en la ciudad, y a la inquisición tomar acciones para impedir la propagación de las ideas de la revolución, sobre todo observar aquellas reuniones donde se formen “conversaciones demasiado libres”.¹⁶⁴ Rápidamente las denuncias fueron saliendo a la luz. El padre Santiago González, de la orden

¹⁶² “El virrey Gil de Taboada toma nota de haberse declarado el estado de guerra contra Francia y comunica las medidas defensivas adoptadas, con arreglo de un plan estratégico”, *Colección Documental de la Independencia del Perú*, tomo XXII, vol. 1, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, Lima, 1972.

¹⁶³ “Real Cédula en que SM declara la guerra a la Francia, sus posesiones y habitantes, prohibiendo todo comercio, trato y comunicación con ellos”. *Mercurio Peruano*, tomo VIII, n° 273, Lima, 15 de agosto de 1793.

¹⁶⁴ Archivo General de Indias (En adelante AGI), Estado, 73, N.73. “Carta del virrey del Perú, Francisco Gil, al duque de Alcudia, informando con testimonio, sobre las medidas que había tomado para evitar cunda en aquel virreinato las ideas de la revolución”, Lima, 1794.

dela buena muerte en Lima, y los obispos de Cuzco y Huamanga, daban cuenta de unos pasquines que habían circulado a través del correo de la capital. Los textos referidos manifestaban: "Prevalezca por siempre el gran Dios. ¡Viva la libertad francesa, y muera la tiranía española!".¹⁶⁵ Las averiguaciones no dieron con el autor de los textos, pero si se elaboró una lista pormenorizada de los franceses asentados en la capital sin carta de naturalización, lo mismo que de vascos genízaros dedicados a la minería.

Para dar solución a la residencia de los franceses el virrey convocó una junta, donde se resolvería que para tranquilidad del virreinato fueran deportados aquellos que no cuenten con permiso real y su presencia altere el orden público. Entre los expulsados hacia Europa estaban don Juan de Trimalle, relojero, y don Manuel Torre, dentista, "por haber hablado con libertad". El interés del virrey se enfocaba en controlar las conversaciones públicas donde se comentaran los sucesos revolucionarios y los pormenores de la guerra. Se tomaron acciones que frenaran la divulgación de las ideas revolucionarias, proponiéndose medidas severas para su erradicación. El mismo virrey, manifestaba que:

con estas providencias, y las demás diligencias actuadas, se han disipado enteramente aquellas conversaciones, que en tono cuasi indiferente se movían antes con motivo de tratarse de la actual constitución de la guerra, de suerte que hoy se halla este reino gozando de la más perfecta tranquilidad que puede apetecerse.¹⁶⁶

Las acciones para contrarrestar el avance de las ideas revolucionarias y un posible ataque francés no sólo se ceñían al ámbito social, sino también a la fuerza militar. Gil de Taboada, encontraba oportuno aplicar su plan de reforma de defensa del reino propuesto al inicio de su mandato. Su apego y conocimiento de la estrategia militar hizo posible el desarrollo de un con-

¹⁶⁵ AGI, Estado, 73, N.114, "Minuta de Real Orden reservada al Virrey del Perú, sobre las medidas tomadas con los franceses allí residentes, para evitar la propagación de las ideas revolucionarias, ordenándole lo que ha de hacer con los culpables. Lima, 1795". En otra parte se leía: "Viva la libertad francesa y muera la tiranía española. No hay más de un Dios y Jesús que fue su legislador".

¹⁶⁶ AGI, Estado, 73, N.73. "Carta del virrey del Perú, Francisco Gil, al duque de Alcudia, informando con testimonio, sobre las medidas que había tomado para evitar cunda en aquel virreinato las ideas de la revolución", Lima, 1794.

cienzudo y ambicioso proyecto. Indicaba que, desde el gobierno de Amat, se buscó afianzar la escuadra marítima debido a la extensión del territorio costero y al constante flujo de embarcaciones inglesas por la pesca ballenera; para mantener la tranquilidad en los mares proponía levantar cuatro bergantines de guerra, “y con una o dos fragatas de la real armada, y algunos buques del comercio [...] formarse una escuadra de quince, capaces de una defensa más que regular para eludir y aun castigar cualquier golpe de mano que intenten los enemigos”.¹⁶⁷ Además, como primera medida se proporcionaría “la instrucción de las milicias y la vigilancia de varios puntos [...] debido a la naturaleza del riesgo que debe mirarse remoto y a la calidad de los enemigos”.¹⁶⁸

El virrey convocó una junta de guerra, donde se determinó dividir la costa en tres departamentos debido a la extensión y despoblación del territorio: 1) de Payta al río Santa; 2) del río Santa a Ica; y, 3) y de Ica a los confines de Chile. La responsabilidad militar estaría a cargo de un comandante general. El virrey comandaría la región central desde Lima, asignando para las otras dos zonas como cabeceras de la defensa del reino las ciudades de Trujillo y Arica. Estas comandancias generales, a su vez, se dividirían en diez particulares en función a la preponderancia de los pueblos costeros. Para efectos administrativos se creó un organigrama de plazas y responsabilidades, donde las figuras dirigentes estaban a cargo de un oficial, un sargento primero, tres cabos primeros y un tambor. La principal obligación de estos funcionarios estaba orientada a la instrucción de las milicias y a “darles aquellas ideas de subordinación necesaria, cuya dotación sería muy útil conservarla en tiempo de paz”.¹⁶⁹ El costo del pie de estas milicias ascendía aproximadamente a 24,400 pesos. Se exhortaba realizar, en la medida de lo posible, el mínimo gasto, y aprovechar la residencia de los milicianos para ejercitarlos en las tácticas militares, induciéndolos al orden y disciplina castrense.

En cuanto a la defensa de la capital se formaría un tren completo de campaña, estableciendo campamentos las tropas de infantería, caballería y dragones, cuya fuerza ascendía a un total de tres mil efectivos. “Estas tropas –

¹⁶⁷ *Relación de Gobierno del Excmo. Virrey del Perú Frey Don Francisco Gil de Taboada y Lemos, presentada a su sucesor el Excmo. Señor Barón de Vallenari*, año de 1796, p. 264.

¹⁶⁸ Archivo General de Simancas (En adelante AGS), SGU, 7108, 30, “Providencias tomadas en el reino del Perú para su defensa en la guerra contra los franceses”, Lima, 1793-1794.

¹⁶⁹ AGS, SGU, 7108, 30. En adelante, en lo referente a la defensa del reino en momentos de la guerra con Francia en 1793, se tomará como referencia este documento. Las excepciones llevarán sus notas respectivas.

expuso el virrey – hicieron perfectamente las maniobras que permitió el terreno, con la artillería colocada según la formación, y presentándose un cuerpo atrincherado para ser atacado por otro; quede satisfecho de la destreza con que se ejecutaron estas militares operaciones”.¹⁷⁰ Para estos años, la fuerza del virreinato se constituía de aproximadamente 60,000 hombres divididos en 43 cuerpos de infantería, 6 de artillería, 28 de caballería y 24 de dragones. Con el plan de reforma se extinguieron 25 cuerpos de infantería miliciana, “que además de ser imaginarios, no se consideraban precisos”. Se cuestionaba el alto número de plazas de oficiales, sobre todo en las provincias internas, “cuyos ministerios recaían en sujetos de ciudades distantes que jamás veían ni conocían a los soldados del cuerpo”.

El desprendimiento material y espiritual frente a la guerra

Donaciones y rogativas públicas

Las acciones para contrarrestar el avance de la guerra en la península no sólo se enfocaron a la defensa militar del reino. Un aliciente más efectivo era el envío de numerario líquido. En el caso del virreinato peruano, una de las instituciones que más apoyó al auxilio de gastos militares o desviaciones de la real hacienda fue el consulado limeño. Bajo el rubro de empréstitos “patrióticos” o donaciones “voluntarias”, en el período 1777-1804 el consulado sufragó a favor de la corona alrededor de 2,636,253 pesos.¹⁷¹ La obtención de este capital se realizó a través de censos, empréstitos con particulares, donaciones, cobro de impuestos e imposiciones espontáneas sobre los capitales del gremio. Por ejemplo, en 1777 el rey solicita un empréstito de 1,500,000 pesos para costear la expedición de Buenos Aires frente a los avances portugueses en Río de la Plata, siendo afectadas las corporaciones laicas y eclesiásticas, a través de la extracción de capitales considerables de sus cajas de depósito o de *Tres Llaves*, verdaderas cajas chicas de donde se desembolsaba el dinero líquido para las

¹⁷⁰ *Relación de Gobierno del Excmo. Virrey del Perú Frey Don Francisco Gil de Taboada*, p. 273.

¹⁷¹ Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), Tribunal del Consulado, TC-GO4, Caja 107, Doc. 1253. “Certificación de los empeños contraídos por este Real Tribunal del Consulado, con motivo de los donativos y servicios hechos al Rey y al Estado desde el año de 1777”, Lima, 1815.

transacciones censuarias o prestamos particulares.¹⁷² Para la guerra de 1793 el consulado otorgó una donación de 100 mil pesos, y 25 mil anuales.¹⁷³

Si bien el consulado limeño fue una de las corporaciones que más sufragios realizó a la corona, la fidelidad y salvaguarda de la patria evocaba una serie de manifestaciones de desprendimiento del patrimonio por parte de particulares. Así, el *Mercurio Peruano* informaba –junto con la real cédula de declaratoria de guerra– como desde la península los peruanos afincados en ella exteriorizaban su amor al Soberano: “el coronel don Julián Capetillo, natural de Lima, agregado al estado mayor de la plaza de Madrid, su persona y el prest de dos soldados en campaña, se rebajará su sueldo todo el tiempo que dure la guerra. El ilustrísimo señor don Juan Manuel Moscoso y Peralta, natural de Arequipa, y arzobispo de Granada, [dará] 200 mil reales de su patrimonio, además de todas las rentas de su arzobispado deducidos los indispensables gastos de la dignidad. Don Gabriel Callo Díaz Calvo, caballero limeño, residente en Madrid, 20 mil reales anuales”.¹⁷⁴ De esta manera, un militar, un eclesiástico y un particular daban pie de ejemplo para que sus paisanos realizaran una serie de donativos a favor de la defensa “de la verdadera religión y el real servicio”.

A través del *Mercurio Peruano* se difundirá la lista de contribuyentes a la noble causa como ejemplos vivos de lealtad a la corona, buscando propiciar la participación y “excitar la imitación” de otros vasallos. Entre noviembre-diciembre de 1793 el periódico consignó alrededor de 146 mil pesos en efectivo y una promesa anual de 58 mil durante el tiempo que perdurara la guerra. El editor del *Mercurio* hacía alusión a que la historia de la monarquía española podría llamarse “historia de la lealtad de los vasallos... [porque] se ha difundido la noble y gloriosa emulación de ofrecer sus vidas, haciendas y votos a un príncipe verdaderamente de ellos”.¹⁷⁵ Una lectura de estas oblaciones desinteresadas hacen entrever que su publicación tenía por objetivo principal buscar el reconocimiento por parte del cuerpo gubernativo, el público y, sobre todo, patentizar su lealtad para la posteridad. Por ello se enfatiza, de manera pormenorizada, en la información del donante, su ocupación, rango

¹⁷² Parrón Salas, “Religiosidad y finanzas en el Consulado de Lima (1778-1821), en *Hispania Sacra*, 44:90. Madrid, 1992, pp.624-626.

¹⁷³ “Noticia de los donativos que voluntariamente se han ofrecido a SM para auxilio de los gastos de la Guerra”, *Mercurio Peruano*, tomo IX, n° 300, Lima, 17 de noviembre de 1793.

¹⁷⁴ “Nota a la Sociedad”, *Mercurio Peruano*, tomo VIII, n° 273, Lima, 15 de agosto 1793, fol. 254.

¹⁷⁵ *Ibidem*.

militar o noble, y la cantidad de la contribución desembolsada. El documento se convertirá en una prueba patente de la fidelidad, siendo anexado a la hoja de vida del contribuyente. En el futuro será el sustento para solicitar alguna merced administrativa al soberano. El conde de Montemar y Monteblanco, coronel de milicias, hizo donación de 2 mil pesos y, 600 anuales, a nombre de él, su esposa e hijo primogénito. Por su parte, el marques de Lara exhortaba a sus vasallos en Castilla, Amusco y Redecilla a tomar las armas y brindar las contribuciones debidas.¹⁷⁶ Desde la capitania general de Chile, Ambrosio O'Higgins, futuro virrey del Perú, ofreció un donativo de dos mil pesos proveniente de su sueldo cada año durante la guerra, manifestando: "he pensado multiplicar la oblación haciendo que se interesen en el mismo objeto los individuos de mi familia que están al servicio de S. M. en el ejército de ese reino".¹⁷⁷ Los referidos familiares eran sobrinos que prestaban servicios militares en los regimientos de Ibernía e Irlanda, y quienes, al igual que su tío, "deseaban ocasiones de distinguirse y acreditar su lealtad y amor por el servicio". O'Higgins se comprometió a solventar la manutención de sus sobrinos a cambio de que éstos no hicieran efectivo el cobro de sus sueldos. Desde el sur también llegaban noticias: el cuerpo de dragones de la frontera ofrecía una oblación de seis mil pesos anuales, producto de los descuentos de sus sueldos, el cual no fue aceptado pero sí agradecido por el rey, debido a la cortedad de sus ingresos y las pocas posibilidades de generar otros recursos. En el expediente se hará referencia a la solicitud pendiente que mantenía el comandante del cuerpo: "sirva poner este mérito en su real noticia a fin de que impulse la merced de grado de coronel que solicita".¹⁷⁸

En esta ocasión no sólo se sufragaron donativos monetarios, sino también hubo el ofrecimiento de trasladarse a la península como voluntarios de alguno de los regimientos del rey. Don Joseph María Egaña, no sólo brindó 200 pesos anuales, sino también "su persona para todo aquello en que se le quiera emplear". El cabildo de naturales, así como los del pueblo del Cerca-

¹⁷⁶ Este donativo posiblemente hizo que se reconsiderara la solicitud del marqués de Lara, como coronel de los ejércitos del Perú, que había sido negada en dos oportunidades. En 1794, se le concede el grado de coronel de caballería y su hijo es agregado como capitán en el regimiento de Mallorca (AGS, SGU, 7122, 58. Aranjuez, 1794).

¹⁷⁷ AGS, SGU, 6894, 9, "Dinero que para la guerra con Francia ofrecen de sus sueldos Ambrosio O'Higgins y cuatro sobrinos suyos", Santiago de Chile, 18 de junio de 1793.

¹⁷⁸ AGS, SGU, 6886, 33, "Donativos del cuerpo de Dragones de la Frontera para subvenir a los gastos de la guerra con Francia", Santiago de Chile, 4 de junio de 1794.

do, a través de su procurador general, ofrecían sus personas y bienes para servir en la guerra, al igual que el cacique de la Huaranga de Chaucartina (Huarochiri), quien se ponía a disposición junto con los cuatro mil indios de su parcialidad.¹⁷⁹ Miguel Carasas, capitán del batallón de infantería de Lima, “movido del celo y amor a nuestro soberano”, se ofrecía servir como capitán de dos compañías que se estaban formando en el Cuzco y dejar su labor de oficial de correos; desempeñaría el cargo sin remuneración, mientras se oficializaba su donativo “otorgando 50 pesos para los auxilios de la guerra”.¹⁸⁰

Algunas donaciones no eran depositadas en el erario, pero eran los ministros de las cajas reales los encargados de cobrarlas. De esta manera, no fue sino hasta 1813 que don Melchor Gorzueta, coronel de milicias de Lampa, hizo efectivo su donativo. Este personaje se había comprometido con 200 pesos mensuales durante la guerra; el haber dejado de pagar tres años y medio esta oblación, y presentarse los nuevos sucesos del Alto Perú y Buenos Aires, lo conminó a depositar en la caja de Puno, una barra de plata cuyo valor ascendía a 1,680 pesos “700 pesos de lo vencido y los 975 restantes para que se le absolviese de dicha obligación”. Gorzueta solicitaba la certificación respectiva “en demostración al afecto de mis leales y patrióticos sentimientos”. Así solventó su deuda con la corona y ratificó su fidelidad. Las dificultades económicas por las que atravesó no le permitieron concluir la contribución prometida; ahora, era otra la situación política y su deber estaba ceñido, “así en la campaña como en mi cuartel, a mérito de las superiores órdenes”.¹⁸¹

Otra de las maneras de representar la fidelidad a la monarquía y brindar un apoyo incondicional era costear o promover actos religiosos. Las denominadas “rogativas públicas” se configuraron como verdaderas funciones masivas donde participaban todos los estamentos de la sociedad. En 1793 estas rogativas tuvieron un sentido especial, ya que la guerra no sólo se libraba por el encauzamiento del pueblo francés, sino también por los “enormes horrores atentados cometidos por la nación francesa contra la religión y la hu-

¹⁷⁹ “Donativos para la guerra”, *Mercurio Peruano*, Tomo IX, n° 302-303, Lima, noviembre 1793.

¹⁸⁰ AGN, GO-BI-2, Leg. 94, Exp. 1192, fol. 1-3v, “Miguel Carasas, capitán del batallón de infantería de Lima, ofrece como donativo al erario los sueldos que le corresponden durante 5 años y además de una cantidad de pesos a fin de ayudar a la corona en tiempo de guerra”, Lima, 1797.

¹⁸¹ AGN, GO-BI-2, Leg. 95, Exp. 1294, “Baltazar de la Moza y Jose Victoriano de la Riva, ministros de la caja real de Puno consultan sobre la posibilidad de eximir a Melchor Goyzueta, coronel de milicias de Lampa, del donativo obligatorio anual por la guerra con Francia”, Puno, marzo de 1813.

manidad, como también la mala fe y perjuicios", ¹⁸² haciendo clara referencia a los postulados de la revolución. En Lima, las rogativas públicas se llevaron a cabo el domingo 18 de agosto y por los siguientes ocho días, contando con la asistencia del virrey. ¹⁸³ Por su parte, el cabildo eclesiástico de Trujillo informaba que por el término de ocho días se realizaron rogativas públicas "implorando el auxilio divino por el feliz éxito de nuestras armas". ¹⁸⁴ En la ciudad de Arequipa se realizó una procesión de la "portentosa imagen de nuestra señora de la Victoria, que con el título del Rosario se venera en el convento de predicadores". El cabildo, haciendo referencia al día de la procesión, describía el sentimiento de la multitud: "el numeroso concurso que a todo acudió, manifestaba en su compungido semblante el fervor de su corazón, y las veras con que clamaban al cielo implorando la más pronta y feliz victoria de dichas armas y la conservación de la paz". ¹⁸⁵

1808: ruptura y ebullición

La invasión napoleónica y el resquebrajamiento de la monarquía hispánica

Para inicios del siglo XIX aún se mantenían sólidas las bases de la monarquía hispánica. Si bien es cierto que durante los últimos años del siglo XVIII se hizo frente a rebeliones indígenas, invasiones y guerras con otras potencias, y conspiraciones sin mayores consecuencias, estos hechos no representaron un desequilibrio del gobierno. Las oposiciones al régimen estaban asociadas a la

¹⁸² Archivo Arzobispal de Lima (En adelante AAL), Papeles Importantes, Leg. 13, Exp. 96, "Copia dirigida al Arzobispo de Lima, para que se hagan donaciones a las cajas reales para enfrentar a los franceses", Lima, 1793.

¹⁸³ Biblioteca Nacional del Perú (En adelante BNP), Manuscritos, C 1890, "Expediente sobre las rogativas públicas que se hicieron en esta capital implorando el auxilio divino en la guerra declarada contra Francia", Huancavelica, 1792, carta del Virrey, Lima, 16 de agosto de 1793, Citada por Rosas Lauro, *Del trono a la guillotina. El impacto de la revolución francesa en el Perú (1789-1808)*, p. 222.

¹⁸⁴ AGN, Superior Gobierno, GO-CO-2, Leg. 206, Exp. 1918, "Correspondencia del Cabildo eclesiástico de Trujillo a Francisco Gil de Taboada y Lemos, virrey del Perú, informando que durante ocho días se realizaron rogativas públicas suplicando el auxilio de las tropas que se enfrentan contra Francia", Lima, 1793.

¹⁸⁵ AGI, Estado, 75, N.76, "Oficio del ayuntamiento de Arequipa al duque de Alcudia remitiéndole un memorial para el Rey y testimonio de la procesión de Nuestra Señora de la Victoria, realizada para implorar el auxilio divino en la guerra contra Francia", Arequipa, 26 de octubre de 1794.

carestía de víveres, el encarecimiento del abasto, o simplemente para contravenir las ordenanzas de policía que se dictaban, las cuales buscaban regular las costumbres. Es quizás de éstas revueltas que se acuñará la frase “¡Viva el rey... muera el mal gobierno!”.¹⁸⁶

En el ámbito americano, encontramos estos sobresaltos en las provincias de los virreinos. Por ejemplo, para el caso peruano, entre 1708-1783 se han podido contabilizar 140 protestas; para los años 1775-1780, entre revueltas y levantamientos, se han registrado alrededor de 33, incluyendo el de Tupac Amaru. En su mayoría, estos se originaron por el alza de las alcabalas, la inserción de la aduana o la mala gestión de los corregidores. En definitiva, contra la administración colonial, que ejecutaba un mal gobierno en nombre del rey.¹⁸⁷ En Nueva España destaca la rebelión de los pimas altos en 1751, de los coras en 1767, y una serie de revueltas populares entre 1766-1767 en oposición a las reformas fiscales aplicadas por la corona y la expulsión de los jesuitas.¹⁸⁸ En la Paz, el motín de forasteros de 1770 será un claro síntoma de rivalidad entre las clases dirigentes provinciales.¹⁸⁹ Pero sin duda, el hecho que coronó la inestabilidad vivida en el último tercio del siglo XVIII en el ámbito americano fue la revolución haitiana y los hechos de la isla de Santo Domingo.

Sin duda la revolución francesa desencadenó un proceso de agitación política que afectó a las monarquías europeas y a sus dominios. Tras la muerte de Carlos III, el nuevo rey tuvo que afrontar la influencia del proceso revolucionario francés. La adopción de una política radical será un factor decisivo en el devenir del mundo hispánico. La fuerte censura a la prensa, el restablecimiento de la inquisición y la persecución de *subversivos*, iría originando una oposición fuerte al gobierno por parte de los sectores ilustrados. Los cambios de ministros eran síntoma de la inestabilidad política. Del radicalismo de Floridablanca se pasó a una apertura por parte del conde de Aranda, y de allí al advenedizo Godoy. Este último será quien afronte la coyuntura 1793-1808. El traspie de la guerra del 93, así como las de 1798 y 1804 (contra Gran Bretaña), tuvieron como corolario el desbalance de la hacienda peninsular. Las sucesivas guerras, el incremento de los impuestos y empréstitos internacionales, así

¹⁸⁶ Andrés-Gallego, *El motín de Esquilache, América y Europa*, p. 17.

¹⁸⁷ O'Phelan Godoy, *Un siglo de Rebeliones Anticoloniales. Perú y Bolivia 1700-1783*.

¹⁸⁸ Castro Gutiérrez, Gueda y Mirafuentes Galvan, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*.

¹⁸⁹ Barragán, “Españoles patricios y españoles europeos”, pp. 113-171.

como la interrupción del comercio atlántico con los dominios ibéricos americanos, provocaron desempleo masivo y grave inflación llevando a la bancarrota del gobierno, desgracias atribuidas a los manejos de Godoy.¹⁹⁰

Las diferencias palaciegas hicieron enfrentar al príncipe heredero con el valido Godoy. El objetivo de los opositores del ministro era hacer abdicar a Carlos IV en favor de su hijo. En octubre de 1807 el rey envió una comunicación al consejo de Castilla, dando cuenta de la conspiración que se promovía en la corte:

una mano desconocida me enseña y descubre el más enorme e inaudito plan que se trataba en mi palacio contra mi persona. La vida mía, que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesión, que preocupado, obcecado y enajenado de todos los principios de la cristianidad [...] había admitido un plan para destronarme. Entonces quise yo mismo indagar la verdad del hecho, y sorprendiéndome de mí mismo cuando [hallé] en su poder las instrucciones que recibía de los malvados.¹⁹¹

El rey hizo públicos los planes de su hijo Fernando y como los había desbaratado. Elevó su protesta al consejo con el firme propósito de que se aplicaran las leyes a su vástago y seguidores. De la investigación resultaron varios reos, incluso el príncipe fue arrestado en sus aposentos. El sentimiento del soberano se deja traslucir en su escrito: “esta pena que invade las muchas que me afligían, pero así como es la más dolorosa es también la más importante de purgar”. Desde su prisión Fernando asumía su culpa: “señor papá mío, he delinquido, he faltado a V. M. como rey y como padre”. La presión familiar lo llevó a delatar a sus adeptos, entre los que se encontraba el virrey de Navarra. Las misivas a la pareja real por parte del príncipe fueron persistentes, con el único objetivo de restablecer la confianza y levantar los cargos en contra de su persona. Resultó la estrategia: Carlos IV sentenció: “perdono a mi hijo, que volveré a mi gracia cuando con su conducta me dé pruebas de una verdadera reforma en su frágil manejo”. Con estas palabras eximió el comportamiento y actitudes del príncipe. La influencia de los detractores de Godoy le hicieron

¹⁹⁰ Rodríguez O., *La independencia de la América española*. COLMEX – FCE, México, 2005, p. 105.

¹⁹¹ AAL, Papeles Importantes, Leg. 17, Exp.1, Borradores sobre sucesos de España, Madrid, 1807.

ir en contra de su propia familia y poner en riesgo la monarquía. Pero no sólo su palaciega corte le hizo entrar en estas disputas, sino las propias misivas de Napoleón también alimentaron sus ímpetus:

Amado Príncipe:

Recibe de mano del conde de Haro la espada que el interés de mi imperio, el honor de los españoles y el concepto que tan bellas cualidades se merece, piden pase a las tuyas para vengar nuestras armas de los repetidos agravios con que han querido ultrajarlos nuestros enemigos; algún día gobernarás los pueblos, a cuyas conquistas corres ahora, y la Francia tendrá en ti un amigo que distingue entre sus vecinos los fraudes para sofocar en su origen y castigar a los que las promuevan [...] *que tu sagrada persona puesta a ese frente representa la mía y la de tu padre; mi caro aliado, tú serás el único agente de todas las operaciones, generalísimo de mis ejércitos*, y yo me glorió que por este medio crecerá la amistad que tanto es apreciable al emperador de Francia y rey de Italia.¹⁹²

Las disputas dentro de la familia real coincidirá con el ingreso de los ejércitos franceses a dominios españoles de camino hacia Portugal. Meses después de la desarticulación de la conspiración palaciega en el Escorial, nuevamente el trono de Carlos IV se vería asediado, en marzo de 1808, en la localidad de Aranjuez, donde se desató un levantamiento popular como respuesta a las consecuencias económicas y sociales de la derrota de Trafalgar; a ello, se le sumaría el descontento popular y las intrigas de la corte. La presencia de tropas francesas en España en virtud del tratado de Fontainebleau era un factor amenazante a medida que avanzaban por diversas localidades españolas. El traslado de la familia real al sur, con la posibilidad de embarcarse hacia América, como lo habían realizado los reyes de Portugal, desató el desequilibrio de la multitud, quienes se agolparon frente al palacio real tomando preso a Godoy. Ante esta situación y el temor de un tumulto intervino el príncipe Fernando, verdadero dueño de la situación, quien hace abdicar a su padre en su persona, convirtiéndose en Fernando VII.¹⁹³ El desequilibrio de fuerzas

¹⁹² *Ibid.*

¹⁹³ Sánchez Mantero, "El motín de Aranjuez: una intriga real". pp. 88-89. Martí Gilabert, *El motín de Aranjuez*. También consultar Lafoz Rabaza, *La guerra de la independencia en Aragón: del motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza (marzo 1808-febrero 1809)*.

dentro de la corte española valió a Napoleón como excusa para hacer abdicar al príncipe y su padre en favor de sí mismo, para luego otorgarle la corona española a su hermano José.

Frente a estos acontecimientos las autoridades peninsulares juraron fidelidad al nuevo monarca, pero las provincias levantaron su protesta ante la usurpación cometida por los Bonaparte. El 2 de mayo de 1808, el pueblo de Madrid se levantó contra la ocupación francesa, seguido de las demás comunidades. Este hecho dio inicio a una serie de acontecimientos políticos y militares que desencadenarían una transformación en el mundo hispánico. No sólo se iniciará el proceso de independencia de la península, sino también será el principio de las revoluciones en las colonias hispánicas que traerá como consecuencia la independencia de los antiguos territorios españoles en el nuevo mundo.

En los dominios españoles en América, el vacío de poder en que se sumió la península preparó el espacio propicio para que las ideas de soberanía fueran las protagonistas del próximo bienio. El declive de la monarquía conlleva a la transición de una sociedad colonial a una sociedad fundamentada en un nuevo contrato entre ciudadanos, hombres libre e iguales.¹⁹⁴ Las distintas respuestas a estos acontecimientos por parte de los americanos dependieron del vínculo entre la metrópoli y las élites regionales. El problema se centró en resolver quién asumiría simbólicamente la soberanía, la legitimidad del gobierno y la unidad de la monarquía ante la prisión de Fernando VII y la usurpación del poder por parte de Napoleón. En el ínterin se conformó en la península la junta central gubernativa del reino, reconocida como autoridad suprema de la monarquía, en nombre y representación del rey. Se convirtió en “depositaria de la autoridad soberana”, y estuvo conformada por los delegados de las juntas provinciales peninsulares sin una representatividad americana. Las diferencias entre las juntas peninsulares, conllevarán a la formación de la suprema junta de España y de Indias, que desde Sevilla convocará la ayuda trasatlántica. La ocupación de Andalucía por los franceses y la caída de la junta central propiciaron una sucesión de movimientos insurgentes de diferente carácter en gran parte de América.¹⁹⁵

¹⁹⁴ Reyes, “La ambigüedad entre lo antiguo y lo nuevo. Dos mundos que se entrecruzan: Nueva Granada, 1808-1810”, en *Doceañismos, constituciones e independencias. La constitución de 1812 y América*, Chust, (Coord.), Fundación MAPFRE, Madrid, 2002, p. 100.

¹⁹⁵ Semprún Bullón, *Capitanes y Virreyes. El esfuerzo Bélico realista en la contienda de Emancipación Hispаноamericana*, p.15.

Las primeras respuestas a ésta situación en la América meridional se dieron a finales de 1808 en Quito, La Paz y Chuquisaca, que fueron rápidamente reprimidas por el virrey de Lima. Pero es en 1810 cuando los alzamientos tomarán un rumbo de mayor gravedad, sobre todo con la formación de la junta de Caracas,¹⁹⁶ la cual tuvo repercusiones en varias provincias de la Nueva Granada y en la audiencia de Quito.¹⁹⁷ Estos movimientos insurgentes, en un primer momento, mantendrán teóricamente su “fidelidad al rey”, rechazando –en algunos casos– el accionar de la junta central peninsular o el gobierno de la regencia. Entre los argumentos que se manejaron está la postura de lealtad a la causa española, a la que consideran perdida ante la intromisión francesa. Incluso, en las primeras declaraciones formales de independencia se dejó abierta la posibilidad de acuerdos políticos, de todo tipo, con la metrópoli. Un claro ejemplo de la influencia de los acontecimientos peninsulares en el proceso que vivió América en esos años se puede encontrar en el manifiesto de la junta de Caracas:

Convencidos los leales habitantes de esta capital de que por las pérdidas artes del usurpador de Francia y por la fuerza enorme de sus ejércitos se hallaba la península en un estado de desesperación y desorden que no permitía la menor esperanza de salud [...] y previendo que los dominios americanos se hallarían expuestos a no menores males [...] creyeron con unanimidad que había llegado el momento en que, desahogando iguales sentimientos a los que manifestaron el memorable 15 de julio de 1808, diesen a sus hermanos habitantes del nuevo hemisferio otro testimonio ilustre de su acendrada

¹⁹⁶ En 1810 se proclamará la suprema junta conservadora de los derechos de Fernando VII en nombre del depuesto rey. La junta de Caracas notifica oficialmente a la regencia que ha tomado la soberanía de su provincia, dado el estado de disolución del gobierno de España, y que retendría y usaría ese poder hasta el regreso de Fernando VII, o hasta formarse un gobierno constituido por cortes convocadas según las leyes, con la correspondiente representación de los reinos, provincias y ciudades de Indias. El manifiesto que emana de ella será un claro ejemplo de cómo los acontecimientos peninsulares influyeron en la situación americana, sobre todo, en la clase dirigente, que buscaba orden a la situación vivida.

¹⁹⁷ En agosto de 1809, un grupo de criollos, liderados por Juan Pío Montúfar, declaran una junta de gobierno propia en Quito, jurando lealtad a Fernando VII, y desconocen a las autoridades nombradas desde España. El virrey de Santafé, Antonio Amar y Borbón, considera los hechos de Quito como un acto de rebeldía y temiendo que el ejemplo cundiera en el virreinato, ordena sofocar la rebelión de Quito, lo cual consiguió junto con las tropas enviadas por el virrey del Perú. A estos hechos, le secundan la insurrección de Valledupar (abril, 1810), las juntas de Cartagena de Indias. En julio de 1810, la de Santiago de Cali formó sus juntas, luego vendrían Socorro y Pamplona. Finalmente, los sucesos ocurrirían en la misma sede del virreinato, Santafé, nombrando una junta en agosto de ese año.

fidelidad al soberano, tomando las medidas necesarias para asegurarle estos dominios y colocarse sobre un pie respetable de unión y de fuerza para reclamar, a nombre de la justicia y de la razón, aquella inestimable fraternidad con nuestros conciudadanos de Europa [...] Si el pueblo español ha creído necesario recobrar sus antiguas prerrogativas y la augusta representación nacional de sus cortes para oponer una barrera a la desordenada y progresiva arbitrariedad del ministerio; si los males de una larga opresión que había dilapidado las rentas públicas, proscripto la virtud y el mérito, y casi degradado el noble carácter español, les prescribieron imperiosamente la generosa resolución de recobrar su libertad interior, al mismo tiempo que amenazados por el poder colosal de Francia trataban de asegurar su independencia política [...] Iguales son nuestros motivos para imitar las nobles tentativas de nuestros hermanos de Europa [...] igual es la justicia que nos asiste, igual la energía con que debemos vindicar nuestros derechos ultrajados [...] Vuestra señoría es el órgano más propio para difundir estas ideas por los pueblos [...] Una es nuestra causa, una debe ser nuestra divisa: fidelidad a nuestro desgraciado monarca; guerra a tu tirano opresor; fraternidad y constancia.¹⁹⁸

Las noticias políticas del Perú en momentos del secuestro

En el transcurso de los acontecimientos de Bayona, la instauración de la junta y la regencia, y la propia organización de las cortes de Cádiz, llegaron al despacho real innumerables memoriales sobre la situación de los virreinos de ultramar. Estos memoriales no sólo hacían referencia al escenario económico de éstos territorios, sino, sobre todo, al político, dando cuenta del accionar de las élites frente a los acontecimientos peninsulares y de su posible comportamiento ante las ideas autonómicas. José de Cos Iriberry, capitán de milicias de Chile, exponía su parecer sobre la situación política del Perú hacia 1809. A diferencia de las otras provincias, para este autor el Perú, era uno de los pocos bastiones inclinado a la causa monárquica. Da cuenta de cómo las ideas monárquicas eran apoyadas por los sectores ilustrados, y de cómo la posición estratégica de Lima le convertía en un centro de difusión de ideas y gran

¹⁹⁸ "Extracto de la carta Manifiesto de la Junta de Caracas a los cabildos de América [18 de mayo de 1810]", *Suprema Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII (Venezuela 1808-1810)*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002, edición digital a partir de *La Gaceta de Caracas*, núm. 98 (18 de mayo de 1810).

debate, “donde hay mucha ilustración, particulares talentos y donde abundan las gacetas inglesas, y libros de política en toda lengua”.¹⁹⁹

En contraposición a ésta visión ilustrada, el capellán de Huamachuco, Francisco María Pizarro de Cevallos, exponía las dolencias del mal gobierno en las figuras de las autoridades civiles y eclesiásticas: los desórdenes administrativos, económicos y morales “coadyuvaban a las interminables plagas que nos rodean”. El capellán exponía el desarreglo de los burócratas en el cumplimiento de sus funciones. Un caso reiterativo era el nombramiento de oficiales que no se iban a las regiones asignadas por estar ocupados en sus haciendas particulares. Los exorbitantes sueldos de estos funcionarios, junto a la creación de plazas innecesarias, eran palancas que dañaban las arcas de la real hacienda. Otro punto recurrente de su crítica fueron los cuerpos imaginados de milicias que se levantaban en las diferentes provincias, lo mismo que el otorgamiento de grados dirigentes -dentro de esa estructura miliciiana- sin considerar la pericia militar en menoscabo del objetivo de la institución, por lo que se tenían cuerpos no ejercitados al mando de particulares sin habilidades militares, pero que, eso sí, sustentaban su prest y en muchos casos relaciones de servidumbre con sus soldados. Esta situación ocasionó el desacuartelamiento de las milicias de Huamachuco “hallándonos hoy en medio de dos potencias enemigas: la inglesa por mar a treinta leguas, y rayanos casi con la portuguesa”.²⁰⁰

La figura del enemigo portugués estaba asociada al asentamiento de la casa de Braganza en el Brasil. Las pretensiones públicas de la infanta Carlota Joaquina sobre las posesiones de América hacían peligrar la fidelidad de los virreinos, e incluso se le atribuía el auspicio de una expedición inglesa que llegó al Perú en febrero de 1809. Indica Cos que esta expedición fue acompañada de una estrategia que tenía por finalidad discurrir por medio de “cartas particulares muy eficaces a las personas de más influjo, hallando quizás partidarios para extender desde las costas del Brasil a las del Perú su monarquía”,²⁰¹ incluso el capellán de Huamachuco hizo referencia del envío

¹⁹⁹ Archivo Histórico Nacional (En adelante AHN), Estado, 51, A.N. 53. Pensamientos útiles, planes, memorias, ideas políticas y militares comunicados a la Junta, José Cos Iriberry (pensamiento acerca de la situación de Chile y Perú), Sevilla, 1809.

²⁰⁰ “Exposición del capellán de Huamachuco, Francisco Palomino Rendón, sobre la situación del Perú, Trujillo, 1808”, AHN, Estado, 58F, N.118 a N.119, Correspondencia entre la junta y autoridades del Perú.

²⁰¹ *Ibidem*, 39.

que él hizo de dos vigías a los puertos del río Marañón, para dar aviso de cualquier movimiento que insinuara una invasión portuguesa.

La celeridad de los acontecimientos a partir de 1808 y la lenta respuesta del gobierno central influirían en las directrices que adoptaron los gobiernos de las ciudades americanas. La caída de la dinastía puso en duda la legitimidad de los lazos que unían a la península con América.²⁰² La creación de la junta central sería otro elemento a través del cual se cuestionaría la fidelidad a la corona y la posición de América frente a la disolución de la monarquía. Si bien entre 1808-1809 los levantamientos fueron controlados por las autoridades españolas, las fuerzas peninsulares eran escasas: “menos de dos mil hombres de tropas regladas españolas guarnecían la línea que se extendía de Buenos Aires a Quito, y quinientos la guarnición de Chile”.²⁰³ Por ello fue fundamental para estos años la acción de las milicias provinciales y urbanas. Sería la amplitud de los acontecimientos de 1810 los que desequilibraron el sistema de defensa español en América.

Los sucesos peninsulares y la divulgación de la información a través de la Minerva Peruana

Los acontecimientos vividos en la península fueron conocidos por los habitantes de América. El papel de la prensa fue vital para estos años. A través de periódicos y gacetas circularon cédulas, bandos, relaciones de guerra, e incluso discursos políticos, que exaltaron el sentimiento patriótico. Su rápida circulación y la creciente demanda los convertiría en medios permanentes de información y propaganda. Estas publicaciones se convertirán en soportes de toda clase de producción patriótica, tanto peninsular como americana. El éxito de su distribución legitimará la posición que obtuvieron como portavoces del cuerpo social.²⁰⁴ La exaltación del patriotismo se revitalizaba con la impresión de documentos que ejemplificaban este sentimiento. La rapidez de los acontecimientos pondrá a prueba las redes de comunicación que se entrelazaron a finales del siglo XVIII. La diversidad de fuentes matizaba la información, se echaba mano a la correspondencia pública y privada, así como

²⁰² Albi de la Cuesta, *Banderas olvidadas. El ejército realista en América*, p. 61.

²⁰³ *Ibíd.*, p. 64.

²⁰⁴ Guerra, “Voces del Pueblo. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)”, *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 225, Sevilla, 2002, p. 359.

a las noticias que llegaban en los barcos procedentes de la península u otros lugares de América. Esta proliferación de información favorecerá el desarrollo de una posición crítica y de análisis de los lectores frente al contenido de lo publicado. La formación de una *opinión* frente a los acontecimientos sería el siguiente paso. Sin embargo, este proceso se vio interrumpido con los bandos que limitaron la libertad de imprenta.

En el Perú este rol fue asumido por el periódico la *Minerva Peruana*, que por la publicación de los diarios de batallas, cartas, manifiestos, bandos, instrucciones, etc., se convirtió en una incesante fuente de información; incluso, en los momentos más álgidos de ésta coyuntura su posición editorial le daba el carácter de vocero oficial del régimen. Durante el gobierno del virrey Abascal las suscripciones de éste diario sobrepasaron las cifras alcanzadas por el *Mercurio Peruano*.²⁰⁵ Su editor, Guillermo del Río, supo captar la adhesión del público a través de la divulgación de temas de interés político. Por ejemplo, luego de publicar las hazañas de los habitantes del Río de la Plata se dio un inusitado incremento de suscriptores, a lo que respondió el editor: “los inesperados sucesos del continente van a dar un nuevo impulso a nuestro periódico [...] redoblabamos nuestros esfuerzos para adquirir la noticia y darlas a la luz en la mayor prontitud [...] la prensa gemirá de día y de noche”.²⁰⁶ El público no sólo quería informarse de los sucesos peninsulares, sino también de los americanos. Rápidamente, el editor sacó partido de esta necesidad de información, incrementando los precios de suscripción: “para dentro de la capital 15 pesos, para la carrera de Valle 26, al Cuzco y Arequipa 26, a Pasco y Chile 23”, no admitiéndose suscripciones inferiores a las de un año.

Se debe de considerar que la amplitud de la información estaba asociada a la necesidad de movilizar a los lectores, y a través de ellos al pueblo, para adherirse a la causa fidelista de la monarquía. En este sentido, se pueden identificar tres temas que bosquejaron un programa político: la revaloración de la figura de Fernando VII, la defensa de la religión y la patria, y la demonización de Francia a través de la figura de Napoleón. Si bien la *Minerva Peruana* era editada desde 1805, en el período 1808-1810 amplió su radio de difusión. No obstante de lo anterior, el contenido de sus artículos fue cuestionado. Las diversas fuentes utilizadas impregnaban una sensación de desorden

²⁰⁵ Peralta Ruiz, *En defensa de la autoridad: política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal. Perú 1806-1816*, CSIC, Madrid, 2003, p. 41.

²⁰⁶ *Minerva Peruana*, núm. 46, Lima, 25 de octubre de 1808.

en el relato de los hechos. Por un lado, se publicaban las acciones de la junta suprema, la respuesta del pueblo español y las vicisitudes de la familia real; y, por otro, sus desavenencias. Si bien el objetivo principal del periódico era fortalecer la imagen de la monarquía, ésta se contradecía con publicaciones como la protesta de Carlos IV: "protesto y declaro que todo lo que he manifestado en mi decreto del 19 de marzo, abdicando la corona en mi hijo, fue forzado por precaver mayores males, y la efusión de sangre de mis queridos vasallos, y por tanto de ningún valor.- Yo el rey".²⁰⁷ En ese mismo número se insertaron una serie de documentos que ponían en evidencia el desacuerdo de Carlo IV y la traición del príncipe de Asturias.

A finales de octubre de 1808 se informó cuál sería la actuación de la junta suprema, así como el llamamiento a las armas de las provincias españolas: "como los vecinos deben estar prontos todos a alistarse y servir a la patria, y esto comprenda aún a aquellos que no deban alistarse [...] y sea del todo necesario, que la junta y jefes militares tengan noticia exacta de las armas propias de cada uno".²⁰⁸ Con los bandos se buscaba mantener la tranquilidad pública y controlar las escaramuzas que pudieran ocasionar la válida defensa de la patria. De la misma forma se dio noticia de la formación de las juntas en aquellas ciudades o villas peninsulares de más de dos mil vecinos, siendo uno de sus objetivos principales alistar al vecindario y formar compañías, así como también recolectar donaciones "por el rey y la patria, y la estrechísima necesidad de esta causa". La junta del principado de Asturias perfilaba los primeros lineamientos de la soberanía del pueblo, que luego serían discutidos en ambos hemisferios:

La junta general del principado de Asturias, compuesta de los representantes de todos sus consejos o partidos, en vista de las circunstancias anárquicas en que todo el reino se haya [...] ha reasumido en sí la soberanía [...] declarando que en la junta reside la suprema potestad entre tanto es restituida al trono la dinastía de los borbones, a quién ha renovado y renueva el juramento de fidelidad.²⁰⁹

²⁰⁷ *Minerva Peruana*, núm. 48, Lima, 28 de octubre de 1808.

²⁰⁸ "Bando: La Junta Suprema deseosa de conservar la tranquilidad Pública", *Minerva Peruana*, Lima, jueves 27 de octubre de 1808.

²⁰⁹ *Minerva Peruana*, núm. 49, Lima, 31 de octubre de 1808.

En el número 50 del 2 de noviembre de 1808, se publicó una declaración atribuida a un peruano. Con el título de “Amigo de la razón y de la verdad de Lima”, se buscará reforzar la adhesión a la causa fernandista. Posteriormente se publicaron bandos y cartas que realzaron la desventurada figura del *Deseado*, así como los triunfos de las tropas españolas frente a los invasores. El autor del manifiesto limeño expuso su espíritu de vasallo fiel, así como la idea de unión entre España y América:

Americanos: no temáis. La España ha recobrado su antigua energía. La fermentación nacional ha expurgado las heces que aún quedaban de un gobierno débil [...] la nación está organizada; y reunida no respira sino el odio y el honor: impaciente sólo anhela el combate, y uno mismo es el grito universal: *viva Fernando, viva la religión y la patria...*

Patriotas: la América ha dado la prueba más acertada de su fidelidad [...] ha jurado en un mismo tiempo en todos sus reinos a nuestro amado *Fernando VII*. Hemos cumplido con la obligación más sagrada en que se cifra la salud de los pueblos, la seguridad de las propiedades, nuestra existencia política, nuestro honor, nuestra vida. La uniformidad de sentimientos, sólo ella puede conservarnos aquella felicidad que gozamos en esta remota parte del globo.

Un inmenso océano nos separa para partir con vosotros el trabajo y la gloria; más nuestros incesantes votos os acompañan; y el oro de nuestra minas, y cuanto tenemos de más precioso, surcará bien pronto estas mares.²¹⁰

En enero de 1809 se publicaron los detalles de la heroica incursión del general Xavier de Castaños frente a los franceses y su posterior ingreso triunfal a Madrid. La necesidad de conocer más rápido los hechos llevó a Justo Claro levantar su protesta contra el dilatado proceso de impresión de las noticias. Acusaba al “gacetero”, de entorpecer la publicación de papeles y cartas que varios limeños entregaban al editor: “sé con evidencia que algunos sujetos tienen y esperan papeles de mucho merito, y reconvenidos del por qué no los entregan al gacetero contestan que privan con dolor al público de ellos, porque no anden 20 días de mano en mano, y salgan al fin después de leídos

²¹⁰ *Minerva Peruana*, núm. 50, Lima, 2 de noviembre de 1808.

en 40 casas, copiados en 30, conjurados en 20 y celebrados en 5".²¹¹ De esta manera se pondría en tela de juicio la actualidad de la información vertida en el periódico, e incluso la manipulación de ciertos contenidos. A todo esto el editor contestó: "el patriotismo de los limeños, su ardiente amor, su pasión, su locura por Fernando [VII], su entusiasmo a favor [...] de los individuos de la península, no permiten creer exista en nuestra capital quien censure los papeles que de allá hemos visto".²¹² Este fue el inicio del cuestionamiento del periódico, a pesar que luego tuviera como fuente oficial al propio virrey.

En el número 7 del 22 de enero de 1809, los limeños leyeron la noticia de la instalación de la junta central suprema y gubernativa del reino. En una adición al número 9 se insertó la real orden por la que se exhorta al virrey para conseguir el apoyo económico de los vasallos americanos:

España, madre patria de la mayor parte de los habitantes de esos vastos dominios, quienes igualmente que sus naturales han acreditado siempre su celo patriótico, su religiosidad y su generoso y laudable desprendimiento, para ocurrir a las urgencias del Estado; ha acordado que V. E. excite nuevamente el acrecentado amor a nuestro soberano de los cuerpos eclesiásticos y seculares, el de cada uno de los individuos y el de todos los habitantes de las ciudades, villas y lugares de su mando, a que contribuyan con cuantos auxilios [puedan] para defensa de la religión, de nuestro deseado Fernando VII [y] dispongan rogativas públicas y secretas [...] para obtener de Dios la continuación de sus divinos auxilios en nuestro favor y el acierto en el gobierno supremo.²¹³

Entre 1809-1810 se buscó mantener y fortalecer la fidelidad hacia Fernando VII. La conformación de juntas en algunas ciudades americanas conllevó a la búsqueda de estrategias que reforzaran los lazos comunes en ambos hemisferios. Desde América se levantaron voces que aseguraban su posición fidelista. Por ejemplo, se publicó una proclama de los americanos a sus hermanos sevillanos, dando cuenta de la "voz enérgica, leal y uniforme con que la América española ha proclamado al señor Fernando VII". A pesar de lo in-

²¹¹ *Minerva Peruana*, núm. 6, Lima, 21 de enero de 1809.

²¹² *Minerva Peruana*, núm. 9, Lima, 28 de enero de 1809.

²¹³ Adición a la *Minerva Peruana*, número 9, Lima, 28 de enero de 1809.

cierto de las noticias y el constante acoso de los emisarios franceses, el apoyo de los vasallos americanos parecía seguro. Es más, demandaban a la junta de gobierno velar por la equidad y progreso de la nación:

estableced un gobierno íntegro y equitativo ante cuyos ojos sólo valga el mérito para los premios; porque elevar al servil adulator sobre el honrado y virtuoso ciudadano, y preferir el idiota al varón esclarecido, las más veces por favor, y otras a pretexto de seguridad y política del Estado, es una mortal herida que sólo a fuerza de ser leal soporta el corazón español [...] precaved con leyes sabias sacadas de las experiencia e historia de la nación [...].

Sevillanos: recordad que apenas oímos que en medio de vuestra ciudad se formaba una junta suprema para salvar la España de las ruinas que la amenazaban, cuando adherimos con sinceridad y prontitud a ese noble centro de acción, a ese activo móvil, que desplegando con celeridad extraordinaria fuerzas inmensas ha parecido un rayo, un huracán que barría impetuosamente la tierra y el cielo, purificándolos de las pestilentes exaltaciones que los infestaban.

Por lo demás, nosotros responderemos por la seguridad de toda la América española. Un solo palmo de tierra no se separará de la integridad de la monarquía. Nunca creáis que pueda nadie seducirnos ni intimidarnos. Gracias a vuestra sangre tenemos bastante valor, y lo hemos acreditado para despreciar lo segundo. Gracias a nuestros reyes nos sobran luces para defendernos de lo primero.²¹⁴

Fidelidad, teatralidad y contribuciones para salvaguardar la patria

Los sucesos de 1808 produjeron numerosas manifestaciones de lealtad hacia la corona española, sobre todo, en la figura de Fernando VII. Las vicisitudes que asolaron al monarca promovieron las más profusas expresiones de amor, lealtad, adhesión, e incluso se llegó al extremo de sacralizar su figura. El difícil momento económico que vivía la monarquía y la impopularidad del valido Godoy hicieron que la abrupta sucesión al trono fuera vista como el resurgi-

²¹⁴ "Respuesta de los americanos a la proclama que les han dirigido los nobles sevillanos, impresa en la Minerva, n° 74, del año de 1808", *Minerva Peruana*, Lima, 4 de enero de 1809.

miento del esplendor español. Los actos de jura y proclamación que se realizaron en las diversas ciudades del virreinato ilustran el clima efervescente de la época. El virrey del Perú, Fernando de Abascal, daría inicio en la ciudad de Lima a los actos fidelistas a favor del rey, en ellos se festejaba la confirmación en el trono español de Fernando VII, la celebración de su cumpleaños y, las rogativas públicas por su salud y libertad. Los sucesos que empañaron el proceso de sucesión –la deslealtad de Fernando a su padre–, fueron rápidamente olvidados. El texto de la proclamación de la ciudad de Lima fue muy elocuente en este sentido:

Fernando VII es nuestro rey, más ¿qué rey? No se ocupe el tiempo en tejer su historia desde que vio la luz del día. Contémplesese perseguido porque tan sólo era heredero del trono; considérese preservado por la divina providencia para rey, y ya rey y señor nuestro por un legítimo medio de adquirir anticipadamente el cetro.²¹⁵

De esta manera la propaganda eximió de toda responsabilidad política a Fernando, convirtiéndolo en una inocente víctima de la perfidia y traición, primero de Godoy y luego de Napoleón, mereciendo las mayores muestras de amor y fidelidad por parte de sus súbditos.²¹⁶ Esa figura la recoge el presidente del Cuzco en su proclama a dicha ciudad: “Un tirano, un pérfido, violando los más sagrados vínculos de la amistad y bajo los tiernos halagos de la benevolencia, nos ha arrebatado a nuestro amado soberano, ha intentado avasallar a la nación entera y cubrirnos de oprobio”.²¹⁷ Por su parte, el propio cabildo limeño manifestó su visión del desvalido monarca:

Nuestro rey es Fernando, es hereditaria la corona; y la primogenitura, por la solemne y espontánea abdicación de su padre, le ha establecido y sancionado como tal. La nación le ha reconocido, no tumultuariamente, sino por principio. El tirano, el insaciable Napoleón, simulando amistad

²¹⁵ AHN, Estado, 58F, N.123, “Solemne proclamación de nuestro católico monarca señor don Fernando VII”, Lima, octubre de 1808.

²¹⁶ Landavazo, “La sacralización del rey. Fernando VII, la insurgencia novohispana y el derecho divino de los reyes”, en *Revista de Indias*, vol. LXI, núm. 221, Sevilla, 2001, p. 70.

²¹⁷ *Minerva Peruana*, núm. 2, Lima, 2 de febrero de 1809.

e interés [...] expectosos pretextos disfrazaban su infamia, y la alma inocente de Fernando es sorprendida; se entrega amistosamente a los brazos del enemigo de la religión y naturaleza; y el 5 de mayo es descubierta en Bayona [...] ¡Oh negra traición! El mundo se horroriza, ¡Bayona! [...] que se borre este nombre en las cartas geográficas y un desierto espantoso cubra tu antigua población.²¹⁸

La necesidad de mantener el orden frente a cualquier intento de fisura hizo que se reforzara la imagen del rey. De esta manera, a través de la prensa, de las manifestaciones públicas de fidelidad, y de los diversos bandos que se divulgaban, se buscó conservar la obediencia y reforzar la representación soberana de la monarquía en el virreinato. La gaceta de la ciudad cumplió en informar de los acontecimientos peninsulares, a la vez que promovía el acopio de los donativos y publicaba proclamas particulares de los súbditos americanos. Las primeras manifestaciones de fidelidad que se dieron en Lima, fueron los actos de proclamación del ascenso al trono de Fernando VII, realizados a partir del 13 de octubre de 1808, y prolongados durante los siguientes ocho días. El virrey Abascal, a través de un bando a usanza de guerra, hizo de conocimiento público el protocolo festivo:

la víspera, día de ceremonia, y siguiente, con iluminación y demás actos de celebridad pública, y acción de gracias el segundo día, en que cumple años su S. M. Concluido este acto de alegría, en lugar de las fiestas acostumbradas en semejantes casos, se seguirá un novenario solemne y muy religioso de rogativas públicas, pidiendo al altísimo por la salud y libertad del rey y su real familia, triunfo de nuestras armas y prosperidad de la monarquía.²¹⁹

A diferencia de las fiestas de sucesión de los monarcas anteriores, en esta ocasión las fiestas reales darán paso a representaciones religiosas a través

²¹⁸ AHN, Estado, 58F, N.125, "Expresión leal y afectuosa del ayuntamiento de Lima, con motivo de la solemne proclamación de nuestro católico monarca el señor Don Fernando VII", Lima, octubre de 1808.

²¹⁹ AHN, Estado, 58F, N.122, "Don José Fernando de Abascal y Sousa, caballero del habito de Santiago, virrey, gobernador y capitán general del Perú... para la proclamación de nuestro rey y señor don Fernando VII", Lima, 10 de octubre de 1808.

de procesiones, publicación de sermones y novenarios que se celebraron en las siguientes semanas. El primer día estuvo dedicado a exaltar el ascenso al trono del soberano, participando todas las corporaciones de la ciudad. Una de las primeras muestras de fidelidad por parte de los particulares fue la confección de bustos de Fernando, los cuales eran llevados por quienes acudían a la procesión “en escarapelas de los sombreros o colgados al cuello, según lo exigía la calidad del traje”. A través de una reseña enviada al cabildo de Buenos Aires, los limeños dan cuenta de esta fiesta:

desde la tarde antecedente dio principio el contento de la ciudad al presentárseles en la galería del cabildo, bajo de un nuevo, rico y vistoso dosel de terciopelo carmesí galoneado de oro con sus correspondientes flecaduras, el retrato de nuestro deseado rey, contenido en un lienzo orlado de plata maciza y custodiado con la correspondiente guardia de honor [...] Después de puesta en competencia la sinceridad del afecto con el dolor y la ternura, había procedido una gran proclamación que resonaba por calles y plazas en concurrencia pública y privada [...] y en los últimos rincones de esta fidelísima capital [...] las paredes de las calles, las puertas de los cafés, y aun la de los templos [...] presentaban unos carteles con las siguientes expresiones, que harán para siempre el elogio de la mayor lealtad: *Tenemos rey. Queremos jurarlo. Juramos por nuestro rey y señor a Fernando VII.*²²⁰

La muchedumbre desordenada del primer día, dará paso a un riguroso desfile de los cuerpos civiles y religiosos de la ciudad, dirigidos por el virrey y la real audiencia. El presidente de la audiencia del Cuzco dio cuenta de las manifestaciones fidelistas de la población: “se llena el pueblo de júbilo, plazas y calles de aquella heroica capital no sólo resuenan en vivas y aclamaciones de su rey, sino que para manifestar más su amor y gratitud abrazan en público, con ternura, a los jefes que la gobiernan, fijando en sus pechos la augusta imagen de su idolatrado soberano”.²²¹ Los actos religiosos, se iniciarán con un novenario y procesión de la imagen de nuestra señora del Rosario, que se trasladaría a

²²⁰ AHN, Estado, 58F, N.130, “La capital del Perú, y por ella el Cabildo que la representa, ha dado siempre las pruebas de fidelidad a su católico monarca”, Lima, 26 de octubre de 1808.

²²¹ *Minerva Peruana*, núm. 2, Lima, 2 de febrero de 1809.

la catedral: “se principió el novenario con sermón patente nuestro amo sacramentado; hubo otro sermón en el octavo día, y en el noveno se restituyó la soberana imagen a su iglesia”. El arzobispo, Bartolomé de las Heras, conminó a las comunidades religiosas para continuar con las rogativas en sus iglesias, celebrando “una misa cantada y letanías con las prest correspondientes, y procurando cada uno por su parte redoblar sus oraciones al señor”.²²²

La elección de la virgen del Rosario como baluarte de las armas españolas fue propicia para la ocasión. Ya en 1759 y 1764, tras la peste que asoló a la ciudad, había demostrado su eficiente intersección. La imagen era resguardada por la cofradía que llevaba su nombre, y era un regalo de Carlos I de España. La fama de la efígie era muy reconocida e incluso asociada a los milagros de Santa Rosa de Lima. Sobre la rogativa del 15 de octubre escribió Figueroa:

Resuelta el 16 la salida de nuestra señora, todo hombre creyó seguro el triunfo de nuestras armas, y en casas, tiendas, plazas y calles, no se hablaba de otra cosa: ¿conqué sale mañana? ¿A qué hora se ha destinado para la procesión? ¿Por qué calles viene? [...].

A las cuatro de la mañana un gentío inmenso se hallaba agolpado en la plazuela de Santo Domingo, esperando se abriese el templo [...] y entró el pueblo conducido en alas de su fervor a postrarse a los pies de la anda [...] En cuanto se levantaron las andas, que con devota e inocente competencia se ofrecían a cargar los negros y mulatos, prorrumpió el pueblo en los vivas más fervorosos. Las calles colgadas de las más preciosas telas, el pavimento sembrado de flores, el ambiente cargado de aromas [...] las voces del coro, alternadas con las del pueblo en la ejemplar rogativa, la serenidad del día, el modesto aseo del más infeliz negro, la compostura de los semblantes, las aclamaciones y los ruegos reiterados en mil formas y estilo, daban juntos tal dignidad a la solemne procesión que no puede explicarse aunque pudo sentirse.²²³

La participación de las corporaciones, como las cofradías, fue importante para la organización y continuidad de los actos litúrgicos en favor de la familia real

²²² AAL, Papeles Importantes, Leg. 17, Exp. 13, “El arzobispo de Lima, don Bartolomé de las Heras, ordena la reunión de órdenes religiosas a fin de realizar un novenario por la salud del rey Fernando VII y su familia”, Lima, 11 de octubre de 1808.

²²³ BIRA, REL 0513. Colección Denegri, “Noticias de las devotas rogativas con que la ciudad de Lima imploró el auxilio divino en las actuales circunstancias de la Monarquía”, Imprenta de los niños expósitos, Lima, 1808.

y Fernando VII, pero sobre todo por la liquidez de sus cajas y por ello fueron las primeras en ser llamadas a contribuir con *donativos gratuitos*. De esta manera, la congregación de seglares de nuestra señora de la O, erogó a las cajas reales de Lima doce mil pesos. Joaquín Jordán, como mayordomo y patrón de la cofradía del santísimo sacramento de la iglesia del corazón de Jesús, ofreció un novenario de misas con una limosna de 12 reales por cada una.²²⁴ La archicofradía de la pura y limpia concepción (San Francisco), ofreció mil pesos por cada año que durara la guerra. Sólo en febrero de 1809 nueve cofradías limeñas contribuyeron con tres mil pesos. La cofradía de nuestra señora del Rosario (Santo Domingo), como patrona de las rogativas, se encargó de organizar esta ceremonia durante los ocho días estipulados por el virrey. Su mayordomo bolsero, don Francisco de Inda, dió cuenta de 8,657 pesos reunidos y un líquido de 5,503 pesos luego de deducidos los gastos. Los hermanos 24 fueron los encargados de recolectar limosna en los actos públicos y por las calles de ciudad. Sólo de esto se alcanzó la suma de 4,500 pesos líquidos, aparte de los donativos de cera, convites, flores y demás ornamentos requeridos para la ocasión.²²⁵ Tal era la devoción por la imagen del Rosario que incluso se crearon cuartillas propicias para el día de la procesión:

¿Quién es? Oh! Quién es ésta
que aparece en el Rímac
más hermosa que el cielo
más brillante que el sol del mediodía [...]

La gloria y las riquezas
van a su carro uncidas
y por delante marcha
con paso majestuoso la justicia [...]
Dirige una mirada
a tu España querida,

²²⁴ AAL, Papeles Importantes, Leg.14, Exp.7, "Joaquín Jordán se dirige al arzobispo de Lima, Bartolomé de las Heras, respecto al novenario al Corazón de Jesús por la salud de la familia real española", Lima, 17 de octubre de 1808.

²²⁵ Archivo de la Beneficencia Pública de Lima (En adelante ABPL). Libro de Cuentas de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, Lima, 1797-1815.

a quien diste el Rosario
y distinguiste con tan gran divisa [...]

Guarda nuestras ciudades,
si tú no las auxilias
en vano nuestras tropas
tendrán desenvainadas las cuchillas.

Pero si te declaras
por España y las Indias
ya pueden entonarse
los dulces himnos, los gozosos vivas.

Con tu robusto brazo
sostén la monarquía
¿Qué no sostendrá un brazo
que Dios cargando no debilita? [...]

Triunfa ya por nosotros,
arrolla esas cuadrillas,
míralas, que tu ceño
tan sólo basta para confundirlas.

Vuelva, Fernando, vuelva
al trono de Castilla
y vuelva conociendo
que en él se sienta por su diestra invicta.²²⁶

Desde los altares se buscó controlar y difundir la información sobre los acontecimientos de la península. No sólo las rogativas públicas constituyeron un medio eficaz de adhesión a la causa patriótica, a través de los sermones y bandos expedidos por las autoridades eclesiásticas se filtró información oficial para ser difundida en el virreinato. De esta manera se incidió en temas como la impiedad de los franceses, el arraigado cristianismo español, el vilipendio a la institución eclesiástica y las diversas penurias que vivían los fe-

²²⁶ *Ibid.* 63.

ligreses peninsulares. La propagación de estas noticias buscaban construir elementos simbólicos que promovieran la identificación y sensibilidad de la población, teniendo como resultado una fervorosa recaudación de donativos. Para Claudia Rosas, donativos, rogativas y sermones son una poderosa construcción propagandística, donde lo gestual, oral y simbólico confluyen con un mismo objetivo: ser medios de corroboración del buen cristiano y fiel vasallo de la corona, sobre todo en una sociedad regida por la oralidad.²²⁷ Los sermones que se propagaron invitaban a la feligresía a demostrar su fidelidad a la corona e iglesia a través de las contribuciones. Un ejemplo de ello es el sermón ofrecido por el arzobispo de Lima a su diócesis:

La religión, la patria, el monarca, el deseado y el tierno joven, el astro que iluminó por un instante la larga y tenebrosa noche que cubría a España. El santuario, el sacerdocio, la moral, la honestidad, las propiedades, el decoro y costumbres, todo está acometido, violado y ultrajado [...] Por estas consideraciones, hijos míos muy amados, en el momento [...] de la angustia en que la política de un amigo falso y poderoso había puesto a los nobles españoles, circulamos el oficio para que erogasen las sumas que les dictasen su celo y facultades [...]

Nosotros, desde esta remota distancia, hemos llorado como patriotas, y como sacerdotes menguado el ilustre de la nación [...] Los intereses de la península son nuestros, ¿y qué desgracia en ella no será sensible igualmente en estas remotas provincias [...] Aunque nos divide un océano, somos un pueblo al modo que eran los hijos de Jacob [...]

Pero la guerra no ha concluido y debemos sostenerla, así por las causas anteriores como porque nuestros mismos triunfos nos imponen una nueva obligación: de ver por el decoro y lustre de nuestras armas [...] Sí, hijos míos, los deberes en que estamos constituidos para con la religión, el soberano y la patria, son de tal naturaleza que no se cancelan con una sola contribución. Los hijos no atienden a una sola necesidad de sus padres, y no cumplen con lo que deben si no tienen abiertas las manos y el corazón [...] Además del donativo general a que son acreedores

²²⁷ Rosas Lauro, *Del trono a la guillotina. El impacto de la revolución francesa en el Perú (1789-1808)*, IFEA-PUCP, Lima, 2006, pp. 94-96.

todas las provincias de España, podéis hacer otras contribuciones particulares, de cuya reunión resulte un socorro general.²²⁸

El arzobispo limeño, Bartolomé de las Heras, fue uno de los representantes del fidelismo en el Perú. No sólo a través de su contribución monetaria, sino como aliado indiscutible del virrey Abascal.²²⁹ Desde su despacho se enviaron misivas a los obispos, vicarios, curas y priores, exhortándolos a contribuir en el auxilio de la península. En respuesta a sus donativos e intersección para la recaudación de los mismos, el virrey le agradeció: “la nueva oblación que V.S.I. hace [...] son la más relevante prueba de la lealtad, amor al soberano y patriotismo de que se halla poseído, por lo que le doy las más expresivas gracias a nombre de nuestro soberano y de la patria [...] Que se forme valor de cada especie para anunciarla en *la Minerva*; daré cuenta a la junta suprema de ésta y las demás fieles demostraciones en las presentes circunstancias”.²³⁰

Justo Figuerola,²³¹ cronista de aquella época, plasmó las vicisitudes de la capital en esos días de reafirmación monárquica. En su relato se detallan las expresiones de congoja, júbilo y regocijo que vivió el pueblo limeño: “¡Pueblo fiel y religioso!, no perderás ni tu religión, ni tu monarca. Tus primeros ruegos fueron oídos, y tus ardientes plegarias conmovieron las entrañas del todo poderoso. ¡Dichoso país en donde se piensa y obra tan bien! [...] ¡Qué placer tan puro y santo el de los limeños en aquellos momentos! ¡Qué darse mutuos plácemes y pésames por la proclamación y desgracia del monarca! [...] ¡Qué nobleza en el traje! ¡Qué compostura en la decoración! ¡Qué vivas

²²⁸ Biblioteca del Instituto Riva Agüero (En adelante BIRA), PE-3279. Colección Denegri, “Exhortación que hace el ilustrísimo señor arzobispo de Lima a su diócesis para el donativo a favor de la nación española y su monarca Fernando VII”, Lima, 20 de febrero de 1809.

²²⁹ Rodríguez Barbero, *El arzobispo que firmó la independencia del Perú. Desde 1806 a 1823 (época de su estancia en Lima y su destierro)*, tesis, Lima, 1960, pp. 69-80.

²³⁰ AAL, Reales Cédulas, Leg. X, fol. 352, Lima, 7 de marzo de 1809.

²³¹ Justo de Figuerola (Lambayeque, 1771 - † Lima, 1854). Político y magistrado peruano, ocupó la presidencia provisoria del Perú en dos ocasiones, durante unos días en 1843 y brevemente en 1844. En la primera etapa de su vida Figuerola se dedicó a la vida académica en la Universidad de San Marcos, donde se recibió en 1795 como bachiller en Sagrados Cánones. Allí regentó las cátedras de Filosofía Moral y Vísperas de Leyes. Ocupó el cargo de escribano del Arzobispado limeño durante la regencia de Bartolomé de las Heras. Fue uno de los primeros en firmar el Acta de la Independencia en 1821. Diputado por Trujillo en el primer Congreso Constituyente (1823). Entre sus obras principales se encuentran *Práctica forense* (1811) y *Cartas a un amigo acerca de la manifestación histórica de la revolución de la América y especialmente de las del Perú y Río de la Plata* (1820).

tan ardientes los del pueblo alegre y afligido! ¡Qué concurso! ¡Qué día! ¡Qué todo!"²³²

Se enfatizó la preponderancia de Lima, como cabeza del virreinato y la religión, conminando a sus habitantes a salir a las calles para demostrar su sentimiento de fidelidad al monarca. La ciudad subrayó su posición como símbolo de autoridad y jerarquía, y patentizó el orden social en las ceremonias públicas. La pertenencia a una ciudad constituía una de las modalidades esenciales de la identidad colectiva. Y de allí a la escala macro: virreinato, continente y monarquía, todo bajo el hilo conductor de ser vasallos de la corona española.²³³ La capital del virreinato cumplió con creces la función de cabeza del cuerpo, porque de ella emanaron las directrices de gobierno hacia cada una de las provincias.

A pesar de la aceptación de la preponderancia de Lima, los principales cabildos manifestaron su rivalidad con la capital a través del lucimiento. Desde el interior del virreinato se enviaron cuantiosos donativos a la península, iniciándose una competencia de lealtad hacia la corona y la afirmación de su propia identidad. En la ciudad de Piura la proclama de fidelidad se llevó a cabo el 10 de noviembre, teniendo como escenario las principales plazas de la ciudad. El alférez Real fue la figura representativa de la monarquía a través del estandarte real, asimismo, se realizó una procesión con los santos tutelares de la ciudad: san Miguel arcángel, santa Rosa de Lima y nuestra señora del Rosario.²³⁴ Entre 1808-1809, la *Minerva* publicó los donativos que dieron las principales ciudades del virreinato a través de sus corporaciones, destacando Callao (14,458 pesos); Arequipa (7,784 pesos); Cuzco (9,330 pesos), y Pasco (10,779 pesos). En total se consignó una recaudación de 540,000 pesos.²³⁵ Cabe destacar que las contribuciones de los particulares de todo el virreinato, alcanzaron el 25% del total colectado.

²³² BIRA, REL 0513. Colección Denegri, "Noticias de las devotas rogativas con que la ciudad de Lima imploró el auxilio divino en las actuales circunstancias de la Monarquía", Imprenta de los niños expósitos, Lima, 1808.

²³³ Verdo, "La ciudad como actor. Prácticas políticas y estrategias de pertenencia: el caso del Río de la Plata (1810-1820)", en *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, política y Humanidades*, núm. 18, México, 2007, p. 183.

²³⁴ Gutiérrez Rivas, "Procesiones, proclamas y rogativas públicas en Piura en honor a Fernando VII", en *Mercurio Peruano*, núm. 516, Universidad de Piura, 2003, pp. 31-35.

²³⁵ *Minerva Peruana*, Dic. 1808 - Dic. 1809, Una compilación de los donativos la encontramos en Palacios Rodríguez, "Notas sobre 'Fidelismo' en la *Minerva Peruana*", en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, vol. 8, Lima, 1969-1971, pp. 757-806.

Entre las donaciones particulares estuvieron la de don Joaquín Manuel Mancilla con diez mil pesos; los comerciantes Antonio y Matías Elizalde; la condesa de Monteblanco y su esposo el conde de Montemar, el comerciante Raymundo Marres y su hijo (cada pareja con cuatro mil pesos); la congregación de la O con doce mil; don Pedro Moreno y sus familiares con cinco mil pesos. Destaca también la cantidad de 7,740 pesos recaudada en la corrida de toros que se realizó por la exaltación del trono de Fernando VII.

No sólo se enviaron donativos a la península. Parte del numerario se destinó para obras de afirmación de la fidelidad dentro del virreinato, como fue el caso de don Juan Macho al contribuir con 500 pesos para el donativo de Buenos Aires, 2,400 para la portada de Guadalupe de esta capital, y “500 pesos para la gratificación de enganchamiento de dos hombres que puso a servir por ocho años en el real cuerpo de artillería, además de haberles costado los primeros uniformes en 121, 1/2 pesos y entregado en cajas reales 884 por su sueldo de 34 pesos mensuales a los dos”.

La imperiosa necesidad de ser reconocidos a través de las donaciones llevó a muchos limeños a desvincularse del corto ingreso que percibían; como el caso de doña Juana de Jáuregui, soltera pobre, que en un primer momento entregó doce pesos. Su manifestación de fidelidad y amor al monarca era tan firme que al acercarse a las oficinas de recaudación:

ofreció 4 en lo sucesivo adquiriese; ha oblado nuevamente 14 pesos, siendo singular el torrente de lágrimas en que se anegó por todo el tiempo que se mantuvo en las reales cajas ante el real busto de nuestro sagrado monarca, y expreso vivía de limosnas y por eso no había tenido hasta ahora como repetir su oblación, de la que no había querido desfaltar un real en comprar un busto de nuestro soberano, aunque lo deseaba, por no minorar la donación. Esto obligó a los señores ministros de la real hacienda a darle un busto pequeño que estaba puesto bajo el dosel, reponiendo ellos otro en su lugar. De toda esta fiel y tierna escena fueron testigos varias personas que se hallaban en la tesorería general.²³⁶

²³⁶ *Minerva Peruana*, núm. 3, martes 3 de enero de 1809. Ver cuadro, al final de este capítulo, del detalle de los donativos publicados en el periódico limeño.

Desde la provincia de Caralevi (Arequipa), el capitán Rafael Rospilosi y Juan de Fordoya, ofrecieron el envío de un contingente de cien arequipeños a la península. Incluso, estimaban que de América meridional se podrían enviar alrededor de cuatro o seis mil hombres. El envío no afectaría a la real hacienda, debido a que “muchos hay en este reino poderoso y generalmente todos desean ayudar a su rey con sus vidas y haciendas”, apuntando: “ofrecemos con gusto nuestros cuellos en defensa del rey [...] confiando de lo dos la conducción de la gente”.²³⁷ Por su parte, don Joaquín Mancilla del Águila ofreció diez mil pesos, “con la condición de ser él mismo el diputado para su entrega al señor don Fernando VII o a la junta nacional que lo representa”.²³⁸ El partido de Yauyos erogó en las cajas reales 1,248 pesos, colectado entre los vecinos “por vía de donativo patriótico”.²³⁹

La presión a dar manifestaciones de fidelidad y patriotismo por parte de las autoridades, y del propio público, llevó a que muchos se desprendieran del corto ingreso que poseían, como el caso de José Dávila, quien solicitó se aceptaran sus 200 pesos de contribución, indicando:

que para las urgencias del Estado he concurrido varias veces con el numerario que he podido [...] Mi escasa suerte me brindará por un instante las mayores proporciones para dar el testimonio más vivo de mi amor al soberano y de mi constante fidelidad al patriotismo.

La numerosa honrada prole que mantengo, los muy cortos bienes que poseo, no me dan lugar a que pueda manifestar mis grandes deseos a manera de los que son propios de un alma grande y generosa.²⁴⁰

La junta peninsular manifestaba la necesidad de contar con numerario para cubrir los gastos de armamento, vestuario y manutención de las tropas. Invocaba al virrey a que excitara “el acendrado amor a nuestro soberano

²³⁷ AHN, ESTADO, 54B, N.44, “Rospilosi, Rafael Gabino (capitán); Fordoya y Montenegro, Juan Caraveli”, Arequipa, 12 de Febrero de 1808.

²³⁸ AHN, ESTADO, 21G, N.241, “Donativos de corporaciones y particulares de América a la Junta para gastos de la guerra de la Independencia” Lima, 08-02-1809.

²³⁹ AGN, Superior Gobierno, GO-CO2, Leg. 209, Cuaderno 2846, “Correspondencia de Juan María de Gálvez anunciando la remisión de un oficio del subdelegado de Yauyos sobre la entrega del donativo para el auxilio de la guerra”, Lima, abril de 1809.

²⁴⁰ AGN, Superior Gobierno, GO-CO2, Leg. 209, Cuaderno 2892, “Correspondencia de José Dávila y Ordoñez anunciando el depósito de un donativo en la caja real de Moquegua a favor del fisco”, Lima, febrero de 1810.

no [para] que contribuyan con cuantos auxilios les sean permitidos, según sus facultades”.²⁴¹ En la península se gravó a la población con diversos impuestos y empréstitos forzosos: se debía entregar la mitad de la plata labrada; se impuso una contribución extraordinaria sobre los sueldos de todos los empleados; se graduó la cuota de 80 reales por cada millón en propiedad; se suprimió la utilización de cualquier tipo de carruajes, salvo expresa autorización del gobierno; se ordenó aplicar a los gastos de guerra las rentas de las prebendas, canonjías, dignidades, así como las de obras pías que no estén aplicadas a colegios, hospitales u hospicios.²⁴² El consejo de la regencia envió al virrey peruano un plan de recolección de donativos, en el cual se explicaba cuál sería la organización para tal fin. La primera medida fue la convocatoria a una junta con las más influyentes autoridades civiles y eclesiásticas. En esa junta se discutiría sobre la necesidad del Estado y las esperanzas que el rey había puesto en aquellos funcionarios. Una vez organizados, se formaron comisiones de dos o cuatro vecinos principales, a quienes se les asignaría un barrio. La “suscripción voluntaria” se realizaría casa por casa, “anotándose los nombres, clases y cantidad que diese cada suscriptor [...] a fin de enunciarlo en lo papeles públicos”. La participación en esta colecta general beneficiaría, a los “más desprendidos”, en agilizar sus solicitudes pendientes o en algún otro litigio que requiera la aprobación del virrey o el propio rey. Se debían organizar veinte comisiones para visitar a los pobladores de los cuarenta barrios en que estaba dividida la capital del virreinato. La dinámica es bien explicada en las notas anexas a los formularios impresos para la ocasión:

cada dos señores que componen una sección serán acompañados por el alcalde del barrio del primero que han de visitar de los dos que se les destina; y concluido, pasarán al segundo con su respectivo alcalde de barrio. Estos alcaldes les servirán de guía para que les enseñen las casas, sin que quede una que recorrer y que les instruyan de cuanto necesiten saber para el mejor desempeño de la comisión [...] deben formar lista

²⁴¹ BIRA, Colección Denegri, FDL-865, “Copia simple de una real orden expedida en Madrid, el 18 de septiembre de 1808, por la que se manda al virrey del Perú que exhorte a sus súbditos a que contribuyan con donativos para apoyar la guerra contra Francia”.

²⁴² AHN, ESTADO, 7C, N.48, “Resoluciones de la Junta entre enero y diciembre de 1809, Circular dirigida a las autoridades de Indias para que auxilien con donativos y préstamos a la causa patriótica”, Sevilla, Julio 1809.

según el formulario que se les pasa de todos los vecinos cabezas de casa que se suscriban, poniendo al margen de ella la cantidad en que lo ejecutan".²⁴³

Para diciembre de 1809, el virrey nuevamente exhortó al tribunal del consulado limeño a encabezar la lista de contribuyentes a favor del erario español. Se acordó el monto de la contribución por un millón de pesos, "sin interés ni premio alguno". Para tal efecto se estableció un nuevo impuesto con el título de *nueva contribución patriótica*. Ésta sería gravada sobre todos los efectos que se comercializaran por mar o tierra, y del dinero que se embarcara a todo destino.²⁴⁴ Incluso, hacia 1812, en los testamentos debía consignarse la limosna de 3 pesos "para el auxilio de huérfanos y viudas de los que han fallecido en España y América en defensa de las justas y buenas causas".²⁴⁵ Para el primer envío de la contribución patriótica se tuvo que asumir la imposición de censos por un monto aproximado de 206 mil pesos de principal, reeditando en el primer año, como ramo patriótico, 95,455 pesos. El cobro de este impuesto se hizo efectivo desde finales de enero de 1810. La recaudación en los diez principales puertos del virreinato y la ciudad de Lima, entre febrero de 1810 y septiembre de 1813, ascendió a aproximadamente un millón cien mil pesos.²⁴⁶

En 1815 el consulado limeño dio cuenta de los intereses corridos por los empréstitos y contribuciones otorgados a la corona: entre 1777-1815, el monto ascendió a 211,435 pesos, frente a un principal de alrededor de 5 millones. De las propias arcas del consulado se desembolsaron 970 mil pesos. No sólo se consignaban los envíos para contrarrestar la guerra con Francia, la invasión napoleónica o arremeter contra las azoradas de Buenos Aires, Quito o La Paz. Las donaciones o empréstitos habían servido para continuar con obras públi-

²⁴³ AGN, Superior Gobierno, GO-BI1, Leg. 53, Doc. 956, "Expedientillo que contiene la proclama dirigida porel consejo de regencia a los americanos españoles, exponiéndoles la difícil situación por la que atraviesa el erario español, exhortándolos a que contribuyan con dinero", Real isla de León, mayo de 1810.

²⁴⁴ AGN, Tribunal del Consulado, TC-GO2, Leg. 4 Doc. 24, "Testimonio del acta de la Junta de Comercio del Real Tribunal del Consulado de Lima sobre la contribución por vía de donativo del impuesto de Nueva Contribución Patriótica", Lima, febrero de 1810.

²⁴⁵ AGN, Protocolos Notariales, Ignacio Ayllón Salazar, Protocolo 29, Testamento de Manuela Bonilla, Lima, abril de 1812.

²⁴⁶ AGN, Tribunal del Consulado, TC-GO4, Leg. 80-81, Cuentas presentadas por los administradores de las diversas aduanas del virreinato del Perú, 1809-1813.

cas de la ciudad (como el caso de la refacción del colegio de San Fernando, o tres portadas de la muralla), así como también del pago de la construcción de algunas fragatas de comercio y guerra.²⁴⁷

El avance de las insurrecciones en América afectó también directamente al consulado, al costear el envío de armamento, tropas, vestuario, e incluso el prest. Cuando en 1811 el consejo de la regencia formó la comisión de reemplazos, encargada del envío de tropas a América, recrudesció la imposición de arbitrios en ambos hemisferios de la monarquía.²⁴⁸ En 1814, el consulado de Lima tuvo que subvencionar los gastos del traslado desde Cádiz del regimiento de Talavera al Perú, cuyo monto ascendió a 104,500 pesos.

Cabe anotar que otro de los sectores afectados con estas imposiciones de “donativos” fueron las instituciones religiosas. En la mayoría de los casos se enajenaron capitales de inversión e inmuebles de sus corporaciones, sustentadas a través de censos, obras pías y capellanías.

El cabildo del tribunal expresó su desacuerdo con la continua imposición de estos arbitrios. Los comerciantes veían discurrir sus ingresos a un fondo de donde posiblemente no los recuperarían. Expusieron las nuevas dificultades de sus labores, sobre todo desde la apertura del libre comercio. La presión por acopiar el total de los empréstitos comprometidos conllevó a imponer contribuciones particulares a los comerciantes. El peso de las contribuciones de este consulado eran tan necesario que se discutió la opción de restituir los beneficios que contaba el comercio limeño antes de la apertura del comercio libre. Frente a esta oportunidad se condicionó una donación de 580 mil pesos, con la salvaguarda de privilegiar las embarcaciones peruanas que importaran

²⁴⁷ AGN, Tribunal del Consulado, TC-GO4, Leg. 107, Doc. 1253, documento suelto.

²⁴⁸ Entre los arbitrios que se asignaron para el financiamiento de la comisión de reemplazos, se puede indicar: 1) El impuesto de un real de vellón por cada persona que concurría a la plaza de toros en Cádiz y, medio real por los que asistían al teatro. Este arbitrio también era aplicado en todas las localidades jurídicamente y territorialmente dependientes de Cádiz; 2) 18 maravedíes por cada fanegada de trigo extranjero y, un real de vellón por cada arroba de harina; 3) 15 reales de vellón sobre cada barril de harina que se introduzcan en los puertos de las Antillas, Costa Firme y Veracruz (en AGI, ESTADO, 86º, N. 30, Cádiz, 1818). Estos impuestos, estuvieron vigentes desde 1811 hasta 1830, inclusive, cuando se da por finiquitada las acciones de la comisión. Así mismo se asignó el manejo del arbitrio de subvención de guerra, la venta de azogue a los consulados de Lima y Veracruz, se aplicó un impuesto a las tiendas al menudeo en la península, entre otros. Un resumen cronológico de las subvenciones de la comisión se tiene en Mantilla Tascon, “Las expediciones o reemplazos militares enviados desde Cádiz a reprimir el movimiento de independencia de Hispanoamérica”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo LVII, nº 1, Madrid, 1951, pp. 44-48.

géneros de Europa y Asia frente a los buques extranjeros. Para tal efecto se enviaron rápidamente comisiones a Río de Janeiro, Londres y Francia. Pero el tribunal se vio sorprendido con la noticia del desembarco de buques comerciales provenientes de Montevideo y Calcuta. Rápidamente “se rescinde el contrato y se irrita la condición con que fue oblada la suma de 580 mil pesos [...] quedan sin efecto las seguridades ofrecidas y es sin remedio la total ruina que procuraba evitarse”.²⁴⁹ En adelante, las contribuciones por parte del consulado no siguieron con el mismo ímpetu, se retrasaron los envíos de numerario a la península, y las expediciones internas y ayudas militares a otros virreinos fueron insuficientes. Estos constantes donativos y contribuciones dieron inicio al resquebrajamiento de las relaciones entre la institución y la corona, representada por el virrey y la regencia.

Las reacciones fidelistas de las autoridades y población del virreinato peruano estuvieron asociadas a la defensa de la monarquía, representada en la figura de Fernando VII. El cautiverio del rey desestabilizaba la institución de gobierno y sus opresores ofendían a la nación que él representaba. Su cautiverio sirvió de vehículo para reforzar la idea de una monarquía única y de la igualdad entre los españoles de uno y otro hemisferio. Las ceremonias de jura y exaltación del trono del monarca reforzaron el ejercicio del poder de la institución en los territorios americanos. Las rogativas públicas, sermones y misas que se organizaron a favor de la salud de la familia real reafirmaron el catolicismo de los súbditos españoles. El papel de la prensa en este período sería importante, ya que abanderó la trasatlántica campaña informativa. La necesidad de información de los sucesos de ambos lados del hemisferio propiciaron la publicación de folletos, manifiestos, periódicos, sermones, e incluso cuartillas, que develaron el sentir de determinados sectores frente a los acontecimientos. El rumor, las tertulias, los cafés y el púlpito, fueron los escenarios propicios para discurrir la información publicada en estos medios. Los acelerados acontecimientos que se producían en América, y la falta de reacción y contradicciones del gobierno Central, hicieron que esta primera reacción fidelista diera paso a las ideas independentistas que se forjaron en el continente a partir de 1810.

²⁴⁹ AGN, Tribunal del Consulado, TC-GO2, Leg. 6, Doc. 140, “Los comerciantes de Lima sobre los males que les ocasionó los préstamos forzosos y a la libertad concedida al comercio libre de Francia e Inglaterra”. Lima, s/f.

FUENTES

Archivos

AAL Archivo Arzobispal de Lima
AAH Archivo de la Real Academia de la Historia de España
ABPL Archivo de la Beneficencia Pública de Lima
AGI Archivo General de Indias
AGN Archivo General de Nación – Perú
AGS Archivo General de Simancas
AHN Archivo Histórico Nacional – España
BIRA Biblioteca del Instituto Riva Agüero – Colección Denegri

Fuentes primarias

Colección Documental de la Independencia del Perú, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Lima, 1971 - 1974.
Mercurio Peruano, Lima 1791 – 1795, Imprenta Real de los Niños Expósitos, edición facsimilar, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1964-1966.
Memoria de gobierno de José Fernando de Abascal y Souza, Marqués de la Concordia Virrey del Perú, 1806-1816, Sevilla, Editorial Católica Española, 1944.
Minerva Peruana, 1808-1810, Lima, Imprenta de los Niños Huérfanos.
Relación de Gobierno del Excmo. Virrey del Perú Frey Don Francisco Gil de Taboada y Lemos, presentada a su sucesor el Excmo. Señor Barón de Vallenari, año de 1796.

Bibliografía

Albi de la Cuesta, Julio, *Banderas olvidadas. El ejército realista en América*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana (Ediciones de Cultura Hispánica), 1990.
Anna, Timothy E., *La caída del gobierno español en el Perú: el dilema de la Independencia*, Lima, IEP, 2003.
Barragán, Rossana, “Españoles patricios y españoles europeos: conflictos intra-élites e identidades en la ciudad de La Paz en vísperas de la independencia 1770-1809”, *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas*

- y los movimientos sociales en los Andes, siglo XVIII, Charles Walker (comp.), Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas, 1996.
- Castro Gutiérrez, Felipe, Virginia Gueda José Luis Mirafuentes Galvan, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Seminario de Rebeliones y Revoluciones en México, 1992.
- Chust, Manuel, e Ivana Frasset, *La trascendencia del liberalismo doceañista en España y América*, Valencia, Generalitat Valenciana – Biblioteca Valenciana, 2004.
- Guerra, François-Xavier, "Voces del Pueblo. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)", *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 225. Sevilla, 2002.
- Gutiérrez Rivas, Julissa, "Procesiones, proclamas y rogativas públicas en Piura en honor a Fernando VII", *Mercurio Peruano*, número 516, Universidad de Piura, 2003.
- Landavazo, Marco Antonio, "La sacralización del rey. Fernando VII, la insurgencia novohispana y el derecho divino de los reyes", *Revista de Indias*, vol. LXI, núm. 221. Sevilla, 2001.
- O'Phelan Godoy, Scarlett, *Un siglo de Rebeliones Anticoloniales. Perú y Bolivia 1700-1783*, Cuzco, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas", 1988.
- Parrón Salas, Carmen, "Religiosidad y finanzas en el Consulado de Lima (1778-1821)", *Hispania Sacra*, 44:90, Madrid, 1992.
- Peralta Ruiz, Víctor, *En defensa de la autoridad: política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal. Perú 1806-1816*, Madrid, CSIC, 2003.
- Reyes, Catalina, "La ambigüedad entre lo antiguo y lo nuevo. Dos mundos que se entrecruzan: Nueva Granada, 1808-1810", *Doceañismos, constituciones e independencias. La constitución de 1812 y América*, Manuel Chust (Coord.), Madrid, Fundación MAPFRE, 2002.
- Rodríguez Barbero, María de los Dolores, *El arzobispo que firmó la independencia del Perú. Desde 1806 a 1823 (época de su estancia en Lima y su destierro)*, tesis para optar el grado de Doctor, Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1960.
- Rodríguez O., Jaime, *La independencia de la América española*, México, COLMEX – FCE, 2005.
- Rodríguez O., Jaime (comp.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones en América*, Madrid, MAPFRE – TAVERA, 2005.

- Rosas Lauro, Claudia, *Del trono a la guillotina. El impacto de la revolución francesa en el Perú (1789-1808)*, Lima, IFEA : PUCP, Fondo Editorial, Embajada de Francia en el Perú, 2006.
- Semprún Bullón, José, *Capitanes y virreyes. El esfuerzo bélico realista en la contienda de emancipación hispanoamericana*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1999.
- Verdo, Geneviève, "La ciudad como actor. Prácticas políticas y estrategias de pertenencia: el caso del Río de la Plata (1810-1820)", *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, política y Humanidades*, número 18, México, 2007.

RELACION DE DONACIONES PUBLICADAS EN LA MINERVA PERUANA (Dic 1808 - Dic 1809)

OTORGANTE	Monto	OTORGANTE	Monto
Virrey del Perú, Fernando De Abascal	10,000	CALLAO	14,458
Cabildo de Lima	10,000	Aduanilla del Callao	164
El Arzobispo de Lima	18,701	Partido del Callao	10,735
Particulares	138,366	Individuos del Mar	3,559
Caja General de Censos de Indios	25,274		
Real Aduana	2,174	PIURA	904
Dirección General de Tabacos	3,428	Administración y Rentas de Puyta	137
Real Casa de la Moneda	2,808	Comerciantes de Piura	767
Oficina de Temporalidades	1,149		
Real Tribunal del Consulado	18,606	TRUJILLO	2,762
Oficiales de la Secretaría de Camara	773	Batallon de Infanteria de Trujillo	482
Universidad de San Marcos	8,000	Regimiento de Caballeria de Trujillo	1,914
Real Tribunal de Cuentas	3,305	Oficiales de Infanteria Pardos	366
Real Renta de Correos	3,641		
Real Convictorio Carolino	378	AREQUIPA	7,784
Real Tribunal de Minería	24,705	Estado Civil, Politico y Real Hacienda	3,502
Colegio del Principe	200	Cuerpo de Abogados	1,512
Corrida de Toros	7,740	Comercio de esta Ciudad	1,180
Real Convictorio de San Marcos	3,030	Empleados de las reales Cajas de Arequipa	377
Tribunal de la Inquisición	12,000	Empleados de la administración de Alcabalas	419
Colegio de Abogados de Lima	1,000	Empleados de las rentas unidas de Moquegua	794
Gremios de Lima	7,648		
Cuerpo Militar		PASCO	10,779
Cuerpo de Artilleria de Lima	1,700	Comerciantes de Pasco	4,905
Real Cuerpo de Ingenieros	761	Mineros de Pasco	5,800
Cuerpo de Morenos de Lima	148	Cura y Clerecia de Pasco	74
Milicias de Pardos de Lima	4,250		
Cuerpo de Marina	5,634	JAUIJA	
Cuerpo Eclesiástico		Lo colectado por el Subdelegado	2,334
Curas y Clericia de Santa Ana	199		
Monasterio del Prado	20	HUANUCO	
Curas y Clerencia de Jauja	417	Cabildo del Huanuco	2,000
Curas y Clerencia de Huanuco y Lima	4737		
Nuestra Señora de la O	12,000	PARTIDO DE CHANCAY	432
Religión de Mínimos	200	Pueblo de Supe	34
Estado Militar	3490	Pueblo de Barranca	95
Curas y Clericia del Partido de Santa	114	Pueblo de Sayan	303
Clerencia de San Sebastian	24		
Cura y Clerencia de San Lazaro	296	HUAMALIES	
Cabildo Eclesiástico	200	Lo colectado por el Subdelegado	670
Palacio Arzobispal	200		
Cuerpo de Medicina		HUAROCHIRI	
Protomedicato	429	Lo recolectado por los vecinos	80
Facultativos Medicos	573		
Estudiantes de Medicina	55	CUZCO	9,330
Profesores de Cirugia	438	Tribunal de real audiencia	4,300
Farmacéuticos	263	Otros Funcionarios de la real Audiencia	511
Sangradores y Barberos	175	Caja de Censos	4,000
Empréstito Real		Real Hacienda	135
Particulares	10,700	Real Aduana	292
Santa Inquisición	40,000	Contaduría de Alcabalas	17
Monasterio de Santa Clara	3,000	Contaduría de Tabacos	23
Congregación de la "O"	30,000	Resguardo	52
Monasterio del Prado	3,600		
Sebastian de Allaga	6,000	GUAYAQUIL	13,716
Matias Querejazu	6,000	Destacamento en Guayaquil	1,082
Miguel Garcia de la Vega	10,000	Varios Funcionarios	5,615
Carlos Logomarsino, comerciante de Guayaquil	12,000	Plana mayor de milicias veteranas y los voluntarios	
Simón Rávago	4,000	soldados y militares	573
Varias Religiosas	3,350	Milicias de Infanteria y su plana mayor	210
		Renta de Correos	55
		Real Aduana	359
		Varios Pueblos Internos	5,644
		Renta de Tabacos	178

EL PUEBLO DE NUEVA GRANADA ANTES DE LA REVOLUCIÓN

Magali Carrillo Rocha

Universidad de la Sorbona, París

*He reinado para la felicidad de mis vasallos,
y no quiero dejarles la guerra civil, los motines,
las juntas populares y la revolución.
Todo debe hacerse para el pueblo, y nada por él;
olvidar esta máxima es hacerse cómplice
de todos los delitos que le son consiguientes*
Carlos IV, mayo 2 de 1808.²⁵⁰

Sólo dos años fueron suficientes para que el conjunto del imperio hispánico se transformara radicalmente. Entre 1808 y 1810 tuvieron lugar una serie de acontecimientos que condujeron no sólo a su desmembramiento sino al establecimiento de un nuevo sistema de gobierno en las partes que resultaron de esa división.²⁵¹ Aunque estos procesos no ocurrieron de la misma mane-

²⁵⁰ "Carta del Sr. D. Carlos a su hijo el Sr. Don Fernando VII", Cevallos, *Exposición*, documento anexo n. 8, p. 154.

²⁵¹ El primer fenómeno que se puede retener con el nombre de independencia, fue un proceso lento que daría como resultado la conformación de diferentes naciones, incluyendo la española. El segundo es una nueva situación política que de manera veloz conllevará al establecimiento del régimen democrático o, en términos de los protagonistas, de un "nuevo sistema de gobierno". A partir de 1810 vemos en la Nueva Granada utilizar esa expresión en documentos tales como *Observaciones que dirige un amigo a otro que le pregunta sobre la actual situación del Reyno en Agosto de 1810*, Cartagena, s. e., 1810. Biblioteca Nacional (BN), Fondo Antiguo 184, pieza 8, y en "Consideraciones de Ignacio de Herrera, síndico procurador general de Santafé, septiembre 22 de 1810", BN, Fondo Pineda 166, VFDU-1-447, pieza 5, entre muchos otros.

ra y con los mismos ritmos en ambas orillas del Atlántico, ellos deben ser considerados en conjunto, ya que formaban parte de una misma comunidad política: la monarquía hispánica.²⁵²

Antes del desencadenamiento de dicha crisis, el imperio en su conjunto gozaba de una gran estabilidad. Esta afirmación no significa que fueran inexistentes los problemas y tensiones que en ciertas ocasiones irrumpían de manera violenta en los diversos reinos, sino que estos eran resueltos dentro de los principios que organizaban la sociedad estamentaria sin que la autoridad del rey fuera puesta en duda. En el virreinato de la Nueva Granada, por ejemplo, habían tenido lugar varios motines y protestas que habían cuestionado la autoridad de los funcionarios de gobierno, pero en ningún momento la autoridad real.²⁵³

En los primeros años del siglo XIX, la sociedad neogranadina participaba de los temores y problemas, de los triunfos y alegrías, al igual que el resto de habitantes del mundo hispánico. Temores como el intento de “invasión” de Miranda a Venezuela en 1807 o de las noticias sobre las “guerras civiles del imperio negro” en Haití. Tensiones suscitadas por el movimiento independentista de Estados Unidos o la “funesta revolución” en Francia. Alegrías por la derrota del ejército inglés en Buenos Aires y Montevideo en 1807,²⁵⁴ acontecimiento que fue vivido en el virreinato de la Nueva Granada con mucha intensidad. Manuel del Socorro Rodríguez, editor de *El Redactor Americano*, escribió en el momento de la invasión de las tropas inglesas en 1806, que el “espíritu de fidelidad y patriotismo, el amor al rey y a la religión católica, están derramados en todos los dominios españoles de la América, de tal modo que por más que se esfuercen aquellos viles isleños [los ingleses] por introducir los pestíferos dogmas de su política fraudulenta, serán rechazados lo mismo que en Buenos Aires”.²⁵⁵ Es la alegría de compartir el triunfo y el sentimiento de pertenecer a un mismo mundo hispánico lo que hace que

²⁵² Guerra, “Dos años cruciales”, pp. 115-148.

²⁵³ Para un análisis de las protestas populares de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX y la manera de ser resueltas, véase McFarlane, “Desordenes civiles”, pp. 21-72.

²⁵⁴ Sobre la revolución de Haití, *Redactor Americano* números 5, 18, 19, 21 y 22 de 1807 y números 39 y 45 de 1808. Sobre el frustrado proyecto de invasión de Francisco Miranda, números 7 y 9 de 1807 y número 33 de 1808. Sobre la revolución francesa, números 18 y 22 de 1807 y 44 de 1808 y *Alternativo del Redactor Americano*, números 1 y 3 de 1807.

²⁵⁵ “Noticias”, *El Redactor Americano*, diciembre 6 de 1806, n. 1, p. 5.

desde la nublada y montañosa ciudad de Santafé se perciba a Buenos Aires y Montevideo como “nuestra ciudad” y “nuestro puerto”.²⁵⁶

Con la invasión francesa a la península ibérica y las posteriores abdicaciones de Bayona en mayo de 1808, el orden político comenzó un proceso de profunda transformación. La mutación la avizora quizás Carlos IV en la carta que le envía a su hijo Fernando dos días antes de volver a ser nombrado rey, y el mismo día que las tropas francesas masacran al pueblo de Madrid en respuesta al motín de protesta por el trato dado a la familia real.²⁵⁷ En dicha carta, escrita en Bayona, Carlos previene a su hijo sobre los peligros de recurrir a las agitaciones populares para mantenerse en el poder, pues eso sólo conduciría a arruinar España, el reino, los súbditos y la familia real. Le advierte que se debe gobernar *para el pueblo*, haciendo todo lo posible por su bienestar y seguridad, pero nunca *por el pueblo*. Es en el rey en quien recae la felicidad de sus súbditos y nunca en el pueblo, de ahí su insistencia en que no *piense* siquiera en apoyarse en él para gobernar.²⁵⁸ De esta manera, le recuerda que el poder monárquico fundado en un acto de violencia popular es ilegítimo y nace intrínsecamente débil. Napoleón Bonaparte le había expresado una idea similar a Fernando VII en una carta escrita el 16 de abril de 1808, en la que le ratifica que “si la abdicación del rey Carlos es espontánea, y no ha sido forzado a ella por la insurrección y motín sucedido en Aranjuez,

²⁵⁶ Así lo expresa el presbítero Antonio de León al pronunciar un sermón especialmente preparado para celebrar la victoria de Buenos Aires sobre los ingleses en julio de 1807, “Sermón pronunciado por Antonio de León en la Iglesia Metropolitana de Santafé por el triunfo de Buenos Aires contra los ingleses”, B. N., Fondo Quijano 317, rollo 265, pieza 1.

²⁵⁷ El 18 de marzo de 1808 se conoce en la península la noticia del intento de trasladar la familia real a América, lo cual genera una gran revuelta popular en Aranjuez. Un día después, con el fin de apaciguar los ánimos, Carlos IV renuncia al trono a favor de su hijo Fernando nombrándolo rey de España e Indias. Intercediendo ante Napoleón, Carlos IV intenta recuperar el trono en abril de 1808, aduciendo que su renuncia no es válida en la medida que fue realizada bajo presión. Aprovechando la división en la familia real española y el llamado, tanto de Carlos como de Fernando, para mediar en el conflicto, Napoleón prefirió retirarlos a los dos y colocar un príncipe francés para “regenerar” España. Así, son llamados tanto Carlos como Fernando a Bayona, donde vuelve a repetirse la abdicación, pero en este caso en plural, ya que primero Fernando, quien aún estaba en el trono, abdica el 4 de mayo en favor de su padre, quien a su vez cede todos sus derechos sobre España e Indias a Bonaparte el 8 de mayo de 1808. Napoleón finalmente nombra a su hermano José como rey de los españoles. “Proclama de Napoleón a los españoles el 25 de mayo de 1808”, Blanco y Azpurúa, *Documentos*, t. II, pp. 153-154. Para un análisis de las reacciones de estos sucesos en la Nueva Granada véase Groot, *Historia eclesiástica*, tomo III, pp. 7-71.

²⁵⁸ “Carta del Sr. D. Carlos a su hijo el Sr. Don Fernando VII”, Cevallos, *Exposición*, documento anexo n. 8, p. 153.

yo no tengo dificultad en admitirla, y en reconocer a vuestra alteza real como rey de España".²⁵⁹

En respuesta a los sucesos del mes de mayo, a lo largo del mundo hispánico ocurren una serie de levantamientos que rechazan categóricamente las abdicaciones. Desde las posiciones más altas hasta las más bajas, los vasallos en su conjunto toman la palabra para rechazar los acontecimientos. La resistencia a las pretensiones de Napoleón fue palpable no sólo en la península con los levantamientos populares de todo el mes de mayo, sino también en América, donde se levanta una voz unánime en contra de los franceses. El resultado inmediato de estos sucesos es la cohesión de la monarquía, el cierre de filas de los súbditos en torno a su rey cautivo.²⁶⁰

Si se afirma que los acontecimientos de 1808 constituyen una respuesta eminentemente popular, cabe preguntarnos ¿quién es ese pueblo que se levanta al unísono para defender su rey? Responder esta pregunta pasa por cuestionar en primer lugar lo que se entiende por pueblo en la sociedad monárquica. El pueblo generalmente asociado al "bajo pueblo", la "gente del común" o a algunos grupos, como los artesanos, indígenas o mestizos pobres, no es algo evidente. Por ello, la primera parte de este ensayo indaga por las diferentes formas de pensar al *pueblo* en la monarquía. Saber quién es el pueblo significa, en segundo lugar, desentrañar la relación que él mantiene con el rey, lo cual pasa por comprender la sociedad en la cual se desenvuelve ese vínculo. Por esto, la segunda parte trata sobre la diferenciación entre dos agrupamientos sociales fundamentales de la sociedad monárquica: nobles y plebeyos. Finalmente, si a finales del siglo XVIII la manera de concebir al pueblo gana en diversidad, ¿cuáles son las reacciones que produce esta nueva concepción de pueblo en la sociedad neogranadina? Esta pregunta tratará de ser resuelta en la tercera parte del ensayo.

²⁵⁹ "Carta de S. M. el Emperador de los franceses, rey de Italia, y protector de la confederación del Rin", Cevallos, *Exposición*, documento anexo n. 3, p. 141.

²⁶⁰ Al conocer los acontecimientos de la península, los habitantes de la Nueva Granada realizan en todas las ciudades del virreinato juras de lealtad, sermones, rogativas y toda una serie de expresiones en favor del rey cautivo. Para los vasallos en su conjunto las abdicaciones de Bayona son totalmente ilegítimas ya que el rey fue obligado de manera violenta a dejar su trono. Véase el *Alternativo del Redactor Americano*, octubre 27 de 1809, n. XLV, p. 443.

Las formas de pensar el pueblo en la monarquía

La pluralidad de formas de pensar el pueblo no es exclusiva de las sociedades monárquicas. Este es un concepto tan antiguo como ambiguo, que ha tenido múltiples significados desde los mismos griegos y romanos. Las diferentes maneras de nombrar al pueblo, por lo demás, no desaparecen con el tiempo, sino que van superponiéndose y entremezclándose constantemente.

En la América hispánica, una de las primeras referencias al pueblo es la que encontramos asociada a los asentamientos indígenas instituidos por la corona de Castilla, los *pueblos de indios*, diferenciados de los pueblos de españoles. Estos pueblos designaron inicialmente comunidades indígenas catequizadas cuyos habitantes, después de ser “pacificados” y “reducidos y traídos al servicio de su majestad”, comenzaban a vivir bajo las normas de la corona española. Esta manera de organizar a la población nativa incluía no solamente su reducción, población y doctrina sino principalmente su vida en “concierto y policía”, para que así no estuviesen “divididos y separados por las sierras y montes, privándose de todo beneficio espiritual y temporal, sin socorro de nuestros ministros y del que obligan las necesidades humanas que deben dar unos hombres a otros”.²⁶¹ En este caso, podríamos decir, que el atributo central del pueblo está dado por una característica *administrativa* que hace que la población indígena entre a formar parte de la monarquía hispánica. A pesar que las leyes prohibían a los no indígenas vivir en los pueblos de indios, debido al rápido proceso de mestizaje que se da en la Nueva Granada los pueblos se convirtieron en lugares donde habitaban conjuntamente “españoles, mestizos, mulatos y negros”, como lo constata tempranamente el arzobispo Fernando de Ugarte en su visita a la provincia de Santafé y la ciudad de Tunja en 1622.²⁶² En algunos de esos pueblos llegaron incluso a ser en un momento determinado más los mestizos que los indígenas, lo que llevó a múltiples litigios judiciales para expulsar a la población india y transformar así el pueblo en parroquia. En los pueblos de indios de la zona andina del virreinato, por ejemplo, la relación entre indígenas y “vecinos o gentes de color”, a finales del

²⁶¹ *Recopilación de las leyes de indias*, Ley primera, Libro VI, título 3, “De las Reducciones y Pueblos de Indios”.

²⁶² Herrera Angel, “Los pueblos de indios”, p. 187. Las leyes 21 y 22 del Libro VI, título 3, de la *Recopilación de las leyes de indias*, prohibían la convivencia de indígenas con otros grupos raciales.

siglo XVIII, podía ser de 1 a 4 según el informe dirigido al virrey Pedro Messia de la Cerda por el fiscal Francisco Moreno y Escandón en 1772.²⁶³

En sentido estricto, el pueblo, considerado de manera administrativa, remite al “lugar o ciudad que está poblado de gente”,²⁶⁴ por lo que en algunas ocasiones encontramos la referencia a pueblo sin que rigurosamente sean pueblos de indios. Es fundamental tener en cuenta que su característica principal es que su unificación y articulación tiene lugar a partir de la figura del monarca, quien los organiza y les da identidad no sólo en términos jurídicos sino también simbólicos. Es en nombre del rey que se puebla un lugar específico y es en su nombre que se ocupa simbólicamente el espacio, razón por la cual al fundar los pueblos se reclama el derecho de gobernar y administrar justicia en nombre del monarca.²⁶⁵ Se establece así una relación de doble vía, en la cual el rey concibe a ellos como “mis pueblos”, al hacer referencia a sus dominios en España, Asia y América, y que los pueblos, por más modestos que sean, hacen enormes esfuerzos por merecer los dones y las distinciones de parte del monarca.

Una segunda definición de pueblo en la sociedad monárquica neogranadina es la que designa el “conjunto de gentes que habitan un lugar” sin tomar en cuenta sus diferencias sociales, económicas, culturales o étnicas. En este sentido, el pueblo es el conjunto de la población de un lugar cualquiera, población que en las sociedades monárquicas corresponde a la totalidad de súbditos de un rey en un determinado espacio. Este pueblo *totalidad* puede pertenecer entonces a marcos poblacionales micro como la villa de Mompós o la ciudad de Vélez, a marcos medianos como la provincia de Popayán o el país de Tunja, o a circunscripciones más amplias como el pueblo de la Nueva Granada o de la nación española, todas éstas escalas de la monarquía hispánica.

A finales del siglo XVIII, esta referencia al pueblo como nación es usada indistintamente por criollos y peninsulares para significar su pertenencia a la monarquía hispánica. En este sentido es que utiliza la expresión el presbítero Nicolás Moya de Valenzuela en 1795 al pronunciar una oración en Santafé de

²⁶³ Por ejemplo, de los 52 pueblos del distrito de Santafé, la población de vecinos podía llegar a ser de 12,000 frente a una población indígena de 3,017. “Estado del Virreinato de Santafé, Nuevo Reino de Granada, por el Dr. Francisco Antonio Moreno y Escandón”, *Archivo General de la Nación, Documentos*, pp. 88-89.

²⁶⁴ Real Academia Española (RAE), *Diccionario de Autoridades*, tomo V, 1737, p. 422.

²⁶⁵ Leal Curiel, *El discurso*, p. 56.

Bogotá sobre las circunstancias de la guerra con Francia. En su oración Moya incita “al pueblo del nuevo reino de Granada” a cumplir su “obligación de esforzar sus oraciones con fervor y constancia, y contribuir con todos los auxilios del patriotismo a la felicidad de la nación en la empresa contra el pueblo francés”.²⁶⁶ Aquí son dos pueblos, el español y el francés, los que se enfrentan como naciones, es decir, como conjuntos de súbditos de un príncipe que habitan un reino específico. En este caso la exhortación va dirigida a la totalidad de vasallos neogranadinos, a quienes se incita a defender las obligaciones de la religión y del patriotismo en contra de la “infelícísima” Francia. Es el rey quien finalmente vuelve a dar identidad y unidad al pueblo.

Igualmente, es a un pueblo, como totalidad de la población, al que se hace referencia cuando en las diferentes proclamas y oficios se le anuncia alguna noticia, se le previene contra los peligros de la impiedad y la irreligión, o se le proporcionan diversiones y entretenimientos. Esto último es lo que ocurre en 1784 en la villa del Socorro cuando las autoridades llevan a cabo una serie de celebraciones con motivo de las distinciones otorgadas por el rey al virrey Antonio Caballero y Góngora por su pacificación del reino. Entre las múltiples celebraciones, que duraron nueve días, hubo ceremonias religiosas, iluminaciones de la plaza y calles principales, fuegos artificiales, corridas de toros, actividades todas dirigidas al “numeroso pueblo que lo presenciaba”.²⁶⁷

En ciertas ocasiones este pueblo *totalidad* podía ser sinónimo de público. Si bien este concepto también tiene varios significados, generalmente cuando es utilizado como sustantivo se refiere al conjunto de habitantes de un lugar cualquiera. El público es entonces el “común del pueblo o ciudad”, entendiendo “común” como el “pueblo todo de cualquier provincia, ciudad, villa o lugar”.²⁶⁸ Así, público y pueblo son sinónimos en la medida que se refieren a los habitantes de un lugar cualquiera tomados en su conjunto. Un ejemplo de este uso lo encontramos en el anuncio de la instauración de la lotería municipal en Santafé en 1801. La reglamentación, publicada en el periódico el *Correo Curioso*, donde se promocionaba igualmente la venta de boletas,

²⁶⁶ “Prevención”, *Papel Periódico*, marzo 27 de 1795, tomo V, n. 185, p. 1053.

²⁶⁷ “Noticia de las fiestas hechas en el Socorro con motivo de las distinciones otorgadas por S. M. a su Virrey de Santafé D. Antonio Caballero y Góngora”, Ortiz, *Colección de documentos*, tomo III, pp. 13-21.

²⁶⁸ Esta es la definición de común cuando se usa como sustantivo. Una de sus definiciones como adjetivo se refiere a una parte de la sociedad asociada al bajo pueblo que más adelante analizaremos. RAE, *Diccionario de Autoridades*, tomo II, 1729, p. 464 y tomo V, 1737, p. 421.

quería tranquilizar “al público” sobre la transparencia del sorteo, al igual que informarle los lugares donde podía concurrir a “proveerse de las boletas o boletines que cada uno quiera sortear”. Indistintamente se sustituyen los términos pueblo y público, como cuando explicaban los mecanismos del sorteo, “para que el pueblo quede satisfecho que han entrado las dos mil boletas vendidas, y en estas incluso los veinte mil boletines de que se compone. Esta satisfacción no se le puede dar al público de otro modo”.²⁶⁹

Un tercer modo de entender al pueblo en el antiguo régimen es el que remite a su naturaleza *sociológica*. En este caso, el pueblo se refiere ya no a la totalidad de la población sino a una parte de la misma que comparte un modo de vida y un estatus común y que existe de manera diferenciada a otro sector de esa misma comunidad. Así, el pueblo es “la gente común y ordinaria de alguna ciudad o población, a distinción de los nobles”,²⁷⁰ o aquellos que están en el otro extremo de “los nobles, ricos y esclarecidos”.²⁷¹ Se refiere aquí a ese segmento de la población en el cual generalmente ahora se piensa cuando se trata de definir al pueblo: a la gente pobre, si se tienen en cuenta ciertas características económicas, a los campesinos, artesanos o vagabundos, si se ponderan las actividades laborales, o en términos mucho más morales que sociológicos, a la plebe, el vulgo o el populacho. El pueblo, considerado de manera sociológica, es como usualmente se piensa al pueblo tanto en la época monárquica como hoy en día. Veamos quién es y en qué circunstancias aparece este pueblo en la Nueva Granada antes de la crisis de 1808.

El pueblo como condición plebeya

Definido como una parte de la sociedad, el pueblo es un agrupamiento “fácilmente” aprehensible, aunque rico en matices, pues se hace visible como la parte “baja” del cuerpo político. Si se da una rápida mirada a la composición demográfica de la sociedad neogranadina, a finales del siglo XVIII, la población indígena constituía el 20%, los libres el 46%, los esclavos el 8% y los blancos el 26%.²⁷² Sin embargo, estas categorías construidas por los censos

²⁶⁹ “Reglamento que debe gobernar en el establecimiento de la Lotería Municipal”, *Correo Curioso*, septiembre 8 de 1801, n. 30, pp. 139-142.

²⁷⁰ RAE, *Diccionario de Autoridades*, tomo V, 1737, p. 422.

²⁷¹ Terreros y Pando, *Diccionario castellano*, tomo III, p. 238.

²⁷² Estos datos corresponden al censo de 1778 (Tovar, *Convocatoria*, p. 26).

de población no dan cuenta de toda la complejidad de la sociedad. Las relaciones entre los distintos agrupamientos, el lugar de cada uno, e incluso los roles de los diferentes “estados” no estaban definidos exclusivamente por los atributos raciales, ya que pertenecer a una casta no era el único rasgo que definía el estatus social. Hay que recordar que la sociedad monárquica estaba conformada por una serie de reinos, corporaciones, estamentos, gremios, ciudades y familias, que constituían la manera *natural* de cohesionar la sociedad y de crear un sentimiento de comunidad entre sus miembros.

Cada uno de estos cuerpos tenía un lugar previamente establecido, dando forma y sustentando a la sociedad monárquica.²⁷³ Estas corporaciones hallaban su representación en el seno de un gran cuerpo imaginado, el del rey, cabeza y centro del reino; de esta manera, el monarca daba unidad e identidad al reino y garantizaba su generación, reproducción y orden. “Y naturalmente dijeron los sabios que el rey es cabeza del reino, pues así como de la cabeza nacen los sentidos, por los que se mandan todos los miembros del cuerpo, bien así por el mandamiento que nace del rey, y que es señor y cabeza de todos los del reino, se deben mandar y guiar y haber un acuerdo con él para obedecerle, y amparar y guardar y enderezar el reino de donde él es alma y cabeza, y ellos los miembros”, indicaban *Las siete partidas*.²⁷⁴ El reino se concebía como un organismo vivo cuya representación más fácil y común surgía de su comparación con el cuerpo humano. Francisco Antonio Zea, por ejemplo, concibe la sociedad como “este vasto cuerpo de mil brazos”,²⁷⁵ mientras que Manuel del Socorro Rodríguez la asemeja al cuerpo humano, “compuesto de variedad, de miembros y de partes”.²⁷⁶

Algunos de estos pensadores consideraban que como todo cuerpo humano necesita la existencia de los distintos miembros para poder sobrevivir, sin importar que sean principales o secundarios, así el cuerpo político precisa de todas sus partes para la supervivencia del conjunto.²⁷⁷

²⁷³ Rojas, “Los privilegios”, p. 51.

²⁷⁴ Alfonso X, el sabio, *Las siete partidas*, Ley 5, Partida segunda, título primero “Emperadores, reyes y grandes señores”, p. 28.

²⁷⁵ Francisco Antonio Zea, “Avisos de Hebephilos a los jóvenes de los dos Colegios sobre la inutilidad de sus estudios presentes, necesidad de reformarlos, elección y buen gusto en los que deben abrazar”, *Papel periódico*, abril 1 de 1791, tomo I, n. 8, p. 61.

²⁷⁶ “La libertad bien entendida”, *Papel Periódico*, septiembre 23 de 1791, tomo I, n. 33, p. 277.

²⁷⁷ Cañeque, “Cultura viceregia”, pp. 13-14.

Esta concepción orgánica de la comunidad política estaba regida por dos principios básicos: la desigualdad y la jerarquía. Que existieran diferentes estados y órdenes, “grandes, medianos y pequeños, ricos y pobres, quien dé y quien reciba, quien mande y quien obedezca”, era como se pensaba que se mantendría el orden necesario de las cosas para su perfecta armonía.²⁷⁸ Los rangos y las jerarquías demostraban las virtudes de la complementariedad existente entre los hombres. Un corresponsal anónimo del periódico el *Correo Curioso* ratificaba esta idea al plantear que el “ser los rangos respectivos, nada les deprime la estimación que se merecen por el servicio recíproco que deben hacerse unos a otros los ciudadanos”. Esa complementariedad era lo que, según dicho corresponsal, evitaba la existencia en la sociedad del egoísmo, la envidia o la discordia, ya que el “íntimo vínculo” que existía entre los hombres contribuía a “la mejoría, aumento y conservación de todos”.²⁷⁹

Aquí entraba a jugar un rol de vital importancia el concepto cristiano de caridad, que no significaba que los ricos debieran desprenderse de sus riquezas para repartirlas entre los pobres, sino que debían dar lo necesario para que estos no perecieran. No era inmoral ser rico, lo censurable era no ayudar al que lo necesitaba, pues los pobres debían ser socorridos para buscar el equilibrio en la sociedad. Ante la existencia de gran cantidad de pobres, lo importante era que hubiera por lo menos un rico que mantuviera la armonía del conjunto por medio de la caridad. “Aquella república en donde hay un considerable número de vecinos acaudalados, nunca es infeliz aunque de las cincuenta partes que componen su población sean pobres los individuos que hacen las cuarenta y nueve. La proporción es evidentísima, porque un solo hombre acaudalado puede proporcionar comodidad a cincuenta”, nos indica Manuel del Socorro Rodríguez.²⁸⁰ Las diferencias entre pobres y ricos, plebeyos y nobles, eran justamente el factor de integración, ya que el orden jerárquico tenía por principio reunir las particularidades como complementarias.²⁸¹

La lógica de diferenciación y desigualdad propia de la sociedad monárquica encontraba en el agrupamiento diferenciado de nobles y plebeyos una forma fundamental de realizar sus principios. Formar parte de uno u otro

²⁷⁸ Villanueva, *Catecismo del Estado*, p. 33.

²⁷⁹ “Exhortación de la patria”, *Correo Curioso*, marzo 3 de 1801, n. 3, p. 30.

²⁸⁰ *Papel Periódico*, Viernes, abril 29 de 1791, tomo I, n. 12, p. 89.

²⁸¹ Rosanvallon, *Le peuple introuvable*, p. 18.

agrupamiento era una de las principales formas de identidad social, pero la pertenencia a uno u otro lugar no estaba correlacionada necesariamente con una posición económica.²⁸² Algunos historiadores han tratado de ver los orígenes de las clases sociales en esta división, pero más que una explicación de orden económico lo que subyace en la diferenciación entre un grupo y otro es una separación de orden *natural*. La nobleza estaba dada por la naturaleza, ya que se nacía noble, condición que se heredaba a los hijos. Ser noble implicaba en la América hispánica ser descendiente de las primeras y principales familias del reino, lo cual -no debe olvidarse-, incluía a los descendientes de los caciques y los nobles indígenas.²⁸³

Es importante recordar, sin embargo, que también se era noble por privilegio, es decir, por la compra del título o por la merced otorgada por el rey en recompensa de acciones gloriosas en beneficio del reino. En estos casos, sin embargo, también era el orden natural el que se expresaba, ya que al mismo tiempo que concedía la gracia, el poder real “naturalizaba” un estado que cobraba realidad con la intervención del rey, pues formaba parte de su potestad transformar la “naturaleza” de sus súbditos. Es el caso de Gonzalo de Palencia, que en 1464 fue ennoblecido por el rey Enrique IV de Castilla quien lo autorizó para que “según costumbre de España, o en otra cualquier manera y podares usar y usares de todo y de cada cosa y parte de ella bien así y tan cumplidamente como si de *vuestra naturaleza y linaje fuédes engendrados y nacidos* de hombres barones hijosdalgo de solar conocidos”.²⁸⁴ En este caso,

²⁸² En la revisión de varios procesos sobre pureza de sangre durante el siglo XVIII, se encuentran también como atributos de la condición noble ser limpios de toda mala raza, ser cristianos viejos puros, no haber ejercido ningún oficio manual y no ser de “costumbres desarregladas”. En ninguno de esos casos se apela a la riqueza como demostración de la nobleza.

²⁸³ A finales del siglo XVIII se define a los nobles como “los hijos descendientes de puros Españoles Nobles, nacidos en las Indias y los de Ministros Togados, Intendentes y Oficiales Militares naturales de aquellos dominios, sin excluir los hijos de Caciques e Indios Nobles, ni los de mestizos Nobles, esto es, de Indio Noble y Española, o de Español Noble e India Noble, conforme al mérito y servicios particulares que sus padres hubieren hecho al Estado”. Esta es la definición dada en 1792 cuando se crea el colegio de nobles americanos en la ciudad de Granada (“Real Cédula”, *Papel Periódico*, junio 22 de 1792, tomo II, n. 71, p. 157). En una cédula de 1766, Carlos III había insistido en que los indios descendientes de los caciques indígenas gozaban de la condición propia de los hijosdalgos (Ots Capdequi, *Instituciones*, p. 517).

²⁸⁴ El rey otorga la gracia de ser noble ya sea por riqueza o por mérito (“Provisión Real de Enrique IV de Castilla del 22 de febrero de 1464”, Archivo Histórico del Cauca, AHC, tomo 44, ff. 267r-274r), cursivas mías.

el rey le concede a Palencia la nobleza como si *naturalmente* hubiera nacido de hombres hidalgos.

Esta diferenciación natural también incumbía a la condición plebeya. Se era plebeyo por nacimiento en la medida que no se pertenecía a las familias fundadoras y principales del reino o ciudad. Los plebeyos eran además los que generalmente ejercían oficios considerados innobles, los cuales incluían cualquier actividad manual o mecánica, lo mismo que el vasallaje o la servidumbre, actividades que carecían de la estima y respeto sociales que acompañaban a los oficios considerados "nobles".²⁸⁵ En múltiples documentos se encuentra que se era de "calidad plebeya" junto a otra serie de cualidades que se enumeraban en toda presentación.²⁸⁶ Ser de condición plebeya implicaba una serie de restricciones, como no poder acceder, entre otros privilegios, a ser testigo en un pleito, llegar a ocupar empleos honoríficos, concejiles o municipales, o aspirar a tener una serie de prerrogativas que los nobles sí tenían. Esto no significa, sin embargo, que los plebeyos no gozaran de ningún tipo de derechos, ya que el monarca concedía privilegios a diversos cuerpos en los que tomaban parte grupos como los pobres, las mujeres, los indígenas o los artesanos. La pertenencia a un determinado cuerpo conllevaba el beneficio de los privilegios concedidos a dicho cuerpo por el rey, pese a que ellos eran otorgados de manera diferenciada y con intensidades distintas.²⁸⁷ Los plebeyos, ante todo, confiaban en la justicia y bondad del rey, de manera

²⁸⁵ Carlos III trata de romper esta diferenciación de los oficios nobles y plebeyos en marzo de 1783 con la promulgación de una cédula real, en la cual señala que ciertos oficios manuales como el de curtidor, "herrero, sastre, zapatero y otras de este modo, son honestas y honradas; que el uso de ellos no envilece la familia ni las personas de los que los ejercen, ni la inhabilitan para obtener los empleos municipales de la República en que estén vecindados los artesanos o menestrales que los ejerciten, y que tampoco han de perjudicar las artes para el goce y prerrogativas de la hidalguía a los que la tuvieren legítimamente" (Francisco José de Caldas, "Proyecto de educación de menores", Hernández de Alba, *Documentos*, tomo V, pp. 333-344).

²⁸⁶ La calidad o condición podía ser enunciada como noble, plebeya, conocida, notoria, desconocida, honrada, etc. Las otras cualidades eran la edad, el sexo, el estado (soltero, casado o eclesiástico), la naturaleza (el lugar de nacimiento) y la actividad.

²⁸⁷ Para el caso de Nueva España, Beatriz Rojas afirma que "todos los novohispanos fueron privilegiados, aunque en forma diferente, y algunos lo eran más que otros". Los privilegios incluían a negros, mulatos y castas, incluso "a todos aquellos pobres que no dependían de alguien o no pertenecían a algún cuerpo (los vagos, los esclavos, los sirvientes, los menores), para convertirlos en sujetos de derecho, en privilegiados, se los clasificó como rústicos". Rojas, "Los privilegios", p. 63. Hasta el momento no se ha realizado un estudio sobre los privilegios y su relación con el cuerpo político en la Nueva Granada.

que recurrían constantemente a él en busca de resolución a sus problemas mediante reclamos y representaciones. Cuando estos mecanismos legales no tenían un resultado positivo, se podía llegar a la acción directa, es decir, a los motines o las revueltas.²⁸⁸

Es importante señalar, por otro lado, que pertenecer a un agrupamiento social o detentar una condición social determinada significaba un reconocimiento público. No bastaba con ser de condición noble sino que era primordial ser reconocido como tal. La condición debía ser *pública y notoria*. Los nobles por sangre o por privilegio consideraban, por lo tanto, que se les reducía al “estado de plebeyo” cuando se les negaba, por ejemplo, el uso del *Don*, ya que según ellos, así se les despojaba de la buena opinión y notoria reputación de personas blancas y limpias de sangre de que deseaban gozar. Para resarcir el honor manchado se entablaban costosos pleitos que muchas veces duraban años. Lo importante era comprobar que se era noble por los títulos, los puestos públicos ocupados y la información de testigos fidedignos, ya que era lo mismo “ser blanco y de buena prosapia, que estar reputado por tal”.²⁸⁹ Es interesante señalar cómo en algunos casos lo trascendental era no ser confundido con un plebeyo, así no se estuviera pidiendo el reconocimiento de la condición noble. Un ejemplo de esto lo encontramos en la ciudad de Arma de Rionegro, en 1788, cuando Narciso Sánchez es acusado de mulato, y pese a ser un blanco no noble entabla un pleito para que no lo traten de plebeyo. En su petición al alcalde de la ciudad, Sánchez solicita ser reconocido como blanco para que así “se me satisfaga mi honra como la ley lo previene”. Sánchez, quien ejercía la profesión de sastre, argumenta que “no me he jactado de noble, sino cuando más de hombre blanco”. Su querellante, Félix de Rendón, quien a su vez es acusado de mulato por Sánchez, adelantará el pleito por varios meses hasta que finalmente se sentencia que a Narciso Sánchez “no se le debe tener por mulato ni obstar la imputación que de tal se le hace al tenor de lo justificado”.²⁹⁰

Al igual que la condición noble, la de plebeyo estaba sustentada en las relaciones filiales. En un tipo de sociedad donde no existían propiamente sujetos individuales sino colectivos, la familia era uno de los principales vecto-

²⁸⁸ Una mirada sobre las demandas de los distintos grupos sociales neogranadinos ante las autoridades durante el periodo monárquico en Garrido, *Reclamos y representaciones*, 1993.

²⁸⁹ López, *Fuente documental*, p. 254.

²⁹⁰ López, *Fuente documental*, p. 194 y p. 257.

res de organización de la sociedad monárquica, de manera que las vicisitudes de la posición social de cada persona afectaban a todo el grupo familiar. La centralidad de éste se nota en el cuestionario usado para probar que no se era de condición plebeya; se inquiría no sólo por el implicado sino por la totalidad de la familia, preguntando por el tipo de matrimonio de los ancestros, su lugar de nacimiento, su legitimidad, la pureza de su sangre, los oficios que hubieran desempeñado, etc. Cualquier sospecha sobre uno de los miembros de la familia repercutía inmediatamente en todo el grupo familiar.²⁹¹

Como se ha señalado, al no estar necesariamente vinculada la condición plebeya con la pobreza, así como era posible encontrar plebeyos que al enriquecerse podían comprar su hidalguía a pesar que su sangre no fuera lo suficientemente “pura”, otros podían seguir siendo plebeyos a pesar de su riqueza. Después de la promulgación del decreto de “gracias al sacar” que el rey Carlos IV publicó en 1795, cualquier plebeyo suficientemente rico, incluyendo a los descendientes de africanos, podía comprar “su blancura”.²⁹² De manera que, así como no existía una relación directa entre plebeyo y pobreza, la condición de plebeyo tampoco se correspondía necesariamente con la pertenencia a una casta específica. Si bien la mayoría de plebeyos eran mestizos en todas sus variantes, dentro de este agrupamiento también se encontraban blancos, negros e indígenas.

Existía un grupo intermedio de familias blancas que estaba diferenciado de los plebeyos pero que no tenía la misma “condición” que la nobleza. En este grupo se encontraban oficiales militares, curas, algunos miembros del cabildo o comerciantes prósperos, cuya diferencia con la nobleza radicaba en que no eran descendientes de las primeras y principales familias, mientras que se separaban de los plebeyos en la medida que no ejercían oficios “viles y mecánicos”.²⁹³

Ahora bien, cuando en lugar de la condición de plebeyos se habla de la *plebe*, se está cambiando el registro de interpretación de lo que se consideraba

²⁹¹ La sociedad monárquica podía ser aprehendida a través de las relaciones de filiación. Cada cual ocupaba su lugar en la sociedad de acuerdo a su nacimiento. Así como el rey era el padre de sus vasallos, el padre de familia era el “rey” en su hogar ya que la familia era el núcleo central de la organización monárquica. Para un análisis de este tipo de relaciones véase Manent, “Le corps et l’ordre politique”, pp. 223-224.

²⁹² Marixa Lasso plantea que no fue un nuevo procedimiento el que se estableció sino que se regularizó una práctica que venía desde antes (Lasso, “Un mito republicano”, p. 37).

²⁹³ Para el estudio de estas familias en Santa Marta y Riohacha véase Sæther, *Identidades*, pp. 68-83.

el pueblo. Pasar del adjetivo al sustantivo refleja el paso de una connotación descriptiva a una connotación peyorativa. La *gente plebe* resulta ser entonces la parte “baja y despreciable” de la sociedad,²⁹⁴ los “sediciosos” y “tumultuados”, los “insolentes” y “sin sujeción”, los “vagamundos”, “holgazanes” y “propensos a alborotos sediciosos”, adjetivos que se encuentran añadidos a la palabra plebe en los documentos consultados. Se trata de una referencia al bajo pueblo al que se le suma una connotación negativa, una censura moral. El pueblo es aquí degradado a la condición de masa y se le representa como un cuerpo sin cabeza que actúa de manera descontrolada, por lo que puede convertirse en un peligro para la sociedad.

El pueblo en su dimensión plebeya es invisible la mayor parte del tiempo y sólo emerge en momentos de ciertas tensiones graves. Su aparición en esos momentos no es para cuestionar el orden establecido sino para mostrar su inconformidad con las políticas de los malos gobernantes que no supieron ejecutar los deseos del rey. Ese pueblo deja entonces los cauces legales y recurre a acciones de hecho, como los motines o las revueltas, para indicar que ha perdido su confianza en quienes administran justicia en nombre del rey. El recurso a las armas es el medio excepcional de resolver las tensiones a que se ve confrontado el pueblo. En el virreinato de la Nueva Granada se presentaron a finales del siglo XVIII varios levantamientos populares, como el de 1768 en Zipaquirá por el manejo de las minas de sal, o el de 1800 en Túquerres por los abusos del corregidor de la provincia, siendo uno de los más importantes y estudiados el de 1781, conocido en la historiografía colombiana como la Revolución de los Comuneros.²⁹⁵ Este levantamiento se enmarca dentro de las rebeliones que se presentaron en las décadas de 1770 y 1780 a lo largo de la monarquía hispánica y que tuvieron su origen en el intento de la corona por adelantar unas reformas fiscales y administrativas. En la Nueva Granada, las reformas debían ser puestas en funcionamiento por el regente visitador Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, e incluían el aumento de los precios de los ramos estancados, la imposición de derechos sobre las industrias

²⁹⁴ Definición de la gente común, RAE, *Diccionario de Autoridades*, tomo II, 1729, p. 464.

²⁹⁵ Para un análisis del levantamiento de Túquerres véase Earle, “Rebelión indígena”, pp. 73-110, lo mismo que el texto de Williams, “Quién indujo a las comunidades”, pp. 149-180; sobre la rebelión de Zipaquirá, Garrido, *Reclamos y representaciones*, pp. 253-257; para la revuelta de los comuneros véase el libro clásico de Phelan, *El pueblo y el rey*. La colección de documentos puede verse en Cárdenas Acosta, *El movimiento comunal*, igualmente en Friede, *Rebelión comuna de 1781*.

y las manufacturas, y la imposición de nuevas contribuciones sobre los pueblos. El descontento plebeyo que surgió en pueblos y parroquias de las jurisdicciones del Socorro y San Gil pronto trascendió el marco de la provincia y se extendió hasta las inmediaciones de Santafé. Aunque inicialmente se trató de una protesta eminentemente plebeya, pronto se involucraron otros sectores de la población -nobles ricos y no ricos y comerciantes-, algunos de los cuales asumieron ciertas formas de liderazgo durante la protesta. La revuelta, que fue tanto urbana como rural, puso en jaque la autoridad de los funcionarios virreinales con la apelación a la defensa de derechos ancestrales e inalienables, y cuestionó al gobierno, el "mal gobierno", por las medidas consideradas injustas, pero en ningún momento se convirtió en un ataque al rey o a su legitimidad.²⁹⁶ En los informes sobre los acontecimientos elaborados por las autoridades luego de controlada la rebelión, el pueblo encolerizado por las medidas fiscales es definido como la plebe "amotinada", "insolente", "ínfima" y "despreciable".

Pero no es de una sola plebe de la que hablan los documentos, sino de tres claramente diferenciadas. En primer lugar, se describe a una plebe *amorfa* que se asocia a las clases más bajas y pobres de las poblaciones, la cual se amotinó precisamente por su falta de recursos económicos. Es esta precisamente la explicación que de la revuelta hace el regente visitador Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres al elaborar sus reflexiones sobre lo sucedido: "Cuando el cabildo de San Gil dio cuenta al visitador general del primer alboroto allí sucedido, manifestó el perjuicio que se seguía a los pobres de que llevase a efecto la cobranza de la cuota con que se gravó al algodón, porque el hilo que fabricaban de éste les servía de equivalente a la moneda para adquirir por medio del cambio las cosas necesarias para su alimento y vestuario. Esta circunstancia, que ignoraba el visitador general y nadie le había representado hasta entonces, le estimuló a disponer que con la cualidad de por ahora se suspendiese la exacción del derecho de Armada en el algodón en rama o reducido a hilo, encargando al propio tiempo se continuase en los demás géneros y

²⁹⁶ "Ahora bien, el pueblo que no tiene inconveniente en sacralizar al rey, por más que éste actuara a veces contra la corona, cuando por la razón que sea percibe, aunque sea a nivel de piel, que los ministros no ejercen como deben su oficio, *siente que está mal gobernado* y desacraliza el poder ministerial para poder ir contra él como causante de infortunio. De ahí que cuando estalla cualquier revuelta, el primer grito del pueblo sea ¡Viva el rey y muera el mal gobierno!" (Castellano, "El rey, la corona y los ministros", p. 47).

efectos incluso en el arancel".²⁹⁷ Pueblo y pobre son aquí términos intercambiables, equiparando a la plebe con aquella parte de la población que no posee nada más allá de su trabajo manual. Las autoridades consideraron que debido a su pobreza el pueblo actúa de manera violenta y confusa, ya que no tiene nada que perder y puede "arrojarse a los mayores excesos con la vana esperanza de mejorar de suerte por medio del robo y de la violencia".²⁹⁸ Para esas autoridades se trata de un pueblo amorfo convertido en multitud, masa que engendra confusión al ser un cuerpo sin cabeza, lo cual en cierta medida explica su manera de reaccionar. Llamada también "vulgo", se trata de una muchedumbre con cuerpo pero sin forma, de ahí que se le represente como una potencia anónima e incontrolable.

Ese pueblo de la revolución de los comuneros es, en segundo lugar, una plebe *rebelde* que traiciona a su rey al irrespetar a sus ministros. "Plebe insolentada" formada no solamente por los más pobres sino también por todos aquellos que osaron rebelarse contra las medidas ordenadas por el rey sin importar su posición social. La *plebe* incluye entonces en este caso no sólo a los más necesitados sino también a la nobleza rica o pobre que emprendió la rebelión; son todos aquellos vasallos "traidores" que no obedecieron a su rey. Ya no es una masa amorfa la que ha desobedecido sino un cuerpo definido por su relación con el rey, contra el cual se alza, se insubordina, se rebela: "las impropias y abusivamente tituladas capitulaciones se reducen a que una tropa de rebeldes, compuesta de la ínfima y más despreciable plebe, intenta dar la ley a su soberano y trastorna abiertamente todas las reglas establecidas y rompe los vínculos del vasallaje y subordinación, sin el menor respeto ni aun miramiento por la autoridad real", alega Gutiérrez de Piñeres. Al desconocer la naturaleza de su relación con el soberano (de subordinación y acatamiento) es mucho más cuestionable la actuación de ese pueblo. En la medida que no existe justificación alguna para las acciones de esta plebe, ella no puede ser perdonada por ser la "más despreciable".²⁹⁹

La documentación existente sobre el levantamiento se refiere, finalmente, a una plebe *niña*, estado al que es reducido el pueblo para poder ser enfrentado y reintegrado al seno de la bondad paternal del monarca. Este pueblo es

²⁹⁷ Reflexiones del Regente Visitador del Nuevo Reino de Granada, en Friede, *Rebelión comunera*, p. 945.

²⁹⁸ Oficio de Gutiérrez de Piñeres a José de Gálvez, en Friede, *Rebelión comunera*, p. 985.

²⁹⁹ Reflexiones del Regente Visitador del Nuevo Reino de Granada, en Friede, *Rebelión comunera*, p. 970.

la forma como las autoridades palian su temor hacia él, convirtiéndolo en un ente no racional que actuó de manera inconciente, sin saber lo que hacía. Es entonces cuando se piensa en un pueblo "ignorante", "incauto", que se dejó engañar y manipular por otros, argumento que repite el misionero capuchino Joaquín de Finestrada en *El Vasallo Instruido*, obra destinada a pacificar las comunidades que participaron en la rebelión de 1781, cuyo objetivo, según las palabras del autor, consistía en "arrancar radicalmente la cizaña de la doctrina errónea con que fue engañada la incauta plebe en materia tan importante a su salvación y a la conservación del Estado". Se trata de un pueblo que escapa a la razón y cuyas acciones sólo son guiadas por el instinto y las pasiones; un pueblo engañado que se convierte en presa fácil de los enemigos de la paz y la verdad, que se aprovechan de "la ignorancia de los pueblos" para seducirlos con "pasquines sacrílegos y cartas anónimas, acompañadas de alevosos designios".

Pero siendo engañado, seducido, el pueblo puede salvarse, redimirse, en la medida que el rey puede perdonarlo. Para encontrar la clemencia del príncipe, el pueblo sólo debe afianzar su "amor, respeto, obediencia y fidelidad al soberano, a sus ministros y a la patria, no sólo por temor del castigo sino también por obligación de la conciencia".³⁰⁰ Así, su ingenuidad le permite al pueblo ser reintegrado al seno de la sociedad monárquica.

Plebe-amorfa, plebe-rebelde y plebe-niña son pues las tres caras del pueblo en su condición plebeya durante la década de 1780 en la Nueva Granada. Es una década en la cual el pueblo va a ser temido por las autoridades virreinales. Más por el recuerdo de lo ocurrido en 1781 que por representar una amenaza concreta a la autoridad del rey.

El pueblo como un impensable soberano

Como se ha tratado de mostrar, la existencia y definición del pueblo tienen como característica común estar articuladas en torno a la figura del rey. Es el soberano quien da forma al pueblo al darle su identidad como *súbdito*. Esta es la dimensión fundamental del "pueblo" como pareja que complementa de manera subordinada al rey, es decir, dentro de una relación de vasallaje que constituye a los ojos de los contemporáneos la forma natural de estar en so-

³⁰⁰ Finestrada, *El Vasallo Instruido*, BN, Libros raros y curiosos, M198, f. 6v, f. 9r y f. 234v.

ciudad. Ya sea como pueblo *administrativo*, *totalidad* o *sociológico*, el pueblo se define e identifica a través del vínculo con el monarca.

Sin embargo, a finales del siglo XVIII aparece en el mundo hispánico una manera nueva de ser del pueblo que remite a problemas inéditos. El pueblo deja de ser considerado como súbdito de un soberano para pasar a ser contemplado como *soberano* en sí mismo. Pero, que en la Nueva Granada se encuentren algunas voces que se atreven a postular esta idea, ello no significa que esta definición *política* del pueblo haya trascendido más allá de pequeños círculos. Si se piensa en el conjunto de la sociedad neogranadina, lo que primó fue un cuestionamiento sistemático a esa concepción revolucionaria del pueblo, al considerar que un régimen de gobierno basado en la soberanía popular constituía una forma calamitosa de comunidad política. Más que proyectos republicanos, un eventual *pueblo soberano* provocó muchos temores y reiteradas refutaciones.

Esta idea suscitó controversia en los espacios públicos neogranadinos, especialmente en el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, periódico semanal que fue editado desde 1791 hasta 1797 por el bayamés Manuel del Socorro Rodríguez, quién llegó al virreinato de la Nueva Granada a instancias del virrey José de Ezpeleta. Este editor se encargó de hacer circular las noticias de los principales sucesos, no sólo del reino español sino también de los reinos vecinos. Así, las noticias sobre la rebelión de las colonias inglesas, la revolución de Haití, o los acontecimientos de Francia, fueron conocidas rápidamente por los habitantes neogranadinos. A pesar que en la sociedad neogranadina la idea de pueblo soberano ya era conocida a través del estudio de la filosofía política clásica, las discusiones sobre esta forma de gobierno no cobraron alguna relevancia sino después de los acontecimientos norteamericanos y franceses, que fueron conocidos y discutidos en toda la monarquía hispánica.

La revolución francesa llamó particularmente la atención del *Papel Periódico*, ya que ocupó buena parte de sus números. Sin embargo, un cuestionamiento sistemático de esa revolución sólo comenzó después de 1793, cuando España le declaró la guerra a Francia, momento en el que aparecen claramente en sus páginas los temores ante el pueblo como soberano, lo que llevó a refutar todo lo que concerniente a ese régimen político. En una sociedad de órdenes y jerarquías, el hecho de pensar en la reforma de la sociedad monárquica era para el editor del periódico “un proyecto impío, tiránico, e inhumano”. Una de las principales ideas que por lo tanto se cuestiona en

el *Papel Periódico* es la “pretendida” igualdad del gobierno popular. Nuestro periodista consideraba que la “funesta e improvisada” revolución francesa era una aberración impulsada por “fanáticos políticos” influenciados por el espíritu de filosofismo, y se empeñaba en convencer a sus conciudadanos “de que no hay otra cosa más absurda que pretender hacer posible el sistema de la igualdad que tanto recomiendan”. Manuel del Socorro afirmaba que la igualdad sólo conduciría a la anarquía republicana, ya que destruiría “los objetos más sagrados de la religión, los vínculos más preciosos de la sociedad, los intereses más útiles del bien común”.³⁰¹ La única igualdad que de manera irónica veía florecer era aquella que el terror estaba imponiendo en Francia: “desengañémonos: aquella pretendida igualdad que los griegos llamaban *Isionomia*, no se ha podido conseguir jamás en ninguna república. Pero quizá la de París dará este nuevo espectáculo al universo después que ya no exista gente alguna con quien formarla, es decir, cuando a todos los haya igualado la suerte de la guillotina”.³⁰²

Tomando ejemplos tanto de la antigüedad clásica como de la revolución francesa, Manuel del Socorro intenta mostrar cómo el pueblo es el que más sufre con las medidas del “quimérico sistema de la igualdad”, debido a la pobreza y anarquía que él provoca. Argumenta que la búsqueda de la libertad y la ilusión de la igualdad conducen al pueblo a violar todos los derechos establecidos al sustraerlo de la subordinación apaciguadora ante el rey. Citando a Jenofonte, dice que sólo el gobierno monárquico proporciona seguridad y tranquilidad a la comunidad política, ya que toda república popular recurre a hombres “turbulentos, amotinadores, sediciosos, desterrados, que aconsejan y dan medios al pueblo bajo para arruinar a los ciudadanos distinguidos”. En esta situación, la comunidad política desprecia la moral y la justicia ya que olvida las leyes, busca sólo el bien propio y castiga a los hombres más ilustres y beneméritos por capricho del pueblo. La república popular es de esta manera el más nefasto de los sistemas políticos ya que “jamás ha producido una sólida felicidad a ningún pueblo de la tierra”.³⁰³ Así, más que soberano, el pueblo que el *Papel Periódico* ve actuar en el gobierno republicano es un pueblo caprichoso y manipulado para fines pérfidos. Es un “pueblo bajo”, un “populacho ignorante”, convertido en instrumento de hombres siniestros

³⁰¹ “Prevención”, *Papel Periódico*, octubre 10 de 1794, tomo IV, n. 161, pp. 861-862.

³⁰² “Fin de la disertación”, *Papel Periódico*, diciembre 12 de 1794, tomo IV, n. 170, pp. 935-936.

³⁰³ *Ibidem*.

e intrigantes que lo impulsan a “cometer toda especie de desórdenes por el atractivo de la libertad, y le han autorizado para violar todos los derechos de propiedad, sustrayéndolo de toda subordinación por el engaño de una igualdad quimérica, enteramente incompatible con todo orden social”.³⁰⁴ Pretendiendo disputarle la soberanía al rey, este es un pueblo simplemente anárquico que cometerá toda clase de desórdenes, ya que sólo el rey puede dar estabilidad y tranquilidad al reino. Cómo lo expresa un autor anónimo de quien Manuel del Socorro traduce y publica un texto en 1794: “no será por cierto la anarquía republicana la que sacará al pueblo del caos en donde le ha sumergido; será preciso un gobierno estable, que forme los planes seguidos, que tenga una grande autoridad; en una palabra, es necesario un monarca; él solo reanimará la confianza mutua, sin la cual nada podrá restablecerse”.³⁰⁵

Seis años antes de finalizar el siglo, dos sucesos reintroducen en la Nueva Granada la cuestión del pueblo como soberano, sucesos que la historiografía colombiana ha considerado como la antesala de la revolución de independencia. Uno de ellos es el proceso judicial seguido a Antonio Nariño por la traducción e impresión de los *Derechos del Hombre*. El otro es la aparición en Santafé de unos pasquines que abogan por la abolición de los estancos. Pero más que un levantamiento contra las desigualdades y las jerarquías, ambos sucesos siguieron estando inscritos en la lógica corporativa y estamental de la sociedad de antiguo régimen, a pesar de la aparición de un lenguaje moderno y de ciertas ambigüedades en su planteamiento.

El primer acontecimiento es el más conocido y citado, tanto así que a Nariño se le considera el “precursor” de la independencia. Si bien Nariño es uno de los primeros hombres que hace alusión a la dimensión del pueblo como soberano, cabe preguntarse hasta qué punto su interés era llegar a una separación de Nueva Granada respecto a España. Nariño, que en el momento de su apresamiento era tesorero de diezmos y poseía además una de las primeras imprentas del reino -la imprenta Patriótica-, traduce, imprime y distribuye algunos ejemplares de los *Derechos del Hombre* entre sus amigos más cercanos. Alegó que la edición fue “un paso inconsiderado, pero nada malicioso”,

³⁰⁴ “Respuesta del redactor inglés a una carta anónima, en la que se pretendía justificar a la Asamblea Francesa”, *Papel Periódico*, mayo 16 de 1794, tomo IV, n. 142, p. 710.

³⁰⁵ “Interés del Pueblo en el restablecimiento de la Monarquía Francesa”, *Papel Periódico*, octubre 24 de 1794, tomo IV, n. 163, p. 877.

por lo que recogió los ejemplares distribuidos y vendidos, cuando un amigo le advirtió que “atendidas las delicadas circunstancias del tiempo, este papel podía ser perjudicial”.³⁰⁶

De nada le valió haber recogido y quemado los ejemplares impresos: Nariño fue encarcelado y acusado de propagar “máximas anticatólicas subversivas de todo el orden público”, culpándolo además de provocar que los vasallos desobedecieran al soberano, nieguen su autoridad y derechos, atenten contra la soberanía de los monarcas y se opongan al dogma y preceptos de la religión.³⁰⁷ En su defensa -que a ojos de los fiscales de la real audiencia confirma aún más su culpabilidad-, Nariño afirmó que nunca consideró que fuera un delito imprimir dicho papel, ya que los principios que contenían los derechos del hombre ya circulaban en otros textos permitidos por la corona española, citando el *Espíritu de los mejores diarios*, la *Enciclopedia metódica*, el *Compendio de las Leyes de Partida* de Vicente Pérez Vizcaíno, los *Elementos de derecho natural y de gentes* de Heineccio y la *Summa Teológica* de Santo Tomás, discute los problemas de la libertad e igualdad que proponen estos textos y refuta que los *Derechos del Hombre* estén proponiendo algo novedoso, pues, según él, estas máximas eran discutidas por entonces en toda la monarquía. Los textos de Heineccio y Santo Tomás hacen referencia precisamente a los diferentes tipos de regímenes políticos, entre ellos el gobierno “popular o democrático”.

Aquí es cuando aparece la referencia al pueblo político. Se define así al régimen democrático como aquel en donde el poder pertenece al pueblo y le corresponde a este “la elección de los príncipes”, pues esta es una potestad establecida por la ley divina.³⁰⁸ En estos textos, Nariño encuentra igualmente que los hombres al nacer libres e iguales deben sujetarse solamente a un jefe previamente autorizado por el pueblo para mandar. En los textos citados por Nariño aparece la idea según la cual el príncipe recibe de sus súbditos la autoridad y “no puede disponer de ella sin el consentimiento de la nación”.³⁰⁹ Al aludir a textos que afirmaban que la soberanía residía en la nación, el ex tesorero de diezmos aclaraba que no se podía entender que el pueblo pudiera “quitar y poner reyes a su antojo”. El pueblo, según él, en ningún caso

³⁰⁶ Hernández de Alba, *Proceso de Nariño*, tomo I, p. 376 y p. 421.

³⁰⁷ *Ibidem*, pp. 378-379.

³⁰⁸ *Ibidem*, p. 401.

³⁰⁹ *Ibidem*, p. 450.

era superior al príncipe, de ahí que rechazara tajantemente la doctrina de los monarcómacos. No había, por lo tanto, nada que temer en el mundo hispánico en la medida que jamás ningún “pueblo sacudió el yugo de la autoridad soberana, cuando esta no haya faltado a las reglas de equidad, de justicia, de igualdad y de razón”, aclaraba Nariño.³¹⁰

Por más moderno que fuera el lenguaje de Nariño, nunca mencionó en su defensa el término *pueblo soberano*. Lo máximo que llegó a indicar fue que existían gobiernos en donde el poder estaba en el pueblo. A lo largo de su defensa también negó haber pretendido seducir al pueblo, pues si ese hubiera sido su objetivo – dijo –, no hubiera escogido un texto tan denso que “apenas lo entienden las personas que tienen conocimiento”. *Los Derechos del Hombre*, pues, siendo un texto profundo, no era adecuado a ojos del traductor neogranadino para que lo entendieran las mayorías sino en general “las personas de luces”.³¹¹

De nada le sirvió a Nariño su defensa, por el contrario, los fiscales de la audiencia consideraron que ella sólo agravaba sus cargos al hablar de libertad, al describir la igualdad entre los hombres, al engrandecer y ensalzar la autoridad del pueblo en detrimento de la de los soberanos. Fue condenado a diez años de presidio, a extrañamiento perpetuo de los dominios de América, y a la confiscación de todos los bienes y utensilios de la imprenta, ya que para los fiscales era claro que “este hombre recopiló en su defensa lo peor de cuanto se ha escrito para que en estos tiempos de turbación produjese las fatales circunstancias que se dejan considerar”.³¹²

A pesar de su condena, es muy difícil afirmar que Nariño pretendiera que América se independizara de España, no obstante que sus alusiones fueron juzgadas como un desafío al orden monárquico. Lo que sí se puede afirmar es que Nariño manejaba con gran destreza las teorías que justificaban un cambio de régimen en el momento en que existiera un rey tiránico. Pese a ello, Nariño se consideraba un “buen vasallo y amante de la paz, celoso del bien público, y sinceramente adicto a nuestro muy amado monarca”, y agradecía haber nacido en una ciudad en donde estaban muy arraigados los “buenos sentimientos de fidelidad”.³¹³ Que ciertos notables neogranadinos hubieran

³¹⁰ *Ibidem*, p. 417 y p. 407.

³¹¹ *Ibidem*, pp. 299-300.

³¹² *Ibidem*, p. 450.

³¹³ *Ibidem*, pp. 377-378.

leído a Voltaire, Rousseau o Raynal, no significaba que quisieran romper con una sociedad organizada de manera corporativa y en la cual primaban la desigualdad y las jerarquías. Para ellos esta era también una sociedad que proporcionaba seguridad y estabilidad.³¹⁴

El otro acontecimiento que puso en discusión la cuestión del pueblo concebido en términos políticos es conocido en la historiografía colombiana como El proceso por los *pasquines*. Al considerarse que este suceso no era tan importante como el anterior, llevó a ver a los dos como un solo proceso por su casi coincidencia en el tiempo. Aprovechando la ausencia del virrey José de Ezpeleta de la ciudad de Santafé, un grupo de universitarios colocaron unos “pasquines sediciosos” en varios parajes públicos el 19 de agosto de 1794.³¹⁵ La aparición de estos papeles provocó el regreso inmediato del virrey y el apresamiento de dos extranjeros (un francés y un portugués), así como de algunos abogados y varios estudiantes, casi todos del colegio mayor del Rosario. El virrey ordenó además la expedición inmediata de dos misiones de capuchinos para que recorrieran los pueblos de la comarca instruyendo “a sus habitantes en las legítimas obligaciones que les impone el carácter de cristianos y el de vasallos de su majestad”. Los padres misioneros estaban encargados también de recoger los papeles que encontraran, ya fueran nacionales o extranjeros, dirigidos a “conmover los pueblos y a seducirlos con las vanas ideas de igualdad y libertad”.³¹⁶

Los pasquines fijados en Santafé propugnaban la abolición de los estancos, y según el oficial escribiente de las reales cajas habían sido colocados “con el detestable fin de exasperar los ánimos de la plebe, lisonjeándola con que se quitarían los estancos, pretensión a que se redujo la conmoción del reino” en el año de 1781. Según dicho oficial, las reuniones previas que habían tenido lugar en el colegio de Rosario tenían por objetivo “fomentar una sublevación en el reino, para hacerle adoptar la pretendida libertad, que piensan algunos inquietos disfrutan los franceses”.³¹⁷ Durante los primeros días fue tal el alboroto que, según Camilo Torres, “lo menos que se decía era que todos los criollos eran unos herejes y sublevados; que habían adoptado las máximas de

³¹⁴ Estos eran algunos de los autores de los textos decomisados a Nariño. Para un desarrollo del tema de la ilustración y los círculos literarios en la Nueva Granada véase Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada*.

³¹⁵ Nariño fue apresado el 29 de agosto del mismo año.

³¹⁶ Hernández de Alba, *Proceso de Nariño*, tomo I, p. 243.

³¹⁷ *Ibidem*, pp. 249-250.

la Francia y trataban de sacudir el yugo del soberano". Este proceso, sin embargo, no fue considerado como una "conmoción popular" -de hecho Camilo Torres lo llama una "turbancicilla"-, ya que, según el virrey Ezpeleta, quien envió un mes después de lo acaecido un informe al rey, este evento no significaba que "las ideas y especies de unos pocos individuos fáciles e incautos sean capaces de trastornar los ánimos de muchos fieles y honrados vasallos que tiene su majestad en este reino y viven contentos bajo su feliz gobierno y soberana protección".³¹⁸

Con el fin de "prevenir a su merced de cualquiera sorpresa, y asegurarle la verdad", Torres le escribe a su padre (que vivía en la provincia de Popayán), que los acontecimientos y la acusación contra el colegio del Rosario eran sólo calumnias y mentiras de unos cuantos.³¹⁹ Si nos atenemos a lo expresado por Torres, más que pretender el establecimiento en la Nueva Granada de la "libertad francesa", los cuatro jóvenes "inexpertos", autores de los pasquines, buscaban la abolición de unos impuestos y, al parecer, también daban cuenta de la existencia de problemas con algunos peninsulares.³²⁰ Un año después de los acontecimientos, el rey ordena suspender las causas de los responsables y decide mandar presos a España a varios de los acusados, los cuales serían absueltos algún tiempo después.³²¹ El virrey Ezpeleta, por su parte, le comenta al duque de Alcudia que "la experiencia me asegura y confirma que las inquietudes pasadas no tenían todo el cuerpo que se creyó al principio y me hace esperar que no le tendrán por ahora, una vez descubiertos sus autores, y aplicados los medios que oportunamente se propondrán para precaverlas en adelante, en cuanto pende de los arbitrios humanos".³²² Y aunque no quedan claros los objetivos de los "inexpertos" jóvenes de los pasquines, se puede afirmar, que a finales del siglo XVIII más que algún deseo de los notables criollos por instaurar la soberanía del pueblo en la Nueva Granada, lo que sí es evidente, es un temor generalizado de las autoridades virreinales frente a lo que pudiera pasar "en las actuales circunstancias". Después de los

³¹⁸ *Ibidem*, p. 240.

³¹⁹ "Los tres Torres", *Boletín de Historia*, pp. 146-148.

³²⁰ Uno de los pasquines decía: "El gobierno lo que está solicitando es perderse y perder las Indias a nuestro Soberano; todo dimana de unos hambrientos europeos que vienen sabe Dios cómo". Silva, *Los ilustrados*, p. 100.

³²¹ Algunos de ellos, como Francisco Antonio Zea, fueron posteriormente empleados en cargos importantes en la península. Zea, quien realizó algunos estudios científicos en París, fue nombrado director del Jardín Botánico de Madrid en 1805.

³²² Hernández de Alba, *Proceso de Nariño*, tomo I, p. 468.

acontecimientos de 1789 en Francia, las autoridades españolas estuvieron en alerta constante frente a cualquier posible intento de instaurar el "quimérico sistema de la igualdad" en cualquiera de los reinos de la monarquía.³²³

En la Nueva Granada, la concepción política del pueblo soberano que se había insinuado en los últimos años del siglo XVIII, sólo resurgirá con la crisis de la monarquía hispánica abierta en 1808 tras las abdicaciones de Bayona y el llamado a ejercer la representación política del rey en su ausencia. Antes que esto ocurriera, el pueblo sería invisible la mayor parte del tiempo, unido como está al rey de manera orgánica, y sólo se haría visible en momentos de graves tensiones sociales. De manera que, el pueblo que conocemos hoy en día, con todas las ambigüedades y dificultades propias de su definición y su reconocimiento, no es el mismo pueblo de antes de la revolución. Principio político y sujeto que ejerce la soberanía, el pueblo político sólo estará permanentemente visible y actuante cuando el tan temido y odiado régimen de la soberanía popular se instauró en todos los dominios de la monarquía hispánica.

FUENTES

Archivos

AGN, Archivo General de la Nación, Bogotá
AHC, Archivo Histórico del Cauca, Popayán
BLAA, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá
BN, Biblioteca Nacional, Bogotá

Hemerografía

Correo Curioso, Erudito Económico y Mercantil, 1801
El Redactor Americano, 1806-1809
El Alternativo del Redactor Americano, 1807-1809
Papel Periódico de Santafé de Bogotá, 1791-1797

³²³ A propósito de los acontecimientos de 1794, el virrey de Santafé mandó informes a los virreinos del Perú y Nueva España, además de las capitanías de Cuba y Quito, para prevenir la seducción de "las gentes fáciles e incautas con especies dirigidas a favorecer la libertad de la religión, y a turbar el buen orden y gobierno establecido en estos dominios de S. M.". Hernández de Alba, *Proceso de Nariño*, tomo I, p. 235.

Artículos citados de los periódicos

- "Continuación al número 11", *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, Viernes Abril 29 de 1791, tomo I, n. 12, pp. 89-93.
- "Exhortación de la patria", *Correo Curioso, erudito económico y mercantil*, Marzo 3 de 1801, n. 3, 1993, pp. 29-32.
- "Fin de la disertación", *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, Diciembre 12 de 1794, tomo IV, n. 170, pp. 933-940.
- "Interés del Pueblo en el restablecimiento de la Monarquía Francesa", *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, Octubre 24 de 1794, tomo IV, n. 163, pp. 877-880.
- "La libertad bien entendida", *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, Septiembre 23 de 1791, tomo I, n. 33, pp. 276-279.
- "Noticias", *El Redactor Americano*, Diciembre 6 de 1806, n. 1, pp. 5-7.
- "Prevención", *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, Octubre 10 de 1794, tomo IV, n. 161, pp. 861-862.
- "Prevención", *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, Marzo 27 de 1795, tomo V, n. 185, pp. 1053-1054.
- "Real Cédula", *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, Junio 22 de 1792, tomo II, n. 71, pp. 155-160.
- "Reglamento que debe gobernar en el establecimiento de la Lotería Municipal", *Correo Curioso, erudito económico y mercantil*, Septiembre 8 de 1801, n. 30, 1993, pp. 139-142.
- "Respuesta del redactor inglés a una carta anónima, en la que se pretendía justificar a la Asamblea Francesa", *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, Mayo 16 de 1794, tomo IV, n. 142, pp. 709-712.
- "Sobre lo útil que sería en este Reino el establecimiento de una Sociedad Económica de Amigos del país", *Correo Curioso, erudito económico y mercantil*, Noviembre 17 de 1801, n. 40, pp. 179-183.
- Zea, Francisco Antonio, "Avisos de Hebephilo a los jóvenes de los dos Colegios sobre la inutilidad de sus estudios presentes, necesidad de reformarlos, elección y buen gusto en los que deben abrazar", *Papel periódico de Santafé de Bogotá*, Abril 1 de 1791, tomo I, n. 8, pp. 58-63.

Libros

- Archivo General de la Nación, *Documentos que hicieron un país*, Bogotá, Biblioteca Familiar Colombiana/Presidencia de la República, 1997.

- Blanco, José Félix y Azpurúa, Ramón, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, 14 tomos, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1977.
- Cárdenas Acosta, Pablo, *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada*, 2 tomos, Bogotá, Editorial Kelly, 1960.
- Friede, Juan (comp.), *Rebelión comunera de 1781. Documentos*, dos tomos, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982.
- Garrido, Margarita, *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada 1770-1815*, Bogotá, Banco de la República, 1993.
- Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, 6 tomos, Bogotá, Medardo Rivas, 1889.
- Hernández de Alba, Guillermo (comp.), *Proceso de Nariño*, 2 tomos, Bogotá, Presidencia de la República, 1980.
- Hernández de Alba, Guillermo (comp.), *Documentos para la historia de la educación en Colombia*, 7 tomos, Bogotá, Editorial Kelly, 1983.
- Leal Curiel, Carole, *El discurso de la fidelidad. Construcción social del espacio como símbolo del poder regio (Venezuela, siglo XVIII)*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1990.
- López, Mercedes, *Fuente documental del Archivo Histórico de Rionegro*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 2002.
- Ortiz, Sergio Elías (comp.), *Colección de documentos para la historia de Colombia*, 3 tomos, Bogotá, Editorial ABC, 1966.
- Ots Capdequí, José María, *Instituciones*, Barcelona, Salvat Editores, 1959.
- Phelan, John Leddy, *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980.
- Rosanvallon, Pierre, *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, Paris, Gallimard, 1998.
- Sæther, Steinar, *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005.
- Silva, Renán, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Bogotá, Universidad Eafit/Banco de la República, 2002.
- Tovar, Hermes, et al, *Convocatoria al poder del número. Censos y estadísticas de la Nueva Granada 1750-1830*, Bogotá, Archivo General de la Nación, 1994.

Capítulos de Libros

- Castellano, Juan Luí, "El rey, la corona y los ministros", *La pluma, la mitra y la espada. Estudios de historia institucional en la edad moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 31-47.
- Earle, Rebecca, "Rebelión indígena y reformas borbónicas: sublevaciones en Pasto, 1780-1800", Germán Mejía, et al (comp.), *Colombia en el siglo XIX*, Bogotá, Planeta, 1999, p. 73-110.
- Guerra, François-Xavier, "Dos años cruciales", *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Editorial MAPFRE/Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 115-148.
- Herrera Ángel, Marta, "Los pueblos de indios de los andes centrales y el control social y político de la población rural", *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII*, Medellín, La Carreta Editores, 2007, pp. 176-193.
- Manent, Pierre, "Le corps et l'ordre politique", *Cours familier de philosophie politique*, Paris, Gallimard, 2001, pp. 215-231.
- McFarlane, Anthony, "Desordenes civiles y protestas populares", Germán Mejía, et al (comp.), *Colombia en el siglo XIX*, Bogotá, Planeta, 1999, pp. 21-72.
- Rojas, Beatriz, "Los privilegios como articulación del cuerpo político. Nueva España 1750-1821", Rojas, Beatriz (coord.), *Cuerpo político y pluralidad de derechos. Los privilegios de las corporaciones novohispanas*, México, Cide/Instituto Mora, 2007, pp. 45-84.
- Williams, Derek, "Quién indujo a las comunidades de indios? El levantamiento de los pastos y la política de etnicidad y género en la Nueva Granada colonial tardía", Diana Bonnet, et al (comp.), *La Nueva Granada Colonial. Selección de textos históricos*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005, pp. 149-180.

Artículos en publicación periódica

- "Los tres Torres", *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Marzo de 1905, año III, n. 27, pp. 146-148.
- Lasso, Marixa, "Un mito republicano de armonía racial: raza y patriotismo en Colombia, 1810-1812", *Revista de Estudios Sociales*, Bogotá, Universidad de los Andes, Agosto de 2007, n. 27, pp. 32-45.
- Cañeque, Alejandro, "Cultura viceregia y estado colonial. Una aproximación crítica al estudio de la historia política de la Nueva España",

Historia mexicana, México, Julio-Septiembre de 2001, vol. 51, n. 1, pp. 5-57.

Discos compactos

- Real Academia Española (RAE), *Diccionario de la lengua castellana o Diccionario de Autoridades*, Madrid, Imprenta de la Real Academia Española por los herederos de Francisco del Hierro, 1726-1739, (edición en CD ROM).
- Terreros y Pando, Esteban, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, hijos y compañía, 1788, (edición en CD ROM).

Fuentes electrónicas

- Alfonso X, *Las siete partidas*.
[<http://www.vicentellop.com/TEXTOS/alfonsoXsabio/lspaes22.doc>. Fecha de consulta: 22 de abril de 2007]
- Cevallos, Pedro, *Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España, y los medios que el emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla*, Madrid, Imprenta Real, 1808.
[http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p250/04707263279381895207857/028336_0038.pdf. Fecha de consulta: 10 de enero de 2008]
- Recopilación de las leyes de indias*, 1680.
[<http://www.congreso.gob.pe/ntley/LeyIndiaP.htm>. Fecha de consulta: 19 de julio de 2007]
- Villanueva, Joaquín Lorenzo, *Catecismo del Estado, según los principios de la religión*, Madrid, Imprenta Real, 1793.
[<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/05812752199436151867857/index.htm>. Fecha de consulta: 17 de septiembre de 2007]

CONFLICTOS LOCALES, CUESTIONAMIENTOS IMPERIALES: CHILE EN 1808

Lucrecia Enríquez Agrazar

*Pontificia Universidad Católica de Chile*³²⁴

Introducción

Cuando se lee a los grandes historiadores chilenos del siglo XIX, o se repasan los múltiples documentos de la primera década de esa misma centuria, no deja de sorprender la cantidad de disputas en todos los ámbitos, los partidos, las alianzas, así como los cambios de bando. Dos de los historiadores chilenos decimonónicos más importantes, Miguel Amunátegui³²⁵ y Diego Barros Arana,³²⁶ tienden a centrar la explicación de lo ocurrido en Chile el año de 1810 en personajes catalogados de ambiciosos, personalistas. Ambos, además, inician en 1808 la explicación de los acontecimientos de 1810, pero no lo hacen centrados en la repercusión en Chile del conocimiento de la invasión napoleónica y sus derivaciones americanas y peninsulares, sino en el gobierno del presidente de la audiencia Francisco García Carrasco. Para ellos, los desaciertos de éste en el manejo de los asuntos locales fue lo que posibilitó a un grupo de revolucionarios iniciar un movimiento que años después, en 1818, desembocaría en la independencia de Chile. El relato de ambos historiadores tiene un fin teleológico: buscan explicar el gran acontecimiento de la independencia y todo lo que relatan tiende a ese fin. En todo caso, son

³²⁴ Académica del Instituto de Historia. Esta investigación forma parte del proyecto Fondecyt 1060604.

³²⁵ Amunátegui Aldunate, *La Crónica de 1810*, cap. 1.

³²⁶ Barros Arana, *Historia General de Chile*, tomo VIII.

de lectura obligada, y aunque escriben muchos años después de los acontecimientos, tuvieron contacto directo con los protagonistas y recogen impresiones directas de lo sucedido.

En las siguientes páginas se propone un análisis diferente y complementario de esta explicación tradicional, en términos de vinculaciones y redes de contacto que traspasan a las instituciones con las que García Carrasco tuvo que convivir, sin ver, probablemente, las dimensiones y consecuencias de muchas de sus decisiones. El estudio se limitará al año de 1808 y concluirá con una mirada a los dos años siguientes, para que así el lector conozca las derivaciones de esta etapa. El objetivo es desentrañar el complejo entramado de la élite chilena y la manera en que utilizaron las noticias de España para reposicionarse en el reino. La junta de gobierno del 18 de septiembre de 1810 fue el fruto de una élite local acostumbrada a disputar entre sí por las pocas plazas de las instituciones de gobierno del territorio.

Esta era precisamente la situación en 1808. En ese año, en el mes de febrero, una noticia conmocionó al reino de Chile: la muerte repentina de Luis Muñoz Guzmán, su presidente; un año antes, en febrero de 1807, había muerto el obispo don Francisco José Marán. Las dos máximas autoridades de la jurisdicción civil y eclesiástica, nombradas por el rey, habían desaparecido en un corto lapso de tiempo. Estos dos acontecimientos posicionaron en un nuevo escenario a la élite santiaguina, profundamente enfrentada internamente por el control de los dos cargos políticos y eclesiásticos más importantes del reino.

Muñoz Guzmán había sido uno de los presidentes más queridos y respetados en el reino de Chile, que hacia 1808 se encontraba en un período de tranquilidad interior y exterior. Es necesario trazar un breve panorama de la historia del reino de Chile, fundamentalmente en el siglo XVIII, que permita entender más los acontecimientos del año 1808.

En la periferia del imperio español: Chile en el siglo XVIII

Chile era, desde el punto de vista administrativo, una gobernación dependiente del virreinato del Perú. Contaba con una audiencia, por lo que la máxima autoridad española era el gobernador, presidente y capitán general. Había sido una de las fronteras calientes del imperio por el constante peligro de las rebeliones indígenas durante los siglos XVI y XVII. La frontera con el mundo indígena se estableció en el río Bío-Bío, y obligó a la monarquía a mantener

un ejército permanente en la zona a lo largo de toda su existencia. El elemento militar, su peso local, fue siempre central en la vida política chilena. De hecho, los presidentes pasaban muchos meses del año en la frontera de Concepción. La política de parlamentos o reuniones generales celebradas entre los gobernadores chilenos y los jefes indígenas, para determinar las relaciones mutuas, habían mostrado su eficacia. En el siglo XVIII no se vivió con la angustia del peligro de sublevación. Aunque hubo dos grandes alzamientos (uno en 1723 y otro entre 1766-1774), no pusieron en peligro las ciudades al norte de la frontera indígena. Esta nueva política, unida al desarrollo comercial, marcó el punto de inflexión de la historia del Chile colonial, que contaba con pocos centros urbanos de importancia: Santiago, Concepción, Chillán, La Serena y Valparaíso.

Si los siglos XVI y XVII estuvieron marcados por la guerra, las rebeliones y los desastres naturales, el siglo XVIII fue el de la prosperidad. Un hecho fortuito inició este proceso, la crisis de la producción triguera peruana posterior al terremoto de 1687, abrió la posibilidad de vender trigo del norte chileno a Perú, que casi se autoabastecía hasta ese momento. Este comercio, unido al de la ruta del cabo de Hornos al Río de la Plata, inició una nueva etapa de riqueza para Chile, que se unió al desarrollo de la minería en el norte del reino.

La prosperidad atrajo a nuevos inmigrantes españoles, predominando fundamentalmente en el siglo XVIII los del norte de la península, navarros y vascos, quienes rápidamente se incorporaron a la élite local, a la que renovó con los contactos comerciales peninsulares. En los sucesores de la aristocracia encomendera fue donde continuaron predominando los peninsulares castellanos. El crecimiento económico se manifestó también en el establecimiento de instituciones locales que lo regularan. En 1736 se creó una diputación de comercio, conservando el consulado de Lima sólo el derecho de apelación. En 1749 se inauguró una casa de moneda.

El nuevo escenario favoreció el progreso de una élite local, fundamentalmente en la ciudad de Santiago, que buscó adquirir los signos distintivos del status social, es decir, los títulos nobiliarios y la fundación de mayorazgos, que en realidad no abundaron en la élite chilena. A los dos títulos de Castilla del siglo XVII se sumaron otros cuatro en el XVIII.³²⁷ Si en el siglo XVII se fundaron cuatro mayorazgos en Chile, en el XVIII se fundaron otros diez

³²⁷ Barbier, *Reform and politics*, cap. 2.

y siete, acentuándose el ritmo de institución a partir de 1755. Hacia esa fecha se habría fusionado el nuevo núcleo de mercaderes con la élite tradicional.

La élite chilena no aplaudió la política borbónica de paulatina liberalización del comercio. La mayor cantidad de manufacturas que arribaron a los puertos chilenos produjo varias crisis de saturación de productos. La escasa industria local se vio profundamente afectada a la par que bajaban los precios. No hubo en Chile una reivindicación por el libre comercio, más bien, lo que buscaban los comerciantes locales era más libertad, pero para controlar ellos el flujo comercial del reino. Al mismo tiempo que pretendían lograr la entrada de menos importaciones y así controlar los precios, también preferían el contrabando, imposible de calcular, para introducir mercancías más baratas; por ello, una política constante de los gobernadores españoles a lo largo del siglo XVIII fue la de controlar el comercio ilegal.

Los ímpetus de la política ilustrada borbónica se dejaron sentir en el reino de Chile. Si bien esta política se expresó durante todo el siglo, el afán civilizador se manifestó en una intensa política poblacional y de fundación de ciudades en dos períodos, a mediados y a fines del siglo XVIII. Fue el presidente Manso de Velasco quien la inició. A él se deben en la década de 1740 las fundaciones de San Felipe, Cauquenes, Talca, San Fernando, Rancagua, Curicó y Copiapó. En la década siguiente, el presidente Domingo Ortiz de Rozas continuó con esta política y fundó Illapel, Petorca, La Ligua, Casablanca, San Javier, Coelemu y Quirihue. Estas ciudades surgieron de la convicción de los ministros peninsulares de que la clave del renacimiento del imperio estaba en América. Como en los inicios de la conquista, la fundación de ciudades expresó la colonización española. Fueron expresión de una política de control del imperio por parte de la nueva dinastía borbónica, y, a la vez, de la obsesión defensiva de los territorios americanos frente a las otras potencias europeas que asolaban al Pacífico.

El impulso por poblar y repoblar se renovó a fines del siglo con el presidente Ambrosio Higgins, quien fundó las ciudades de San Carlos, Combarbalá, Vallenar, Los Andes, San José de Maipo, Constitución, Linares y Parral, y refundó la ciudad de Osorno, destruida en el siglo XVII durante una de las rebeliones indígenas. Tanto Manso de Velasco como Ambrosio Higgins se convirtieron luego en virreyes del Perú. Chile se había convertido en lugar de ascenso en la escala de la carrera administrativa del imperio, en claro contraste con los siglos anteriores cuando era un lugar de final de carrera y donde varios gobernadores u obispos encontraron la muerte.

Por otro lado, desde fines del siglo XVII, y muy acentuadamente en el siglo XVIII, se había configurado un segundo polo de crecimiento en el sur de Chile, en Concepción. Aunque no directamente rival de Santiago, había creado caminos propios para vincularse con los órganos de gobierno de la monarquía. Algunos comerciantes habían amasado grandes fortunas. Una familia de la zona, los CarvajalVargas, poseía la única grandeza de España que hubo en Chile en la época colonial,³²⁸ y varios miembros de sus miembros ostentaban plazas eclesiásticas, civiles y militares.

El establecimiento de otras instituciones locales de las que Chile había carecido en los siglos anteriores, favoreció una paulatina autonomía de viejas tutelas. Por ejemplo, el establecimiento de la Universidad de San Felipe, que en 1747 abrió formalmente, financiada y promovida en la corte por el cabildo secular, permitió la obtención del grado de doctor en leyes en Chile. Hasta su apertura sólo era posible obtenerlo en otras universidades, limitándose el núcleo de individuos que tenían acceso a los cargos políticos o administrativos que los requerían. Pese a esto, la élite chilena logró insertar en la administración, beneficiada por la política de venta de cargos, a varios de sus miembros como oidores. Por otro lado, unos diez chilenos en el siglo XVIII fueron obispos o arzobispos.

Por último, la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776 y la libertad de comercio en 1778, colocaron a Chile en una posición intermedia entre Buenos Aires y Lima. La ordenanza de intendentes de 1786 descentralizó la administración del reino con respecto a los virreyes y acentuó aún más la vinculación directa con la monarquía. En 1795 se estableció el real consulado y en 1802 el real tribunal de minería. Pero la medida política más determinante en esta línea vino dada por la erección de Chile al rango de capitán general en 1798. A principios del siglo XIX, el reino de Chile gozaba ya de una mayor autonomía respecto al virreinato peruano. Además de lo institucional, uno de los elementos que mostraron este proceso fue que Chile dejó de recibir el situado limeño para la manutención del ejército en la frontera de Concepción, gasto que la monarquía puso sobre los hombros del próspero territorio.

Es importante no exagerar esta prosperidad. Chile continuaba siendo la periferia del imperio español. Una de las políticas borbónicas más famosas

³²⁸ Grande de España. Persona que tiene el grado máximo de la nobleza española y que antiguamente podía cubrirse delante del rey si era caballero, o tomar asiento delante de la reina si era señora, y gozaba de los demás privilegios anexos a esta dignidad. Nota del editor.

para controlar el gobierno del imperio había fracasado en Chile. El reemplazo de los criollos por los peninsulares en los cargos de las audiencias y en las instituciones eclesiásticas, cabildos eclesiásticos y órdenes religiosas no fructificó en Chile. Los españoles no tomaron posesión de esos nombramientos, salvo el de gobernadores u obispos, por lo que las plazas importantes del reino continuaron reartiéndose entre los miembros de las élites locales. En el seno de la élite local se disputaban los cargos más reituables. Se distinguían claramente dos polos de crecimiento, Santiago y Concepción, rivales. La primera manifestación de este antagonismo ocurrió precisamente a partir de 1808.

El reino de Chile en 1808

Si algo preocupaba al reino de Chile en los inicios de ese año de 1808 eran sus propias querellas, desatadas por la muerte del obispo Francisco José Marán en febrero de 1807. La elección del vicario capitular en el seno del cabildo eclesiástico puso de manifiesto rivalidades familiares. El elegido fue José Santiago Rodríguez Zorrilla, provisor y vicario general del obispo fallecido. Se opusieron a su elección un grupo que se denominaba "parcialidad levantada" del cabildo, que buscaba controlar a la sede vacante con fines propios. Como cabeza de este último grupo actuaba el canónigo Vicente Larraín. Dos motivos habían desatado el conflicto: el primero, la puesta en ejecución de una real cédula dirigida al fallecido obispo Marán para visitar la orden de la Merced. Rodríguez Zorrilla se negó a ejecutarla por considerar que la comisión era personal y estaba dirigida al obispo fallecido. La parcialidad levantada propiciaba la realización de la visita, fundamentalmente porque permitía poner en ejecución el breve de secularización de la orden mercedaria que dirigía Joaquín Larraín, hermano del canónigo.

El segundo conflicto se suscitó por la elección de un capellán para las monjas dominicas. Por presión del oidor Fernando Márquez de la Plata la parcialidad levantada votó por un ex jesuita, aunque los expulsos estaban inhabilitados para cargos. El resto del cabildo eclesiástico optó por el que era el segundo capellán, que era el candidato de las monjas. Estos conflictos trascendían el plano eclesiástico. Detrás había luchas de grupos de familias, en este caso enfrentadas en el seno del cabildo eclesiástico para posesionarse en cargos, plazas y lograr desde ellos sus propios fines. Este era el ambiente

que esperaba al nuevo presidente de la audiencia, a quien le tocaría arbitrar en estos casos.

La llegada al gobierno de Francisco García Carrasco

La monarquía había previsto en una real cédula del 23 de octubre de 1806, que “en todos los virreynatos y gobiernos en que haya audiencia, recaiga el mando político, el militar y presidencia en los casos de muerte, ausencia o enfermedad del propietario, en el oficial de mayor graduación que no baje de coronel efectivo del ejército, no habiendo nombrado su majestad por pliego de providencia u otra manera el que deba suceder; y que en los casos de no haber oficial de otra clase o mayor, recaiga en el regente u oidor decano y no en el acuerdo”.³²⁹ Pese a estar de esta manera estipulado el mecanismo de sucesión en el gobierno, la audiencia celebró un acuerdo extraordinario en el que determinó que el regente Juan Rodríguez Ballesteros asumiera la gobernación interinamente. La decisión se justificó en el hecho de que en Santiago no había ningún militar de la graduación considerada por la real cédula. El cabildo de Santiago aceptó la decisión sin objetarla. En los días siguientes se comunicó a las otras ciudades del reino la muerte del presidente enviando, simultáneamente, la orden de reconocimiento del sucesor designado.

Las primeras objeciones llegaron desde la frontera araucana. Tres autoridades se consideraron poseedoras de los derechos para detentar el cargo según la real cédula de 1806. En primer lugar, el intendente de Concepción, Luis de Álava, capitán, sosteniendo además que poseía la más alta jerarquía civil del reino después del presidente. El segundo era Pedro Quijada, brigadier general, quien reunía las condiciones que determinaba la real cédula. El tercero era el comandante del cuerpo de ingenieros, brigadier Francisco García Carrasco,³³⁰ quien seguía en graduación después de Quijada, que se

³²⁹ Archivo General de Simancas, Secretaría de Despacho de Guerra [AGS, SGU], 6896, 9, es la ubicación de la real cédula y del expediente enviado por la audiencia de Chile relativo a la muerte del gobernador Luis Muñoz Guzmán y el informe de los acontecimientos que se exponen. Toda la documentación relativa a la muerte de Muñoz Guzmán y la llegada al poder de García Carrasco, verla en *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile* [CHICH], tomo XXV.

³³⁰ Había nacido en Ceuta en 1743 y allí mismo se había convertido en cadete. En 1791 había llegado a Buenos Aires siendo ya ingeniero ordinario. En 1798 arribaba a Chile como ingeniero director del cuerpo de ingenieros. El 29 de noviembre de 1806 se había convertido en brigadier de infantería.

encontraba muy enfermo, por lo que se especulaba que no podría asumir el cargo. Por lo tanto, el más perjudicado por la audiencia era García Carrasco. Las pretensiones de Álava quedaron rápidamente descartadas. Probablemente éste contaba con imponer su autoridad aunque no podía ignorar que había otras personas que reunían los requisitos.

En un oficio dirigido a Rodríguez Ballesteros, regente de la audiencia, García Carrasco reclamó el gobierno para sí. En un primer momento, el fiscal de la audiencia le contestó que el regente ya había asumido el gobierno y que este hecho había sido comunicado a los virreinos de Lima y del Río de la Plata. Sin embargo, el secretario de la capitanía general, Judas Tadeo Reyes, presentó a la audiencia las certificaciones de los dos militares de mayor graduación, Pedro Quijada y Francisco García Carrasco, ofreciéndole el gobierno del reino al primero, quien, como se esperaba, declinó el cargo por razones de salud. Correspondía entonces el gobierno a García Carrasco. La audiencia decidió en acuerdo del día 3 de marzo entregarle el mando,³³¹ luego que el fiscal, el barón de Juras Reales, retirara su apoyo al regente al cambiar de parecer a favor de este último militar. En tanto, el 10 de marzo García Carrasco era reconocido en Concepción como presidente por una junta de guerra que él mismo había convocado.³³²

¿Qué había detrás de estas contradicciones de la audiencia? El juego político de la élite santiaguina en sus enfrentamientos internos y la búsqueda por influir en la decisión de la sucesión del presidente. De hecho, la "parcialidad levantada" del cabildo eclesiástico acusó en 1809 ante la junta de gobierno de España e Indias a una alianza entre los oidores José Santiago Martínez Aldunate, Manuel Irigoyen y Rodríguez Ballesteros, el que este último hubiera sido nombrado presidente interino del reino a la muerte de Luis Muñoz Guzmán, en contra de la real orden de 1806. Por lo tanto, había sido el cambio de posición del barón de Juras Reales lo que habría desencadenado un cambio de alianzas al interior de la élite santiaguina en su relación con la audiencia. Se atribuyó al canónigo Vicente Larraín, hasta ese momento amigo de Rodríguez Ballesteros, la redacción del nuevo dictamen aprobado por el fiscal apoyando el nombramiento de García Carrasco.³³³ ¿La

³³¹ "Acuerdo de la Real Audiencia", Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina [BN, SM], rollo Ms. M. 46. fs. 20.

³³² "Acuerdo de la Real Audiencia", BN, SM., rollo Ms. M. 46, f. 60.

³³³ "Carta del cabildo eclesiástico de Santiago de Chile al rey, noviembre 23 de 1809", Archivo General de Indias [AGI], Audiencia de Chile, legajo 461.

razón de este cambio de apoyo? El desequilibrio de poderes que se producía a favor de las familias de los oidores, especialmente los Martínez Aldunate. En este primer momento, García Carrasco aparecía como una solución para esta facción de la élite.

García Carrasco en el poder: su alianza con un sector de la élite santiaguina

El 22 de abril de 1808 el nuevo presidente tomaba posesión de su cargo.³³⁴ Traía de Concepción a su propio asesor privado, Juan Martínez de Rozas, quien según el historiador Diego Barros Arana dio a conocer a García Carrasco sus derechos en el gobierno del reino al enterarse del nombramiento de Rodríguez Ballesteros.³³⁵ Diego Barros asegura también que Martínez de Rozas habría actuado de esta manera con el fin de recuperar el cargo de asesor de la capitanía general que había ocupado entre 1796 y 1801 en forma interina, pero del que tuvo que retirarse al no haber recibido confirmación real. Martínez de Rozas había hecho toda su carrera en la administración del reino en la intendencia de Concepción, de la que había sido asesor letrado de la mano del presidente Ambrosio Higgins. Confiaba en controlar el gobierno del reino al lado de un militar que desconocía la administración. Contaba con el hecho de que García Carrasco necesitaba alguien preparado a su lado, de hecho, en ese mismo mes de abril lo nombró asesor de la capitanía. Su llegada a la capital significaba la toma de posesión de un importante cargo político que había estado en manos de la élite santiaguina.

La alianza de García Carrasco con una parte de esta élite se manifestó rápidamente en una de sus primeras decisiones al llegar al gobierno. El día 30 de abril prorrogaba en el cargo de rector de la universidad de San Felipe a Juan José del Campo Lantadilla, impidiendo de esa forma la llegada al rectorado de Vicente Martínez Aldunate, hermano del oidor que poco antes había apoyado que el regente Rodríguez Ballesteros fuera el presidente, a la par que favorecía al candidato del fiscal de la audiencia, el barón de Juras Reales, al que le debía el cargo. Al poco tiempo, el presidente alentaba una acusación de contrabando contra Manuel Aldunate Guerrero.

³³⁴ "Expediente enviado por la Real Audiencia de Chile sobre la muerte del presidente Luis Muñoz de Guzmán", AGS, SGU, 6896, 9.

³³⁵ Barros Arana, *Historia general de Chile*, tomo VIII, p. 15.

La alianza con las familias de la parcialidad levantada del cabildo eclesiástico se manifestó en diferentes consultas al presidente, poniéndolo en situación de tomar decisiones en la disputa entre los dos grupos del cabildo. Así, García Carrasco, ante una consulta del deán Recabarren, aprobó que el cabildo eclesiástico nombrara un vicario de monasterios y anulara los matrimonios celebrados con dispensas otorgadas solamente por el vicario capitular José Santiago Rodríguez Zorrilla.

Sin embargo, en los siguientes meses García Carrasco cambió su base de apoyo dentro de la élite santiaguina y decidió favorecer desde el poder a los miembros de la audiencia y sus aliados. La primera manifestación de este cambio se dio en la elección del secretario de la capitania general (el otro cargo fundamental que el nuevo presidente debía escoger junto con el de asesor) nombrando a Judas Tadeo Reyes,³³⁶ quien había ejercido el mismo cargo en los gobiernos de los últimos cuatro presidentes de Chile. Se trataba de un amigo personal del vicario capitular Rodríguez Zorrilla, profundamente opuesto a la parcialidad levantada del cabildo eclesiástico. Además, cambió de parecer en cuanto a la continuidad en el rectorado de del Campo Lantadilla, cediendo a la oposición del claustro universitario al permitir la elección de un nuevo rector de la universidad de San Felipe, que se realizó el 6 de mayo, recayendo el nombramiento en Vicente Martínez Aldunate.³³⁷ Según el canónigo Vicente Larraín, la elección del rector se debía a la influencia del regente Rodríguez Ballesteros y los oidores por responsabilizar al propio Larraín del dictamen desfavorable del fiscal contra la permanencia del regente en el cargo de presidente.³³⁸

Por tanto, una vez en el poder, García Carrasco buscó la alianza con las otras autoridades reales locales. En esta perspectiva, en el mes de septiembre García Carrasco se retractó del apoyo inicial dado a la parcialidad levantada del cabildo eclesiástico para que se nombrara un vicario de monasterios y se anularan las licencias de matrimonios entregadas. Cuando lo comunicó al deán Recabarren, este contestó que el cabildo ya las había aprobado y se ne-

³³⁶ Olaguer Feliu, *Relación de lo ocurrido en el reino de Chile*, p. 38.

³³⁷ Medina, *Historia de la Real Universidad de San Felipe*, p. 315. Medina se refiere además a todas las vicisitudes en torno a esta situación.

³³⁸ "Carta del cabildo eclesiástico de Santiago de Chile al rey, noviembre 23 de 1809", AGI, Chile, 461.

garon a anularlas ante los hechos consumados.³³⁹ El divorcio con este grupo estaba sellado.

La relación con Buenos Aires

A fines de junio llegó a Santiago un pedido de ayuda del virrey de Río de la Plata solicitando dinero para mantener un ejército permanente ante el temor de una nueva invasión inglesa, como las que se habían producido en Buenos Aires y Montevideo en los años de 1806 y 1807. En la capital del virreinato, las milicias locales lograron desalojar a los invasores, llevándose el éxito de la victoria el general francés Santiago de Liniers, quien posteriormente fue nombrado virrey por la junta central de Sevilla. El reino de Chile colaboró en el desalojo de los ingleses enviando una fuerza militar. Para responder a este nuevo pedido de ayuda, García Carrasco solicitó donaciones a todas las corporaciones del reino, tal como lo habían hecho en los años anteriores.

Barros Arana recalca que las invasiones inglesas trajeron otras consecuencias en el reino de Chile, las mismas en realidad que en la propia Buenos Aires. La destitución del virrey, la activa defensa local de la ciudad, el protagonismo de los criollos en todo el proceso, favorecieron que en Chile también se celebrara el triunfo criollo como "glorias de su raza", y se afirmara la necesidad de que la metrópoli considerara más a los criollos en las plazas de gobierno. Hay que recordar que las conexiones comerciales entre Chile y Buenos Aires eran importantísimas, muchas de ellas basadas en conexiones familiares.

La relación con el cabildo

García Carrasco buscó también apoyo en el cabildo secular, al que en realidad tenía que "conquistar" por haber avalado en un primer momento el nombramiento de Rodríguez Ballesteros. El contexto exterior favoreció el cambio de relación. El pedido de ayuda de Buenos Aires por el temor de una nueva invasión inglesa, fue la razón invocada por el cabildo de Santiago para votar la ampliación del número de sus miembros con doce regidores auxiliares que tuvieran voz y voto, en el mes de julio. La ausencia de varios regidores

³³⁹ Retamal Faverau, "El Cabildo Eclesiástico de Santiago", p. 299.

que eran hacendados y atendían sus negocios, complicaba la posible necesidad de tomar rápidamente medidas para proteger a Chile en caso de una invasión inglesa desde Buenos Aires.³⁴⁰ García Carrasco accedió a la solicitud y el 14 de julio asumieron como regidores auxiliares Manuel de Salas, José Antonio de Rojas, Juan Manuel de la Cruz, Antonio Martínez de Mata, Ignacio de la Carrera, Francisco Borja Larraín, José Pérez García, Tomás Ignacio de Urmeneta, Joaquín López de Sotomayor, Juan Enrique Rosales, Antonio del Sol y Pedro Javier Echevers.

Otra concesión que hizo García Carrasco al cabildo fue acceder a la destitución del escribano de gobierno Antonio Garfias Patiño en agosto de 1808. Garfias había sostenido un conflicto con este cuerpo en 1805 junto con el presidente Muñoz de Guzmán. La razón de este conflicto fue que el cabildo se negó a incorporar a Francisco Aguilar de los Olivos, quien había rematado una vara de regidor en 1805. El presidente Muñoz de Guzmán obligó al cabildo a aceptarlo y el nuevo regidor tomó posesión de su cargo. Cuatro de los cabildantes que se habían opuesto, Nicolás Matorras, José Joaquín Rodríguez, Francisco Antonio Pérez y el abogado Carlos Correa de Saa, elevaron un memorial al rey en septiembre de 1805,³⁴¹ acusando a Muñoz de Guzmán de actuar bajo la influencia de Pedro Díaz de Valdés, auditor de guerra de la capitania, y del escribano Antonio Garfias. Sostenían que estos dos funcionarios eran quienes en realidad gobernaban. Por el momento, permaneció Díaz de Valdés en el cargo.

La llegada de noticias de España a Buenos Aires

Las noticias sobre la suerte de los borbones, la abdicación de Carlos y Fernando en José I, el reconocimiento de este último como rey por parte de los funcionarios del estado español, habían llegado a principios de agosto a Buenos Aires con un comisionado francés de Napoleón Bonaparte, el marqués de Sassenay. Este tenía la misión de lograr el reconocimiento de José Bonaparte como rey de España e Indias, en diferentes lugares de América del Sur. En Buenos Aires buscaban para este fin la colaboración de Santiago Liniers,

³⁴⁰ "Acuerdo del 6 de julio de 1808", *Actas del Cabildo de Santiago*, tomo LIX, p. 201-202.

³⁴¹ "Refutación documentada de los cargos que don Antonio García Carrasco hizo al doctor don Antonio Garfias, en el memorial elevado al rey de España desde su destierro de Lima en 1812", *CHICH*, tomo XVIII pp. 69-74.

francés, a favor de quien el comisionado traía varios ascensos. El barco que llevaba a Sassenay y otros agentes, también era portador de noticias relativas a la resistencia del pueblo español y la formación de juntas en España. Se informaba que los ingleses prestaban ayuda a los insurrectos. Pero fuera de este correo oficial, también llegaron las noticias de que el nuevo monarca había viajado a Bayona a entrevistarse con Napoleón Bonaparte, que Godoy había salido de la prisión, y que había cien mil soldados franceses en España. Se dejaba entrever el temor a la incorporación al imperio francés, y se copiaba una proclama del alcalde de Móstoles llamando a las armas a los españoles.

El comisionado francés y sus acompañantes, que habían desembarcado en Montevideo, fueron atacados por el pueblo. Embarcados hacia Buenos Aires por el gobernador Elío, las cartas de las que era portador Sassenay fueron leídas por el virrey Liniers en presencia de miembros del cabildo y la audiencia, tomándose la decisión de reenviar al comisionado en el acto a Europa. Las noticias fueron comunicadas por Liniers a los habitantes de Buenos Aires ocultando la proclamación de José I, agregando que debía esperarse que se resolviera la suerte de la monarquía para prestar obediencia a la autoridad que ocupara la soberanía. Liniers hacía un paralelo con la situación que se había vivido en América durante la guerra de sucesión del inicio de la centuria anterior.

Según Barros Arana, la forma en que Liniers dio a conocer los hechos mostraba que los peninsulares porteños apoyaron el reconocimiento del nuevo monarca francés para impedir que se cortaran los vínculos de los americanos con la península, con el fin de conservar sus cargos de gobierno. Los criollos, sin embargo, se habrían opuesto al reconocimiento. Finalmente, el indeciso Liniers decidió obedecer las instrucciones del consejo de Indias del 10 de abril y procedió a organizar la jura de fidelidad a Fernando VII.

La llegada de las noticias de España a Chile vía Buenos Aires

Era necesario detenerse en la revisión de estos acontecimientos ocurridos en la vecina Buenos Aires por su influencia en Chile, donde una parte de las noticias de España llegaron por correo enviado por el virrey Liniers. En agosto de 1808 se supieron en Chile, vía Buenos Aires y Mendoza, las noticias relativas a la caída de Godoy, la abdicación de Carlos IV, y que la monarquía contaba con un nuevo rey, Fernando VII, aclamado por el pueblo de Madrid. Pero las noticias generaron en Santiago una profunda duda sobre lo que ocurría.

García Carrasco fijó la fecha del 20 de septiembre para jurar la fidelidad a Fernando VII. Pero antes de que se llevase a cabo la ceremonia, llegaron el día 10 de septiembre las noticias desde Buenos Aires relativas a la prisión de Fernando VII y Carlos IV en Bayona y la presencia de un nuevo rey, José Bonaparte. Como Liniers, también García Carrasco vaciló sobre cómo proceder al saberse las noticias de España y el envío del comisionado de Napoleón. Temía, como los otros funcionarios, perder sus puestos si desconocía al nuevo monarca francés. El presidente chileno postergó la jura de fidelidad que, sin embargo, se llevó a cabo el día 25, organizada por el cabildo de Santiago en un ambiente de júbilo por la llegada al trono de Fernando VII.

Barros Arana señala que en esta época se forjaron los inicios de un partido español, sostenedor de la alianza entre Napoleón Bonaparte y los borbones, y otro grupo que veía claramente que esa alianza era una pantalla para imponer un nuevo soberano. La principal figura de este grupo en esta época fue el abogado José Antonio Ovalle. El mismo autor señala que en Chile el apoyo a Fernando VII fue casi unánime, y en especial del clero por el temor de invasión de los impíos franceses. Pese a este aparente acuerdo había quienes pensaban que el imperio estaba acéfalo, aunque no se tradujo en ningún movimiento juntista. Para otros, si había una invasión francesa a la península, los chilenos podían rebelarse contra la invasión e independizarse.

Poco antes, el cabildo de Santiago había solicitado a García Carrasco que se estableciera un correo mensual con Buenos Aires para mantener al reino informado de todos los sucesos de Europa y de la propia Buenos Aires, “ya que la oportunidad con que llegasen podía pender la suerte de este reino y el suceso de las providencias que se tomen para su defensa”.³⁴² El día 19 de ese mismo mes, el cabildo de Santiago aprobó medidas relativas a la defensa del reino debido al nuevo orden de la metrópoli y al temor de que se produjera una invasión extranjera.³⁴³ Se votó la formación de milicias en Santiago y Concepción y la compra de armamentos. Para financiar estas medidas propusieron al presidente el establecimiento de contribuciones voluntarias. En el mes de octubre el cabildo aprobó que se pidiera a todos los habitantes del reino un donativo para ayudar a la defensa del imperio.³⁴⁴ En los días y meses siguientes el cabildo continuó preparando a sus cuerpos militares.

³⁴² “Acuerdo del 9 de septiembre de 1808”, CHICH, tomo LIX, p. 202.

³⁴³ “Acuerdo del 19 de septiembre de 1808”, CHICH, tomo XXV, p. 120 y ss.

³⁴⁴ “Acuerdo del 7 de octubre de 1808”, CHICH, tomo XXV, p. 137 y ss.

Las juntas españolas y la princesa Carlota Joaquina

Tal como Napoleón Bonaparte había enviado emisarios, una junta de gobierno establecida en Sevilla envió dos representantes a Chile, José Santiago Luco y Herrera, y Eugenio Cortés, con la comisión de informar sobre los acontecimientos de la península, el rechazo decidido del pueblo español al invasor francés y conseguir fondos para luchar contra Francia. Levaron anclas desde Cádiz en julio, llegando a Santiago en el mes de octubre sólo el comisionado Luco y Herrera, ya que Cortés había sido desviado hacia Brasil en Buenos Aires por Santiago Liniers, virrey del Río de la Plata, para llevar comunicaciones a la princesa Carlota Joaquina de Borbón, hermana de Fernando VII. El cabildo de Santiago recibió a ese comisionado y por acuerdo del 26 de octubre se unieron "a dicha suprema junta, suponiendo que se halla con la representación y crédito nacional, bajo la soberanía de nuestro amado monarca y señor natural don Fernando VII".

En el mes de noviembre llegó a Chile la fragata inglesa *Higginson*, convertida en correo marítimo de la infanta Carlota Joaquina, con cartas y comunicaciones para el gobierno de la princesa y de Sir Sydney Smith, general en jefe de las fuerzas navales inglesas en la América meridional.³⁴⁵ Viajaba en el barco el comerciante inglés Federico Dowling, radicado en Buenos Aires. Los papeles fueron recibidos por Judas Tadeo Reyes, un miembro del partido carlotista chileno, que efectuaba sus reuniones en la casa de la viuda del presidente Muñoz de Guzmán, María Luisa Esterripa.³⁴⁶ La princesa concedía permiso a la embarcación para comerciar en el Pacífico y la constituía en correo, cediendo a los intereses mercantiles ingleses en América.³⁴⁷ La audiencia de Chile leyó los pliegos de la princesa y en el acuerdo del 23 de noviembre reiteraron la fidelidad a Fernando VII y comunicaron a Carlota Joaquina que se había declarado la guerra a Francia. Dowling se quedó unos días en Santiago. Ese año de 1808 no hubo en Chile más sucesos en torno a la princesa.

³⁴⁵ "Llegada de la fragata inglesa Higginson con cartas de la princesa Carlota Joaquina", CHICH, tomo XXV, p. 140.

³⁴⁶ Olaguer Feliu, *Relación de lo ocurrido en el reino de Chile*, p. 22.

³⁴⁷ Los contactos de la infanta Carlota con Chile han sido estudiados por Hernández Ponce, "Carlota Joaquina de Borbón" p. 145 y ss.

El contrabando inglés en el Pacífico sur: el caso de la fragata Scorpion

Un tema constante en el siglo XVIII, además de la defensa del imperio, fue el de exterminar el contrabando inglés, francés y holandés en el Pacífico Sur. Nadie ignoraba, por otro lado, que ese contrabando se hacía con el beneplácito de los comerciantes locales, que siempre lograban eludir los juicios. La situación era la misma a principios del siglo XIX. No hubo gobernador que no luchara, con más o menos fuerza, para combatirlo.

Más allá de todos los conflictos que se han reseñado, al gobierno de García Carrasco se le identifica con el apresamiento de la fragata inglesa *Scorpion*. El asunto está tratado in extenso por Barros Arana, por lo que sólo nos limitamos a resumir brevemente el relato que hace este historiador.³⁴⁸ Aparentemente, el capitán de la nave, Tristán Bunker, había pactado con un médico inglés residente en la ciudad de Quillota, Faulkner, a mediados de 1807, la venta legal de tejidos finos en Chile que Bunker traería al año siguiente. Acorcharon que desembarcarían los géneros en la hacienda de Tocopalma, propiedad de José Fuenzalida.

Una vez llegado el barco en 1808, Faulkner entró en contacto con el subdelegado del distrito donde la embarcación había fondeado, Francisco Antonio de la Carrera, y junto con Fuenzalida, planearon los tres engañar al capitán Faulkner y denunciarlo como contrabandista, beneficiándose de los derechos que la legislación preveía para quienes denunciaran el comercio ilícito. De acuerdo a estos planes, Faulkner se entrevistó con el capitán Bunker quien le entregó muestras de lo que portaban y las facturas de la carga. Le pidieron al capitán que mientras buscaban la forma de ubicar las mercancías, se fuera y volviera el 25 de septiembre. En tanto, Fuenzalida informaba de todo al presidente García Carrasco, al que le entregó una carta del subdelegado Carrera, decidiéndose en común el apresamiento de la fragata. También al administrador general de aduanas, Manuel Manso, había tenido conocimiento de la llegada de la fragata *Scorpion* y se preparaba para intervenir, desconociendo los planes de García Carrasco.

Pese a haber sido advertido de que se le preparaba una trampa (probablemente por el médico inglés Jorge Edwards), el capitán Bunker llegó el 25 de septiembre a la cita en Tocopalma. Allí se reunieron con emisarios de los posibles compradores de la carga, entre ellos José Toribio Larraín, marqués de

³⁴⁸ Barros Arana, *Historia General de Chile*, tomo VIII, cap. 2.

Larraín (era un impostor). Sin entrar en detalles, según Fuenzalida, él mismo fue engañado por García Carrasco, quien habría planeado la simulación de la compra de las mercaderías. Mientras esto se efectuaba, sus hombres asesinaron por la espalda al capitán Bunker y tomaron la nave, donde hubo más muertos ingleses. Los prisioneros fueron remitidos a Valparaíso, donde la noticia de los muertos se difundió rápidamente y fue repudiada por la población. Cuando el administrador general de aduanas quiso intervenir, objetando que por existir una alianza entre España e Inglaterra, la fragata *Scorpion* no era una nave enemiga, sino contrabandista, le fue negada toda participación. La interpretación de Manso le daba al fisco una participación en el reparto de los productos, pero la intervención de García Carrasco, imponiendo la tesis de que estos asuntos los resolvía el presidente, determinó que el caso dependía de él. Las mercancías se repartieron entre los apesadores.

Este hecho desprestigió en toda la sociedad a García Carrasco, quien se hizo fama de asesino y de traidor a la causa del rey: ¿acaso el presidente era partidario de una alianza con Napoleón? El malestar alcanzó incluso a los miembros de la audiencia. Mal terminaba el año para el presidente, ya que uno de los ecos de esta situación se hizo sentir rápidamente en el cabildo de Santiago, que decidió enviar, en su sesión del 2 de diciembre, a un diputado a España para que lo representara en la corte, optando por el regidor Joaquín Fernández de Leiva, para diferentes negocios, pero sobre todo para manifestar la fidelidad del cuerpo al rey y mantenerse informado. El mismo día 2 acordaron también entregar una sala del ayuntamiento para las sesiones de la junta central de vacuna. El día 14, ante la falta de respuesta por parte del presidente García Carrasco sobre el cese efectivo de la consolidación y la venta de los bienes destinados a las obras pías, decidieron enviar una representación a la junta superior del ramo. Esto último, en especial, vislumbra ya el comienzo de las malas relaciones entre el cabildo de Santiago y el presidente García Carrasco que fueron una constante en los años de 1809 y 1810.

El año de 1808 se cerró con la llegada de noticias muy atrasadas de lo que ocurría en España. Se supo que el 25 de septiembre se había instalado en Aranjuez una junta central, formada por diputados de todas las provincias. Una real orden exigía a las provincias americanas que la reconocieran como depositaria del poder real mientras Fernando VII estuviera cautivo. Las noticias mostraban que España no estaba sometida a Francia.

La recomposición de las alianzas

Para entender más la situación de la capitanía de Chile en 1808, es necesario trazar de manera breve el desarrollo de los acontecimientos hasta 1810. García Carrasco fue el último presidente de Chile antes de la formación de la junta de gobierno el 18 de septiembre de 1810.

En primer lugar, hay que señalar el distanciamiento entre el presidente y Juan Martínez de Rozas, ya que García Carrasco comenzó a apoyarse en sus decisiones más en Judas Tadeo Reyes. A medida que transcurrieron los primeros meses de su gobierno y con la llegada de las noticias desde la península, García Carrasco comenzó a confiar más en el partido español, distanciándose de los criollos. Si al principio de su gobierno actuó buscando el apoyo del cabildo secular y cediendo a sus peticiones (como la separación de Garfías del cargo de escribano), el envío de un diputado a España por parte del cabildo los distanció. García Carrasco intentó influir en la votación de alcaldes ordinarios del 1 de enero de 1809, excluyendo de las votaciones a los regidores auxiliares que él mismo había favorecido que fueran nombrados meses antes. Pese a esto, los dos elegidos, Fernando Errázuriz e Ignacio José Aránguiz pertenecían a una línea que Barros Arana llama reformista.

Juan José del Campo Lantadilla, a quien apoyara durante el primer mes de su mandato prorrogándolo como rector de la Universidad de San Felipe, fue nombrado posteriormente por García Carrasco como asesor general del reino y teniente letrado de la intendencia de Santiago. Ambos nombramientos fueron rechazados por el cabildo secular porque sus miembros consideraron que se entregaba, de hecho, la presidencia a del Campo Lantadilla.

En relación a la fragata *Scorpion*, el asunto se resolvió en el consejo de Indias. El 20 de diciembre de 1808 García Carrasco envió un comunicado afirmando haber apresado una nave contrabandista inglesa: "es doloroso que esta potencia siga siempre, aun en plena paz, su sistema de contrabando aun en esos climas".³⁴⁹ En 1809 el fiscal del consejo le comunicaba al presidente que había actuado con acierto. Esta posición cambió totalmente con la llegada de otros memoriales a España, como el de Juan Mather, apoderado de súbditos ingleses en Chile, pidiendo indemnización por las hostilidades contra la fragata *Scorpion*. También el gobierno inglés protestó oficialmente

³⁴⁹ "Memorial del presidente de Chile, Francisco García Carrasco al Consejo de Indias, diciembre 20 de 1808", AGI, Estado, 85, N 59.

ante el consejo de regencia. ¿Cómo terminó este asunto? En 1811 el consejo de Indias opinó que se le debía seguir una causa en la audiencia de Chile a los armadores Medina y Echavarría, al subdelegado de San Fernando, Francisco Carrera, a Pedro Arrué, Enrique Faulkner y Juan Martínez de Rozas. Resolvió asimismo que se formara causa de comiso en el caso de la fragata *Scorpion*, a la que no se podía considerar como apresada, y se procediera a la devolución de las mercancías, "debiendo afianzar las resultas el presidente García Carrasco, que no se ha conducido como debía en este negocio".³⁵⁰ Como resultado de este incidente comenzó para García Carrasco un período de distanciamiento con un grupo de la élite que se iba uniendo en torno a objetivos poco claros en lo inmediato, pero que aspiraban a una reforma. Aparecía como líder de este grupo Juan Martínez de Rozas.

En enero de 1809, el cabildo de Santiago juró la fidelidad a la junta central de Sevilla. En mayo se supo de los éxitos militares de la resistencia española y que la junta gobernaba desde Sevilla. Se recibió con beneplácito el pedido del envío de diputados a la península, aunque se vio con claridad que era una medida tomada en la dificultad de la situación, más que una verdadera intención de incorporar a los americanos al gobierno de la monarquía. A lo largo del año de 1809 se fue afianzando el grupo reformista, difundiendo siempre noticias del colapso borbónico.

Los frutos de la estadía de Dowling, emisario de la princesa Carlota Joaquina, se vieron en 1809 cuando la princesa se carteó directamente con el "partido carlotista chileno" que probablemente estaba formado por el presidente García Carrasco, el regente de la audiencia Juan Rodríguez Ballesteros, los oidores José Santiago Concha, José Santiago Aldunate, Manuel Irigoyen y Félix Basso y Berry; el asesor letrado de la capitania, Pedro Díaz de Valdés; el secretario de gobierno Judas Tadeo Reyes, el vicario capitular José Santiago Rodríguez Zorrilla y Luisa Esterripa, viuda del presidente Muñoz Guzmán. En 1814, un realista acérrimo, fray Melchor Martínez, comisionado por el rey para escribir lo ocurrido en Chile en 1810, afirmó que este partido no existía sino que fue un invento de los que querían la independencia de España, con el fin de usarlo como pretexto para sostener que García Carrasco era partidario de entregar el reino a la princesa Carlota en contra del legítimo monarca Fernando VII.³⁵¹ Aunque algunos historiadores se han hecho eco de esta afir-

³⁵⁰ Seis documentos sobre la fragata *Scorpion*, p. 170.

³⁵¹ Martínez, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, p. 23.

mación, es de creer que sin duda existieron los partidarios de la princesa en Chile, como en los territorios vecinos, aunque con menos fuerza.

En el año de 1810 se afianzó más el partido patriota en el cabildo de Santiago, convertido en el opositor al gobierno de García Carrasco. Un signo de esta oposición fue separar en 1810 a un aliado del gobierno en el cabildo, el auditor de guerra Pedro Díaz de Valdés. Chile no envió ese año representante a las cortes por impedirlo el presidente, al no poner en ejecución las medidas que la junta central había establecido para la votación. Las noticias sobre el desastre de las armas españolas llegaban vía Buenos Aires desde principios del año. Pero lo que más inquietó al presidente fue saber, por una carta del virrey Cevallos de Buenos Aires del mes de mayo, en que le comunicaba haber síntomas de revolución en ese puerto y que le habían informado que en Santiago existía un partido independentista dispuesto a desconocer a Fernando VII. Efectivamente, el 25 de mayo se formó en Buenos Aires la primera junta de gobierno. Desde entonces, el presidente de Chile actuó con una gran desconfianza frente a todos los que tuvieran ideas junistas. Apoderado de este temor mandó en el mes de julio encarcelar a tres sospechosos de insurrección: José Antonio Ovalle, José Antonio Rojas y Bernardo Vera y Pintado. Se decidió remitirlos a Lima. La noticia conmocionó a la ciudad de Santiago, provocando una rebelión contra el presidente García Carrasco, al que la élite santiaguina centrada en el cabildo intentaba deponer. La audiencia, entonces, para no perder el control del gobierno, depuso a García Carrasco y nombró gobernador a Mateo Toro Zambrano, brigadier general de los ejércitos de Chile. En este momento, las divisiones de la élite santiaguina, profundizadas durante el gobierno de García Carrasco, se pondrían en acción. En términos generales, se puede decir que fue el clan Larraín, en un principio aliado con Juan Martínez de Rozas, el impulsor fundamental del cabildo abierto del 18 de septiembre, impuesto a la audiencia, y que dio origen a la junta gubernativa de Chile el 18 de septiembre de 1810.

A modo de conclusión

Se ha mostrado en este trabajo que, sin duda, durante el gobierno de Francisco García Carrasco en Chile, el año de 1808, se echaron los dados de lo que ocurriría dos años más tarde, cuando la élite santiaguina tomara la iniciativa de formar una junta gubernativa el 18 de septiembre de 1810. Ese presidente osciló en sus alianzas con los dos bandos de la élite local, profundamente

opuestos entre sí por el control de los cargos políticos y eclesiásticos. En general, se puede afirmar que llegó al poder gracias al grupo de la élite enfrentado en los años previos a 1808 con las autoridades suprainimperiales (audiencia, obispo, presidente). Sin embargo, los dejó de lado para apoyarse precisamente en estas autoridades seleccionadas por la monarquía.

En 1808 se profundizó también la relación del reino de Chile con Buenos Aires, elemento que sería clave en la posterior independencia. Las indecisiones de García Carrasco para jurar fidelidad a Fernando VII ante las noticias de la invasión napoleónica a España, favorecieron a los grupos locales que querían una reforma en la relación de gobierno entre la metrópoli y los territorios ultramarinos. La situación se agravó con motivo del apresamiento de la fragata *Scorpion*, de bandera inglesa, durante la alianza con Inglaterra en contra de Francia y la responsabilidad que le cupo al presidente. El hecho sembró la duda sobre la fidelidad de García Carrasco a Fernando VII y puso así las bases para que un grupo más reformista tuviera los elementos para justificar la formación de una junta de gobierno. El motor de este proceso fue el cabildo de Santiago, que en aquel año de 1808 mostró signos de una autonomía de decisiones que mantuvo en los años posteriores.

FUENTES

Archivos

- AGI, Archivo General de Indias, España.
- AGS, Archivo General de Simancas, España.
- BN, Biblioteca Nacional de Chile, Chile.

Fuentes impresas

- Actas del Cabildo de Santiago durante el periodo llamado Patria Vieja (1810-1814)*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, 1960.
- Actas del Cabildo de Santiago*, tomo LIX, Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1992.
- Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile*, tomo XXV, Santiago, Imprenta Cervantes, , 1913.

- Martínez, Melchor, *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile*, tomo I, Santiago de Chile, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1964.
- Olaguez Feliu, Manuel, *Relación de lo ocurrido en el reino de Chile desde el 25 de Mayo de 1810 hasta la erección de su junta gubernativa*, Santiago, Biblioteca del Instituto O'Higiniano de Chile, 1989, 41 pp.
- "Seis documentos sobre la fragata *Scorpion*", *Revista chilena de Historia y Geografía*, N° 125, Santiago, Sociedad Chilena de Historia y Geografía, 1957, pp. 168-215.

Bibliografía

- Amunátegui Aldunate, Miguel Luis, *La Crónica de 1810*, tomo I, Santiago, Imprenta de la República, 1876.
- Amunátegui Aldunate, Miguel Luis, *Los precursores de la Independencia de Chile. Memoria histórica presentada a la Universidad de Chile en cumplimiento del artículo 28 de la ley de 19 de noviembre de 1842*, tres tomos, Santiago, Imprenta República, 1870, 1871 y 1872, respectivamente.
- Amunátegui Solar, Domingo, *Nacimiento de la República de Chile (1808-1833)*, Santiago, Establecimientos gráficos Balcells y compañía, 1930.
- Amunátegui Solar, Domingo, "Noticias inéditas sobre don Juan Martínez de Rozas", *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo CXXVII, Santiago, Universidad de Chile, julio-diciembre 1910.
- Amunátegui Solar, Domingo, "Génesis de la Independencia de Chile", *Anales de la Universidad de Chile*, tomo II, Santiago, Universidad de Chile, serie 2, trimestre 4º, 1924.
- Barbier, Jacques A., *Reform and politics in Bourbon Chile, 1755-1796*, Ottawa, University of Ottawa Press, 1980.
- Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile*, tomo VIII, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.
- Barros Arana, Diego, *Historia General de la Independencia*, tomo I, Santiago, Imprenta Chilena, 1854.
- Collier, Simon, *Ideas y Política de la Independencia Chilena. 1808-1830*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1977.
- Encina, Francisco Antonio, *Historia de Chile desde la Prehistoria a 1891*, tomo VI, Santiago, Editorial Nacimiento, 1947.
- Eyzaguirre, Jaime, *Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.
- Figueroa, Pedro Pablo, *Diccionarios Biográfico Chileno 1550-1887*, Santiago, Imprenta Victoria, 1887.

- Figuerola, Virgilio, *Diccionarios Histórico Biográfico y Bibliográfico de Chile*, Santiago Imprenta la Ilustración, 1926-1931.
- Hernández Ponce, Roberto "Carlota Joaquina de Borbón: Apuntes en torno al episodio carlotino y a un epistolario chileno inédito, 1808-1816", *Historia*, N° 20, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1985.
- Medina, José Toribio, *Biblioteca Hispano Chilena*, Santiago de Chile, Impreso y Grabado en Casa del Autor, 1897-1899.
- Medina, José Toribio, *Historia de la Real Universidad de San Felipe de Santiago de Chile*, Santiago de Chile, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1928.
- Memorias del Tiempo de Fernando VII*, tomo I, Santiago, edición y estudio de Miguel Artola, Madrid, 1957.
- Meza Villalobos, Néstor, *La Actividad Política del Reino de Chile entre 1806-1810*, Santiago, Publicación del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, 1958.
- Orrego Luco, Augusto, *La Patria Vieja*, tomo I, Santiago Prensa de la Universidad de Chile, 1933.
- Retamal Faverau, Julio, "El cabildo Eclesiástico de Santiago en los prolegómenos de la independencia de Chile", en: *Historia*, N° 6, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1971.
- Salas Lavaqui, Manuel, *Estudios sobre presas marítimas hechas por la armada de Chile*, Santiago, Imprenta Nacional, 1880.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia de Valparaíso*, tomo II, Valparaíso, Imprenta Albion de Cox y Taylor, 1869.
- Villalobos Rivera, Sergio y otros, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1986.
- Villalobos Rivera, Sergio, *Tradición y Reforma en 1810*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1961.
- Villalobos, Sergio, *El Comercio y la Crisis Colonial*, Santiago, Editorial Universitaria, 1990.
- Villalobos, Sergio, *Índice de la Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1956.

LOS NUEVOS VASALLOS DEL REY FIDELÍSIMO

*El desplazamiento de siete de los treinta pueblos de misiones del Paraguay a los dominios portugueses, 1801-1811*³⁵²

Elisa Frühauf García

Universidad Federal Fluminense

En el pasaje del siglo XVIII al XIX, los indios misioneros habitantes de los antiguos treinta pueblos jesuíticos de misiones del Paraguay, estaban enfrentando una situación difícil.³⁵³ Como resultado de la expulsión de la Compañía de Jesús del Río de la Plata en 1768, se implantó en los pueblos una administración secular dirigida por el gobernador don Francisco de Paula Bucareli y Úrsua. Esta nueva administración buscó la paulatina integración de los indios a la sociedad colonial española a través de una serie de medidas cuyo objetivo era extinguir las características que les diferenciaban del resto de la población colonial.³⁵⁴ Esas medidas – es importante subrayarlo – estaban directamente inspiradas en la política indigenista elaborada por Sebastião José de Carvalho e Melo, futuro marqués de Pombal, aplicada en la América portuguesa a mediados del siglo XVIII.

³⁵² Versión al español de Adriana Carina Camacho Álvarez.

³⁵³ Según Meliá (*La lengua guaraní*, p. 29), las reducciones jesuíticas se caracterizaron como un “melting pot” intraguaraní, debido a la reunión de varios grupos de origen guaraní en un mismo espacio. Por otro lado, es necesario destacar que las aldeas también eran habitadas por otros grupos indígenas, como charrúas y minuanos. Las referencias a estos últimos, no obstante, son espaciadas, dando la impresión de que esos grupos estuvieron, la mayor parte del tiempo, subsumidos entre los guaraníes. En este artículo, por cuestiones estilísticas, los términos “misionero” y “guaraní” serán empleados como sinónimos [y “aldea” sería el equivalente en la historiografía mexicanista a misión o pueblo de misión. El editor].

³⁵⁴ Las medidas tenían como objetivo la sustitución de la lengua guaraní por el castellano, el incentivo a los casamientos mixtos (entre indios y colonos), entre otros. Sobre el tema, ver Wilde, “¿Segregación o asimilación?”.

La aplicación de esas disposiciones en las misiones constituyó un proceso largo e intermitente. Una evaluación de las mismas, antes de definirse como un mero fracaso, debe verse como el resultado de una conjunción de factores, entre los que se destacan las motivaciones personales de los administradores españoles, los objetivos de los propios indios (marcados por conflictos internos y con los administradores), los intereses de los religiosos, y los dictámenes del gobierno colonial.³⁵⁵ De un modo general, empero, la administración lega fue objeto de duras críticas por parte de los agentes coloniales españoles.

Una de las consecuencias de los problemas que los funcionarios detectaron sería, a su juicio, el “peligro”, visto como inminente, de que los indios emigrasen hacia tierras portuguesas en busca de mejores oportunidades. Desde el punto de vista de ellos, esa migración conllevaría la disminución de los súbditos del monarca español y el aumento de las fuerzas lusitanas en una región marcada por conflictos fronterizos donde era fundamental la existencia de un contingente de población capaz de ocupar las tierras en disputa. El desplazamiento de los indios misioneros por los dominios del *rey fidelísimo* portugués, a su vez, no constituía un movimiento “espontáneo” sino que estaba directamente vinculada a políticas portuguesas elaboradas especialmente a ese fin. Entre los treinta pueblos de misiones, los siete situados en el margen oriental del río Uruguay – São Nicolau, São Lourenço, São Luiz, São Miguel, São Borja, Santo Ângelo y São João – fueron los más disputados por los lusos.

Las políticas que desarrollaron los portugueses para atraer a los habitantes de los pueblos orientales se implantaron desde mediados del siglo XVIII a consecuencia de las tentativas de demarcación del tratado de Madrid, y tuvieron continuidad el resto de la centuria y comienzo del XIX. Una de las estrategias empleadas por los lusitanos era dispensar el mejor tratamiento posible a los indios con el propósito de convencerlos y lograr su adhesión a la corona portuguesa.³⁵⁶

Las tentativas de atracción de los indios y las disposiciones de buen trato estaban vinculadas a la práctica común a los estados coloniales europeos de expandir sus posesiones ultramarinas mediante el establecimiento de alian-

³⁵⁵ Para un análisis de las misiones jesuíticas del Paraguay en el período posterior a la expulsión de los jesuitas, ver Wilde, *Antropología histórica*.

³⁵⁶ Sobre el tema, ver García, *As diversas formas*.

zas con las poblaciones nativas. Para el caso de Portugal, se puede afirmar que su imperio fue constituido “*con* y no aisladamente *contra* los pueblos con los cuales entraron en contacto”.³⁵⁷ La presencia de indios en territorios disputados por los imperios coloniales determinaba la elaboración de políticas distintas cuyo objetivo era establecer vínculos profundos con los grupos nativos, quienes a su vez también desarrollaron estrategias para aprovechar esa situación como una forma de contemplar sus propios intereses. De acuerdo a lo señalado por Nádia Farage en trabajo sobre los indios del río Branco, la contienda por este territorio “se efectuó *a través* de pueblos indígenas que lo habitaban”.³⁵⁸

En 1801, aprovechando la situación bélica entre los imperios ibéricos por ocasión de la guerra de las Naranjas, los colonos establecidos al sur de la América portuguesa articularon un movimiento conocido en la historiografía como “conquista de las misiones”, por medio del cual anexaron, con la ayuda de sus habitantes, los siete pueblos orientales a los dominios del monarca lusitano. Esa conquista no debe considerarse episódica sino consecuencia de una serie de factores. Para parte de los indios misioneros, debido a las embestidas portuguesas durante la segunda mitad del siglo XVIII y a los problemas vigentes en las misiones con la administración lega implantada después de la expulsión de los jesuitas, el cambio de vasallaje era una posibilidad con la cual convivían hacía algunas décadas.³⁵⁹

Después de la toma de las misiones orientales, la conservación de las mismas contra eventuales intentos de recuperación por parte de los castellanos se transformó en una preocupación central para los portugueses. Por eso, una de las primeras medidas que implantaron fue la de sustituir la administración anterior. La establecida por ellos fue duramente criticada tanto por sus contemporáneos como por la historiografía sobre el período,³⁶⁰ aunque poco se profundizó en ella, sobre todo desde la perspectiva de los indios que allí vivían.

El énfasis analítico ha recaído sobre el hecho de que si la situación de los pueblos ya era “decadente” bajo la administración secular española, la con-

³⁵⁷ Russell-Wood, *Un mundo en movimiento*, p. 16, cursivas del autor, traducción nuestra.

³⁵⁸ Farage, *As muralhas dos sertões*, p. 18, cursivas de la autora, traducción nuestra.

³⁵⁹ Sobre la conquista de 1801, ver García, *As diversas formas*, p. 163 y ss.

³⁶⁰ Pinheiro, *Anais da Província*, p. 157; Gay, *História da república jesuítica do Paraguai*, p.378; Hernández, *Organización social*, p. 170 y ss. y 197 y ss. Lugon, *A República “comunista”*, p.319; Bracco, *Charrúas, guenoas y guaraníes*, p. 329.

quista de 1801 acentuó ese proceso. Al escribir una memoria sobre la historia de esas misiones, Thomaz da Costa Corrêa Rabello e Silva (gobernador de las mismas de mayo a octubre de 1808), elaboró una periodización de ellas en tres fases, interpretación que se volvió común posteriormente: la primera fase correspondía al período de los jesuitas, siendo de esplendor, por nada faltar a los indios ni a sus pueblos, siempre bien cuidados y administrados con rectitud; la segunda, luego de la expulsión de los ignacianos, se caracterizaba por el comienzo de la decadencia. Debido a la incapacidad o a la mala fe de los administradores españoles, los edificios empezaron a desmoronarse y el sistema de producción entró en crisis. Esa situación agravó el descontento de los indios, predisponiéndolos a pasar a manos de los portugueses en busca de mejores condiciones de vida; en ese momento tendría inicio la tercera fase, “la más desgraciada de los siete pueblos orientales”, pues los luso-brasileños no respetaron los bienes de los indios, intentando cada cual aglutinar para sí la mayor cantidad posible de rebaños, arrendar las tierras comunales de los pueblos o apropiarse de las mismas de forma fraudulenta.³⁶¹

Los viajeros que visitaron la región en el siglo XIX expusieron una visión semejante. Auguste de Saint-Hilaire, por ejemplo, afirma haber oído “decir, por testigos oculares” que al momento de la conquista de 1801 los pueblos aún poseían una riqueza considerable, la cual fue dilapidada por la administración portuguesa y por los moradores luso-brasileños allí instalados.³⁶² Para Alexandre Baguet, viajante belga que estuvo en la provincia de Río Grande en la década de 1840, fue la expulsión de los jesuitas el factor que desencadenó el principio del ocaso misionero:

Es de la expulsión de los jesuitas de esta región que data la decadencia de los establecimientos indígenas. Los que asumieron su dirección no tenían en vista sino su propio interés. Enriquecer apropiándose de numerosos tesoros de oro y plata, vender el ganado en provecho propio, apoderarse de los recursos económicos de las poblaciones, he aquí en qué consistía su administración.³⁶³

³⁶¹ Silva, “Memória sobre a província”, pp. 159-162, traducción nuestra.

³⁶² Saint-Hilaire, *Viagem ao Rio Grande*, pp. 432-433.

³⁶³ Baguet, *Viagem ao Rio Grande*, p. 89, traducción nuestra.

Otros viajeros, por su parte, no responsabilizaron directamente a la gestión portuguesa o española por el “declive” de las misiones, tan sólo se limitaron a constatar la superioridad del “tiempo de los jesuitas” para el bienestar de los indios,³⁶⁴ poniendo de manifiesto, explícita o implícitamente, la “incapacidad” de los legos en dirigir a los pueblos con la “probidad” y el “desinterés” de los ignacianos.³⁶⁵

No obstante, ni los viajeros ni los funcionarios reales se interrogaron sobre el papel de los indios en la gestión de sus pueblos y en la conducción de sus propias vidas, pues consideraban el “problema” de los guaraníes una cuestión de administración externa, la cual podría ser buena en la medida en que se orientase hacia el bien común de los indios, o mala cuando se encaminase a satisfacer los intereses “sospechosos” de los administradores. En el presente artículo, más que constatar o mensurar el grado de probidad administrativa de los portugueses luego de la conquista, se busca percibir cómo los indios vivieron esa nueva realidad y participaron, en mayor o menor grado, de su implantación y manutención. Para Gerald Sider, estudiar la formación histórica de grupos nativos no significa relegar a un segundo plano las violencias a las cuales fueron sometidos, sino más bien situarlas en el centro de un proceso y como sujeto que acciona la formación de identidades y culturas, en el seno de las cuales está en cuestión la construcción de estrategias capaces de hacer frente a la dominación.³⁶⁶ Así, la intención no es negar ni dejar en evidencia las violencias y abusos cometidos por los administradores portugueses en diversos momentos, sino percibir cómo los indios vivieron esas situaciones y cuáles estrategias desarrollaron para lidiar con las mismas.

A su vez, las interpretaciones según las cuales el período de mayor decadencia de los pueblos sería el posterior a la conquista portuguesa, deben ser matizadas y consideradas dentro del contexto en el cual surgieron, ellas están vinculadas a la visión específica de los administradores y viajeros del período, los cuales juzgaban a las aldeas decadentes con respecto a un esplendor idílico pretérito. Ese apogeo correspondía más a las proyecciones de los mismos acerca del pasado misionero que a la realidad vivida por los indios, sobre la cual poco sabían. Por otro lado, en el transcurso del siglo XIX, las aldeas indí-

³⁶⁴ Dreys, *Notícia descritiva*, p. 75, traducción nuestra.

³⁶⁵ Es importante resaltar, sin embargo, que algunos viajeros, como Arsène Isabelle y Avé-Lallemant, dirigieron serias críticas a los jesuitas, aunque esa no sea la tónica general. Isabelle, *Viagem ao Rio Grande*, pp. 20-22; Avé-Lallemant, *Viagem pela província*, pp. 238 y 242.

³⁶⁶ Sider, “Identity as History”, p. 109.

genas de misioneros dejaron de servir a los intereses gubernamentales. Con la construcción de los Estados-nación en América se extinguieron las prerrogativas coloniales acerca de las poblaciones nativas y las mismas pasaron a ser vistas como meros remanentes de un pasado remoto en vías de diluirse en el conjunto de la población nacional.³⁶⁷ En ese contexto, nuevos estudios demuestran que los principales interesados en mantener dichos espacios fueron los propios indios, los cuales veían la manutención de sus tierras colectivas como un importante factor de supervivencia.³⁶⁸ Así, aun si se acepta que los antiguos siete pueblos jesuíticos estaban en decadencia, la pregunta a plantear sería la de cómo los propios indios veían esos espacios: ¿ellos servían aún a sus intereses?

La gestión portuguesa de los pueblos

Luego de su desplazamiento hacia los dominios del rey fidelísimo, las misiones permanecieron interinamente bajo la administración portuguesa aguardando la resolución diplomática de las cortes ibéricas sobre la conquista. Mientras, en 1801 se instituyó inmediatamente un comandante general designado por el gobernador del continente de Río Grande, cuya jurisdicción abarcaba los siete pueblos y sus estancias.³⁶⁹ Sin embargo, la nueva autoridad no introdujo cambios significativos en el modelo administrativo vigente y el gobierno de esos pueblos se mantuvo bajo la responsabilidad de los cabildos indios.³⁷⁰

³⁶⁷ Hill, "Introduction", p. 10 y ss. Cabe destacar, sin embargo, que las monarquías ibéricas ya estaban practicando la idea de la asimilación de los indios a la sociedad mayoritaria desde la segunda mitad del siglo XVIII a través de las reformas del marqués de Pombal, en el caso de Portugal, y de las reformas borbónicas, en el caso de España.

³⁶⁸ Almeida, "Índios, missionários e políticos", pp. 235-255.

³⁶⁹ Cada reducción poseía una o dos estancias, donde se criaba todo tipo de vacunos. Algunas estaban ubicadas en las cercanías de sus respectivos pueblos, mientras otras llegaban a situarse a 300 kilómetros de distancia de sus sedes. En ellas trabajaban aproximadamente 30 indios peones, ascendiendo a 70 el número total de habitantes, incluidos mujeres y niños. En las estancias, existía una cifra voluminosa de ganado, llegando, en las más aventajadas, a unas 20,000 cabezas, incluyéndose todos los tipos de vacunos. Cuando los portugueses anexionaron la región misionera se apropiaron, no sólo de todas las estancias del departamento de São Miguel, sino también de las de *Yapeyu*, situadas en la orilla oriental del río Uruguay.

³⁷⁰ En cada reducción había un cabildo compuesto por representantes elegidos entre los indios, cuya función era administrar la municipalidad.

La permanencia de los cabildos no debe interpretarse como una ausencia de intervención portuguesa. Una de las primeras medidas adoptadas por ellos fue la de sustituir a los gobiernos contrarios a la conquista, ya por sospecha o efectiva traición a los intereses del nuevo rey, por otros cuya lealtad estuviera exenta de duda. De todas formas, el reemplazo se operó de acuerdo al *modus operandi* vigente en las misiones: los sucesores fueron elegidos por los propios indios.³⁷¹ Semejante medida demuestra cómo la mera manutención de las instituciones preexistentes no significaba que los lusitanos no tuviesen, en determinados momentos, injerencia directa en los cabildos. Esa influencia, empero, fue planeada a partir de las prácticas locales y encaminada a transmitir a los indios de misión una idea de continuidad con respecto al régimen anterior. La estrategia de reemplazar a los posibles adversarios se empleó también en la gestión de los pueblos en su conjunto y se privilegió a los colaboradores, o mejor dicho, a aquellos con interés y habilidad en presentarse como aliados.

Las medidas instrumentadas para alejar a los indios contrarios indica por sí mismas la existencia de divergencias entre ellos acerca de la adhesión a los lusitanos aun después de la conquista. En situaciones en que los indios formaban parte de las disputas fronterizas entre imperios, era recurrente la existencia de disensiones entre los mismos sobre las decisiones a tomar, vale decir, sobre cuál sería el “lado” más favorable. Eso se verificó, por ejemplo, en ocasión de la presencia holandesa en el actual nordeste brasileño. La correspondencia que intercambiaron los jefes indios Pedro Poty, aliado a los holandeses, y Felipe Camarão, coligado a los portugueses, corrobora claramente esa situación. Sin romper relaciones, los dos liderazgos indígenas buscaban convencer uno al otro de la superioridad de sus respectivos aliados.³⁷²

Las elecciones y decisiones de los cabildos componían complejas redes de poder y de conflicto que involucraban intereses antagónicos, tanto por parte de los indios como de los portugueses. En la memoria ya mencionada, Thomaz Rabello e Silva expone que las tierras colectivas estaban pasando paulatinamente a manos de los luso-brasileños, arrendadas y/o vendidas por valores ínfimos; ese proceso, no obstante, no consistía simplemente en una apropiación arbitraria de los bienes de los indios por parte de los “brasileños”.

³⁷¹ “Carta de Patrício José Correa da Câmara para José de Castro Morais. Coxilha da Linha Divisória, 21 de agosto de 1801”. Archivo Nacional, Río de Janeiro (ANRJ), cód.104, vol.13, fl.170v.

³⁷² Meuwese, ‘For the Peace and Well-being of the Country’, p. 195 y ss.

Según el propio Rabello e Silva, la operación pasaba necesariamente por el cabildo de los pueblos como responsable en la tramitación legal de las transacciones. Para él, los cabildantes eran engañados por los luso-brasileños; sin embargo, a pesar de denunciar la “mala fe” de estos últimos, en ningún momento este autor comenta algún tipo de coerción directa efectuada por ellos.³⁷³ ¿Carecerían los cabildantes de preparación para tratar con los luso-brasileños a tal punto de dejarse engañar de la manera expuesta por Rabello e Silva? ¿O, al contrario, estaban también ellos negociando y buscando formas de interacción, tanto personal como colectiva, con los “brasileños”, obteniendo ventajas en esas transacciones?

Si los lusitanos sacaron provecho de la situación instaurada luego de la conquista, los indios hicieron lo mismo a partir de las condiciones disponibles. A despecho de los posibles perjuicios, a través de negociaciones, obtuvieron, individual o colectivamente, ganancias que les parecieron relevantes en aquella situación específica. Entre esas ganancias probablemente estaba la manutención y/o la obtención de cargos administrativos. Algunos indios, no se sabe bien a partir de qué medios, lograron ocupar posiciones de prestigio en la gestión de las misiones, en general restringidas a los blancos, como fue el caso, por ejemplo, de Santiago Pindo, antiguo corregidor de São Luiz, que ocupaba, en 1811, el cargo de administrador de su pueblo; y a pesar de estar en él como interino, y de una recomendación para su reemplazo (pues fue considerado inepto para el puesto), la permanencia de un guaraní en esa posición apunta a las perspectivas que los indios vislumbraron con la administración portuguesa.³⁷⁴

Pese a las disensiones internas entre los indios, la interferencia de los luso-brasileños, y las motivaciones individuales de los guaraníes, hubo situaciones en las cuales los miembros de los gobiernos indígenas se articularon para defender sus bienes colectivos. Fue el caso en julio de 1802, por ejemplo, del cabildo de São Nicolau al elaborar una representación en que solicitaba la devolución de algunos bienes apropiados por los luso-brasileños, proporcionando la descripción de los mismos y el nombre de quien los ha-

³⁷³ Silva, “Memória sobre a província”, p. 163.

³⁷⁴ “Carta do coronel Francisco das Chagas Santos a D. Diogo de Souza informando sobre a capacidade de cada um dos administradores dos povos das missões e sobre o desenvolvimento daqueles povos. Povo de São Luiz, 13 de janeiro de 1811”. In: *Revista do Arquivo Público do Rio Grande do Sul*. Porto Alegre: Oficinas Graphicas, outubro de 1921. vol. IV, p.52.

bía tomado.³⁷⁵ Entre los bienes cuya devolución se solicitaba, constaban ocho libros de la “Recopilación de las Indias”, apropiados por el capitán José de Anchieta, que no era otra que la *Recopilación de Leyes de los Reinos de Indias*, libro jurídico donde constaba toda la legislación colonial, incluso la relativa a las poblaciones indígenas. A pesar de estar integrados a la colonia portuguesa del Brasil, los misioneros eran regidos aún por la legislación española, pues los portugueses, al momento de la conquista, aseguraron que todo seguiría como era, comenzando por la manutención del propio cabildo.³⁷⁶ Así, al requerir la devolución de esos libros los cabildantes estaban no solo solicitando la restitución de un bien sino también garantizando una comprobación escrita de sus derechos, habida cuenta de que en la *Recopilación* constaban sus prerrogativas y privilegios como indios.

La situación descrita en los párrafos anteriores muestra claramente la usurpación de los bienes de los indios. Sin embargo, no debe interpretarse apresuradamente como una total desagregación de los pueblos, pues también deja de manifiesto la manutención de la capacidad de organización de sus cabildos. La venta y aprovechamiento ilícito o despojo de las propiedades de las misiones, así como quienes las condujeron, fueron rígidamente controladas, y al presenciar los abusos cometidos por los luso-brasileños sus miembros tuvieron capacidad de articularse, elaborando un documento donde registraron los bienes y los nombres de quienes los había tomado. Además, hicieron que esas informaciones llegasen al conocimiento del gobernador de Río Grande por vía escrita. Las quejas de los indios no fueron vanas. El gobernador destituyó a algunos luso-brasileños de sus cargos, acusándolos de practicar excesos en la gestión del patrimonio de los pueblos, y denunció el abuso en la utilización de las tierras colectivas, ordenando que las mismas fueran restituidas a los indios, alegando que los terrenos eran “de patrimonio de los pueblos guaraníes con posesiones y privilegios antiquísimos”.³⁷⁷

³⁷⁵ “Representação sobre se devolverem utensílios e animais retirados do Povo de São Nicolau. São Nicolau, 26 de julho de 1802”. Biblioteca Nacional, Rio de Janeiro, BNRJ, I, 31, 26, 2.

³⁷⁶ “Carta do Tenente Coronel Patrício José Corrêa da Câmara ao Sargento Maior de Dragões José de Castro Morais. Coxilha da Linha Divisória, 21 de agosto de 1801”, ANRJ, cód.104, vol.13, fls.169 v -170 v.

³⁷⁷ Porto, *História das Missões*, p.508, y “Parecer de Francisco João Roscio sobre se estabelecerem povoadores nos terrenos de patrimônio dos povos guaranis, e ao sul do Rio Ibicui”, BNRJ, I, 31, 26, 2, respectivamente.

Las relaciones de poder y las negociaciones entre los administradores portugueses y los indios misioneros no se daban sólo en la esfera del cabildo. Además de las acusaciones explícitas de apropiación indebida de los bienes de los pueblos, hubo también situaciones en las cuales se atribuyó a los gestores portugueses un procedimiento moral inapropiado, como en el caso de João de Deus Mena Barreto, administrador de las misiones de 1805 a 1807. En consecuencia de un conflicto entre éste y el cura João Batista dos Prazeres, el religioso acusó formalmente a Mena Barreto de conducta impropia, pues mantenía un romance extraconyugal, clasificado como “escandaloso”, con una india llamada Maria Salomé, cuya familia era una de las principales de São Nicolau.³⁷⁸

De acuerdo a las acusaciones, Mena Barreto dispensaba a María Salomé todo tipo de atenciones, incluso eximiéndola a ella y a su familia de la obligatoriedad del trabajo, poniendo indios a su disposición para servirla. Entre los favores dados, el mayor escándalo era provocado por la existencia de una silla de destaque en la iglesia de São Nicolau, donde él ofrecía asiento a María Salomé durante la misa y demás ceremonias que tenían lugar en el templo.³⁷⁹ Mena Barreto, por lo tanto, no sólo asumía su romance públicamente, sino compelia a los habitantes de São Nicolau a presenciar y compartir el prestigio adquirido por María Salomé en función de su *affaire* con el administrador. Estas demostraciones públicas de las jerarquías sociales – como los lugares ocupados en procesiones y los asientos de las iglesias – formaban parte del ejercicio del propio poder y por medio de ellas determinados miembros de la sociedad local ostentaban su prominencia sobre los demás.³⁸⁰ Las jerarquías de precedencia eran rigurosamente observadas en las misiones y uno de los lugares por excelencia de las mismas eran los asientos de las iglesias, donde a cada miembro del cabildo se le destinaba un lugar respectivo al cargo que ocupaba.³⁸¹

De esa forma, si se da crédito a las informaciones sobre el romance de Mena Barreto con María Salomé, ésta obtenía, por medio de esa relación, beneficios materiales y simbólicos que no deberían ser nada despreciables en

³⁷⁸ Porto, *História das Missões*, p.515.

³⁷⁹ *Ibidem*.

³⁸⁰ Para un análisis de la cuestión en la América portuguesa ver Lara, *Fragments setecentistas*, p.53 y ss.

³⁸¹ Para una descripción de estos rituales en las misiones luego de la expulsión de los jesuitas, ver Doblas, “Memoria histórica”, p. 44.

una realidad aún en reorganización después de la conquista. Es probable que también sus parientes gozaran de nuevos privilegios que sumaban a los que ostentaban por pertenecer a una de las principales familias de São Nicolau, a cambio de sustentar la posición de administrador de Mena Barreto. Esta situación no debió haber sido singular. Es probable que muchos indios principales hayan establecido relaciones de clientelismo con los administradores portugueses, relaciones que sustentarían mutuamente sus posiciones. Según Guillermo Wilde, luego de la expulsión de los jesuitas se acentuaron entre los cabildantes (o aspirantes a tales cargos) los conflictos por la ocupación y/o manutención de los mismos, instaurándose un escenario de competencia interna entre los integrantes de las élites de los pueblos.³⁸² Así, actos que desagradaban a algunos, contemplaban los intereses de otros, y la llegada de los portugueses debe de haberse presentado a los excluidos del poder como una oportunidad para escalar puestos a través de relaciones establecidas con los lusos, aprovechando la coyuntura para ocupar el lugar de los alejados de sus cargos en virtud de la adjudicación de una fidelidad verdadera o supuesta a los españoles.

Las relaciones entre las indias y los luso-brasileños

El caso descrito del romance de Mena Barreto con María Salomé alcanzó una gran trascendencia, no sólo por tratarse de un administrador sino por haber sido usado en las disputas entre éste y el párroco João Batista dos Prazeres. Sin embargo, las relaciones sexuales y amorosas entre las indias y los luso-brasileños, esporádicos, estables o sacramentados por la iglesia, eran frecuentes en aquella región.³⁸³ Este aspecto generó graves acusaciones por parte de los funcionarios reales y de los viajeros. Si sus juicios sobre la moralidad de los indios ya eran bastante despreciativos, sus opiniones sobre las indias eran implacables.³⁸⁴

³⁸² Wilde, *Antropología histórica*, p.129 y ss.

³⁸³ Es importante destacar que las relaciones estables eran bastante comunes en la colonia y, por ende, la ausencia del sacramento del matrimonio no significaba la inexistencia de un compromiso entre los involucrados.

³⁸⁴ A pesar de que la tónica general es bastante despreciativa con relación a los indios, no todos los viajeros y funcionarios reales comparten la misma visión sobre el tema. Sobre las indias, por ejemplo, el viajero belga Nicolau Dreys afirma que todas son dotadas de muchos atractivos, no teniendo "ciertamente que quejarse de los rigores de la naturaleza". Así, Dreys expre-

La historiografía abordó el mestizaje biológico entre los luso-brasileños y las indias misioneras básicamente a partir de dos puntos de vista: los entusiastas de la anexión de aquel territorio y de sus habitantes a los dominios portugueses, vieron la mezcla de razas de forma benéfica, interpretándola como un elemento fundamental en la concreción de la conquista;³⁸⁵ para otros, la conquista de 1801 y el subsecuente acercamiento de las indias con respecto a los portugueses, produjeron la explotación sexual de las primeras.³⁸⁶ Sin embargo, tanto los enfoques favorables al mestizaje como aquellos que denuncian la explotación sexual de las indias, comparten la misma opinión, aunque de forma implícita, de una visión de pasividad de las indias, como si ellas hubieran sido incapaces de tomar iniciativas y desarrollar sus propias estrategias.

Por otro lado, la mayoría de los trabajos sobre los pueblos indios, en general se abordan como si no hubiera diferencias y divisiones de género entre ellos. Esas diferencias no sólo existían sino que fueron fundamentales en el desenvolvimiento de los contactos con los miembros de la sociedad colonial. En la investigación sobre las negras manumitidas, especialmente en Río de Janeiro y en São João del Rei, Sheila de Castro Faria demostró cómo ese grupo obtenía una cantidad considerable de su riqueza a través de una serie de actividades consideradas típicamente femeninas, como, por ejemplo, “nodrizas, domésticas, amantes, vendedoras, usurarias, prostitutas, ladronas, parteras, hechiceras”, entre otras.³⁸⁷ No se pretende trazar un paralelo directo entre la situación de las negras libertas analizadas por Faria y las indias misioneras, sino tan sólo destacar la existencia de varias actividades tradicionales ejercidas por mujeres en la sociedad colonial, a partir de las cuales ellas obtenían recursos para su supervivencia. Si no todas, al menos la mayor parte de las actividades señaladas por la autora pudieron haber sido también desarrolladas por las indias, tanto en las misiones como en los núcleos coloniales de Río Grande. Para el caso de algunas ciudades de la América española, Pablo

sa en su memoria una visión favorable de los guaraníes, en contraste con la mayoría de los viajeros de mediados del siglo XIX, elogiando, incluso, el “aseo” de las mujeres, demostrado no sólo en sus ropas, sino también en el interior y exterior de sus hogares. Dreys, *op. cit.*, pp. 74-75, traducción nuestra.

³⁸⁵ Según Guilhermino Cesar, “El mestizaje fue, de esta suerte, un factor actuante con que contó el Brasil para apoderarse de esa región, conservada anteriormente exenta de mezcla por el jesuita”. Cesar, *História do Rio Grande*, p.220, traducción nuestra.

³⁸⁶ Souza, A os “fantasmas das brenhas”, p.117.

³⁸⁷ Faria, “Sinhãs pretas, damas mercadoras”, p.216.

Rodríguez enumera varias actividades ejercidas por las indias, muchas de las ellas características de núcleos urbanos, con destaque para el comercio. Así como las negras manumitidas analizadas por Faria, muchas indias eran pequeñas usurarias. De acuerdo a los datos relevados por ambos autores, los clientes de las negras libertas y de las indias no eran sólo de su grupo étnico, sino también personas de condición blanca o mestiza.³⁸⁸

En lo que respecta a la América portuguesa, Almir Diniz de Carvalho Júnior sugiere la posibilidad de que muchas indias en el actual estado de Maranhão (nordeste del Brasil) preferían el trabajo en alguna unidad doméstica al ejecutado en sus aldeas de origen. En esas casas ellas ejercían varios tipos de actividades (incluso la de amantes), a través de las cuales obtenían beneficios difícilmente alcanzables de otra forma. Esos bienes no eran sólo materiales sino también relativos a otras esferas, como la obtención de una mayor autonomía en la conducción de sus propias vidas.³⁸⁹ Para el caso de la Minas Gerais del siglo XVIII, Maria Leônia Chaves de Resende señala la actividad sexual como un importante medio de vida para las indias, ya fuera en el ejercicio del meretricio, ya en relaciones de concubinato.³⁹⁰

Sin negar la explotación sexual de las indias, la cuestión es más compleja y llena de matices. Sin duda se trataba de una relación desigual en su naturaleza, desigualdad dada por la diferencia social y étnica, así como por cuestiones de género. Sin embargo, mientras las explotaban sexualmente, probablemente las indias aprendieron a aprovecharse de esas relaciones en beneficio propio. Es posible corroborar esa hipótesis mediante una relectura de las propias fuentes, donde a pesar de los severos juicios emitidos sobre la moralidad de las indias algunos autores dejaron entrever que ellas no fueron meras víctimas del contexto histórico en el cual vivían; al contrario, desarrollaron sus propias estrategias de supervivencia, entre ellas las actividades sexuales.

En un relato de Saint-Hilaire, aunque de un período posterior al aquí abordado, caracterizado por los conflictos de independencia de la región, plantea algunos aspectos sugestivos de las estrategias desarrolladas por las indias en la conducción de sus relaciones con los miembros de la sociedad

³⁸⁸ Rodríguez, "Testamentos de indígenas americanos" p.30 ss. Sobre el tema ver también: Poloni-Simard, "Redes y mestizaje", p.117 y ss.

³⁸⁹ Carvalho Júnior, *Índios cristãos*, p.261 y ss.

³⁹⁰ Resende, *Gentios brasileiros*, p.224 y ss.

mayoritaria. El viajero concede un papel relevante a las indias misioneras, poniendo de manifiesto las profundas impresiones que éstas le causaron. Al principio, esas impresiones fueron de verdadera ojeriza, pues el autor no lo-graba identificar en ellas ninguna de las cualidades para él constituyentes del género femenino, ya que eran:

feas, tontas, sin ninguna gracia; tienen una risa ingenua, andar ignoble, no se encariñan con su amante, son en todo muy inferiores a las negras; sin embargo, una multitud de hombres blancos se enamora de ellas. Esa falta de gusto sólo puede explicarse por la estupidez de esas mujeres, que las vuelve extrañas a cualquier reflexión, a toda idea de futuro, llevándolas a proceder como animales, entregándose enteramente a la lujuria. Por eso, aumentan la pasión del hombre rudo, que de ellas solo busca el placer carnal.³⁹¹

Descontando el tono despectivo del autor, en este trecho aparecen dos indicios importantes sobre las relaciones entre estas indias y los luso-brasileños: les adjudica a estos una predilección por ellas en detrimento de las mujeres de otras “razas”, e indica que las indias no se aficionaban a sus amantes. En otro momento de su narrativa, Saint-Hilaire comenta incluso que las indias misioneras “se entregan a los hombres de su raza por deber, a los blancos por interés y a los negros por placer”.³⁹² Estas afirmaciones, a pesar de sus prejuicios y de ser demasiado genéricas, sugieren que algunas mujeres indígenas transformaron su sexualidad en un recurso. No se trata de disminuir la explotación y el constreñimiento a los que fueron sometidas, sin embargo, a medida en que fueron sometidas a esas situaciones aprendieron a conducirlas de forma tal que extrajeron de ellas algún beneficio. Las posibilidades de controlar su sexualidad no debieron ser pequeñas, pues, según el propio viajero, “se ve diariamente a blancos hacer extravagancias por las indias”.³⁹³

³⁹¹ Saint-Hilaire, *Viagem ao Rio Grande*, p.347, versión traducida nuestra. En el transcurso de su viaje, Saint-Hilaire atenúa sus juicios, llegando a notar alguna “gracia” en las indias. En palabras del autor: “No sé si el hábito de ver a las indias empieza a hacer desaparecer a mis ojos algo de su fealdad; pero me parece que hay, de hecho, entre ellas algo de agradable en su sonrisa infantil”, p. 371, traslación nuestra.

³⁹² *Ibidem*, p.431, traducción nuestra.

³⁹³ *Ibidem*, pp. 381-382, traducción nuestra.

Situaciones de este tipo son recurrentes en el relato de Saint-Hilaire, y tal vez haya sido el uso consciente que las indias hacían de su poder sexual lo que más le haya molestado. Resulta importante destacar las propias contradicciones en las apreciaciones del viajante. Las indias de misión, al demostrar la capacidad de buscar objetivos claros en sus relaciones, no podrían ser tan “tontas”, “estúpidas”, ni actuar como “animales”, pues discernían sus relaciones, calculando las ganancias que de ellas podrían provenir, tanto materiales como simbólicas. Al ser testigo de la presencia de mujeres indígenas en un campamento portugués, Saint-Hilaire expuso que la principal actividad a la cual se dedicaban era la “prostitución”, agregando además que la mayoría de los soldados portugueses mantenía a una como compañera.³⁹⁴ Es probable que esa prostitución de las indias, se tratara de una relación de trueque donde sin duda ellas vislumbraban algún beneficio. Los dividendos adquiridos con esas relaciones superaban la mera provisión de necesidades básicas, incluyendo también signos de prestigio y distinción. Así, si Maria Salomé, en el caso mencionado atrás, se sentaba en una posición de destaque en la presencia de todos los habitantes del pueblo, las indias misioneras del campamento, por su parte, aparecían muy bien vestidas.³⁹⁵ En una sociedad estamental – cabe recordar –, las vestimentas eran un indicador fundamental de la condición social de que gozaban sus miembros, y los indios e indias guaraníes no eran ajenos a esa lógica social.³⁹⁶

Las relaciones amorosas y sexuales entre las indias y los luso-brasileños molestaron a muchos, en el pasado y en el presente. En la época, viajeros, funcionarios reales y clérigos vieron en ellas el origen o la consecuencia de una serie de inconvenientes. En la actualidad, algunos autores las interpretaron como mera explotación, muchas veces basada en la coerción física de los colonizadores sobre ellas. Sin embargo, el entramado de esa coyuntura social era más complejo. Los luso-brasileños no mantenían relaciones sexuales y amorosas con las indias debido a la ausencia de mujeres blancas – como señalaron algunos – sino porque ellas les gustaban. Este aprecio especial que los portugueses sentían ciertamente concedía a las indias una nada despreciable capacidad de negociación.

³⁹⁴ Saint-Hilaire, *Viagem ao Rio Grande*, pp.276-277.

³⁹⁵ *Ibidem*.

³⁹⁶ Para la cuestión de la indumentaria como indicadora de estatus sociales diferenciados en Portugal y en la América portuguesa, ver, respectivamente, Godinho, *Estrutura da antiga*, p.80, y Lara, *Fragmentos setecentistas*, p.89.

Las milicias

Al igual que los cabildos, las milicias eran una institución antigua en los pueblos y se mantuvieron luego de la conquista, aunque con la introducción de algunas modificaciones significativas, entre ellas, ciertos privilegios otorgados a los indios que habían ayudado a los lusos en la conquista, así como el pago de sueldo a los milicianos. De acuerdo a la declaración del guaraní Ambrosio Acharía, después de la conquista de 1801 se premió a los indios de misión por su buen comportamiento durante la toma de los pueblos, formándose con ellos compañías remuneradas y cuyos oficiales eran los propios indios.³⁹⁷ Al momento de la conquista, las milicias ya no tenían la misma importancia de tiempos pasados, cuando sirvieron en varios momentos como principales ayudantes en la defensa de los intereses castellanos contra los portugueses.³⁹⁸ La organización y la relevancia de ellas habían declinado en las últimas décadas del siglo XVIII, aunque hubo tentativas de reestructurarlas al comienzo del siglo XIX.³⁹⁹ Los indios milicianos no recibían remuneración por sus servicios, a pesar de haberse formulado una propuesta en ese sentido en las misiones aún bajo dominio español en 1804.⁴⁰⁰

De esa forma, cuando los portugueses tomaron algunos de esos pueblos, aprovecharon las milicias para atraer a sus integrantes como aliados, sobre todo mediante el pago de sueldos. Esa remuneración implicaba la posesión, por parte de los milicianos, de una cantidad de dinero que, a pesar de pequeña, no les era accesible antes de la toma. Ese tipo de medida forma parte de las prácticas portuguesas desarrolladas anteriormente en otras situaciones de interacción con otros grupos nativos. El objetivo de semejante inversión por parte de los lusitanos es evidente: se encuadraba en las tentativas de

³⁹⁷ “Sumário instruido a los presos Esteban Aripury, Ambrosio Yari, Manuel, Antonio y Pedro de Mora y Pedro Antonio Rivero, que procedentes de los dominios portugueses fueron aprehendidos en campaña en las puntas del arroyo Arapey, por el teniente D. José Artigas, ayudante mayor del cuerpo de caballería de Blandengues de Montevideo, quien procedió a tomarles declaraciones de las cuales surge que fueron apresados cuando se hallaban recogiendo ganados. Queguay, paso de Pereira, junio 7 de 1804”, en *Archivo Artigas*. Montevideo, A. Monteverder, 1951, vol. II, p. 299.

³⁹⁸ Sobre la institución de las milicias en las misiones y su función en la organización de los pueblos, ver Kern, *Missões*, p. 149 y ss.

³⁹⁹ Wilde, *Antropología histórica*, p. 207 y ss.

⁴⁰⁰ Maeder, *Misiones del Paraguay*, p. 233.

atracción y manutención de los indios en sus dominios, de modo que ellos viesen más ventajas en vivir en los mismos que en tierras españolas.

¿Cuál fue, no obstante, el significado para los indios de la introducción de sueldos? En estudio sobre los ticunas contemporáneos, João Pacheco de Oliveira demostró que uno de los mayores problemas señalados por los indios en sus relaciones con los blancos era la supuesta incapacidad que estos últimos les adjudicaban en lidiar con dinero. Los blancos, que mantenían una relación de trabajo con los indios en la extracción del caucho, utilizaban esa "incapacidad" como un medio de no remunerar el servicio de los ticunas en especie y, a través de eso, inducirlos a endeudarse en las ventas cuyos dueños eran los propios patrones. Según el autor, los ticunas consideraban la acusación de incapacidad de lidiar con el dinero como un desprestigio, como una manutención de su tutela por parte de los blancos, la cual les impedía autoadministrarse, poniéndolos en una situación de dependencia con respecto a sus patrones y al resto de la sociedad.⁴⁰¹

Para el caso de los indios misioneros, es posible que se sintieran más prestigiados por los portugueses y portadores de una mayor autonomía luego de recibir sueldos. De ese modo, aunque el pago del estipendio fuera intermitente y los valores irrisorios, los indios deben haber tomado la introducción de la moneda como un cambio positivo con relación al período anterior, no sólo por la capacidad de compra proporcionada por el dinero, sino también a causa del fin del estigma según el cual los indios serían incapaces de realizar transacciones financieras sin ser engañados y perjudicados en sus intereses.

La reestructuración de las milicias por los lusos, con la promoción de los indios aliados y el pago de sueldos, buscaba la constitución de una fuerza capaz de hacer frente a las embestidas españolas. Así, algunos años después de las medidas tomadas al comienzo de la conquista, un decreto ordenó la creación de nuevos cuerpos de milicias en las misiones, compuestos sólo por indios, incluso en los puestos de oficiales.⁴⁰² Las medidas parecen haber al-

⁴⁰¹ Oliveira Filho, "O nosso governo", p. 84.

⁴⁰² "Decreto - Manda organizar um regimento de milícias guaranys a cavalo e três companhias de cavalaria miliciana, na província de Missões", en Cunha, *Legislação indigenista*, p.78; "Proposta dos oficiais guaranis para as oito companhias de 64 praças cada uma, que hão de formar o novo regimento de cavalaria miliciana guarani desta província de missões, feita pelo coronel comandante da mesma província, em conformidade das ordens do Illmo. e Exmo. Snr. Gor. e capitão general, povo de São Borja, 12 de maio de 1811", en *Revista do Arquivo Público do Rio Grande do Sul*, pp.62-65.

canzado sus objetivos, pues a pesar de las deserciones los milicianos fueron fundamentales para la manutención de los pueblos bajo el dominio portugués, no sólo porque los indios misioneros estaban satisfechos con las medidas adoptadas después de la conquista, sino también porque temían posibles reprimendas de los españoles. En la opinión del gobernador de Río Grande, João Francisco Roscio, por haber colaborado con los lusos en la conquista de 1801, los indios presentían “la buena voluntad que les tienen los españoles para vengarse y castigar la revolución del citado año pasado”.⁴⁰³

La movilidad de los indios

La toma de las misiones conllevó un aumento significativo de la presencia de los portugueses en la región de la campaña,⁴⁰⁴ los cuales empezaron a utilizar la ubicación estratégica de los pueblos para, junto a los indios, robar ganado en las tierras y estancias españolas en expediciones comunmente llamadas vaquerías. En consecuencia, la circulación de los guaraníes por la campaña se incrementó considerablemente, aunque ese movimiento ya fuera visible antes de 1801. Dicha presencia no estaba relacionada solamente a iniciativas personales o de pequeños grupos, sino que se vinculaba a incentivos otorgados por la administración portuguesa a los indios para realizar vaquerías debido a la drástica reducción de los rebaños luego de la conquista.

Para las vaquerías, muchas veces, los indios se unían a grupos de “infieles”, como eran genéricamente llamados los indios charrúas y minuanos no cristianos, aunque mantuviesen ciertos reparos con relación a ellos. En varias ocasiones, de hecho, se encontraron junto a los “infieles” a mando de los portugueses o de sus propios líderes.⁴⁰⁵ Fue ese el caso del Antonio Araujo, aprisionado por el ayudante de blandengues José Artigas en agosto de 1804. Los blandengues, bajo el mando de Artigas, sorprendieron a un grupo de

⁴⁰³ “Carta do governador Francisco João Roscio para o comandante Joaquim Felix da Fonseca, Porto Alegre, 30 de dezembro de 1802”, ANRJ, cód.104, vol.14, fl.4v.

⁴⁰⁴ Término empleado para designar la región no ocupada efectivamente por los imperios ibéricos, pero de constante tránsito y actividades económicas por parte de súbditos de ambas coronas, como también de intensa relación de los mismos con los grupos indígenas.

⁴⁰⁵ Si la conquista de las misiones, en un primero momento, intensificó la relación de los charrúas y minuanos con los pueblos, ese acercamiento dejó pronto de ser visto con buenos ojos por parte de la administración portuguesa, pues se transformó en un subterfugio utilizado por los españoles para entrar en los dominios recién conquistados, con el pretexto de aprisionarlos.

“infieles” haciendo vaquerías y decidieron atacarlos, capturando a algunos prisioneros, entre ellos a Antonio. Tras haberse identificado como natural del pueblo de São Luis, fue sometido a un interrogatorio cuyo objetivo era aclarar los motivos de su presencia en la región. Una de la preguntas planteadas era la de por qué siendo un indio cristiano estaba practicando “robos” junto a los “infieles”. De acuerdo a su respuesta, allí estaba por haber sido mandado por el capitán de la vaquería, también habitante de São Luis.⁴⁰⁶

Es corriente pensar que las vaquerías eran conducidas conjuntamente por los gauchos, por los indios infieles y por los portugueses. Los últimos, de acuerdo a lo expuesto, después de la conquista de las misiones, tanto geográfica como socialmente, quedaron en una posición privilegiada para eso, pues podían contar con el apoyo de los indios de los pueblos de misión en las actividades pecuarias. La historiografía interpreta usualmente este tipo de actividad como una explotación de los indios perpetrada por los portugueses, pues los primeros recibirían ventajas irrisorias por su trabajo, aprovechándose, los segundos, de su condición “socialmente inferior”.

Desde una perspectiva histórica luso-brasileña, ese tipo de interpretación puede ser procedente, pues los “blancos” buscaban, sin duda, aprovecharse de las condiciones existentes en beneficio propio, entre ellas, la habilidad de los indios en el manejo de los rebaños, conocimiento de la región, disponibilidad para tales actividades y el bajo costo de su trabajo. Los indios, probablemente, evaluarían su participación en estas actividades desde otro punto de vista: las recompensas recibidas por el trabajo en las vaquerías podrían ser irrisorias para los luso-brasileños, pero quizás no para los indios misioneros.

Esas recompensas probablemente no eran meramente concedidas por los luso-brasileños, sino el resultado de negociaciones, y con ellas, según algunos indicios, muchos indios lograron ampliar su capacidad de manejo respecto a los portugueses. Algunas vaquerías organizadas en las misiones eran realmente mixtas, compuestas por indios, portugueses, negros y mestizos y, a veces, también por personas oriundas del imperio español; otras, tan sólo por indios. Fue el caso de un grupo de más de sesenta indios misioneros naturales de São Borja, que fueron sorprendidos también por José Artigas

⁴⁰⁶ “Do governador de Montevideú, Pascoal Ruiz Huidobro, ao vice-rei do Rio de Prata, marquês de Sobremonte, com cópia de um officio de José Artigas. Montevideo, agosto 15 de 1804”, en *Archivo Artigas*, p.333.

en octubre de 1804.⁴⁰⁷ Por la lista de los nombres y “clases” de los prisioneros, queda en evidencia que la vaquería no era un grupo desordenado; por el contrario, estaba organizada de acuerdo a la jerarquía misionera: un alcalde, un maestro de campo, un secretario, un fiscal, un cacique, dos baqueanos y un capitán chico.⁴⁰⁸ ¿La licencia para conducir su propia vaquería sería un privilegio de los indios más “amigos y colaboradores” de los portugueses? Es posible, pues debería reflejar una mayor capacidad negociadora de su líder con los lusos para presentarse como un aliado que no representaba peligro y en quien se pudiera confiar.

Además de pasar a circular más asiduamente en la región de la campaña, muchos indios también abandonaron los siete pueblos, contribuyendo a su disminución demográfica. Parte significativa de esos migrantes se dirigió a la villa de Río Pardo y sus alrededores. Ese desplazamiento no fue aleatorio sino relacionado a los incentivos ofrecidos por los portugueses, quienes les concedieron permiso a los que desearan pasar a Río Pardo “a su negocio y a establecerse con sus familias, a aquellos a quienes eso les convenga”.⁴⁰⁹ En las proximidades de dicha villa había una aldea de guaraníes formada por ocasión de las tentativas de demarcación del tratado de Madrid, cuando cerca de tres mil indios dejaron las misiones y siguieron a los portugueses en su retirada de la región. La aldea se llamaba São Nicolau, en referencia al pueblo oriental del mismo nombre, pues entre los migrantes se contaba un número significativo de nicolaítas. Así, los indios no sólo podrían establecer “su negocio” en Río Pardo, sino que probablemente contarían con la ayuda de sus parientes o piasanos allí congregados.

Desde la perspectiva de la corona portuguesa, este tipo de incentivo debe comprenderse a partir de las políticas de atracción y de fijación de los indios en los dominios del rey fidelísimo. Los lusitanos, al menos diplomáticamente, manejaban la posibilidad de devolver los pueblos, pero pretendían

⁴⁰⁷ “Do governador de Montevidéu, Pascoal Ruiz Huidobro, ao vice-rei do Rio da Prata, marquês de Sobremonte. Buenos Aires, octubre 20 de 1804”, en *Archivo Artigas*, p.376 y ss.

⁴⁰⁸ “Relación de los nombres y apellidos de los indios del pueblo de Sn. Borxa, que há aprehendido haciendo vaqueria en el Arroyo Quarey el ayudante-mayor del cuerpo de blandengues de la frontera de Montevideo, Dn Josef Artigas, y conduce a disposición del Sor. gobernador de la plaza de Montevideo, el alférez de milicias de caballeria de dicha ciudad, dn. Biviano Durán, Puntas de Arerungá, 30 de septre. de 1804”, en *Archivo Artigas*, p.380.

⁴⁰⁹ “Carta do governador do Rio Grande, Paulo José da Silva Gama, ao major comandante dos povos de Missões, Joaquim Félix da Fonseca, Porto Alegre, 15 de março de 1803”, ANRJ – cód.104, vol.14, fl.79v.

mantener el mayor número de indios misioneros como vasallos suyos. Esta medida parece haber sonado atractiva a los indios, y puede considerarse como una de las mayores razones de vaciamiento de los pueblos, pues una gran parte de sus habitantes se estaba dirigiendo en masa hacia Río Pardo.⁴¹⁰ En ese momento, la posibilidad de establecerse en una población distinta, se empataba con las expectativas de muchos indios misioneros. En 1800, el marqués de Avilés había liberado, a través de un decreto, a una parte de los guaraníes del régimen de comunidad. En esa ocasión, muchos indios intentaron, a partir de ciertos medios, inmiscuirse entre los liberados, dejando entrever que esta nueva condición les parecía promisorio.⁴¹¹ Luego de la toma de los pueblos, los lusitanos mantuvieron el régimen de comunidad en ellos, además de ofrecer a sus indios la posibilidad de ir a Río Pardo y allí establecerse. Los indios deben haber tomado la oferta como una manera de escapar del régimen de comunidad y de vivir en una villa portuguesa en donde poder realizar otro tipo de actividades. Fuentes de la época y también de mediados del siglo XIX, informan que los indios ejercían diversos oficios en varias villas de Río Grande, como los de zapatero, carpintero, pintor, así como también actividades musicales, en las cuales se destacaban en la región.⁴¹² El viajante Nicolau Dreys elogió lo que denominó “disposición innata para la música” de parte de los guaraníes, citando el caso de un indio que tocaba violín, solicitado a menudo para animar los “bailes de la alta sociedad en Río Grande”.⁴¹³

Las medidas portuguesas, además de tener como objetivo mantener a los indios de los siete pueblos orientales en tierras portuguesas, también buscaban atraer a los demás habitantes de las misiones bajo dominio español. Para esto, la política portuguesa, a comienzos del siglo XIX, era aún la misma instaurada desde la década de 1750, consistiendo en ofrecer a los indios misioneros el mejor trato posible, a fin de que eso sirviera como incentivo a la migración de los que permanecían en los dominios españoles. Si se da crédito a las protestas de los castellanos, las estrategias surtían el efecto deseado por los lusitanos, pues los habitantes de las misiones optaban continuamente por dirigirse al territorio portugués. En el *Informe sobre el gobierno y libertad de los indios guaraníes y tapes de la provincia del Paraguay*, una de las principales

⁴¹⁰ Maeder, *Misiones del Paraguay*, p.271.

⁴¹¹ Wilde, *Antropología histórica*, p.157 y ss.

⁴¹² Langer, *Os guarani-missioneiros*, p.222-223.

⁴¹³ Dreys, *Notícia descritiva*, p. 75, traducción nuestra.

preocupaciones demostrada por Felix de Azara era encontrar mecanismos para evitar las fugas de los indios a las tierras de Portugal y, de esa forma, ahuyentar la posibilidad, para él inminente, de que los otros veintitrés pueblos se pasaran para el “lado” de los lusitanos, tal como lo habían hecho recientemente los siete pueblos orientales. Según Azara:

que hallándose en el día los portugueses con muchas fuerzas muy inmediatas a los pueblos de que se trata, principalmente a los de misiones guaraníes del Paraná y Uruguay, *nada les es mas fácil que apoderarse de ellos convidados de los mismos indios*, quienes estando tan vejados y tan oprimidos como están, tienen el mayor interés en entregarse a cualquiera que se presente, sabiendo, que sea la que fuere su suerte, no podrá ser peor que la esclavitud que sufren. Una triste experiencia de esto, tenemos en los siete pueblos orientales al río Uruguay, que poco ha llamaron a sólo 23 portugueses, y se les entregaron llenos de júbilo.⁴¹⁴

El proyecto de Azara de extinguir definitivamente el régimen de comunidad y, por consiguiente, eximir a los indios de sus obligaciones colectivas, buscaba satisfacer a los indios misioneros y con ello disminuir la posibilidad de elegir “entregar” sus pueblos a los portugueses e impedir que los mismos abandonasen las misiones y huyesen a los dominios de Portugal, pues en Brasil “los solicitan y son bien recibidos”.⁴¹⁵ De acuerdo a estas informaciones, se puede concluir que muchos indios estaban encontrando en las propuestas de los lusitanos respuestas a sus expectativas. Si se da crédito a Azara y se cotejan sus inquietudes con las opiniones sobre las consecuencias consideradas nocivas de la conquista de los pueblos en 1801, si la situación en las misiones conquistadas era tan periclitante como la mostrada por los cronistas y por la historiografía, resta la siguiente interrogante: ¿por qué los indios de los demás pueblos seguían buscando los dominios portugueses a tal grado que suscitaba tamañas preocupaciones en el gobierno español?

⁴¹⁴ Azara, “Informe sobre el gobierno”, p.247, cursivas nuestras.

⁴¹⁵ *Ibidem*, p. 251.

Conclusiones

La conquista de las misiones, de acuerdo a lo expuesto en este artículo, lejos de caracterizarse como una situación episódica, se encuadraba en las estrategias portuguesas de atracción de los indios implantadas desde 1750 y vigentes hasta las primeras décadas del siglo XIX. Luego de 1801, los portugueses pensaron en devolver los pueblos a cambio de los territorios perdidos en el reino como consecuencia de la guerra de las Naranjas. Aun ante esta posibilidad, no perdían de vista la disputa por los vasallos, sugiriendo a la corte de Madrid que en caso de devolución de las misiones, concediera un indulto a los indios que optasen por permanecer en los dominios lusitanos.⁴¹⁶ A los guaraníes interesados en emigrar a las tierras lusas y permanecer en ellas, la corona portuguesa les aseguraba buen trato, que no sufrirían mayores dificultades y asistencia en lo necesario para su supervivencia.⁴¹⁷

Después de la conquista, se estableció una administración portuguesa en los pueblos de misión, que fue vista por éstos como una oportunidad por los indios que allí vivían y, especialmente, por los que ayudaron a los lusitanos en la conquista y la gestión de las misiones. De igual forma que en otros momentos – como durante algunas situaciones desencadenadas por las tentativas de demarcación del tratado de Madrid –, muchos indios misioneros se aliaron a los portugueses y, los que así procedieron, recibieron recompensas y distinciones durante la vigencia de la nueva administración. Las eventuales ventajas, no obstante, variaban de acuerdo al contexto, no deben, por eso, ser tomadas como absolutas, sino a partir de sus significados en las situaciones reales vividas por los indios.

En el caso de los habitantes de los siete pueblos, sin duda la participación en la conquista a favor de los portugueses les posibilitaba la búsqueda

⁴¹⁶ “Escrito do [secretário de estado da marinha e ultramar], visconde de Anadia, [João Rodrigues de Sá e Melo Meneses e Souto Maior], ao [secretário de estado do Reino e Mercês], visconde de Balsemão, [Luís Pinto de Sousa Coutinho], comunicando que, para o caso de alguns índios dos sete povos das missões passarem para o lado português, que fosse solicitado à corte de Madrid, uma ampla anistia a favor destes índios, 1803, novembro 3, Lisboa”, Archivo Histórico Ultramarino, Brasil-Límites, exp. 4, d. 279.

⁴¹⁷ “Aviso do [secretário de estado da marinha e ultramar], visconde de Anadia, [João Rodrigues de Sá e Melo Meneses], ao [vice-rei do estado do Brasil], D. Fernando José de Portugal e Castro, ordenando que se algum índio ou vassalo espanhol passasse para o lado português, quando da restituição dos terrenos aos espanhóis, que fosse bem acolhido e tratado com bondade e que recebesse da fazenda real o necessário para a sua subsistência, Mafrá, 4 de novembro de 1803”. AHU, Brasil-Límites, exp. 4, d. 281.

da de garantías para la manutención de sus derechos amenazados con la administración española de los pueblos. Propiciaba además la obtención de oportunidades individuales a través del establecimiento de relaciones de reciprocidad con los lusos. Así, los que se presentaron como aliados mantuvieron su puesto en los cabildos, recibieron sueldos en las milicias y gozaron de una mayor autonomía para ir y venir de sus pueblos. Según los indicios encontrados en las fuentes muchos indios e indias supieron inmiscuirse en los espacios ofrecidos por la nueva administración haciendo convergir sus intereses con la misma.

Debido a una conjunción de factores, como la falta de condiciones militares de los castellanos, cuestiones diplomáticas relacionadas a la frágil situación europea, y la capacidad lusitana en mantener la posesión de los pueblos anexados – incluyéndose la habilidad en las negociaciones con los indios –, las misiones permanecieron como dominio del rey fidelísimo, sin mayores amenazas hasta el comienzo de la década de 1810.

En el proceso de independencia de la región, empero, los pueblos estuvieron en el foco de algunos proyectos, sobre todo el de José Artigas, y fueron objeto de conflictos entre los intereses luso-brasileños y los rioplatenses. En ese momento, las divisiones internas de los indios nuevamente florecieron. Una parte de los habitantes de los siete pueblos (incluso algunos de los integrantes de las milicias formadas por los lusos en 1811), se adhirieron a los proyectos de Artigas y enfrentaron a los intereses portugueses en la región. Otros, sin embargo, siguieron junto a los últimos y combatieron de su lado. Una vez derrotadas las tropas artiguistas, varios indios se dirigieron a los lusitanos solicitando “abrigo y amistad”. Éstos, a su vez, mantenían su antigua política de atracción de las poblaciones indígenas, buscando demostrar su “benignidad” mediante actitudes indulgentes con relación a las mismas. En cierta ocasión, indios músicos establecidos en un campamento portugués estaban en una taberna consumiendo bebidas alcohólicas y, ya embriagados, entonaron un canto en honor a Artigas. El comandante portugués, en vez de considerar la actitud una ofensa o provocación, prefirió ignorarla. En otra situación, un guaraní, también después de abusar del consumo de bebidas etílicas, mató a su propio hijo y después pidió perdón por su acto, no recibiendo castigo alguno por parte de los lusitanos.⁴¹⁸ Estas acciones fueron bien

⁴¹⁸ *Ibidem*, p. 278.

comprendidas por Saint-Hilaire. Al ser testigo de los casos narrados, el viajante comentó: "forma parte de la política de los portugueses tratar bien a los de Entre Ríos que vinieron a refugiarse entre ellos; es la forma de hacerse bien visto en esta provincia".⁴¹⁹ La relación de los misioneros con los portugueses durante el proceso de independencia de la región, no obstante, debe aún ser objeto de un estudio pormenorizado, que analice si y cómo los primeros buscaron ayuda en los segundos, y percibieron, también en ese contexto, a los dominios luso-brasileños como un posible refugio.

Por ahora, es suficiente anotar la desproporción entre las interpretaciones de los viajeros y de los funcionarios reales, acerca de la realidad de las misiones, y las experiencias de los indios que allí vivían. La situación instaurada luego de la conquista portuguesa no se distinguía por la desagregación social señalada por aquellos, sino por reajustes caracterizados por la construcción de relaciones entre los involucrados, donde los misioneros buscaban contemplar sus intereses. Si muchos indios perdieron con la nueva gestión establecida, ciertamente otros ganaron. A fin de cuentas, tanto la conquista como la manutención de los pueblos sólo fueron posibles por la colaboración de sus habitantes. Por otro lado, tampoco la situación en los dominios portugueses fue tan cruel como lo apuntaban estas fuentes. Si así hubiera sucedido, la migración en dirección a los mismos no hubiese sido una de las preocupaciones centrales de los administradores españoles.

FUENTES

Archivos

- ANRJ – Arquivo Nacional, Rio de Janeiro
- AHU – Arquivo Histórico Ultramarino, Lisboa
- BNRJ – Biblioteca Nacional, Rio de Janeiro

Libros

- Archivo Artigas*, Montevideo, A. Monteverder, 1951, vol. II.

⁴¹⁹ *Ibidem*, traducción nuestra.

- Avé-Lallemant, Robert, *Viagem pela província do Rio Grande do Sul*, Belo Horizonte, Itatiaia, São Paulo, Ed. da USP, 1980 [1858].
- Baguet, Alexandre, *Viagem ao Rio Grande do Sul*, Santa Cruz do Sul/RS, Ed. da Unisc, Florianópolis, Paraula, 1997 [1874].
- Bracco, Diego, *Charrúas, guenoas y guaraníes. Interacción y destrucción: indígenas en el Río de la Plata*, Montevideo, Linardi y Risso, 2004.
- Cesar, Guilhermino, *História do Rio Grande do Sul*, Porto Alegre, Globo, 1980 [1970].
- Cunha, Manuela Carneiro da, *Legislação indigenista no século XIX: uma compilação (1808-1889)*, São Paulo, USP, Comissão Pró-Índio, c.1992.
- Dreys, Nicolau, *Notícia descritiva da província do Rio Grande de São Pedro do Sul*, Porto Alegre, Nova Dimensão/EDIPUCRS, 1990 [1839].
- Farage, Nádia, *As muralhas dos sertões: os povos indígenas no Rio Branco e a colonização*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, ANPOCS, 1991.
- Ganson, Bárbara, *The Guaraní under Spanish rule in Río de la Plata*, Stanford, Stanford University Press, 2003.
- Gay, João Pedro, *História da república jesuítica do Paraguai desde o descobrimento do rio da Prata até nossos dias, ano de 1861*, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1942 [1863].
- Godinho, Vitorino Magalhães, *Estrutura da antiga sociedade portuguesa*, Lisboa, Arcádia, 1975.
- Hernández, Pablo, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, Barcelona, G. Gili, 1913.
- Isabelle, Arsène, *Viagem ao Rio Grande do Sul, 1833-1834*, Porto Alegre, Martins Livreiro, 1983.
- Kern, Arno Alvarez, *Missões: uma utopia política*, Porto Alegre, Mercado Aberto, 1982.
- Langer, Protasio Paulo, *Os guarani-missioneiros e o colonialismo luso no Brasil Meridional*, Porto Alegre, Martins Livreiro-Editor, 2005.
- Lara, Silvia Hunold, *Fragmentos setecentistas: escravidão, cultura e poder na América portuguesa*, São Paulo, Companhia das Letras, 2007.
- Lugon, Clovis, *A República "comunista" cristã dos guaranis: 1610-1768*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1977 [1949].
- Maeder, Ernesto, *Misiones del Paraguay: conflicto y disolución de la sociedad guaraní*, Madrid, MAPFRE, 1992.
- Meliá, Bartolomeu, *La lengua guaraní del Paraguay: Historia, sociedad y literatura*, Madrid, MAPFRE, 1992.
- Oliveira Filho, João Pacheco de, *"O nosso governo": os Ticuna e o regime tutelar*, São Paulo, Marco Zero, Brasília, MCT/CNPq, 1988.

- Pinheiro, José Feliciano Fernandes, visconde de São Leopoldo, *Anais da Província de São Pedro*, Petrópolis, Vozes, Brasília, INL, 1978 [1839].
- Porto, Aurélio, *História das Missões Orientais do Uruguai*, Rio de Janeiro, Ministério da Educação e Saúde, 1943.
- Russell-Wood, A.J.R., *Um mundo em movimento: os portugueses na África, Ásia e América, (1415-1808)*, Lisboa, DIFEL, 1998.
- Saint-Hilaire, Auguste de, *Viagem ao Rio Grande do Sul, 1820-1821*, Brasília, Senado Federal, Conselho Editorial, 2002.

Capítulos de libro

- Almeida, Maria Regina Celestino de, "Índios, missionários e políticos: discursos e atuações político-culturais no Rio de Janeiro oitocentista", en Soihet, Raquel, Bicalho, Maria Fernanda & Gouvêa, Maria de Fátima (Coord.), *Culturas políticas; ensaios de história cultural, história política e ensino de história*, Rio de Janeiro, Mauad, 2005, pp.235-258.
- Azara, Felix, "Informe sobre el gobierno y libertad de los indios guaraníes y tapes de la provincia del Paraguay", en *Memoria sobre el estado rural del Rio de la Plata y otros informes*, Buenos Aires, Bajel, 1943 [c. 1801 – 1806], p.244-261.
- Hill, Jonathan, "Introduction", en *History, Power and Identity: ethnogenesis in the America, 1492-1992*, Iowa City, University of Iowa Press, 1996, pp.1-19.
- Poloni-Simard, Jacques, "Redes y mestizaje: propuestas para el análisis de la sociedad colonial", en Boccara, Guillaume & Galindo, Sylvia (Ed.), *Lógica Mestiza en América*, Temuco, Chile, Instituto de Estudios Indígenas, 1999, pp.113-137.
- Sider, Gerald, "Identity as History. Ethnohistory, Ethnogenesis and Ethnocide in the Southeastern United States", *Identities Global Studies in Culture and Power*, New Hampshire, vol.1, 1994, pp.109-122.

Artículos en publicación periódica

- Rodríguez, Pablo, "Testamentos de indígenas americanos, siglos XVI-XVII", *Revista de História*, São Paulo, Humanitas/FFLCH-USP, 2006, (Dossiê: História dos Índios), (154), pp. 15-35.
- Silva, Thomaz da Costa Corrêa Rabello e, "Memória sobre a província de Missões", en *RIHGB*, Rio de Janeiro, O Instituto, 2º trimestre de 1840, t. II, n.6, pp. 159-162.

Wilde, Guillermo, “¿Segregación o asimilación? La política indiana en América meridional a fines del período colonial”, *Revista de Indias*, Madrid, CSIC, 1999, vol. LIX, n. 217, pp. 619-643.

Revista do Archivo Público do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Oficinas Graphicas, outubro de 1921, vol. IV.

Tesis

Carvalho Júnior, Almir Diniz de, *Índios cristãos: a conversão dos gentios na Amazônia portuguesa (1653-1769)*, Tese de Doutorado apresentada ao programa de Pós-graduação em História da Universidade Estadual de Campinas. Campinas, SP, 2005.

Faria, Sheila de Castro, “*Sinhás pretas, damas mercadoras*”. *As pretas minas nas cidades do Rio de Janeiro e de São João Del Rei (1700-1850)*, Tese apresentada ao Departamento de História da Universidade Federal Fluminense no Concurso para Professor Titular em História do Brasil, Niterói, RJ, 2004.

Garcia, Elisa Frühauf, *As diversas formas de ser índio: políticas indígenas e políticas indigenistas no extremo sul da América portuguesa*, Tese de Doutorado apresentada ao Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal Fluminense, Niterói, RJ, 2007.

Meuwese, Marcus, ‘*For the Peace and Well-being of the Country*’: *Intercultural Mediators and Dutch-Indian Relations in New Netherland and Dutch Brazil, 1600-1664*, Tese de PhD em História, Universidade de Notre Dame, EUA, 2003.

Resende, Maria Leônia Chaves de, *Gentios brasílicos. Índios coloniais em Minas Gerais setecentista*, Tese de Doutorado apresentada ao programa de Pós-graduação em História da Universidade Estadual de Campinas, Campinas, SP, 2003.

Souza, José Otávio Catafesto de, *Aos “fantasmas das brechas”: Etnografia, invisibilidade e etnicidade de alteridades originárias no sul do Brasil (Rio Grande do Sul)*, Tese de Doutorado apresentada ao programa de Pós-graduação em Antropologia da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 1998.

Wilde, Guillermo, *Antropología histórica del liderazgo guaraní misionero (1750-1850)*, Tesis de doctorado presentada en la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2003.

Fuentes electrónicas

DOBLAS, Gonzalo, "Memoria histórica, geográfica, política y económica sobre la provincia de Misiones de indios guaraníes" [1785], Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Edição digital a partir de Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de la Plata*, tomo III, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836. [<http://www.cervantesvirtual.com/index.shtml>. Fecha de consulta: 10 de mayo de 2005].

POLÍTICAS INDÍGENAS Y POLÍTICAS INDIGENISTAS EN TIEMPOS DE LA CORTE PORTUGUESA EN RÍO DE JANEIRO⁴²⁰

Maria Regina Celestino de Almeida

Universidade Federal Fluminense

Introducción

La llegada de la corte portuguesa a Brasil, en marzo de 1808, acarreó cambios significativos para la sociedad colonial, y sobre todo para la ciudad de Río de Janeiro, que se volvería la sede del imperio portugués. El impacto de este evento en los numerosos y distintos grupos indígenas de la América portuguesa fue diverso. Dos meses después de su llegada, don João, príncipe regente de Portugal, firmó la carta regia que decretaba la guerra justa contra los *botocudos*.⁴²¹ La medida fue extendida a los *kaingang*s en noviembre del mismo año, con lo cual se retomó de manera oficial una antigua práctica que, de hecho, nunca había dejado ejercerse: combatir a los indios que ofrecieran resistencia a la invasión de sus tierras y al dominio portugués, reduciéndolos a la condición de esclavos legítimos.⁴²²

En cambio, a los indios sedentarios, habitantes de las antiguas aldeas coloniales y que mantenían desde siglos atrás intensos contactos con los co-

⁴²⁰ Traducción al español de Sara Ortelli.

⁴²¹ “Carta regia al gobernador y capitán general de la capitanía de Minas Gerais sobre la guerra a los indios botocudos. 13/05/1808”, en Carneiro da Cunha, *Legislação Indigenista*, pp. 57-61.

⁴²² Hal Langfur observa que la carta regia vino sólo a sancionar una situación de guerra contra los indios botocudos que ya se hacía en los sertões de Minas Gerais. Langfur, “The Uncertain Refugee”; sobre los indios botocudos ver Mattos, *Civilização e Revolta* y sobre los kaingang, Mota, *As Colônias Indígenas no Paraná Provincial*.

lunizadores, la llegada de la corte no les acarreó cambios tan acentuados. Para ellos, la política indigenista prácticamente no se alteró, aunque sí resultaron bastante afectados por el mayor desarrollo económico de la capitania, que determinó un incremento de los conflictos en torno a sus tierras. Estos indios se habían incorporado desde generaciones atrás a una cultura política que valoraba los acuerdos y las negociaciones con las autoridades y con el propio rey, y se mantenían en las aldeas reivindicando sus derechos, tal como lo habían hecho en períodos anteriores.⁴²³ Así, el establecimiento de la corte en Río de Janeiro significó la posibilidad de reivindicar sus derechos directamente con el rey, que a su vez los recibió con la debida atención, cumpliendo como era de esperar, su papel de monarca justiciero, preocupado por el bienestar de sus vasallos indígenas. Existen relatos de indios que salieron de sus regiones em dirección a Río de Janeiro para presentar al rey sus reivindicaciones. Si bien esa práctica fue mucho más frecuente en el período imperial, también tuvo lugar durante la época de don João. En 1811 “el principal del pueblo de São Gonçalo, en Piauí, fue a Río de Janeiro a presentar personalmente su queja al príncipe regente, que después de escucharlo y atenderlo, lo colmó de honras y regalos”.⁴²⁴

En suma, no hay que generalizar los efectos de la llegada de la corte a Brasil sobre las poblaciones indígenas. Si el príncipe regente decretó la guerra contra algunos indios, procuró beneficiar a otros, y en ese sentido su política no fue diferente de la que venía siendo practicada desde los inicios de la colonización. Las grandes diferencias regionales en cuanto a los niveles de inserción de los indios en el mundo colonial y sus relaciones con los colonizadores, constituyeron siempre un serio obstáculo para el establecimiento y la aplicación de legislaciones generales para el conjunto de las poblaciones indígenas de la América portuguesa. Entre los siglos XVI y XIX la política indigenista de la corona raras veces tuvo un carácter general, y cuando eso ocurrió las adaptaciones fueron inevitables para atender de mejor forma las condiciones y necesidades regionales, así como las características y formas en que los indios respondían a esas políticas.⁴²⁵ La política indigenista del príncipe regente no fue la excepción. Su ambigüedad refleja las diferentes situa-

⁴²³ Sobre esto ver Almeida, “Índios, Missionários e Políticos”, pp. 235-255.

⁴²⁴ Mott, *Piauí colonial: população, economia e sociedade*, p.121; Dantas, Sampaio, y Carvalho, “Os Povos Indígenas no Nordeste Brasileiro”, p. 451.

⁴²⁵ Sobre la política indigenista del período colonial ver Perrone-Moisés, “Índios Livres e Índios Escravos”, y Beozzo, *Leis e Regimentos das Missões*.

ciones de las poblaciones indígenas en la América portuguesa y las diferentes formas como éstas reaccionaban a los contactos con los colonizadores y a las políticas para ellas trazadas.

En 1809, probablemente justificándose por la guerra justa declarada a los *kaingangs*, habitantes de Guarapuava, una declaración del propio príncipe pone en evidencia esa ambigüedad:

No está de acuerdo a mis principios religiosos y políticos el querer establecer mi autoridad en los campos de Guarapuava y su territorio adyacente por medio de la mortandad y crueldad hacia los indios, extirpando sus razas; antes bien, deseo avanzar por medio de la religión y la civilización para que no permanezcan en desiertos tan dilatados e inmensos, y únicamente deseo usar la fuerza con los que ofenden a los vasallos y se resisten a los blandos medios de la civilización que les mando ofrecer".⁴²⁶

Las diversas situaciones de los grupos indígenas determinaban, por lo tanto, distintos procedimientos, y esas circunstancias se podían presentar en regiones muy próximas y con contactos intensos entre ellas, como ocurrió en el interior de la propia capitanía de Río de Janeiro. A principios del siglo XIX, indios asentados en aldeas e indios considerados "salvajes" componían las poblaciones indígenas de la capitanía; se relacionaban intensamente entre sí y con otros segmentos de la sociedad colonial, habiendo sido blanco y agentes de políticas indigenistas e indígenas, cuyas prácticas y estrategias eran variadas.

El objetivo de este trabajo es reflexionar sobre esas políticas, procurando *percibir las posibles influencias que la presencia de la corte ejerció sobre ellas*, tomando como ejemplo principal la aldea de Valença, fundada a principios del siglo XIX con indios *coroados*, que hasta ese momento eran considerados bravos.⁴²⁷ En las primeras décadas de dicha centuria, esos indios enfrentaron conflictos por tierras que fueron resueltos por un reglamento favorable de don João VI.⁴²⁸

⁴²⁶ Carneiro da Cunha, "Política Indigenista no Século XIX", p.152. El documento es del primero de abril de 1809.

⁴²⁷ Para un estudio detallado sobre ese pueblo ver Lemos, *O Índios virou pó de café?*

⁴²⁸ "Decreto de 26 de marzo de 1819", en Silva, J. Norberto de Souza, *Memória Histórica e Documentada*, pp.538-539.

En atención a las solicitudes de los indios, el rey rubricó ese reglamento que anulaba concesiones de *sesmarias*⁴²⁹ en tierras de aldea, reafirmando el principio de que eran inalienables y no podían ser consideradas como *devolutas*.⁴³⁰ El contenido de las solicitudes, las alianzas y las situaciones políticas de los indios de Valença parecen asemejarse, en parte, a las de sus pares de aldeas más antiguas que en esa misma época también enfrentaban problemas por usurpación de tierras y recurrían a la justicia del rey.⁴³¹ Se pretende, pues, reflexionar sobre esos conflictos por tierras en la aldea de Valença, tomando en cuenta la política indigenista vigente, con sus matices regionales, y las políticas indígenas de los diferentes grupos en contacto. Comportamientos y alianzas aparentemente ambiguos y contradictorios de los distintos agentes sociales, surgen a través del cruce de diferentes tipos de fuentes que apoyan las reflexiones aquí desarrolladas, tales como las solicitudes de indios, la correspondencia entre autoridades, la legislación y los relatos de viajeros.

Política indigenista e indígena en la capitanía de Río de Janeiro

A comienzos del siglo XIX, la política indigenista de la América portuguesa aún era pauta, en gran medida, por las leyes del directorio de indios,⁴³² legislación establecida en el contexto de las reformas pombalinas,⁴³³ cuyo objetivo era promover la asimilación de los indios al imperio portugués, terminando con las distinciones entre ellos y los demás vasallos del rey, y transformando sus aldeas en villas y feligresías portuguesas. A pesar de que el directorio había sido oficialmente abolido por la carta regia de 1798, continuó de parámetro oficial en varias regiones incluida la capitanía de Río de Janeiro.⁴³⁴ Las adaptaciones regionales fueron hechas y la aplicación de la ley varió conforme a las diferentes zonas, a las situaciones locales y a las diversas carac-

⁴²⁹ Las *sesmarias* eran lotes de tierra de tamaño variable que la corona portuguesa concedía a los pobladores. Nota de la traductora.

⁴³⁰ Tierras desocupadas, deshabitadas o aquellas que se devolvían a su señor original, el rey, que podía concederlas a otros vasallos. Nota de la traductora.

⁴³¹ Almeida, "Política Indigenista e Etnicidade".

⁴³² "Directorio que se debe observar en las provocaciones de los indios de Pará y Maranhão, en tanto su majestad no mande lo contrario", en Almeida, *O Diretório dos Índios*.

⁴³³ Sobre la aplicación de la política pombalina en diferentes regiones de la América portuguesa ver Medeiros, "Política Indigenista", García, *As Diversas Formas de ser Índio*, y Domingues, *Quando os índios eram vassalos*.

⁴³⁴ Sobre esto ver Cunha, *Legislação Indigenista no Século XIX*.

terísticas de las poblaciones indígenas con las cuales lidiaban las autoridades. En algunas regiones se efectuaban *descimentos*⁴³⁵ y se establecían nuevas aldeas, en otras se desencadenaban guerras, y en áreas de colonización más antigua se pregonaba el fin de las aldeas, con el argumento de que los indios ya estaban civilizados y mestizados. Guerras violentas de exterminio, fundación de nuevos poblados y extinción de los antiguos fueron, por lo tanto, prácticas que coexistieron y se sucedieron, desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta los inicios de siglo XIX, período durante el cual la política indigenista mantuvo y acentuó el carácter asimilacionista lanzado por Pombal.⁴³⁶

El papel esencial de garantizar la soberanía de las posesiones de ultramar, sería particularmente acentuado en la coyuntura aquí abordada. A mediados del siglo XVIII las coronas ibéricas se enfrentaban en disputas diplomáticas y bélicas por la demarcación de las fronteras en sus colonias, y los indios tuvieron en ese proceso un papel fundamental. Considerados por la propia documentación como “murallas del *sertão*”, eran disputados por los monarcas ibéricos por su condición de súbditos, tanto en el norte como en el sur del territorio.⁴³⁷ Finalizado el siglo XVIII y abolido el directorio, esas contiendas se extendieron a las primeras décadas de la siguiente centuria y con ellas se mantendrían, también, las preocupaciones de la corona por atraer a los indios como vasallos fieles que garantizaran la soberanía de esos territorios distantes. La Instrucción enviada por el príncipe regente al gobernador general de Rio Grande en 1807, un año antes de trasladarse a la colonia y de declarar la ya citada guerra justa a los *botocudos* y los *kaingangs*, ilustra esto:

Recomiendo a vuestra consideración no sólo a los indios de las dos aldeas de São Lourenço y de Nossa Senhora dos Anjos, ya formadas en aquel gobierno, más la reducción y unión de los demás que puedan establecerse, conservándoles las tierras, ya distribuidas, y dándoles a los que carezcan, usando con ellos los medios de moderación y dulzura (...) Haréis lo mismo con los siete pueblos, o misiones españolas, que se

⁴³⁵ Expediciones realizadas en el interior del territorio con el objetivo de capturar indios para esclavizarlos. Nota de la traductora.

⁴³⁶ Sobre la política indigenista en el siglo XIX ver Cunha, *Legislação Indigenista no Século XIX*.

⁴³⁷ Sobre la región norte, donde eran llamados “murallas do sertão”, ver Faraje, *As Murallas do Sertão*, y Domingues, *Quando os índios eram vassallos*; sobre la región sur ver Garcia, *As Diversas Formas de ser Índio*.

unirán al mismo gobierno, en cuanto ellas permanezcan. Estoy informado de que el cacique Gaspar con su pueblo vendrá a ampararse y dedicarse a mi servicio; le prestaréis toda la protección y auxilio compatible con su fidelidad y con el celo que muestre por el mismo servicio.⁴³⁸

La instrucción del príncipe revela en qué medida la política indigenista de la corona portuguesa apostaba tanto a una alianza con los indios para asegurar sus fronteras, como a su conciencia sobre la necesidad de tratarlos bien y concederles tierras. Revela, también, una continuidad de la política anterior y la diversidad de las situaciones de los indios y de las aplicaciones de la ley, pues se refiere a los aliados de las aldeas de São Lourenço y Nossa Senhora dos Anjos (que ya eran parte del reino portugués y así debían ser conservadas), a los que tenían que ser atraídos, los súbditos del rey español que podrían abandonar esa condición y adherir al dominio luso, y a los de vida errante en los *sertões*,⁴³⁹ como los *charrua*, que liderados por el cacique Gaspar se mostraban interesados en ser sus fieles vasallos. A todos se recomendaba tratamiento tierno, garantía de tierras, auxilio y protección para tornarlos fieles y celosos en el servicio al monarca portugués. A lo largo de las fronteras externas, donde los desafíos implicaban a otros poderes imperiales, la política asimilacionista hacia los indios era la que se aplicaba con procedimientos diversos.

En cambio, en la capitanía de Río de Janeiro los enemigos eran los llamados indios bravos y estaban dentro de las fronteras internas. Allí, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, en las márgenes del Río Paraíba, tanto en la región norte como en el sur (esto es las actuales fronteras con Minas Gerais y São Paulo), los *coroados*, *puris* y *coropós* imponían obstáculos al establecimiento de colonos en la región conocida, entonces, como “*sertão* de los indios bravos” y las autoridades dedicaban esfuerzos para atraerlos. En esas áreas, la política indigenista apuntaba a reducir a los indios, estableciendo

⁴³⁸ Consulta del consejo ultramarino al príncipe regente, João, sobre el régimen para el nuevo gobierno de la capitanía general de São Pedro, Lisboa, 17 de octubre de 1807. AHU, Rio Grande do Sul, exp.12; d.754. Agradezco a Elisa García la traducción y envío de este documento. Para un análisis más profundo de esos conflictos territoriales entre Portugal y España en el sur del continente y el papel esencial ahí desempeñado por los indios, ver García, *As Diversas Formas de Ser Índio: Políticas Indígenas e Políticas Indigenistas no Extremo Sul da América Portuguesa*, Rio de Janeiro, Arquivo Nacional, Prelo.

⁴³⁹ En los documentos coloniales los *sertões* se refieren como regiones no ocupadas por la administración portuguesa. Sobre esto ver Mader, *O Vazio*.

aldeas que garantizaran la soberanía de la región para la corona y diesen a los colonizadores seguridad y acceso a la mano de obra indígena, a partir de modelos muy semejantes a los empleados en siglos anteriores a la fundación de las antiguas aldeas,⁴⁴⁰ de las que esa misma política indigenista proponía la extinción.

Habitadas por indios en intenso contacto con la sociedad colonial desde hacía muchos años y más próximos al núcleo urbano, los problemas allí eran bastante diversos. En esas regiones, los pobladores y las cámaras municipales se interesaban más por las tierras de los indios que por su trabajo, y los conflictos se acentuaban con el desarrollo socioeconómico de la capitania. Después de la expulsión de los jesuitas, los indios permanecieron en las aldeas conservando los derechos sobre las tierras y los rendimientos colectivos, cada vez más amenazados por la nueva política incentivada por el mestizaje y la presencia de no indígenas en el interior de las aldeas. No obstante, esos indios ya estaban insertos desde varias generaciones atrás en una política de antiguo régimen y, en contrapartida a los discursos asimilacionistas que los consideraban mezclados con la masa poblacional, presentaban peticiones por derechos que la corona portuguesa les había concedido en su condición de súbditos fieles a la atención de los servicios del rey.⁴⁴¹ Para ellos, la presencia de la corte significaba la posibilidad de presentarse personalmente ante el monarca para reivindicar derechos, práctica que sería rápidamente aprendida por los nuevos súbditos indígenas establecidos en las nuevas aldeas, como se verá más adelante.

Prácticas políticas diferenciadas, por lo tanto, integraban una misma política indigenista que procuraba asimilar a los indios bravos de los *sertões* y a los indios aliados de las aldeas: a los primeros se trataba de atraer, establecer, civilizar y asimilar; en cuanto a los demás, que ya tenían siglos establecidos, se debía asimilarlos, mestizarlos y extinguir las aldeas. A esas prácticas, los indios también respondían de formas diversas, que variaban entre la colaboración, las fugas, las reivindicaciones, las amenazas y los ataques.

Conviene señalar que el desarrollo socio-económico y político de la capitania, ya bien acentuado a lo largo del siglo XVIII, ganaría nuevo impulso con la llegada de la corte a principios del XIX. Capital de la colonia desde 1736, para fines del siglo XVIII Río de Janeiro se había convertido en el principal

⁴⁴⁰ Almeida, *Metamorfoses Indígenas*, pp.79-101.

⁴⁴¹ Almeida, *Política Indigenista e Etnicidade*.

centro comercial y portuario de Brasil. Desde 1751 se estableció el segundo tribunal de relación de la colonia, y la asamblea municipal recibió desde 1757 el título de senado de cámara. La ciudad contaba en el siglo XVIII con cerca de 45,000 habitantes,⁴⁴² número que aumentaría vertiginosamente con la llegada de la familia real. Las consecuencias de ese crecimiento incidirían sobre las poblaciones indígenas de los *sertões* y de las aldeas.

Desde mediados del siglo XVIII, ya era bien marcada en Río de Janeiro la ocupación de tierras indias y los conflictos en torno a ellas. En las áreas de antigua colonización disminuían las tierras *devolutas* y aumentaban los arrendamientos y las disputas sobre las tierras de aldeas indígenas; en cuanto al valle medio del Paraíba la ocupación portuguesa se expandía en busca de nuevas tierras, principalmente para la cría de ganado que en expansión desde el siglo XVII ganaba nuevo impulso en el XVIII. La necesidad de abastecer las minas de oro, y la apertura de caminos realizada para este fin, incentivó el desarrollo de la producción de azúcar y de otros productos, así como también la penetración de paulistas que establecieron haciendas agrícolas y pastoriles en el interior de la capitanía.⁴⁴³

La llegada de la corte a principios del siglo XIX aceleró considerablemente ese proceso. De acuerdo con algunos autores, la población se incrementó en un 20%, lo que llevó al aumento de la demanda de tierras y de productos de subsistencia.⁴⁴⁴ A eso se sumó la política del príncipe regente de abrir caminos que permitieran la articulación de la capital con las regiones del interior de la colonia.⁴⁴⁵ Como señaló Marcelo Lemos, dos caminos afectarían particularmente a los *sertões* de Valença: el camino del comercio y el camino de la policía, que ligaban a Río de Janeiro con Minas Gerais y tenían trayectos y objetivos semejantes. Citando a Maia Forte, Lemos afirma que el camino de la policía garantizaría la abundancia de la corte, conduciendo los productos necesarios para su abastecimiento y, al mismo tiempo, permitiría al príncipe: “ir en una carroza y entrar a la comarca de san João D’El Rei, en la provincia de Minas Gerais”.⁴⁴⁶

El desarrollo de la capitanía presionaba, por lo tanto, en dos sentidos: extinguir en el área de ocupación antigua las aldeas seculares bajo la presión

⁴⁴² Cardoso, *Atlas Histórico do Rio de Janeiro*, p. 49.

⁴⁴³ *Ibidem*, pp. 32-34.

⁴⁴⁴ Lemos, *O Índios virou pó de café?*, p.136.

⁴⁴⁵ Lenharo, *As tropas da moderação*, p.48; Lemos, *O Índios virou pó de café?*, p.137.

⁴⁴⁶ Maia Forte, “Estrada de Rodagem”, p. 91; Lemos, *O Índios virou pó de café?*, p.137.

de los pobladores y colonos interesados en sus tierras y beneficios; y ocupar nuevas áreas, ya fuera entrando en conflicto o, de preferencia, llegando al acuerdo con los indios, como se verá a continuación.

Poblamientos tardíos en los sertões de indios bravos

Hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, las márgenes septentrionales y meridionales del río Paraíba fueron ocupadas a través de un largo proceso de negociación, conflictos y poblamiento, con los indios *coroados*, *puris* y *coropós*. Los *coroados* "errantes por las inmediaciones de la sierra Mantiqueira, cuyo dominio disputaban con los *botocudos*, huyendo de sus enemigos o peleando contra los *puris*, asolaban la región, y tenían a los pobladores en constante sobresalto".⁴⁴⁷ Es interesante observar que las informaciones sobre el salvajismo de estos indios contrastan con la docilidad y prediposición para establecerse en aldeas. En 1768, un documento de la cámara de la villa de San Antonio decía, que en la margen oriental del río Paraíba había "varias aldeas de gente de la tierra muy dóciles y capaces de abrazar la fe católica",⁴⁴⁸ de forma que cinco capitanes de aldea estaban dispuestos a dar obediencia al virrey. El documento afirmaba también la necesidad de reducirlos a la doctrina, lo que sería

útil a la real hacienda, al servicio, como a las demás aldeas, y también a los pueblos quienes trabajasen por su remuneración, y mucho más cuando hubiere en sus alrededores tierras ricas y copiosas de oro, que no se pueden mandar a poblar por estar en medio del gentío llamado *coroado*, que es indomable y guerrero.⁴⁴⁹

Las informaciones sobre la actuación de los *puris* y los *coroados* indican la fluidez de las alianzas y los cambios de opciones de los indios en sus relaciones de contacto a medida que la colonización avanzaba; también revela la fluidez y la porosidad de las fronteras por donde circulaban e interactua-

⁴⁴⁷ Silva y Souza, *Memória Histórica*.

⁴⁴⁸ "Câmara da Vila de Santo Antonio de Sá, 19 de novembro de 1768, Arquivo Histórico Ultramarino, Lisboa, AHU, Caixas Rio de Janeiro, CX. 93. doc. 43.

⁴⁴⁹ Ms., AHU, Avulsos, CX.93.doc.43.

ban diferentes grupos étnicos y sociales. Además, se observa una política de poblamiento con objetivos y prácticas semejantes a las realizadas durante el establecimiento de las aldeas antiguas. No obstante, los tiempos eran otros y algunas diferencias significativas pueden ser observadas en el establecimiento de las nuevas aldeas respecto a las prácticas anteriores. Los jesuitas habían sido expulsados, la capitanía se expandió considerablemente, llevando a la disminución de las tierras *devolutas*, al aumento de los conflictos por tierras en las antiguas aldeas y a la reducción de los *sertões*, con la consecuente disminución de las posibilidades de supervivencia para los grupos indígenas que se ubicaban fuera de los espacios de administración portuguesa. Además, la legislación introdujo cambios importantes en el sentido de acentuar la interacción entre indios y no indios que, de hecho, nunca había dejado de producirse, a pesar de que estaba prohibida en las legislaciones anteriores y, principalmente, por los jesuitas. Dichas interacciones se volvieron mucho más frecuentes a partir del directorio, que incentivó el mestizaje y la presencia de no indígenas en el interior de las aldeas.

La nueva ley se adecuaba al expansionismo creciente de la capitanía y a los intereses de los pobladores y de los nuevos agentes intermediarios, quienes sustituyendo a los jesuitas no tardaron en ponerla en práctica con mucho celo y eficiencia. A esto se sumó la medida para evitar *descimentos* por cuenta de la real hacienda e incentivar a los particulares para realizarlos. Respaldados por la legislación, los nuevos mediadores usaron y abusaron de esa antigua práctica que, limitada por la corona en tiempos anteriores, se volvió regla para el establecimiento de las aldeas tardías. La acción de los particulares en el establecimiento de aldeas, y sobre todo en su administración, fue admitida e incentivada. En este sentido, la aldea de Valença es un caso paradigmático.

Al contrario de los jesuitas, los nuevos mediadores se interesaban por mezclar a los indios con otros pobladores e incentivaban la movilidad entre *sertões*, aldeas y haciendas. Los indios, por su parte, se mostraban también interesados en esas prácticas, ejercidas por ellos desde el tiempo de los ignacianos, quienes les criticaban intensamente por ello.

En la región norte fluminense, los capuchinos italianos tuvieron un papel preponderante en la aproximación con los indios y en el establecimiento de nuevas aldeas; en cuanto a la región sur se destacó en esa tarea un poderoso hacendado, José Rodrigues de la Cruz, que habiendo tenido éxito en su iniciativa de aproximarse a los indios *coroados*, fue encargado por el virrey

de establecerlos y administrarlos.⁴⁵⁰ En ambas regiones el proceso fue lento, exigiendo esfuerzo y dedicación por parte de los mediadores, que incentivados por las autoridades desempeñaron su papel tratando de conciliar los más diversos intereses: los suyos, los del Estado, los de los pobladores y los de los indios.

En cuanto a los indios que ingresaban en esas nuevas aldeas a través de acuerdos y de negociaciones con los mediadores, sus expectativas no eran muy diferentes que las de sus pares de períodos anteriores: buscaban también protección y seguridad para garantizar tanto su supervivencia como sus tierras, cada vez más amenazadas por el avance de la colonización. Lo que ahora se ganaba era la libertad de ir y venir entre aldeas coloniales, *sertões* y haciendas particulares, sin temor a la represalia de los tiempos ignacianos.

Conviene resaltar que el proceso de asentamiento de todos esos grupos fue bastante largo y determinó intensas negociaciones entre ellos, los padres, las autoridades y los particulares. Variados registros documentales informan que los indios de los *sertões* eran muy superiores en número a los de las aldeas, y los padres y pobladores mantenían con ellos constantes contactos, bautizándolos y procurando establecerlos en aldeas, incentivando su apadriñamiento por particulares y la instalación de indios en sus haciendas. Eso se volvió una práctica corriente, ampliamente incentivada por los capuchinos italianos.

En los *sertões* fluminenses se volvió común la colaboración de los hacendados para el establecimiento de aldeas, colaboración incentivada por las autoridades y por los padres capuchinos que sabían recompensarlos concediéndoles ahijados indígenas y tierras dentro de las aldeas. La estrecha colaboración entre capuchinos y hacendados en el norte fluminense fue evidenciada por Márcia Malheiros.⁴⁵¹ La autora deconstruyó la idea de que esos indios habían vivido en aislamiento hasta que fueron establecidos en aldeas entre el último cuarto del siglo XVIII y comienzos del XIX, demostrando una intensa interacción anterior entre ellos y los demás agentes en los *sertões*.

Conviene reflexionar sobre la acción de estos indios durante el proceso de asentamiento. Hay documentos que revelan las negociaciones con los

⁴⁵⁰ Sobre el establecimiento de las aldeas en esas regiones ver Silva, *Memória Histórica*, pp. 229-262; para el norte fluminense ver Malheiros, *Homens de Fronteira*; y para la región sur Lemos, *O Índios virou pó de café?*

⁴⁵¹ Malheiros, *Homens de Fronteira*, p.119.

padres y los intereses que ellos tenían en establecerse y mantener una continua movilidad entre los *sertões*, las aldeas y las haciendas particulares. A fines del siglo XVIII, algunos indios que solicitaron asentarse en aldeas fueron recibidos por el entonces virrey marqués de Lavradio, quien procuró deslumbrarlos.⁴⁵² De acuerdo con Malheiros, cuando el capuchino fray Tomás se aproximó a los pueblos de *coroados* alrededor de 1802-1806, para convencer a su capitán de aceptarlos entre ellos, escuchó como condición que no llevase a los portugueses codiciosos de sus tierras.⁴⁵³ La misma autora informa que muchos indios bautizados permanecieron en los *sertões* sin establecerse en la aldea de São Fidelis.

Sobre la llegada de la corte y la influencia de la coyuntura de las guerras napoleónicas en las relaciones de los *sertões* fluminenses, Madeiros cita un interesante documento de los capuchinos, en el cual aparecen voces indígenas que, en 1812, amenazaban con abandonar los servicios y la lealtad al rey portugués si no eran debidamente defendidos de las actividades que les eran impuestas por particulares. Decían los indios:

si a pesar de todo, nuestro soberano no nos auxilia como padre y permite que algunos prepotentes nos opriman quitándonos injustamente nuestras tierras, y obligándonos a realizar unos servicios rigurosos, encontrándonos sofocados de desesperación [...] si vemos a vuestro enemigo guerrear para tomar estas tierras, en ese caso, no debemos ayudar y defender, pues si nos oprimen y estamos sufriendo bajo el rigor, puede ser que otros no nos opriman tanto, [...] basta que ese soberano nos procure con cuidado.⁴⁵⁴

Malheiros interpreta este episodio como una estrategia de los padres que, concientes de la coyuntura amenazadora de las guerras napoleónicas, buscaban fortalecer su propio papel de intermediarios entre los indios y el gobierno. Pero no por esto dejaban de apoyar la política de guerra y cautiverio impuestos a los indios salvajes por el príncipe regente, conforme relatan en sus memorias. Aunque este discurso no tomaba realmente partido por los indios,

⁴⁵² Silva, *Memória Histórica*.

⁴⁵³ Luca, *Victorio de Memórias de São Fidelis (1781-1831)*, Arquivo dos Capuchinhos da Custódia do Rio de Janeiro. Gaveta D. Livro s/n; p.119; *apud*. Malheiros, *Homens de Fronteira*, p. 148.

⁴⁵⁴ Malheiro, *Homens de Fronteira*, pp. 135-139.

como sugiere la autora, se trata de una estrategia bastante coherente con la cultura política ampliamente utilizada por otros indios establecidos en aldeas desde tiempo atrás en la propia capitanía de Río de Janeiro: tenían conciencia de su papel de súbditos y servidores del rey, y por ello pedían protección, y sobre todo garantía para sus tierras. Malheiros destaca el tono de amenaza contenido en la cita, que según ella, no era frecuente en las reivindicaciones de los capuchinos. Cabe destacar, sin embargo, como bien lo hace la autora, la especial coyuntura de conflictos e inseguridad resultantes de las guerras napoleónicas, que no escapaban a la percepción de los capuchinos y tal vez de los propios indios, a los cuales se atribuye la amenaza de cambiar de soberano en caso de que otro les ofreciese mayores posibilidades de seguridad. Al final, esa estrategia estaba siendo ampliamente utilizada por los indios del sur del territorio, que habiendo estado mucho más tiempo en contacto con los colonizadores, conocían bien sus códigos y sabían utilizarlos en su propio provecho.⁴⁵⁵

La aldea de Valença: conflictos y negociaciones

En la región sur de la capitanía, también cercana al río Paraíba, la función de establecer a otros *puris* y *coroados* fue ejercida principalmente por particulares, entre los cuales se destacó el ya citado José Rodrigues de la Cruz, poderoso hacendado encargado por las autoridades de establecer a los indios y fundar la aldea de Valença. Al igual que los capuchinos del norte fluminense, el mediador concilió sus intereses con los de los indios, los hacendados, los párraocos y las autoridades locales y metropolitanas.

En los sertões de Valença, Rodrigues de la Cruz, propietario de dos haciendas productoras de azúcar, inició su acercamiento a los indios en 1790, por lo menos diez años antes de establecerlos. De acuerdo con su propia declaración, no eran “deshumanos ni intratables, como equivocadamente se supone, [eran] fieles a sus promesas y agradecidos al beneficio que reciben”.⁴⁵⁶ Sus actitudes desconfiadas y vengativas, así como los robos y asesinatos cometidos, según el hacendado, eran fruto de los malos tratos, las injusticias y mala fe con que fueron tratados sus jefes por los primeros conquistadores.

⁴⁵⁵ Garcia, *As Diversas Formas de Ser Índio*.

⁴⁵⁶ “Carta de Jose Rodrigues da Cruz a D. Rodrigo de Souza Coutinho de 31 de outubro de 1799”, Arquivo Histórico Ultramarino, Lisboa, AHU, Rio de Janeiro, Caixas 178, Doc.74.

En su relato sobre el trato con los indios de sus haciendas, se ve el cuidado que tuvo en ganarles la confianza, sobre todo al jefe; les ofreció provisiones y herramientas, ordenó que sus hombres bajasen las armas, y “para quitarles todo motivo de sospecha y desconfianza” les presentó a su familia y ellos dieron señales de respeto y gratitud.⁴⁵⁷ Los convenció de retornar todos los años a su hacienda, gastando en ello grandes cantidades anuales que consideraba bien utilizadas. Según Rodrigues de la Cruz, los indios daban prueba de su docilidad y gratitud, pues respetaban todo lo que le pertenecía, como también a todos los que le presentaban en su nombre. La declaración del hacendado, sobre todo esta última frase, señala las relaciones clientelares entre él, los indios del *sertão*, y otros pobladores a él asociados, cuyas buenas relaciones con los indios seguramente dependían de su influencia.

No hay referencias al trabajo de los indios en las haciendas de la región, pero éste era, seguramente, uno de los principales objetivos de esa aproximación. La inversión hecha por Rodrigues de la Cruz con los indios debió ser redituable, sin duda, y rindió buenos frutos, gracias a su habilidad para negociar con los variados intereses que estaban en juego en la región, incluidos los de la propia corona.

Se debe poner atención en los intereses de los *coroados* en esas aproximaciones. De acuerdo con Lemos, los indios intercambiaban varios productos con los pobladores cercanos, entre los cuales estimaban los papagayos, los monos y la cera de abejas, y especialmente las herramientas que les servían para la caza y recolección, tales como hachas, hoces, azadas y cuchillos.⁴⁵⁸

En 1798, por contribuir a promover la civilización de los indios, Jose Rodrigues de la Cruz, recibió oficio del ministro de negocios ultramarinos, don Rodrigo de Souza Coutinho, para que informase sobre los medios para ampliar su civilización a lo largo del río Paraíba del Sur, establecer la navegación de ese río y “para asegurar todas sus márgenes de las invasiones de indios bravos, aun antes de ser civilizados”.⁴⁵⁹

Al año siguiente, Jose Rodrigues de la Cruz respondió al oficio manifestando su satisfacción en “contribuir al servicio de la iglesia y del Estado en la

⁴⁵⁷ *Ibidem*.

⁴⁵⁸ Lemos, *O Índios virou pó de café?*, p. 197.

⁴⁵⁹ “Ofício do ministro dos negócios ultramarinos dom Rodrigo de Souza Coutinho, de 23 de outubro de 1798, a José Rodrigues da Cruz”, en Silva, *Memória Histórica*, p. 503.

civilización de los indios a lo largo de dicho río".⁴⁶⁰ En esa carta el hacendado describía su aproximación con los indios, de la manera que ya se ha citado, y aconsejaba el medio más seguro y conveniente para ampliar su civilización, que era tratarlos con caridad, beneficencia y buena fe, como él lo había hecho "para disponerlos a recibir las santas leyes del evangelio y para reducirlos enteramente a la obediencia de su majestad".⁴⁶¹ Después de exponer su buen trato con los indios, señalaba lo que consideraba necesario para establecerlos, y solicitaba:

licencia para tener una canoa para cruzar el río Paraíba y llegar, si me pareciera conveniente, a tratar con los indios a sus propias aldeas y alojamientos, facilitándome el gobierno indios mansos que me sirvan de intérpretes; y quedando yo como responsable de mi conducta respecto a la administración de dichos indios, por no estar obligado a seguir otros planes trazados por mano ajena, que no serán tal vez tan conducentes a los fines que se proponen, y que tomándome todo el tiempo necesario a mis indispensables ocupaciones, serían infructuosas todas mis diligencias y servirían solamente para mi perjuicio.⁴⁶²

Para justificar la solicitud de recursos necesarios para civilizar a los indios, el hacendado informaba los muchos gastos que había hecho de su propia cuenta, gastos agravados por una epidemia de viruela que ocasionó el traslado de 154 indios a su casa para ser atendidos por sus esclavos y familia. Esta afirmación confirma las relaciones personales y asistencialistas desarrolladas entre el hacendado y los indios que seguramente le rendían gratitud y aprecio, dado el tratamiento humano y la ayuda que les dedicaba. Si bien es cierto que gastaba con eso, también lo es que desarrollaba con los indios relaciones cordiales, armónicas y paternalistas que debían crear fuertes lazos de dependencia. Es interesante observar el cuidado especial hacia los líderes, pues dentro de las mercaderías solicitadas para distribuir a los indios incluía 200 sombreros, de los cuales los mejores eran para los caciques. Las autoridades laicas y eclesiásticas tomaron cuidados semejantes desde el siglo XVI,

⁴⁶⁰ "Carta de Jose Rodrigues da Cruz a D. Rodrigo de Souza Coutinho, de 31 de outubro de 1799", Arquivo Histórico Ultramarino, Lisboa, AHU, Rio de Janeiro, Caixas 178, Doc.74.

⁴⁶¹ *Ibidem*.

⁴⁶² *Ibidem*.

sobre todo los jesuitas, que se esforzaron por atraer a los líderes indígenas a través de privilegios y regalías, dado su papel de importantes intermediarios entre ellos y los indios.⁴⁶³

Es evidente la intención del hacendado de realizar un *descimento* y garantizar la administración particular de esos indios evitando cualquier interferencia de las autoridades locales, pues solicitaba rendir cuentas directamente a la corona. Sus méritos y buenos servicios prestados en esa materia justificaban la solicitud, que fue atendida por el ministerio de negocios ultramarinos. Su carta causó gran satisfacción al ministro, que ordenó al virrey conde de Resende atendiera todas sus necesidades. El ministro informó al hacendado que el propio príncipe regente había leído su carta.⁴⁶⁴

A pesar del fuerte apoyo de las autoridades metropolitanas, el proyecto del hacendado exigiría aún considerables esfuerzos en negociaciones locales, tanto con los representantes de la corona como, principalmente, con los líderes indígenas. De acuerdo con Lemos, existía la desconfianza por parte del virrey que el hacendado y su familia estuviesen involucrados en los movimientos revolucionarios, lo que pudo haber contribuido al atraso de la fundación de la aldea.⁴⁶⁵ Las negociaciones con los indios también exigían un considerable empeño por parte del hacendado. De acuerdo con su propia declaración “pudo con mucho costo, y sacrificando en garantía a su mujer y a sus hijos, conseguir que le diesen cuatro hombres” que lo acompañaran a la ciudad de Río de Janeiro para ser presentados ante el virrey, dando continuidad al proceso de civilización.⁴⁶⁶ De acuerdo con Lemos, los familiares del hacendado quedaron como rehenes en su hacienda de Ubá hasta el regreso del grupo.⁴⁶⁷

Establecida la aldea, finalmente, en 1801, Jose Rodrigues de la Cruz continuó presentando informes sobre sus contactos con los indios del *sertão*, tratando de incrementar la aproximación con ellos y fundar nuevas aldeas. Sus relatos muestran la intensa fluidez de las fronteras entre los *sertões*, las aldeas y las haciendas de los alrededores, por donde los indios circulaban con significativa libertad. Según él, “treinta y tantos indios desconocidos” habían

⁴⁶³ Almeida, *Metamorfoses Indígenas*, pp. 129-185.

⁴⁶⁴ “Ofício do ministro dos negócios ultramarinos, dom Rodrigo de Souza Coutinho, de 7 de março de 1800”, a José Rodrigues da Cruz, en Silva, *Memoria Historica*, p. 504.

⁴⁶⁵ Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p. 109.

⁴⁶⁶ “Requerimento de José Rodrigues da Cruz”, en Silva, *Memória Histórica*, p. 509.

⁴⁶⁷ Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p.110.

llegado a la aldea, de los cuales persuadió a algunos a establecerse y a otros a ir en busca de los *araris*, únicos que quedaban en los *sertões*. Informaba de la existencia de setenta indios en la hacienda del capitán Jose Thomaz da Silva y otros treinta y cuatro en la casa del capitán Jose Soares Lousada. Su intención era juntarlos en aldeas, tarea que consideraba difícil, la cual encargó al capitán Henrique Lousada de Magalhães.⁴⁶⁸ De acuerdo con este último, los indios establecidos en las haciendas de los capitanes eran bravos, y Jose Thomaz da Silva, en beneficio propio, quería utilizarlos para cultivar una *sesmaria* que recibiera en la parte septentrional del Paraíba.⁴⁶⁹

Se deducen de esas informaciones los contactos intensos entre los indios del *sertão* y los pobladores, posiblemente mediados por Jose Rodrigues da Cruz. Las dificultades para juntarlos en una aldea podían resultar tanto de la resistencia de los indios como de los pobladores que parece preferían tenerlos errantes por los *sertões* prestándoles servicios intermitentes o en sus haciendas, tal como ocurría en el norte fluminense, donde muchos indios, en vez de establecerse, vivían yendo y viniendo de las aldeas prestando servicios en haciendas de particulares. Diversas informaciones señalan que había más indios dispersos en las inmediaciones de las aldeas que dentro de ellas, aunque no por ello rebeldes o contrarios a los portugueses. Más bien habían optando por la vida errante, lo que hasta cierto momento aún les era posible y, como se ha visto, aceptado y hasta incentivado por autoridades, pobladores y propietarios. De acuerdo con Lemos, los indios de esa región estarían mucho más interesados en mantenerse en los alrededores de las aldeas o de las haciendas, yendo y viniendo, que establecidos en su interior.⁴⁷⁰ Según este autor, el pueblo de Valença había sido:

durante mucho tiempo para los *coroados* un espacio de negociación con la sociedad lusobrasileña a través de sus interlocutores preferenciales (el padre, el director o el militar). Por eso, muchos estaban de acuerdo en ser bautizados, pues de esa manera obtenían regalos y celebraban alianzas con determinadas familias. Dentro de esa misma lógica trataban con el

⁴⁶⁸ "Carta de Ofício de José Rodrigues da Cruz ao vice-rei do estado do Brazil, D.. Fernando José de Portugal, em 23 de março de 1803", en Silva, *Memoria Historica*, pp.513-515.

⁴⁶⁹ "Carta do capitão Henrique Lousada de Magalhães a Jose Rodrigues da Crus, em 13 de março de 1803", en Silva, *Memoria Historica*, p. 516.

⁴⁷⁰ Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p.121.

director, que los abastecía de herramientas, anzuelos, tabaco, aguardiente, etc, materiales que no tenían y que mejoraban sus actividades de caza o servían para proporcionarles placer. Así también recurrían al militar para revertir algún acto de violencia contra sus aldeas.⁴⁷¹

Conviene poner atención, de acuerdo con este mismo autor, en el impacto de la llegada de la familia real sobre el ritmo y la forma de ocupación de los *sertões* de Valença. La proximidad de la corte habría incentivado a los particulares a ofrecer sus servicios a cambio de mercedes y privilegios. Entre ellos se destacó el ya citado capitán Jose Thomaz da Silva, que pretendía fundar cerca de su hacienda un poblado de *araris* con los cuales mantenía contactos, de acuerdo a las informaciones del hacendado Cruz. Thomaz da Silva alegaba deudas contraídas por el servicio prestado a los indios y pedía:

formar el poblado preciso de aquellos indios sirviéndoles de director y entonces removerlos, o para esta corte, según se acostumbra por las necesidades del estado de que son susceptibles, o a otro [...] lugar que fuera del agrado de vuestra realaleza.⁴⁷²

Para la corte la propuesta de remoción de los indios atendía a las necesidades de la armada real. Se dieron órdenes para reglamentar a los indios necesarios para el trabajo en el arsenal real de la marina,⁴⁷³ lo que trajo serios perjuicios a la aldea de Valença, según una denuncia del capitán Ignácio de Souza Verneck en que relataba la extrema violencia de esa acción y rogaba la restitución de los aprehendidos.⁴⁷⁴

En la segunda década del siglo XIX, los problemas de abastecimiento de la corte en Río de Janeiro se agravaron por la sequía de 1814, al mismo tiempo que los productos de exportación, como el café, el azúcar blanco y el cuero se valorizaban en el mercado externo, lo que llevó al príncipe regente a adoptar

⁴⁷¹ *Ibidem*, p. 124.

⁴⁷² "Carta de José Thomaz da Silva, de 1808", s.d., Biblioteca Nacional, Rio de Janeiro, Seção de Manuscritos, Códice 237,13, Índios de Resende; Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p.133.

⁴⁷³ Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p.133.

⁴⁷⁴ "Carta do Capitão Ignácio de Souza Verneck ao V. A. R.", s/data, Biblioteca Nacional, Rio de Janeiro, Seção de Manuscritos – Códice C 343,6 documento n° 6; *apud*., Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p. 134.

medidas impactantes sobre la región de Valença, como lo ha señalado Lemos. Tales medidas apuntaban a incentivar el establecimiento de productores agrícolas en la región facilitando el acceso a la tierra y a las explotaciones de géneros de exportación, ocasionando un aumento de la concentración agraria en la región y disputas en torno a las tierras de los indios de la aldea de Valença.⁴⁷⁵

El proceso de extinción de esa aldea fue extremadamente acelerado e intensos conflictos sobre sus tierras entre 1816 y 1819 involucraron a sus pobladores, a los indios *sesmeiros*⁴⁷⁶ y a las autoridades laicas y eclesiásticas. Jose Rodrigues de la Cruz, el fundador del pueblo (que debió fallecer entre 1803 y 1805), ya no tomó parte en esas contiendas, resueltas a favor de los indios por el reglamento regio de 1819 de don João VI, ya coronado rey desde 1816.

Los conflictos tuvieron lugar en torno a la donación de una *sesmaria* en el interior de la aldea, contra la cual los indios y sus pobladores se levantaron con el apoyo de las autoridades civiles y eclesiásticas. En 1805, apenas cuatro años después del establecimiento de la aldea, Florisbello Augusto de Macedo pidió y obtuvo una *sesmaria* del *sertão* de la aldea de Valença con el apoyo del capitán Ignácio de Souza Verneck (quien afirmó que las tierras eran *devolutas*), y del propio capellán de la aldea, padre Manoel Gomes Leal, que se volvió procurador del solicitante. Conviene mencionar que tanto el capitán como el padre eran personas de confianza el hacendado Cruz y de los indios.⁴⁷⁷ Además, Florisbello Augusto era criado en la casa del padre y la *sesmaria* había sido dada “para servir de patrimonio para la misma iglesia, para casa de residencia del párroco y de los mismos moradores cuando concurriesen a asistir los oficios divinos y de asilo para los mismos indios”.⁴⁷⁸

⁴⁷⁵ Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p.163.

⁴⁷⁶ Los que habían sido beneficiados con una *sesmaria*.

⁴⁷⁷ El capitán de ordenanzas Ignácio de Souza Verneck fue designado por el virrey para auxiliar al hacendado Cruz en el proceso de civilización de los coroados. “Portaria de 21 de novembro de 1801, do vice-rei do estado do Brazil dom Fernando José de Portugal para José Rodrigues da Cruz”, en Silva, *Memória Histórica*, p.511. El padre había sido apuntado por el propio José Rodrigues da Cruz, para capellán de la aldea, que sería el hombre de confianza de los indios. “Requerimento de José Rodrigues da Cruz”, en Silva, *Memoria Historica*, p. 517. De acuerdo con Lemos, estos era los principales interlocutores de los indios en la región: el padre, el militar y el hacendado (*O Índio Virou Pó de Café?*, p.114).

⁴⁷⁸ “Documento de Ignacio de Souza Verneck. Corte do Rio de Janeiro, aos 9 de Dezembro de 1816”, en Silva, *Memória Histórica*, p. 520.

Marcelo Lemos sugiere que el padre Gomes Leal, también *sesmeiro*, se habría aprovechado de la muerte del hacendado Cruz y de la ausencia de títulos legales de esas tierras, para solicitarlas en *sesmarias* en nombre de su criado, aunque en beneficio propio, y para eso contó con el apoyo de Ignácio de Souza Verneck, lo que comprobaría, según el autor, los abusos cometidos por los propios agentes encargados de beneficiar a los indios.⁴⁷⁹

A la muerte de Florisbello, quien no dejó herederos, Eleutério Delfim solicitó y obtuvo la misma *sesmaria*, desencadenando las insatisfacciones que llevaron al conflicto. Entre 1816 y 1817, los indios presentaron tres requerimientos, solicitando la devolución de las tierras pertenecientes, según ellos, al pueblo y a la iglesia. En los documentos los indios se decían de la nación de los *coroados*:

miserables salvajes vagabundos por los montes, sin Dios, sin rey, sin ley. Ahora confiados en la generosa protección de V. M. vienen a pedir la continuación de los favores y las gracias [...] especialmente la concesión de una porción de terreno para su establecimiento, del que hasta ahora gozaban más de la que fueron despojados por la *sesmaria* que del mismo terreno se acaba de dar a Elauterio Delfim por el despacho de esta corte.⁴⁸⁰

Argumentaban que el terreno era para la fundación y patrimonio de la iglesia matriz y pedían que les fuese confirmado como director el alférez de milicias Francisco Joaquim Áreas, “el mayor amigo de los suplicantes y capaz de administrar con honra y desinterés los bienes de los indios y el patrimonio de la iglesia”.⁴⁸¹ La petición de los indios fue apoyada por don Jose Caetano da Silva Coutinho, obispo de Río de Janeiro, por el nuevo capellán local y por Ignácio de Souza Verneck. Los argumentos favorables al pleito alegaban que el nuevo *sesmeiro* no pretendía cumplir el acuerdo de utilizar las tierras que habían sido donadas a los indios para “cultivar y para fundar una aldea e iglesia

⁴⁷⁹ Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, pp. 129-130.

⁴⁸⁰ “Primeiro Requerimento dos índios da aldia de nossa senhora da Gloria de Valença”, en Silva, *Memória Histórica*, p. 518.

⁴⁸¹ *Ibidem*.

parroquial, no sólo para ellos, sino también para los pobladores que se fuesen estableciendo en el mismo *sertão*".⁴⁸²

La información acerca de que las tierras fueran donadas a los indios para atender también los intereses de los pobladores es coherente con la nueva política de poblamiento que buscaba mezclar rápidamente a indios y no indios, y con las características de la ocupación de la región donde los indios vivían más en los alrededores que en la aldea.

Desde el punto de vista demográfico, con base principalmente en registros de bautismo, Marcelo Lemos identificó dos períodos en la región: un primer momento (1803-1814), en el cual la presencia indígena era predominante y los no indios eran principalmente pequeños propietarios; y un segundo momento (1815-1836), caracterizado por la presencia de grandes haciendas de café y de nuevas vías de circulación implementadas por la política de la corte.⁴⁸³ Fue en ese segundo momento cuando se iniciaron los conflictos, involucrando directamente a los pobladores que se rebelaban ante la posibilidad de ser expulsados por el nuevo *sesmeiro*.

Ante lo expuesto, se puede suponer que los principales interesados en el pleito podrían ser los pobladores, quienes con habilidad se asociaron a los indios y en nombre de los cuales podrían reivindicar la anulación de la *sesmaria* de Eleuterio toda vez que la tierra había sido dada para el establecimiento de la aldea indígena. No es el caso, sin embargo, de considerar los intereses de los propios indios en esas disputas.

En ese sentido, es interesante observar los registros del viajero Saint-Hilaire sobre sus encuentros, en dos ocasiones, con grupos de *coroados* que se mostraban apenas indignados con los malos tratos e invasiones a sus tierras, como también dispuestos a reivindicar sus derechos al rey. El primer encuentro se produjo en noviembre de 1816. De acuerdo con el viajero, terminada la comida en la hacienda del señor Almeida:

el más anciano del grupo, que parecía el jefe, vino a sentarse a los pies del señor Almeida; entre tanto el más joven, llamado Buré, avanzó hacia este último y manteniéndose de pie, le dirigió el siguiente discurso en

⁴⁸² "Atestado de Dom José Caetano da Silva por mercê de deus e da Santa Sé Apostólica bispo do Rio de Janeiro, capelão-mor de S.M. fidelíssima e do seu conselho, etc., de 7 de dezembro de 1816", en Silva, *Memória Histórica*, p.519.

⁴⁸³ Lemos, *O Índio Virou Pô de Café?*, p. 126.

mal portugués: “esta tierra nos pertenece, y son los blancos los que la pueblan. Desde la muerte de nuestro capitán somos expulsados de todas partes, y no tenemos ningún lugar suficiente para poder reposar la cabeza. Dí al rey que los blancos nos tratan como perros, y ruégale que nos de tierra para podernos construir un pueblo”.⁴⁸⁴

El protector de indios ya había muerto hacía algunos años, de ahí la referencia a su gran capitán y a la falta de protección en que se encontraban. Sobre la solicitud hecha por el jefe Buré al hacendado João Rodrigues Pereira de Almeida, para interceder por ellos ante el rey, Marcelo Lemos hace interesantes consideraciones que refuerzan la idea del rápido aprendizaje de nuevas prácticas culturales y políticas por parte de esos indios. Según el autor, el jefe indígena sabía de la influencia del hacendado en la corte, ya que “había acompañado y ayudado a su tío Jose Rodrigues a aproximarlos a la sociedad luso-brasileña en el inicio del poblamiento, y mantenía con ellos una relación de antigua amistad”.⁴⁸⁵ Al mes siguiente, Hilaire registró el segundo encuentro con un grupo que se dirigía a Río de Janeiro para reivindicar nuevas tierras. Según Lemos, Buré estaba entre ellos y su intención era entregar el primer requerimiento o petición, arriba citado, directamente en la corte. El viajero dice haber quedado:

muy sorprendido de encontrar a un grupo de doce o quince *coroados*, mujeres y hombres, entre los cuales estaba la mayor parte de los que había visto en Ubá [...] Iban, según decían, a Río de Janeiro para reclamar al rey una legua de tierras en la que deseaban establecerse y de la cual pretendían expulsarlos.⁴⁸⁶

Asentados desde hacía poco tiempo, los “indios bravos” del *sertão* parecían haber aprendido rápidamente la cultura política, y tal como sus pares de las antiguas aldeas lo habían hecho, se dirigían al rey para solicitar sus derechos, al mismo tiempo que, a nivel local, procuraban realizar alianzas con agentes

⁴⁸⁴ Saint-Hilaire, *Viagem pelas Províncias*, p.31.

⁴⁸⁵ Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p.165.

⁴⁸⁶ Saint-Hilaire, *Viagem pelas Províncias*, p.37.

sociales que pudiesen favorecerlos. Sus protectores habían muerto y buscaban nuevos aliados en busca de posibles beneficios.

Conviene mencionar la red de sociabilidad construida a través de los bautismos y de la permanencia en las haciendas de los particulares. Al investigar los registros de bautismo en la región, Lemos constató que los caciques tenían como padrinos a propietarios de tierras y esclavos de la sociedad local, lo que creaba una red de relaciones que favorecía el aprovechamiento de la mano de obra indígena por parte de los padrinos y el establecimiento de agregados en las haciendas.⁴⁸⁷

Otros requerimientos fueron hechos por indios y pobladores en esa contienda que se extendió hasta 1819, cuando João VI asignó un reglamento a favor de los indios. Las asociaciones de estos últimos con los pobladores deben ser problematizadas, pues los intereses comunes que los llevaron a asociarse en esa contienda no tuvieron continuidad en litigios posteriores, que culminaron con la extinción de la aldea.⁴⁸⁸ Después de garantizadas las tierras para los indios en 1819, y elevada la aldea a la categoría de villa en 1826, el interés de la cámara municipal se volcó a la incorporación de aquellas tierras a su propio patrimonio. A partir de entonces, los pobladores no solicitaron más la adhesión de los indios a sus pleitos. En lugar de eso, usarían argumentos semejantes a los de Eleuterio Delfim, afirmando que los indios no vivían en la aldea, lo que justificaba su extinción y la incorporación de sus tierras.

¿Habían sido los indios hábilmente engañados por los pobladores? Esta sería una conclusión simplista que retomaría la concepción de que los indios en contacto con los colonizadores no luchaban por intereses propios y eran manipulados por los otros. En lugar de eso, los registros de Saint-Hilaire muestran el empeño de los indios en la defensa de sus tierras. Conviene problematizar la cuestión y reflexionar sobre los intereses ambiguos y contradictorios que llevaba a los diferentes agentes sociales a realizar alianzas o disputas entre sí. Para esto caben algunas reflexiones acerca de los requerimientos presentados.

Los indios presentaron tres requerimientos, de los cuales uno ya fue citado. En el segundo, firmado por el procurador Antonio de Gouvêa Maixo, presentaban un repaso histórico de su poblamiento por Jose Rodrigues da

⁴⁸⁷ Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, p.144.

⁴⁸⁸ Sobre esos conflictos posteriores, que no serán tratados en este trabajo, ver Lemos, *O Índio Virou Pó de Café?*, pp.168-176.

Cruz y afirmaban que algunos indios ya lo habían abandonado, recordando la importancia de ser mantenidos allí porque eran útiles al progreso del imperio y del evangelio de Jesús, “animándose por esta forma a que se asentasen las demás naciones de indios vecinos de los suplicantes”. Pedían la reparación de los daños sufridos, la restitución de los terrenos conforme a la ley, y “suplican a vuestra majestad que se digne mandarles nombrar nuevo director que los dirija y proteja”.⁴⁸⁹

En el tercer requerimiento de 1817,⁴⁹⁰ los indios retomaban el repaso histórico, hablaban de lo fraudulento del terreno concedido y se quejaban de la falta de atención de los dos requerimientos anteriores. Decían no tener en la ciudad protector ni procurador para promover sus intereses, lo que ellos tampoco podían hacer porque no hablaban portugués. El documento está firmado por Francisco Dionísio Fortes de Bustamante, sobre el cual se hablará más adelante.

Asentados apenas 15 ó 16 años atrás, sin saber portugués, sin director o procurador que los defendiese, esos indios actuaban y argumentaban, aunque a través de intermediarios, de acuerdo con la cultura política vigente, y contaban con el apoyo de otros agentes interesados en defender sus derechos o en obtener ventajas propias, como la expulsión de aquel *sesmerio*. Los argumentos desarrollados en los requerimientos son semejantes a los de sus pares en las aldeas seculares cuando se dirigían a las autoridades en pos de sus derechos. Enfatizaban el hecho de estar bajo la protección real, que les concedía favores y gracia, sin olvidar que su presencia en la aldea era útil al Estado y al evangelio, y podía atraer nuevos *descimentos*. La importancia otorgada al culto religioso era otro aspecto enfatizado en las peticiones de los indios. Además de las tierras, pedían un director de su confianza, demarcación de las tierras para evitar nuevas violencias, y garantía de que recibirían el pago de derechos por parte de aquellos que las quisiesen cultivar.

Se trata, por lo tanto, de reivindicaciones propias de los indios asentados (parecidas a otras tantas de las más diversas regiones), que revelan algunas de sus motivaciones en las alianzas establecidas con los pobladores. No cabe duda, sin embargo, de que estos últimos tenían fuertes intereses en ese pleito, lo que se palpa tanto en documentos posteriores presentados por ellos

⁴⁸⁹ “Segundo Requerimento dos Mesmos Índios (s.d.)”, en Silva, *Memoria Historica*, p. 522.

⁴⁹⁰ “Terceiro Requerimento dos Mesmos Índios” (s.d.), en Silva, *Memoria Historica*, p. 524. Consta una información de que el requerimiento anterior era de 18 de julio de 1817.

misimos y por las autoridades locales, como por algunas especificidades de esa aldea anteriormente apuntadas. Como se ha visto, los indios de la aldea de Valença vivían más en sus alrededores que de forma estable en sus tierras, que desde el incio fueron ocupadas también por otros pobladores. Además de eso, conviene prestar atención al perfil del signatario del tercer requerimiento de los indios, Francisco Dionísio, que se volvió propietario de la hacienda de Santa Clara (una de las más grandes de la región y famosa por los malos tratos propinados a los esclavos negros) que fue citado en dos documentos producidos por las autoridades locales como reconocido especulador de *sesmarias*, interesado en retirar a los indios del lugar de Tanguá (donde estaban establecidos), para colocarlos en las tierras de Eleutério.

En 1817, el sargento mayor Luiz Pinto Lobato, informaba al juez de la comarca Manoel Pedro Gomes, en respuesta al oficio de hacer conservar a los indios *coroados* la posesión de sus tierras, que nunca hubo allí terreno medido y demarcado para los indios. Según él, durante el primer año se juntaron varias familias en el lugar de la iglesia matriz, donde a costa de la hacienda real se hizo una plantación de maíz, y los indios “luego que la pudieron disfrutar la devoraron e inmediatamente la comenzaron a dividir entre las familias para sus antiguas habitaciones y finalmente despoblaron el lugar”.⁴⁹¹ Según él, por lo tanto, la tierra dada en *sesmaria* a Florisbello Augusto estaba *devoluta* y cuando Eleutério Delfim Silva la pidió y obtuvo, sólo había allí un indio casado. Informaba también que los indios estaban en cuatro aldeas, todas en tierras de portugueses, con excepción de una que se encontraba en tierra *devoluta*. En el mismo año, los pobladores presentaron su requerimiento con treinta y tres firmas, manifestándose contra las declaraciones del sargento mayor. Decían que habitaban “desde hacía muchos años, mansa y pacíficamente en posesión de sus propiedades y cultivos, conformadas no sólo por portugueses sino por indios dominados”.⁴⁹² Acusaban a Eleutério Delfim de haber obtenido irregularmente la *sesmaria*, perturbando la paz de todos, y usurpando el terreno de los indios y de la iglesia matriz. Pedían la preservación de la propiedad y de la paz de los suplicantes.

⁴⁹¹ “Ofício do Sargento-Mor Luiz Manoel Pinto Lobato ao desembargador da comarca Manoel Pedro Gomes, em 18 de outubro de 1817”, en Silva, *Memória Histórica*, pp. 532-534.

⁴⁹² “Requerimento dos moradores da vila de Valença”, em dezembro de 1817”, en Silva, *Memória Histórica*, p. 534.

Cabe aún considerar un documento de 1818 firmado por el oidor de la comarca, Manoel Pedro Gomes, corroborando las informaciones que le presentó el sargento mayor Lobato. Confirmaba que en el lugar citado no existían tales indios que promovían la queja contra Eleuterio, queja proferida, según él, en favor del padre del reconocido especulador de *sesmarias* Francisco Dionísio, sobre el cual reiteraba las acusaciones arriba citadas.⁴⁹³ El oidor se posicionaba claramente a favor de la *sesmaria* de Eleuterio, considerándola legítima.

Un año después, el reglamento regio de João VI, dió el triunfo de la causa a los indios y a los pobladores, ordenando la restitución de las tierras indebidamente dadas como *sesmarias* a Florisbelo y después a Eleuterio, alegando que “no se debía considerar *devoluto* un terreno demarcado para la aldea de indios, con iglesia ya edificada y algunos pobladores en la misma aldea”.⁴⁹⁴ Se cerró, así, el conflicto con apoyo del rey, a solicitud de los indios y de los pobladores. No obstante, otras contiendas surgirían en las décadas siguientes, donde ya no habría espacio para las mismas alianzas.

El reglamento regio estaba de acuerdo con la política indigenista vigente que preveía la rápida asimilación de los indios y la extinción de la aldea. Para eso garantizaba que “los pobladores que ya se hallan allí con sus casas o con cultura serán conservados y pagarán un derecho que se arbitraría para la cámara de la villa de los mismos indios, que será establecida”.⁴⁹⁵ Ese mismo proceso de transformación de aldeas en feligresías y después en villas, con el aumento cada vez mayor de no indios en su interior, se verificaba también en las antiguas aldeas de la capitanía desde mediados del siglo XVIII, y allí no faltaban ocasiones en que los indios y los pobladores se asociaran contra un gran propietario interesado en usurpar tierras de aldea. Fue el caso, por ejemplo, de São Francisco Xavier de Itaguaí, bastante semejante al de la aldea de Valença, sobre todo en cuanto al desenlace, ya que también culminó con la creación de la villa y la *cuasi* inmediata extinción de la aldea.⁴⁹⁶

No obstante, conviene considerar diferencias significativas, en cuanto a los ritmos, en los procesos de establecimiento y extinción de las antiguas y las nuevas aldeas de la capitanía. Si en el primer caso el movimiento se hizo en el transcurso de tres siglos, en el segundo se desarrolló en cerca de tres décadas,

⁴⁹³ “Documento do Ouvidor da Comarca, Manoel Pedro Gomes, em 26 de março de 1818”, en Silva, *Memória Histórica*, pp. 535-536.

⁴⁹⁴ “Decreto de 26 de março de 1819”, en Silva, *Memória Histórica*, pp. 538-539.

⁴⁹⁵ *Ibidem*, p. 539.

⁴⁹⁶ Almeida, “Política Indigenista e Etnicidade”.

lo que es perfectamente comprensible si se toman en cuenta las transformaciones de la política indigenista que orientaron la creación de nuevas aldeas y el acentuado desarrollo socioeconómico de la capitanía a fines del siglo XVIII y principios del XIX, que incentivado por la llegada de la familia real a Río de Janeiro aceleraría el proceso de extinción tanto de las antiguas aldeas como de las nuevas. Los indios, no cabe duda, fueron los grandes perdedores, más no por eso dejaron de seguir buscando posibilidades de alianza a su alcance para aminorar sus pérdidas.

Consideraciones finales

La presencia de la corte en Río de Janeiro tuvo efectos diversos sobre las numerosas poblaciones indígenas de Brasil, la mayor parte de ellos negativos. Los más perjudicados fueron, sin duda, los indios considerados bárbaros, contra los cuales el príncipe regente decretó una guerra. Los aliados, habitantes de las aldeas coloniales, acostumbrados a la cultura política establecida por el conquistador, veían al rey como el justiciero que les podía garantizar los beneficios merecidos a cambio de los servicios prestados. Recurrieron a él y tuvieron logros, pero a largo plazo sufrieron pérdidas considerables impulsadas por el crecimiento de la capitanía y por la política asimilacionista que buscaba extinguir sus aldeas y tierras coletivas. Los nuevos indios asentados en la capitanía de Río de Janeiro, aún considerados bravos, al final del siglo XVIII, no demoraron en utilizar las prácticas culturales y políticas vigentes y seguir modelos mucho más semejantes a los de sus pares de las aldeas más antiguas. Como ellos, reconocieron la importancia del rey y su papel de justiciero, al cual no dejaban de recurrir en una tentativa de disminuir sus perjuicios, buscando posibles aliados entre los agentes con los cuales se relacionaban.

FUENTES

Arquivos

Arquivo de los Capuchinhos, Rio de Janeiro.

Arquivo Histórico Ultramarino, Lisboa.

Biblioteca Nacional, Rio de Janeiro.

Fuentes publicadas

Beozzo, José Oscar, *Leis e Regimentos das Missões: política indigenista no Brasil*. São Paulo, Loyola, 1983.

Carneiro da Cunha, Manuela (coord), *Legislação Indigenista no Século XIX Uma Compilação (1808-1809)*, São Paulo, Edusp, 1992.

Luca, Frei Ângelo de e Cambiasca, Victorio de, *Memórias de São Fidelis (1781-1831)*, Arquivo dos Capuchinhos da Custódia do Rio de Janeiro. Gaveta D. Livro s/n.

Saint-Hilaire, Auguste, *Viagem pelas Províncias do Rio de Janeiro e Minas Gerais*, Belo Horizonte, Ed. Itatiaia, São Paulo, Ed. Universidade de São Paulo, 1974.

Silva, Joaquim Norberto de Souza, "Memória Histórica e Documentada das Aldeias de Índios do Rio de Janeiro", *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, Rio de Janeiro, abril/junho de 1854, v.62, pp.110-54.

Libros

Almeida, Maria Regina Celestino de, *Metamorfoses Indígenas. Identidade e cultura nas aldeias coloniais do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, Arquivo Nacional, 2003.

Almeida, Rita Heloísa de, *O Diretório dos Índios – Um projeto de "civilização" no Brasil do século XVIII*, Brasília, Editora Universidade de Brasília, 1997.

Carneiro da Cunha, Manuela, *História dos Índios no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1992.

Domingues, Ângela, *Quando os índios eram vassalos. Colonização e relações de poder no Norte do Brasil na segunda metade do século XVIII*, Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 2000.

Faraje, Nadia, *As Muralhas do Sertão: os povos indígenas no Rio Branco e a colonização*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, ANPOCS, 1991.

- Garcia, Elisa F. *As Diversas Formas de Ser Índio: Políticas Indígenas e Políticas Indigenistas no Extremo Sul da América Portuguesa*, Rio de Janeiro, Arquivo Nacional, Prelo.
- Lenharo, Alcir, *As tropas da moderação (o abastecimento da Corte na formação política do Brasil – 1808-1842)*, Rio de Janeiro, Secretaria Municipal de Cultura, Turismo e Esportes, DGDI, Div. de Editoração, 1993.
- Mattos, Izabel Misssagia de, *Civilização e Revolta – os botocudos e a catequese na Província de Minas*, São Paulo, EDUSC, 2004.
- Mota, Lúcio Tadeu. *As Colônias Indígenas no Paraná Provincial*, Curitiba, Aos Quatro Ventos, 2000, 200 p.

Capítulos de libro

- Almeida, M. Regina Celestino de, “Política Indigenista e Etnicidade: estratégias indígenas no processo de extinção das aldeias do Rio de Janeiro – século XIX”, Raúl Mandrini, Antonio Escobar Ohmstede y Sara Ortelli (editores), *Sociedades en Movimiento. Los Pueblos Indígenas de America Latina en el siglo XIX*, Tandil, IEHS, 2007, pp. 219-233.
- Almeida, M. Regina Celestino de, “Índios, Missionários e Políticos: discursos e atuações político-culturais no Rio de Janeiro Oitocentista”, Rachel Soihet, M. Fernanda Bicalho, M de Fátima S. Gouvêa (coord), *Culturas Políticas. ensaios de história cultural, história política e ensino de historia*, Rio de Janeiro, Mauad, 2005, pp.235-255.
- Carneiro da Cunha, Manuela, “Política Indigenista no Século XIX”, Manuela Carneiro da Cunha (coord), *História dos Índios no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1992.
- Dantas, Beatriz G, Sampaio, Jose´Augusto L. e Carvalho, Maria Rossario G de, “Os Povos Indígenas no Nordeste Brasileiro Um esboço histórico”, Manuela Carneiro da Cunha (coord), *História dos Índios no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1992, pp. 431-456.
- Medeiros, Ricardo Pinto de, “Política Indigenista do Período Pombalino e seus reflexos nas Capitâneas do Norte da América portuguesa”, Ricardo Pinto de Medeiros e Carla Mary S. Oliveira (Coord.), *Novos Olhares sobre as Capitâneas do Norte do Estado do Brasil*. João Pessoa, Editora Universitária UFPB, 2007, pp. 125-159.
- Perrone-Moisés, Beatriz, “Índios Livres e Índios Escravos: os princípios da legislação indigenista do período colonial (séculos XVI a XVIII)”, Manuela Carneiro da Cunha (Coord.), *História dos Índios no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1992, pp. 115-132.

Sampaio, Patrícia, "Entre a Tutela e a liberdade dos índios: relendo a Carta Régia de 1798", Mauro Cezar Coelho, et al (Coord.), *Meandros da História. Trabalho e Poder no Grão-Pará e Maranhão – Séculos XVIII e XIX*, Belém, UNAMAZ, 2005, pp.68-84.

Artículos en publicación periódica

Langfur, Hall, "Uncertain Refuge Frontier Formation and the Origin of the Botocudo War in Late Colonial Brazil", *Hispanic American Historical Review*, 82:2, (2002) pp.215-256.

Maia Forte, José Mattoso, "Estrada de Rodagem Rio-São Paulo", *Revista da Sociedade de Geografia*, Rio de Janeiro, 2º semestre, 1928.

Informes de investigación y tesis

Cardoso, Ciro Flamarion, *Atlas Histórico do Rio de Janeiro*, Relatório de Pesquisa do CNPQ, 1986.

Lemos, Marcelo S., *O Índios virou pó de café? – A resistência dos índios Coroados de Valença frente à expansão cafeeira no Vale do Paraíba (1788-1836)*, Rio de Janeiro, UERJ, 2004, Dissertação de Mestrado.

Mäder, M. Elisa Noronha de Sá, *O Vazio, O Sertão no Imaginário da Colônia nos Séculos XVI e XVII*, Rio de Janeiro, Pontifícia Universidade Católica, 1995, Dissertação de Mestrado.

Malheiros, Márcia, *Homens de Fronteiras, Índios e Capuchinhos na Ocupação dos Sertões do Leste do Paraíba ou Goytacazes*, Rio de Janeiro, UFF, Tese de Doutorado.

Mott, Luiz R, Barros, *Piauí colonial: população, economia e sociedade*, Teresina, 1985, Projeto Petrônio Portela.

1808

LA GUERRA DE JOÃO VI CONTRA LOS INDIOS DEL RÍO DOCE⁴⁹⁷

Vânia Maria Losada Moreira

Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro

La mudanza de la corte portuguesa a Brasil en 1808 constituye un episodio importante en el proceso de formación del Estado brasileño independiente. El acontecimiento ocurrió en un contexto de incertidumbres y de profundos cambios marcado por las guerras napoleónicas, por la crisis del sistema colonial tradicional, las formas absolutistas de gobierno y por la ascensión de las ideas y prácticas liberales en Europa y América.

En la colonia americana, el rey João VI implantó medidas de corte liberal, como la apertura de los puertos al comercio directo con el extranjero y el libre establecimiento de fábricas y manufacturas. Para 1815 elevó este dominio a la categoría de reino, abriendo nuevas perspectivas para su desarrollo al librarle del estatuto colonial.

1808 también fue una fecha importante para la historia de los pueblos indios. A través de la carta regia del 13 de mayo de 1808, la corona portuguesa declaró "guerra ofensiva" contra los indios botocudos del río Doce (Minas Gerais y Espírito Santo), autorizando el cautiverio indígena por diez años o mientras durase la "fiereza" y la "antropofagia" de ellos. En otra carta regia, de fecha diciembre 2 del mismo año, los territorios indígenas conquistados

⁴⁹⁷ Traducción al español de Adriana Carina Camacho Álvarez. Se respetó la forma de citar de la investigadora. El editor.

fueron calificados de *devolutos*,⁴⁹⁸ tomándose además la decisión de colonizar el valle por medio de la guerra y la subsiguiente distribución de tierras (*sesmarias*) entre los nuevos colonos. En el clásico memorial que redactaron sobre la situación de los indios frente a la legislación colonial, imperial y republicana, Manoel Tavares da Costa Miranda y Alípio Bandeira se refirieron a la política indigenista de João VI en los siguientes términos:

tanto mayor aversión inspira el gobierno de don João VI por su intento de restablecimiento oficial de la opresión. Era un retroceso inesperado y sin justificación, y fue con ese paso atrás que entramos en el siglo XIX y en la legislación propiamente patria (1912: 140).

Al considerar la evolución de la política indigenista colonial, la guerra de João VI contra los indios parecía, de hecho, un “retroceso inesperado”, pues desde las leyes del marqués do Pombal, especialmente la del 6 de junio de 1755, el cautiverio indígena había sido abolido del escenario de la América portuguesa, gracias al decreto que establecía la libertad absoluta para los indios.⁴⁹⁹ Considerada en general un anacronismo, ya que rehabilitaba el antiguo principio de guerra justa y de cautiverio indígena, la carta regia del 13 de mayo y la guerra contra los indios, se deben ver como un testimonio de su propio

⁴⁹⁸ Territorios que se devolvían a su señor original, o sea al rey, pudiendo éste concederlos a otros vasallos. Nota de la traductora.

⁴⁹⁹ De acuerdo con Prado Júnior, “La legislación pombalina relativa a los indios es la siguiente: el Alvará (Credencial) del 14 de abril de 1755, que fomenta los casamientos mixtos, equipara a los indios y sus descendientes a los demás colonos en cuanto a empleo y honores, y prohíbe que se los trate peyorativamente. La ley del 6 de junio del mismo año decreta la libertad absoluta y sin excepción de los indios, da varias providencias sobre sus relaciones con los colonos y dispone sobre la organización de las poblaciones (villas y lugares) en que deberían reunirse. El Alvará del 7 de junio, también del mismo año, suprime el poder temporal de los eclesiásticos sobre los indios, cuyas aldeas serían administradas por sus principales. Esta ley, al igual que la anterior, se aplicaba sólo a los territorios de Pará y Maranhão; el Alvará del 8 de mayo de 1758 extendió su aplicación a todo Brasil. Además de esas leyes, existe el “Diretório dos Índios do Grão-Pará e Maranhão”, del 3 de mayo de 1757, reglamento organizado por el gobernador de aquellas capitanías, Francisco Xavier de Mendonça Furtado, hermano de Pombal, que larga y minuciosamente reglamenta la legislación vigente sobre los indios. Ese documento fue aprobado por el Alvará del 17 de agosto de 1758, que extendió su aplicación a todo Brasil” (1971: 94-5). Resta decir que el “Diretório dos Índios” tuvo vigencia hasta 1798, cuando fue abolido por la carta regia del 12 de Mayo.

tiempo, o sea, como un proceso relacionado con la coyuntura de 1808 y con los nuevos intereses de la corona.

Como observó Maria Odila Dias (1972), el traslado de la corte portuguesa al Brasil acentuó el proceso de interiorización de la metrópolis en la colonia, gracias a la incorporación y a la integración de nuevos territorios a la dinámica de la economía colonial, entre otros factores. Desde ese punto de vista, la guerra y la conquista de los territorios indígenas de Espírito Santo y de Minas Gerais forman parte del proceso de reorganización del abastecimiento comercial de la corte instalada en Río de Janeiro y de la integración económica del centro-sur. La historiografía contemporánea ha resaltado que la carta regia del 13 de mayo oficializó, en realidad, un conflicto que ya existía en los *sertões* del este de Minas Gerais desde la segunda mitad del siglo XVIII,⁵⁰⁰ sugiriendo que el proceso de expansión de la frontera económica y social mineira sobre los territorios indígenas había antecedido la guerra decretada en 1808.

Al analizar la historia desde la perspectiva de la capitania de Espírito Santo, empero, la guerra puso en riesgo la supervivencia de los núcleos poblacionales más antiguos y tradicionales, dejando en evidencia la capacidad de acción y negociación de los indios y la fragilidad social, económica y militar de dicha capitania. El presente estudio busca analizar la guerra ofensiva contra los indios del río Doce, destacando las relaciones interétnicas constituidas en el escenario de la guerra y el impacto de la acción beligerante en Espírito Santo, con el objetivo de construir un cuadro más amplio de la guerra contra los indios en esa área.

Los indios y los frentes de expansión de la sociedad colonial

El proceso de ocupación y colonización de la cuenca del río Doce estuvo estrechamente relacionado con los nuevos intereses esbozados por la corona portuguesa respecto a la región y también a la dinámica económica y social tanto de Minas Gerais como de Espírito Santo. En Minas Gerais, la conquista de esa vasta región, conocida como *sertões* del este, se inició por la decadencia de la actividad minera y el subsecuente interés en descubrir nuevos yaci-

⁵⁰⁰ Se les llamaba así, en la época colonial, a los territorios no alcanzados aún por la soberanía de la corona portuguesa, habitados, generalmente, por tribus indígenas independientes. Nota de la traductora.

mientos en territorios desconocidos o por el desarrollo de actividades alternativas a la minería, como la agricultura, el pastoreo y el comercio (Resende y Langfur 2007: 18). A partir del gobierno de Luis Diogo Lobo da Silva, de 1763 a 1768, comenzó a explotarse esa región bajo la expectativa de localizar nuevos yacimientos de oro. Para los últimos años del siglo XVIII, el interés de la corona por la región era ya otro; ahora se volcaba a la posibilidad de explotarla en el campo de la agricultura, de la extracción vegetal y del comercio fluvial (Espindola 2005: 48).

En los *sertões* del este, vale decir, en los territorios que se encontraban bajo la jurisdicción de los gobiernos mineiros, el frente de expansión de la sociedad colonial y la consiguiente conquista de los territorios indígenas ocurrieron, por ende, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Así, no es de extrañar que en la evaluación de Maria Leônia Resende y Hal Langfur, la guerra ofensiva decretada por la corona el 13 de mayo de 1808, en realidad oficializaba medio siglo de conflictos en la región. En la documentación primaria que consultaron estos autores encontraron 85 registros de conflictos violentos que involucraban a indios en los *sertões* del este en el periodo que corre de 1760 a 1808 (2007: 20).

La cronología de la conquista y de la colonización de los *sertões* de la capitanía de Espírito Santo es muy diferente a la de Minas Gerais y ha sido analizada desde dos perspectivas, que aunque distintas tienen en común la misma falta de articulación con la cuestión indígena. La primera, y más tradicional, sitúa el inicio de la colonización de la región del río Doce en la administración de Antônio Pires da Silva Pontes, pues al asumir el gobierno la capitanía de Espírito Santo en 1800, lo hizo con órdenes expresas de la corona portuguesa de abrir el río Doce a la navegación y al poblamiento (Oliveira 1975: 244).

A partir de ese hito histórico, buena parte de la historiografía tradicional entiende iniciado el lento proceso de ocupación de esa vasta área. El historiador José Teixeira de Oliveira expresa ese punto de vista de forma ejemplar, al avanzar en la interpretación del problema y demostrar que el proceso de ocupación que comenzó en 1800 era bastante diverso del interés despertado por la región antes de aquella fecha, en que la misma había sido apenas invadida esporádicamente por expediciones en busca de oro y piedras preciosas. Además, señaló que los descubrimientos de piedras y metales preciosos en Minas Gerais durante el siglo XVIII – que teóricamente podrían haber fomentado la ocupación de la cuenca del río Doce en el territorio de Espírito Santo –, sirvie-

ron más bien para postergar su colonización, aún habida cuenta que, desde el punto de vista geográfico e hidrográfico, el río Doce era el camino más lógico de conexión entre Minas Gerais y el litoral (Teixeira de Oliveira 1975: 244). De hecho, en el auge de la explotación aurífera, los *sertões* entre Minas Gerais y Espírito Santo pasaron a conocerse como “áreas prohibidas”, pues la corona buscó evitar al máximo el tránsito en aquella zona, en la tentativa de cohibir el contrabando de oro a través de la costa atlántica de la capitanía de Espírito Santo.

La segunda perspectiva de análisis del proceso de poblamiento y colonización del río Doce de Espírito Santo es diferente a la presentada en el párrafo anterior. Explica dicho fenómeno a partir de la expansión de la frontera agrícola local, que no sólo consolidó y amplió el poblamiento sino que también promovió la integración regional (Saleto 1996). Sin ignorar las primeras medidas que intentaron viabilizar la colonización de la región, esta perspectiva sitúa el punto de partida del proceso de ocupación en la dinámica de la economía cafetera, en otras palabras, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando la producción de café se transformó en el sector económico más importante de la economía regional, incorporando áreas de antiguo poblamiento y avanzando sobre nuevas regiones que se fueron integrando a la producción cafetera en la categoría de frontera agrícola. Fue un movimiento progresivo, en que la expansión de la colonización y del poblamiento ocurrió tanto hacia el sur de Espírito Santo como hacia las regiones centrales, alcanzando la orilla sur del río Doce recién al final del siglo XIX.

Desde ese punto de vista, las regiones centrales y cercanas al margen sur del río Doce representaban la efectiva frontera de expansión agrícola de Espírito Santo en el siglo XIX. Esa condición cambió apenas alrededor de 1910, cuando buena parte de las tierras estaban ocupadas. Eso forzó al frente pionero a cruzar las orillas del río Doce y a empezar la colonización de la porción norte de Espírito Santo. La construcción en 1928 del primer puente sobre el río Doce en Colatina, se ha considerado como un hito importante de inflexión de la situación de letargo del norte de Espírito Santo, que hasta entonces no se había incorporado a la economía y a la sociedad regional (Saleto 1996: 161).

Si se confrontan las dos perspectivas sobre el proceso de (re)poblamiento y colonización de los *sertões* de Espírito Santo, se puede formular una tercera alternativa de interpretación. A partir de esta nueva perspectiva, la apertura del río Doce a la navegación y a la colonización a partir de 1800 guarda-

ría poca o bien ninguna relación con la dinámica interna de desarrollo de la entonces capitanía de Espírito Santo. Esa decisión sería más bien resultado de los cálculos económico y político de la corona portuguesa interesada en mejorar el fisco en la región y en atender a las necesidades de expansión comercial y territorial mineira. Si no se le consideraba quebrada, como mínimo Espírito Santo era en aquella época inexpresiva desde el punto de vista social y económico.

Como toda región afectada por la “fiebre cafetera” se situaba al sur del río Doce, menester es reconocer que durante el siglo XIX Espírito Santo poseía, en realidad, dos frentes de expansión: una en dirección al sur y al centro, bastante dinámica, basada en la producción de café en haciendas de porte y en núcleos coloniales de italianos y alemanes (polacos) y que puede definirse y explicarse a partir del concepto de frontera agrícola y del desarrollo interno de la provincia; y otra, en el valle del río Doce, en dirección a Minas Gerais y a la porción norte de Espírito Santo, generalmente considerada inexpresiva e incluso relativamente fracasada, pues atravesó todo el siglo XIX sin alcanzar niveles satisfactorios de (re)poblamiento y de desarrollo económico. Aunque historiadores como José Teixeira de Oliveira y Nara Saleto nunca ignoraron la existencia de pueblos indígenas en los *sertões* pertenecientes a Espírito Santo, lo cierto es que el indio no está contemplado en sus reflexiones. Sin embargo, ya sea en el frente de expansión dinámico de la sociedad regional, ya en el letárgico frente de expansión del valle del río Doce, la población indígena era numerosa, considerándosela, en general, uno de los “obstáculos” a la plena colonización y aprovechamiento económico de nuevas tierras. Por eso, lo más adecuado es pensar el proceso de colonización del río Doce de Espírito Santo durante el siglo XIX como un movimiento de *conquista y repoblamiento* y no de “poblamiento”, como si aquellas tierras hubieran estado libres de gentes.

Tanto la prohibición del comercio y de la construcción de caminos entre Espírito Santo y Minas Gerais, como la debilidad económica de las capitanías de Porto Seguro y de Espírito Santo, transformaron la región de los valles de los ríos Itapemirim, Itabapoana, Doce, São Mateus y Mucuri, en un refugio de indios de varias etnias. A comienzos del siglo XIX, cuando se decretó la guerra contra los indios bocotudos, esa vasta región estaba poblada, entre otros, por grupos de puris, coroados, pataxós, maxacalis, malalis y, sobre todo, por los genéricamente conocidos como botocudos o Aimorés. Exceptuando a los maxacalis y malalis, que según todo indica practicaban la agricultura antes del contacto con el mundo blanco (Métraux y Nimuendajú 1946), los demás

pueblos eran de cazadores y recolectores, dependiendo su modo de vida de la explotación de esa región aún no alcanzada por la ocupación luso-brasileña (Métraux 1946a; Métraux 1946b).

Tanto los puris como los bocotudos estaban presentes en los territorios de la entonces capitania de Espírito Santo. Sus tribus eran vistas como “bravas”, “*tapuias*” (enemigas), “*peligrosas*” y, lo que es peor, practicantes del canibalismo. Aunque para la mayoría de los investigadores no existan indicios suficientes para confirmar la práctica de la antropofagia ritual entre puris y botocudos (Métraux 1946b: 527), el hecho es que la población luso-brasileña de comienzos del siglo XIX los consideraba antropófagos, lo que agravaba severamente la ya pésima reputación de los indios.

Para Silva Pontes, que asumió la administración de la capitania de Espírito Santo en 1800, la presencia indígena en los *sertões* no sólo significaba un enorme trastorno, sino también uno de los mayores obstáculos al desarrollo regional. En 1802 definió la situación de Espírito Santo como precaria, pues “rodeada de gentío enemigo en todo el perímetro de la colonia, desde la barra del río Doce hasta la barra del Parayba do Sul, no se arriesgan los colonos a adentrarse en el campo [*sertão*]”; por esos motivos, la población prefería vivir “en continua contienda, pero nunca decidiéndose a ir formar establecimientos, donde los montes no tienen dueño, y la abundancia está abandonada al conjunto del gentío” (1979).

No existen estadísticas seguras sobre el número de indios independientes que vivían en los *sertões* de la capitania de Espírito Santo. Los primeros cómputos aparecen al comienzo del siglo XIX, cuando Guildo T. Marlière en 1827 calculó que los indios que frecuentaban los cuarteles de Espírito Santo y de Minas Gerais sumaban aproximadamente 20,000 individuos, agregando el autor que contar indios en los montes y hormigas en un hormiguero eran tareas semejantes (Mattos 2004: 116). Para la segunda mitad del siglo XIX existen otras fuentes, como el informe de 1881 del presidente Marcelino de Assis Tostes, que calculó la existencia de 600 aldeas indígenas sólo entre los ríos Mutum y Pancas, ambos situados en Espírito Santo, afirmando el autor, además, que difícilmente todos podrían ser reunidos en una misma aldea debido a las riñas existentes entre ellos (Espírito Santo 1881: 42). Poco antes, en 1872, un padre capuchino que servía en las misiones del río Doce, tanto en Minas Gerais como en Espírito Santo, ofreció una estimativa más precisa. Frey Bento de Bobbio (así se llamaba el misionero) estimó la existencia de 1,500 indios de diferentes tribus, pero de la misma lengua, en el río Doce y

sus inmediaciones (Demoner 1983: 84). En 1862, Johan Jakob von Tschudi calculó la población de los bandos botocudos en las cercanías del río Mucuri entre 2,800 y 3,000 indios; y en la década de 1880, Paul Ehrenreich estimó que entre las regiones de los ríos Mucuri, Doce, Pancas, Guandu y Sassuhy existían alrededor de 5,000 indios (Métraux 1946b: 532).

Los relatos de época tampoco dejan lugar a dudas en cuanto a que la parte poblada de Espírito Santo estaba cercada por una numerosa población indígena, en todas las direcciones y límites de la capitanía. Debe enfatizarse la importancia de ese dato, pues mientras existían cerca de 20,000 indios botocudos en las inmediaciones del río Doce, en la misma época de 1828 la población local de la capitanía fue calculada en 35,000 habitantes, de los cuales 22,165 personas eran libres (blancos, mestizos, negros e indios civilizados), y los demás esclavos (Moreira 2005: 109). En otras palabras, la capitanía de Espírito Santo, además de diminuta en términos territoriales y de población, estaba cercada por indios independientes del gobierno colonial, insurrectos frente a la presencia luso-brasileña y, lo que es peor, muchas veces en guerra abierta contra la presencia alienígena.

La guerra ofensiva y la militarización de las relaciones sociales

En el proceso de apertura del río Doce a la navegación y al comercio y poblamiento, la recomendación inicial de la corona portuguesa fue evitar la guerra y las hostilidades contra los indios. Ese fue, al menos, el tenor general de las instrucciones enviadas a Silva Pontes, quien recibió copia de la carta regia del 12 de mayo de 1798, para que la aplicase en Espírito Santo en todo lo que juzgase pertinente. La carta regia versaba sobre la civilización de los indios y fue especialmente expedida al gobernador y capitán general de Pará. Se recomendaba, entre otras cosas, aunar esfuerzos para negociar con los indios y prohibía la realización de guerra ofensiva y otras formas de hostilidades contra los indios que residían en los montes.⁵⁰¹

Para poner en vigor la carta, Silva Pontes creó puestos militares a lo largo del río Doce con objetivos defensivos, con el fin de garantizar la seguridad

⁵⁰¹ "Cópia da Carta Régia de 12 de maio de 1798 sobre a civilização dos índios, enviada à Antônio Pires da Silva Pontes. Palácio de Quelús, em 29 de agosto 1798, em José Joaquim Machado de Oliveira (1856)", en "Notas, apontamentos e notícias para a história da província do Espírito Santo", *Revista do IHGB*, Rio de Janeiro, tomo XIX, n. 22.

del comercio y apoyar las exigencias del fisco. Él mismo exploró la región, y como era geógrafo, entre otras cosas, elaboró el primer mapa del río Doce. Al volver a Vitória, capital de la capitania, prestó cuentas de su expedición al gobernador de Bahía, informando la erección, en la desembocadura del río, del cuartel de Regência y la instalación de un “destacamento fuerte y agradable en el puerto de Souza y en la boca más boreal del Giparanã, que llaman Barra Seca, [con lo que] quedan defendidos los extraviós de oro o diamantes, que tanto recomiendan las instrucciones”.⁵⁰²

Este destacamento de soldados del puerto de Souza, situado cerca de la frontera con Minas Gerais, señalaba el fin de las aguas navegables. Entre ese puerto y el de Natividade, en dirección a Minas Gerais, las chorreras hacían inviable el tránsito de las canoas, forzando el transporte de mercaderías por tierra, a expensas del esfuerzo humano y de animales. También creó el cuartel de Coutins, que dio origen a una pequeña aldea en el río Doce intermedio de Espírito Santo. En poco menos de diez años, en 1808, el cuartel y aldea de Coutins fueron destruidos por los indios botocudos, “que mataron a un soldado, pusieron a los demás en fuga y arrasaron el cuartel” (Oliveira 1975: 246). Los primeros colonos enviados por Silva Pontes para colonizar la región fueron los “condenados por la justicia”. A ellos se juntaron otras personas, sobre todo “desertores” y “fugitivos de la ley”. Contrariamente a lo esperado, según la evaluación del historiador José Teixeira de Oliveira (1975: 246), los que no aparecieron en la región fueron quienes podrían sustentar el tráfico marítimo, los comerciantes mineiros.

Sobre las ruinas de la aldea de Coutins, el sucesor de Silva Ponte, Manoel Vieira de Albuquerque Tovar (1805-1812), incentivó en 1809 la fundación de la población de Linhares. Hacia allá envió colonos, entre ellos a un hacendado de Benevente, João Felipe Calmon, quien instaló la hacienda Bom Jardim y un ingenio de azúcar con algunos esclavos en sesmaria que le concedieron. Esta población sirvió de lugar de exilio. Hacia ella Tovar envió a varios de sus oponentes políticos (Marques 1878: 118).

El puerto de Souza sufrió ataques de los indios bocotudos en 1808, llevando al gobierno de la capitania a ampliar y reforzar lo que ya era entonces el cuartel de Souza (Marques 1878: 119). Tovar de Albuquerque, gobernador

⁵⁰² “Ofício de Silva Pontes de 16 de novembro de 1800, ao governador da Bahia, en Oliveira (1975)”, en *História do Espírito Santo*, 2 ed., Vitória, Fundação Cultural do Espírito Santo/IBGE, p. 263.

en ese periodo de Espírito Santo, recibió una copia de la carta regia del 13 de mayo de 1808, que decretaba la guerra ofensiva a los indios bocotudos con instrucciones precisas sobre las maniobras militares en la región. De acuerdo a las recomendaciones oficiales, el río Doce fue dividido en seis distritos militares, nombrándose un comandante para cada uno de ellos, creándose la dirección militar de Río Doce, que reorganizó el sistema de defensa contra los indios gracias al establecimiento de nuevos destacamentos de soldados y cuarteles. El cuartel de Monsarás se construyó cuatro leguas al norte de la barra del río; el de Comboios se ubicó cerca de la costa atlántica, en dirección al sur de la capitanía; entre el puerto, el cuartel de Souza y el nuevo pueblo de Linhares, se situó el cuartel de Anadia. Para defender a la nueva población se crearon también el segundo cuartel de Linhares, cerca de la laguna Juparanã, el cuartel de Avis y el cuartel de Aguiar, cerca de la laguna Aguiar, también conocida como Lagoa dos Índios (Marinato 2007: 47).

Esa misma carta regia del 13 de mayo estableció un aumento anual de los sueldos de los comandantes de distrito, proporcional al “buen servicio prestado”; vale decir, el sueldo sería mayor para los comandantes que evitaran muertes de portugueses y destrucción de sus plantaciones y que lograran la prisión y muerte del mayor número de indios.⁵⁰³ Aquellos que quedaran prisioneros de guerra, se volvían automáticamente cautivos y se les debía entregar

al servicio del respectivo comandante por diez años y todo el tiempo adicional que durase su ferocidad, pudiendo él emplearlos a su servicio particular durante ese tiempo y conservarlos con la debida seguridad, incluso con hierros, mientras no den pruebas del abandono de su atrocidad y antropofagia.⁵⁰⁴

⁵⁰³ “Cópia da Carta Régia de 13 de maio de 1808, enviada a Manoel Vieira da Silva e Tovar de Albuquerque. Palácio do Rio de Janeiro, em 21 de maio de 1808, em José Joaquim Machado de Oliveira (1856)”, en “Notas, apontamentos e notícias para a história da província do Espírito Santo”, *Revista do IHGB*, Rio de Janeiro, tomo XIX, n. 22.

⁵⁰⁴ “Cópia da Carta Régia de 13 de maio de 1808, enviada a Manoel Vieira da Silva e Tovar de Albuquerque. Palácio do Rio de Janeiro, em 21 de maio de 1808, em José Joaquim Machado de Oliveira (1856)”, en “Notas, apontamentos e notícias para a história da província do Espírito Santo”, *Revista do IHGB*, Rio de Janeiro, tomo XIX, n. 22.

Es importante no tomar los términos “cautivo” y “esclavo” como sinónimos, sobre todo donde tenía vigencia el trabajo forzado tanto de esclavos negros como de indios capturados en guerra declarada por la corona portuguesa. Como subrayó Luiz Felipe de Alencastro, desde fines del siglo XVI el estatuto de los indios se definía “en contrapunto al estatuto de los esclavos negros” (2000: 67):

el precepto filipino de la “libertad natural” –jamás reconocido a los africanos– siguió presente en la doctrina portuguesa relativa a los indios. Ningún documento regio concibe a los indios como energía humana en estado bruto, factor de producción o mercadería pronta para ser vendida, marcada a hierro, comprada, embarcada, heredada y –sobre todo– tributada por la corona, de donde surge la irrecusable legalización de su estatuto reificado. Al contrastar los decretos expedidos para las factorías africanas, en los cuales los términos fiscales y mercantiles *piezas* y *esclavos* aparecen a menudo, los indios constan en los edictos reales como “cautivos” (Alencastro 2000: 87-88).

La guerra ofensiva se amparaba en el argumento más amplio de la llamada “guerra justa”, una institución que databa de las cruzadas y que se usó en Brasil entre los siglos XVI y XVIII como uno de los principales fundamentos para el cautiverio indígena. Se declaraba principalmente después de algún acto de hostilidad contra portugueses o indios aliados, impedimentos a la propagación de la fe o rompimiento de pactos celebrados (Perrone-Moisés 1992: 123). La antropofagia y el rechazo a la conversión no constituían causas suficientes para la declaración de la guerra, aunque funcionasen como factores agravantes. Los sobrevivientes indígenas de las “guerras justas” eran justamente los individuos que engrosaban las filas de los cautivos, que pasaban a prestar trabajo forzado a los colonos y moradores.⁵⁰⁵ Aunque el plazo del cautiverio fuese variable, lo más común eran diez años de acuerdo a la legislación de 1611 (Perrone-Moisés 1992: 128).

⁵⁰⁵ Otra forma de justificar el cautiverio y el trabajo forzado de los indios fue el “rescate”. El rescate implicaba la compra o rescate de indios prisioneros de otras tribus a quienes matarían en rituales de antropofagia. En ese caso, los costos del rescate eran recompensados mediante la venta o el trabajo forzado de los indios rescatados (Perrone-Moisés 1992: 129).

En 1816, año de la estadía del príncipe Maximiliano Wied-Neuwied en el río Doce, la situación en la región era absolutamente beligerante. El hecho aparece registrado de forma contundente en la crónica que realizó este noble naturalista, que se caracteriza por el reconocimiento de la centralidad de la guerra en la incipiente organización política y social del río Doce. Su narrativa gira en torno a la guerra y a una pequeña sociedad organizada en función de la misma, a tal punto de que el cronista lamentaba el impacto de esa situación sobre sus investigaciones: “La desgraciada guerra sostenida contra los botocudos en el río Doce imposibilita conocer de cerca y estudiar, en esa región, a ese notable pueblo; quien quiera verlos allí, debe prepararse para un flechazo” (1958 [1823]: 163).

Gran parte de las plantaciones se ubicaban en las islas cercanas a Linhares, “porque sólo en esas islas están a salvo los salvajes, que no poseen canoas y no pueden, en consecuencia, cruzar el río, excepto cuando su ancho y profundidad son insignificantes. El guardia mayor reside en la Isla do Boi, y el padre de Linhares en la Isla de Bom Jesus” (1958 [1823]: 159).

El estado de beligerancia en el lugar era de tal magnitud que el trabajo agrícola era controlado por las armas. Todos los que podían partían hacia el trabajo en la labranza portando escopetas; los demás llevaban por lo menos una honda. La expansión de las plantaciones y las tentativas de aumentar los caminos quedaban, así, condicionadas a la instalación de nuevos cuarteles y destacamentos. El atajo que unía la hacienda Bom Jardim al cuartel de Riacho, por ejemplo, exigió la creación del cuartel de Aguiar, cercano a la Lagoa dos Índios, donde “residen algunas familias indígenas y los soldados indios ejercen la vigilancia” (1958 [1823]: 158). Poco después de la salida de Maximiliano Wied-Neuwied del río Doce, en el nuevo cuartel instalado ocurrió el asesinato de tres soldados.

Linhares no era más que un pueblo insignificante, con casas pequeñas, bajas, hechas de barro, sin reboque y cubiertas de hojas de palmeras. El pueblo era defendido en ocho direcciones diferentes por destacamentos aislados en las selvas, y su población era, sobre todo, de soldados (1958 [1823]: 160), acerca de quienes escribió Wied-Neuwied:

La experiencia hace a los soldados de Linhares buenos conocedores de la manera de perseguir a un salvaje en la selva, pero todos confiesan que los botocudos son cazadores mucho más hábiles y mucho mejor conocedores del monte que ellos; allí reside la causa de la gran precaución

que exige esa actividad y las expediciones a la selva. En general, se considera a los mineiros (o habitantes de Minas Gerais) mejores cazadores de salvajes, porque están familiarizados con ese modo de vida y con las guerrillas en las selvas (1958 [1823]: 164).

Tanto en Linhares como en los demás cuarteles que se propagaban en la región del río Doce, el cuerpo de soldados estaba compuesto en su mayoría por "indios civilizados". En el territorio de Espírito Santo la denominación "indio civilizado" se aplicaba a los agrupamientos indígenas establecidos en las antiguas misiones jesuíticas de la región y que a partir de las leyes pombalinas pasaron a componer la población de villas y lugares que se levantaron en los antiguos conjuntos de aldeas. Se trataba de indios con cierta tradición de convivencia con la sociedad colonial y por eso se los consideraba "mansos" o "civilizados". Para la década de 1820 representaban una parcela importante de la población de Espírito Santo, constituyendo un cuarto de la población libre y el 16.5% de la población total (Moreira 2005: 109).

La historiografía contemporánea reconoce que los indios integrados al sistema colonial, aunque no vivieran según la reglas y valores de sus grupos étnicos de origen, tampoco se confundían con los esclavos de origen africano ni con la población de procedencia europea. Maria Regina Celestino de Almeida argumentó, por ejemplo, que dentro de la experiencia colonial de la capitanía de Rio de Janeiro esos agrupamientos indígenas sufrieron profundas transformaciones, "rearticulando valores y tradiciones para adaptarse al nuevo mundo en formación, lo que permite percibirlos como un grupo étnico y social específico [indios reunidos en aldeas], portador de identidad y características propias construidas a lo largo del proceso de vivencia y contacto en la nueva situación colonial" (2003: 119).

También en Espírito Santo la experiencia de los indios en los conjuntos de aldeas jesuíticas propició la convivencia y el mestizaje cultural y biológico de diferentes grupos étnicos. Luego de las leyes pombalinas, que fomentaban la mezcla de razas entre indios y portugueses, y que abolían el sistema de segregación en los conjuntos de aldeas, los procesos de mestizaje fueron aún mayores y variados. Sin embargo, a pesar de la directriz pombalina de disolverlos en la categoría de súbditos del rey, las fronteras étnicas entre ellos y la población luso-brasileña de la capitanía continuaron reelaborándose y actualizándose. Prueba de ello es el hecho de haberse categorizado a los indios, a menudo, como "mansos" o "civilizados", es más, ese segmento étnico y social

fue primordial para la estructuración y funcionamiento de la capitanía, pues además de prestar servicios públicos y militares en diferentes localidades, sirvieron de apoyo a la conquista de las tierras pertenecientes a los botocudos del río Doce.

A Maximiliano Wied-Neuwied le repugnó la falta de libertad de los habitantes de Linhares, gobernados “de manera cruel y errónea”, controlados con respecto al consumo de aguardiente e impedidos de viajar sin permiso previo (1958 [1823]: 162). El control sobre la población, en su mayor parte formada por soldados indios, indios y mestizos, se debía al hecho de las fugas que caracterizaban a las incipientes colectividades organizadas en los cuarteles y destacamentos militares de la región. Las razones que motivaban dichas desertiones no eran tan sólo los peligros representados por la guerra llevada a cabo contra los guerreros botocudos, reconocidos como hombres bravos, valientes y eximios conocedores de aquellos montes, o el hecho de extrañar a sus familias y a sus comunidades de origen. Además de eso existía el hambre, las enfermedades y los castigos. En los documentos de esa época los castigos, la vida aislada y los pesados trabajos son señalados como las causas de las frecuentes desertiones (Marinato 2007: 56).

La crónica de Wied-Neuwied aporta datos respecto al modo de vida y alimentación en los cuarteles: “esa gente lo pasa muy mal; pescado, harina de mandioca, porotos negros y, a veces, un poco de carne seca, constituyen su única alimentación. Son todos de color, criollos, indios, mestizos o mulatos” (1958 [1823]: 155). Sin embargo, cuando el naturalista visitó los cuarteles ubicados en el río Doce había mejorado la situación sensiblemente; se había abolido la prohibición de la labranza de mandioca en los destacamentos, cuarteles y establecimientos de los colonos, disposición que tuvo vigencia en los gobiernos de Silva Pontes y de su sucesor, Manoel Vieira de Albuquerque Tovar.

La prohibición de la plantación de mandioca, uno de los *elementos* básicos de la dieta colonial, era una táctica de guerra más y tenía por objetivo mantener a los bocotudos a distancia de los enclaves luso-brasileños, pues la mandioca los atraía y era motivo de muchos de los ataques que los indios perpetraban en la región. Fue recién en la administración de Francisco Alberto Rubim (1812-1819) que las plantaciones fueron no sólo permitidas sino exigidas de los cuarteles, destacamentos y colonos. Es más, en los cuarteles

y destacamentos, los soldados “que estuvieran en descanso u holganza”,⁵⁰⁶ debían plantar mandioca. Otra innovación se dio en la administración de Rubim, al decidir que los sueldos se pagaran en metal para atraer la venta de géneros en los destacamentos y cuarteles. Esta medida fue exitosa, pues la siembra de mandioca redujo los gastos de la hacienda real y el comercio empezó a desarrollarse en los cuarteles gracias a la presencia de mercaderes mineiros⁵⁰⁷.

Las observaciones de Maximiliano Wied-Neuwied, además de situar a la guerra en el centro de las relaciones sociales e interétnicas desarrolladas en la región, también pusieron de manifiesto otra cuestión importante: el comercio de niños indígenas. Las expediciones luso-brasileñas contra los indios generalmente preservaba la vida de ciertos niños, los más pequeños, que se llevaban a las haciendas de los colonos en calidad de cautivos de guerra o para su venta. No obstante, el aprisionamiento de esos niños (*kurukas*), servía para generar nuevos conflictos, pues fueron frecuentes los ataques a las haciendas con el objetivo de rescatar a los hijos robados. Al propio Maximiliano le ofrecieron, de hecho, un *kuruka* que vivía en la hacienda Bom Jardim. La última expedición para capturar indios en Linhares, cuyo jefe había sido un guardia mayor, mineiro expulsado de su tierra natal y considerado un buen conocedor del “arte de cazar indios”, había ocurrido tan sólo algunos meses antes de su llegada a la región (Wied-Neuwied 1958 [1823]: 164).

Las medidas de seguridad y de incentivo a la colonización del valle y a la navegación del río Doce no hicieron de la región un área próspera o con alguna perspectiva real de desarrollo. La población era diminuta, la guerra generaba inseguridad y muchos estragos a la economía de los moradores, además, el tránsito en el río funcionaba, mayoritariamente, como soporte al aparato militar allí instalado. De acuerdo a Teixeira de Oliveira, “el soñado intercambio con Minas Gerais seguía siendo una utopía. Las canoas que surcaban el río Doce conducían tan sólo soldados, armas y municiones” (1975: 253). La zona era de guerra, militarizada, sin gran expresión en la economía local.

⁵⁰⁶ “Ofício de 3 de novembro de 1813, de Francisco Alberto Rubim ao conde de Aguiar, en Oliveira (1975)”, en *História do Espírito Santo*, p. 209.

⁵⁰⁷ “Ofício de 3 de novembro de 1813, de Francisco Alberto Rubim ao conde de Aguiar”, en Oliveira (1975), *História do Espírito Santo*, p. 209.

La fragilidad de la capitanía y la etnopolítica indígena

Cuando estuvo en Espírito Santo el año de 1818, Saint-Hilaire observó cuánto la guerra y la presencia masiva de indios en los *sertões* había condicionado la distribución espacial de la población, transformando la pequeña capitanía en un espacio social densamente poblado a pesar de su diminuta población. Mientras en la extensa Minas Gerais calculó la presencia de 10 personas por legua cuadrada, en promedio, en la capitanía de Espírito Santo estimó la existencia de 150 personas por legua cuadrada. Eso porque toda la población se concentraba en “una franja estrecha que, en promedio, no tiene probablemente más de cuatro leguas de ancho. Más allá, se hallan inmensas selvas que se confunden con las de Minas Gerais y sirven de abrigo a las tribus errantes de botocudos, siempre en guerra con los portugueses” (1974 [1833]: 14).

La presencia indígena siempre fue un serio estorbo para la colonización de la capitanía en el transcurso de todo el siglo XIX y el mayor riesgo para la supervivencia de los enclaves luso-brasileños del valle del río Doce. La situación se agravaba aún más por el surgimiento de epidemias contagiosas, como la viruela y el sarampión, y por el continuo surgimiento de puntos donde se propagaba el paludismo a las orillas del río. Tan pronto como empezó la guerra y la intensa represión contra los indios del río Doce, los ataques indígenas se esparcieron y se multiplicaron por toda la capitanía de Espírito Santo, poniendo en riesgo, no sólo los enclaves recién creados en el valle, sino la supervivencia de las áreas del antiguo poblamiento. Se sabe que los indios que vivían de la pesca y de la pequeña agricultura, en la embocadura del río Piúma, eran más numerosos en aquella localidad antes de la proclamación de la guerra que cuando Saint-Hilaire visitó el lugar en 1818. Este mismo autor explica la reducción de población en aquel paraje por el temor que dichos indios sentían por los bocotudos, lo que los habría llevado a abandonar sus moradas en Piúma en busca de parajes más seguros (1974 [1833]: 27). A causa de los ataques de los indios bocotudos, otros pequeños campamentos militares también fueron abandonados por sus moradores. Este proceso de desdoblamiento se palpa en la carta regia del 4 de diciembre de 1816, enviada al gobernador de la capitanía de Espírito Santo, Francisco Alberto Rubim. Y aunque este documento trata sobre la construcción del camino que uniría Espírito Santo a Minas Gerais; certifica la preocupación del Estado en fomentar la agricultura, la explotación aurífera en la capitanía, como también el comercio con Minas Gerais, por medio de algunos incentivos fiscales (como la exención de diezmos sobre la producción y la exención de impuestos sobre

la circulación de géneros en dicha vía de comunicación), también registra los estragos que la guerra contra los indios del río Doce estaban haciendo en la capitanía, reconociendo, por ejemplo, que la explotación aurífera en las cabeceras del río Itapemirim y en las minas de Castelo, así como las cuatro poblaciones que allí existían, habían sido arruinadas por los ataques de los indios botocudos, forzando a la población a emigrar para la costa atlántica, en busca de mayor seguridad.⁵⁰⁸

Entre 1800 y 1840 fueron incontables los casos de ataques indígenas en la capitanía y posterior provincia de Espírito Santo. En julio de 1810 allí hubo una serie de ataques indígenas contra la población luso-brasileña y contra haciendas, plantaciones, casas y ganado. Cerca de la capital, como resultado de los combates, veinte indios murieron, y muchos más, entre indios, milicianos y soldados resultaron heridos, quedando tres “gentíos” enemigos prisioneros. En Santarém hubo muertes, destrucción de plantaciones y quema de casas, dejando el combate entre indios, colonos y tropa un rastro de muerte y gran número de indios prisioneros. En Itapemirim, los indios mataron a cinco personas y en Muribeca, antigua hacienda de los jesuitas, hubo un enfrentamiento entre indios y labradores (Daemon 1879: 211-12).

En 1813, nueva ola de “tumultos” devastó a la capitanía, quedando registrados varios relatos de los enfrentamientos en cuarteles del puerto de Souza, de Aguiar, de Linhares, de Piraque-açu y también en las poblaciones de Linhares, de Benevente, al sur de la capitanía, además de los incidentes ocurridos en el *sertão* de Iconha (Daemon 1879: 218-19). Como resultado de esta nueva ola de ataques, que prácticamente cercó todo el perímetro ocupado por la población luso-brasileña de Espírito Santo, se reorganizó el sistema de cuarteles de la capitanía con dos nuevas divisiones. La primera se ubicó en el norte, distribuida entre los puertos de Souza y Anadia, en el Primer, Segundo y Tercero cuarteles de Linhares, y en los puertos de Regência Augusta, Aguiar, Comboios, Riacho, Piraque-açu y Galveas. La segunda división, situada al sur, se distribuyó entre los puertos de Murellos, Vienieiro, Nova Coimbra, Bragança, Santa Bárbara, Primer Cuartel de Viana, Tondella, Boa Vista e Itabapoana (Daemon 1879: 220). Con la reorganización del sistema de defensa, la primera división hacía frente a los ataques de los botocudos, mientras la segunda división se las veía también con los indios puris.

⁵⁰⁸ “Carta régia de 4 de dezembro de 1816”, en Oliveira (1856), “Notas, apontamentos e notícias para a história da província do Espírito Santo”, p. 189.

De nuevo, en 1815, otra sucesión de ataques asoló la capitania. Según Daemon, indios caethés y coroados “infestan las orillas del río Doce, destruyendo plantaciones y cometiendo robos, muertes y barbaridades” (1879: 231). En ese mismo año ocurrieron otros dos incidentes, uno en Itapemirim y otro en Linhares. En el primero, indios botocudos atacaron las haciendas a las orillas del río, y luego, expulsados de allí, aparecieron en el cuartel de Boa Vista. En octubre le tocó a Linhares ser víctima de un gran ataque, descrito por Daemon con las siguientes palabras:

Es atacado el 1º de octubre el segundo cuartel de Linhares por un número extraordinario de indios, hablando, parte de los mismos, perfectamente la lengua portuguesa, en la cual insultaban a los moradores; pero tan acertadas fueron las providencias dadas por el comandante João Felipe de Almeida Calmon [...] que pudieron contenerlos hasta la llegada de una *bandeira* de treinta y cinco personas que vino a ayudar al destacamento,⁵⁰⁹ luego de lo cual se verificó una gran mortandad y muchos de los nuestros resultaron heridos (1879: 231).

Estos episodios de 1815 pusieron de manifiesto al menos dos situaciones importantes. La primera, el intenso tránsito de indios puris-coroados y botocudos por los *sertões* de la capitania y, en función de ello, el posible recrudecimiento de la guerra en dos vertientes: la llegada de los coroados a las orillas del río Doce, territorio tradicionalmente ocupado por los botocudos, y el ataque de los botocudos en la región de Itapemirim, más frecuentemente citada como ambiente ocupado por puris-coroados, sugiere una disputa de territorio y un estado de beligerancia, no sólo de esos indios contra la sociedad luso-brasileña, sino también entre ellos. Las declaraciones de los indios puris Manoel José Pereira y Antônio Francisco Pereira, tomadas por el ingeniero Alberto Noronha Cortezão, al final del siglo XIX, son un testimonio contundente de las disputas y guerras entre puris-coroados y botocudos en los *sertões* de Espírito Santo. De acuerdo a uno de los indios, que en la época de la declaración ya era bastante anciano, él mismo había acompañado las

⁵⁰⁹ Las *bandeiras* eran expediciones, particulares u oficiales, de penetración del territorio brasileño en la época colonial (siglos XVI a XVIII), que tenían como objetivos fundamentales la captura de indígenas y el hallazgo de yacimientos de piedras y metales preciosos (Fuente: *Dicionário Eletrônico Houaiss da língua portuguesa*). Nota de la traductora.

guerras entre los coropós y los botocudos, habiendo perdido, en esas batallas, a un hermano, afirmando que

el terreno aquende el río Doce quedó limpio de botocudos, pero que los mineiros acabaron con los puris; los botocudos pasaron otra vez hacía aquí, y diezmados como se encontraban no pudieron los puris y los coropós oponerles resistencia sino más hacia arriba, donde estaban los coropós con los coroados, hacia los lados de Muriahé. (1889: 513).

La segunda situación importante a subrayar de los episodios de 1815 tiene que ver con el ataque a Linhares, que posee la particularidad de mostrar la existencia de un gran contingente de indios, de los cuales algunos hablaban “perfectamente la lengua portuguesa”, lo que permite especular, de diferentes maneras, desde la participación en esos combates de indios forajidos de las haciendas y villas (donde habrían aprendido el portugués), hasta la inclusión de algunos no indios, es decir, mestizos, en las acciones y ataques realizados por los guerreros de las tribus locales. De cualquier manera, en ambos casos, la acción beligerante llevada a cabo por los indios presupone una etnopolítica en transformación, ya sea porque la gama de alianzas se estaba ampliando mediante la presencia de “no indios” en las tácticas de guerrilla, ya por la participación de indios provenientes de haciendas y villas locales, donde habían adquirido un conocimiento mucho mayor sobre la sociedad dominante en expansión de aquellos que permanecían en los montes.

La tímida apertura de zonas pioneras por el desarrollo interno de la capitania no constituye condición suficiente como para explicar, empero, el gran número de enfrentamientos entre luso-brasileños y diferentes agrupamientos indígenas durante los primeros treinta años del siglo XIX. La expansión de la frontera agrícola en Minas Gerais, mucho más dinámica que la de Espírito Santo, rápidamente avanzaba sobre los territorios de los indios, lanzándolos en contra de la más frágil ocupación luso-brasileña de la capitania de Espírito Santo. Los diversos ataques registrados en dicha capitania durante las dos primeras décadas del siglo XIX sugieren, por tanto, que aunque Espírito Santo hubiera entrado en la guerra contra los indios para dar soporte al comercio y a la colonización del valle del río Doce, rápidamente la capitania se hubiera visto en la inminencia de reforzar su estructura militar para defender regiones que se volvieron parte de los territorios bajo el dominio de los luso-brasileños desde el comienzo del período colonial.

En otras palabras, a inicios del siglo XIX, la cuestión de la seguridad no se resumía a la habitual dificultad de los moradores locales – incluso los llamados indios civilizados – de ampliar las fronteras coloniales en razón de la fuerte presencia de agrupamientos de indios independientes e insurrectos frente a la presencia luso-brasileña en los *sertões* limítrofes a la capitania. La expansión socioeconómica mineira y la política de guerra de João VI contra los indios del río Doce, estaban en realidad haciendo difícil e incierta la continuidad de antiguas áreas de poblamiento de Espírito Santo, que parecía estar perdiendo territorio con los indios de los *sertões*.

De que los indios percibían la fragilidad de la capitania no cabe duda. A final de cuentas, sus ataques cercaron prácticamente todo el perímetro de población luso-brasileña, alcanzando incluso las áreas cercanas a la capital, provocando miedo, terror, pánico entre la población local. Los ataques de los indios botocudos también pusieron en riesgo seriamente a Espírito Santo hasta mediados de la década de 1820. Marco Morel ha señalado que los episodios de 1824 parecen apuntar a una unión estratégica entre los indios del río Doce y los de Itapemirim para cercar y presionar en conjunto a la población de la capital:

Los botocudos cruzaban la frontera de la selva en la tentativa de ocupar la ciudad urbana. En el momento en que la civilización occidental se instalaba en el corazón del territorio indígena, las tribus se instalaban en la capital de la provincia. Una vez más la alteridad perturbaba la lógica de una conquista que, a lo largo de tres siglos, todavía no se había consumado (Morel 2002: 102).

No obstante, a partir del segundo lustro del siglo XIX, el aspecto más evidente de las operaciones militares de los diferentes grupos nativos del río Doce de Espírito Santo deja de estar conformado por las tácticas de guerra defensiva o por la explotación de las fragilidades de la sociedad luso-brasileña por medio de la guerra ofensiva. Desde entonces, y con frecuencia cada vez mayor, surgieron noticias sobre tentativas de negociación de los indios con los moradores y las autoridades locales, superando, de esa forma, la belicosidad que históricamente había marcado tan profundamente las relaciones entre botocudos, puris y la sociedad colonial en la capitania.

La guerra contra los indios del río Doce en territorio de Espírito Santo, además, involucró relaciones interétnicas variadas. Las mismas se constitu-

yeron tanto a partir de la percepción que los luso-brasileños tenían de las disputas y guerras entre sí de los diferentes grupos étnicos que vivían en los *sertões* y selvas, como a partir del reconocimiento que los indios tenían de las debilidades y dificultades de los luso-brasileños con respecto a mantener la seguridad y la estabilidad de sus posesiones. En 1820, por ejemplo, tres familias de puris interesadas en reunirse en aldeas contactaron en la capitanía a los encargados de construir el camino en dirección a Minas Gerais. Estos últimos también informaron al gobernador que esos indios estaban sufriendo hostilidades en territorio mineiro y que otros grupos de puris también estaban buscando los cuarteles de la región y manifestando el mismo deseo de pasar a vivir en aldeas.⁵¹⁰

La documentación de aquella época deja entrever un escenario de profunda tensión entre los propios indios que los portugueses explotaron hábilmente, no titubeando en acercarse a los puris para garantizar una mayor seguridad contra los botocudos. Aquellos, por su parte, a medida que perdían la guerra contra los mineiros y los botocudos, pasaron a buscar a los moradores y autoridades de la capitanía con propuestas de paz y de colaboración. Eso queda particularmente de manifiesto en ese episodio que involucró la construcción del camino entre Espírito Santo y Minas Gerais, como también en todo el debate en torno a la construcción de una aldea para ellos, que finalmente acabó concretándose con la creación de la aldea Imperial Alfonsino, en 1845.

Para las autoridades, una aldea de indios puris cercana al camino que unía Espírito Santo a Minas Gerais era muy oportuna, pues podrían aprovechar a los indios tanto como mano de obra para la construcción y manutención del propio camino, como para movilizarlos en contingentes militares y garantizar una mayor seguridad en aquellos parajes constantemente amenazados por la presencia de los botocudos. Y a pesar de que la aldea Imperial Alfonsino se hubiese fundado hasta 1845, eso no impidió la consolidación de la alianza local entre puris y luso-brasileños. A final de cuentas, hasta mediados de los años treinta los indios puris fueron piezas fundamentales en el combate y represión a los quilombos,⁵¹¹ espacios que proliferaban en las zonas esclavistas

⁵¹⁰ "Offício do Governador Balthazar de Souza Botelho de Vasconcelos", en Oliveira (1856), "Notas, apontamentos e notícias para a história da província do Espírito Santo", *Revista do IHGB*, Rio de Janeiro, tomo XIX, n. 22, pp. 161-335, p. 213.

⁵¹¹ Lugares escondidos, generalmente en el monte, donde se guarecían esclavos que huían. Nota de la traductora.

de Espírito Santo,⁵¹² actuando como una tribu aliada de la población local y siendo considerados como tales.

Los botocudos no se quedaron atrás y empezaron a buscar “voluntaria” y “pacíficamente” establecer nuevas relaciones sociales y políticas con la sociedad dominante en expansión. Es cierto que muchos indios buscaban a los “blancos”, pero era porque no tenían mejor alternativa. A final de cuentas, la expansión territorial de la sociedad dominante los dejaba acorralados, ya guerreando contra determinados moradores o cuarteles del campo, ya en guerra contra otros grupos étnicos que también disputaban el mismo espacio vital. Demasiado conocidas son para la historiografía las frecuentes contiendas y guerras entre los diferentes grupos de botocudos que vivían en el río Doce.

A pesar del creciente interés de los botocudos por la paz y del conjunto de aldeas creadas para ellos en el territorio de Espírito Santo, la situación beligerante que reinó en la región durante las primeras décadas del siglo XIX, y que llegó a las puertas de la capital, echó profundas raíces en la mentalidad de la población local. De los botocudos se creó la imagen de un pueblo “bárbaro”, “guerrero”, “antropófago”. Se les veía como verdaderas “fieras” que “infestaban” los montes y que, como tales, debían cazarse y exterminarse. En el relato de Saint-Hilaire queda especialmente de manifiesto el odio que los habitantes de Espírito Santo sentían por esos indios:

Después de haber esperado mucho tiempo en la playa entré en una casa para guarecerme del sol, y encontré a diversas personas que como yo querían volver a Vitória. Me hablaron mucho de los indios salvajes; era en aquella región un tema inagotable de conversación y nunca se empezaba sin mostrar contra esos desgraciados un odio que llegaba al delirio. Un soldado de a pie, que allí se hallaba, no se cansaba de declarar su admiración por el oficial que conservaba en su casa a un hijo del *gentío*, y juraba que en lugar del teniente Bom Jardim estrangularía al niño. Intenté en vano hacerles comprender a esas bravías criaturas que esos sentimientos no estaban perfectamente de acuerdo con la religión que pretendían profesar. Para ellos, los *gentíos* no pertenecían a la especie humana, eran animales feroces (1974: 112).

⁵¹² Arquivo Público do Estado do Espírito Santo (APEES), Fundo Governadoria, Série Accioly, L. 54, fl. 03, 1830, 14/04.

Ese odio no era infundado, pues la guerra perpetrada por los bocotudos tuvo en Espírito Santo un carácter bastante amenazador y en muchos momentos puso en riesgo la propia existencia y continuidad de la capitanía. La guerra fue suspendida oficialmente hasta 1831 por la ley del 27 de octubre del mismo año (Gagliardi 1989: 32). Para ese momento Brasil ya era una nación independiente, y aunque las cartas regias de João VI fueron definitivamente revocadas desde esa fecha, las matanzas y expediciones contra los indios siguieron. Prueba de ello fue la gran masacre ocurrida en 1832 en São Mateus. Es decir, a menos de un año después de la ley de 1831. En ese suceso fueron asesinados 140 indios de un solo golpe (Oliveira 1856: 241). Era el anuncio de cuán difícil sería terminar las hostilidades y masacres contra la población de indios botocudos de la región, pues el interés por los territorios indígenas crecía con el desarrollo de la economía. Además, los estereotipos creados sobre los indios estaban tan asimilados que su certeza justificaba casi todas las atrocidades cometidas contra ellos.

Consideraciones finales

Los luso-brasileños llamaron a las diferentes tribus del río Doce bocotudos, aunque ellos se autodenominaban borum. La relación que los borum mantenían con la tierra era orgánica, entrañable, pues, en definitiva, vivían en la tierra y gracias a ella. Los krenak, por ejemplo, demuestran ese lazo esencial con la tierra con el nombre que se daban y se dan todavía a sí mismos, pues krenak significa “señor de la tierra” (Mattos 1996: 133).

Para pueblos tan vinculados a la tierra, la llegada de la familia real a tierras brasileñas en el siglo XIX fue violenta y sangrienta, pues la actualización de la “guerra justa” que sostenía la política indigenista de João VI introducía en la región la guerra ofensiva, la muerte, el cautiverio y la explotación forzada del trabajo indígena. Sin embargo, vista desde el ángulo del siglo XIX, la guerra contra los indios del río Doce no es un mero retorno anacrónico a los métodos más antiguos y violentos vigentes en la política indigenista colonial, ya que se trataba sobre todo de una guerra de conquista de nuevas tierras más que una guerra de conquista de gentes para el servicio del rey, o de almas para el servicio de Dios, o de mano de obra forzada para el servicio de los moradores.

Más allá de toda la violencia y muerte que implicó la guerra, es importante resaltar otra cuestión: la guerra de João VI contra los indios del río Doce es

testimonio de la poca servidumbre que los indios tenían para con la sociedad colonial tardía, incluso hacia el mismo Estado, que hasta entonces tendía a considerarlos vasallos útiles a la colonización. No fue sin razón que Manoel Tavares da Costa Miranda y Alípio Bandeira (1912) lamentaron profundamente la triste guerra contra los indios del río Doce, pues la política indigenista de João VI demostró una visión extremadamente limitada y beligerante con relación a los indios, La cual alimentaría más tarde el ideario antiindigenista de una parte de la élite política e intelectual del Brasil independiente.

FUENTES

Bibliografía

- Alencastro, Luís Felipe de (2000), *O trato dos viventes: formação do Brasil no Atlântico Sul*, São Paulo, companhia das Letras.
- Almeida, Maria Regina Celestino (2003), *Metamorfoses indígenas: identidade e cultura nas aldeias coloniais do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, Arquivo Nacional.
- Cortezão, Alberto Noronha (1889), "Vocabulário Puri", *Revista do IHGB*, Rio de Janeiro, t. LII, pp. 511-114.
- Costa, Maria Cilda Soares da (1989), "Terra e povoamento na implantação da lavoura cacaueteira no Espírito Santo. Um estudo de caso: Linhares, 1900-1930", Dissertação de Mestrado, Universidade Federal Fluminense.
- Cunha, Manuela Carneiro da (1992), "Política indigenista no século XIX", en Manuela Carneiro da Cunha (org), *História dos índios no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras/ Secretaria Municipal de Cultura/ FAPESP pp. 133-154.
- Daemon, Bazílio Carvalho (1879), *História e estatística da província do Espírito Santo*, Vitória, Tipographia Espírito Santense.
- Demoner, Sônia Maria (1983), *A presença de missionários capuchinhos no Espírito Santo do século XIX*, Vitória, Fundação Ceciliano Abel de Almeida.
- Dias, Maria Odila da Silva (1972), "A interiorização da metrópole (1808-1853)", en Carlos Guilherme Mota (org), *1822: dimensões*, São Paulo, Perspectiva, pp.160-184.
- Espindola, Haruf Salmem (2005), *Sertão do Rio Doce*, Bauru, EDUSC.

- Gagliardi, José Mauro (1989), *O indígena e a República*, São Paulo, Hucitec/ Editora da Universidade de São Paulo/Secretaria de Estado da Cultura de São Paulo.
- Hemming, John (1978), *Red gold. The conquest of the Brazilian Indians, 1500-1700*, Massachusetts, Harvard University Press.
- Hemming, John (2007), *Ouro vermelho. A conquista dos índios brasileiros*, São Paulo, Editora da Universidade de São Paulo.
- Marinato, Francieli Aparecida (2007), "Índios imperiais: os Botocudos, os militares e a colonização do rio Doce (Espírito Santo, 1824-1845)", Dissertação de Mestrado, Universidade Federal do Espírito Santo, Brasil.
- Marques, César Augusto (1878), *Dicionário histórico, geográfico e estatístico da província do Espírito Santo*, Rio de Janeiro, Typographia Nacional.
- Mattos, Izabel Missagia de (1996), "Borum, Bugre, Kraí. Constituição social da identidade e memória étnica Krenak", Dissertação de Mestrado, Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil.
- Matos, Izabel Missagia de (2004), *Civilização e revolta: os botocudos e a catequese na província de Minas*, Bauru, EDUSC.
- Métraux, Alfred, y Nimuendajú, Curt (1946), "The Mashacalí, Patashó, and Malali linguistic families", en Julian H. Steward (Ed.), *Hand book of South American Indians*, Washington, Government Printing Office, 1946, v. 1, pp. 541-546.
- Métraux, Alfred, (1946a), "The Puri-coroado linguistic family", en Julian H. Steward (Ed.), *Hand book of South American Indians*, Washington, Government Printing Office, 1946, v. 1, pp. 523-530.
- Métraux, Alfred (1946b), "The Botocudo", en Julian H. Steward (ed), *Hand Book of South American Indians*, Washington, United States Government Printing Office, v. 1, pp. 530-540.
- Miranda, Manoel Tavares da Costa, Bandeira, Alípio (1912), "Memorial acerca da situação do índio perante a legislação antiga e moderna com um projeto de lei, definindo a verdadeira e necessária situação jurídica do indígena brasileiro, apresentado ao senhor tenente-coronel Cândido Mariano da Silva Rondon, diretor do Serviço de Proteção aos Índios e Localização dos Trabalhadores Nacionais", en Brasil, Ministério da Agricultura, Relatório do SPILT.N.
- Moreira, Vânia Maria Losada (2001), "A produção histórica dos vazios demográficos: guerras e chacinas no vale do rio Doce (1800-1830), *Revista de História da Ufes*, Vitória, n. 9, pp. 99-123.
- Moreira, Vânia Maria Losada (2005), "Caboclistmo, vadiagem e recrutamento militar entre as populações indígenas do Espírito Santo

- (1822-1875), *Diálogos Latinoamericanos*, Aarhus/Dinamarca, n. 11, PP. 94-120.
- Morel, Marco (2002), "Independência, vida e morte: os contatos com os Botocudos durante o Primeiro Reinado", *Dimensões – Revista de História da Ufes*, Vitória, n.14, pp. 91-113.
- Oliveira, José Joaquim Machado de (1856), "Notas, apontamentos e notícias para a história da província do Espírito Santo", *Revista do IHGB*, Rio de Janeiro, tomo XIX, n. 22, pp. 161-335, p. 213.
- Oliveira, José Teixeira de (1975), *História do Espírito Santo*, 2 ed., Vitória, Fundação Cultural do Espírito Santo/IBGE.
- Paraíso, Maria Hilda B (1992), "Os Botocudos e sua trajetória histórica". In: CUNHA, Manuela Carneiro da (org), *História dos índios no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras/ Secretaria Municipal de Cultura/FAPESP, 1992, pp. 413-430.
- Perrone-Moisés, Beatriz (1992), "Índios livres e índios escravos. Os princípios da legislação indigenista no período colonial (séculos XVI a XVIII)", em Manuela Carneiro da Cunha(org), *História dos índios no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras/Secretaria Municipal de Cultura/FAPESP, pp. 115-132.
- Pontes, Antonio Pires da Silva (1979 [1802]), Pré-memória sobre a capitania do Espírito Santo e objetos do rio Doce do governador Antonio Pires da Silva Pontes, em *Espírito Santo – Documentos administrativos e coloniais 2*, Vitória, Governo do Espírito Santo/Fundação Jones dos Santos Neves.
- Prado Júnior, Caio (1971), *Formação do Brasil contemporâneo*, 11 ed., São Paulo, Brasiliense.
- Resende, Maria Leônia Chaves e Langfur, Hal (2007), "Minas Gerais indígena: resistência dos índios nos sertões e nas vilas de El-Rei", *Tempo*, Rio de Janeiro, n. 23, pp. 15-32.
- Rubim, Braz da Costa (1861), "Memórias históricas e documentadas da província do Espírito Santo", *Revista do IHGB*, Rio de Janeiro, t. XXIV, n. 9, pp. 171-351.
- Saeto, Nara (1996), *Trabalhadores nacionais e imigrantes no mercado de trabalho do Espírito Santo (1888-1930)*, Vitória/ES, EDUFES.
- Saint-Hilaire, Auguste (1974 [1833]), *Viagem ao Espírito Santo e Rio Doce*, São Paulo/Belo Horizonte, Editora da Universidade de São Paulo/ Itatiaia.
- Wied-Neuvied, (1958 [1823]), *Viagem ao Brasil*, 2 ed., São Paulo, Companhia Editora Nacional.

AUTORES

Sara Emilia Mata

Licenciada en historia por la Universidad Nacional de Rosario y doctora en historia por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Investigadora del CONICET. Profesora titular de Historia Argentina Colonial en la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta. Dirige desde 1997 el Instituto de Investigación CEPIHA "Dr. Guillermo Madrazo", con sede en dicha Universidad, y la Revista ANDES, Antropología e Historia, publicación periódica del mencionado instituto. Es autora de los libros *Tierra y poder en Salta. El noroeste argentino en vísperas de la independencia* (España, 2000; Argentina, 2005) y *Los Gauchos de Güemes. Conflicto social y guerra de independencia* (Sudamericana, 2008).

Emir Reitano

Profesor y doctor en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, donde es docente e investigador en el área de Historia Americana Colonial. Ha sido becado por el gobierno portugués y la Organización de Estados Americanos para realizar trabajos de investigación en archivos de Portugal. Es autor de dos libros sobre la política gremial y el gobierno de Manuel Fresco en la Provincia de Buenos Aires, y de artículos referidos a la historia americana colonial publicados en Argentina, Chile, Portugal y España. Su tesis de doctorado, titulada *Los portugueses del Buenos Aires tardocolonial. Inmigración, sociedad, familia, vida cotidiana y religión*, recibió el segundo premio de la Academia Nacional de la Historia de Argentina.

María Elena Barral

Profesora y Licenciada en historia por la Universidad Nacional de Luján (UNLu, Argentina), Magister en Historia Latinoamericana por La Universidad Internacional de Andalucía, La Rábida y doctora en historia por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. Es investigadora de CONICET y profesora en la UNLu. Especializada en historia religiosa y eclesiástica, ha estudiado el papel de la Iglesia como mediadora en el mundo rural bonaerense y las formas de religiosidad local. Ha publicado artículos en revistas especializadas nacionales y extranjeras y en obras colectivas. Es autora del libro *De sotanas por la pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial* (Prometeo, 2007).

Diego Lévano Medina

Licenciado en historia, con estudios concluidos en la maestría de historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Actualmente es investigador Becario del Institut Français d'Études Andines -IFEA (UMIFRE 17- CNRS-MAEE). Ha publicado artículos de su especialidad, entre los que pueden destacarse: "De Castas y Libres. Testamento de negras, mulatas y zambas en Lima Borbónica 1740-1790", en Scarlett O'Phelan (compilador), *Etnicidad y Discriminación Racial en la Historia del Perú*, PUCP - World Bank. Lima, Mayo 2002; "El mundo imaginado: La cofradía de Copacabana y la religiosidad andina manifestada", en Fernando de Armas Asín (ed.), *Angeli Novi. Evangelización, representación artística y construcción del Catolicismo en América (siglo XVII-XX)*, PUCP. Lima, 2004.

Magali Carrillo Rocha

Socióloga por la Universidad Nacional de Colombia y Magíster en Estudios de Sociedades Latinoamericanas por la Universidad París III, (Sorbonne-Nouvelle). Fue becaria e investigadora del Centro de Estudios en Historia de la Universidad Externado de Colombia. Actualmente es candidata a doctora en historia por la Universidad de la Sorbona en París, con la tesis titulada *Pueblo rey-pueblo enigma: la construcción del pueblo en Colombia en el siglo XIX (1810-1909)*.

Lucrecia Enriquez Agrazar

Profesora, licenciada y doctora en historia. Se desempeña actualmente como académica del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se doctoró en la Pontificia Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Bordeaux III, Michel de Montaigne. Su tesis doctoral, *De colonial a nacional: la carrera eclesiástica del clero secular chileno entre 1650 y 1810*, recibió los premios "Michel Cruchaga Tocornal", de la Academia Chilena de la Historia, y "Ricardo Caillet Bois" del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Sus temas de investigación se centran en el estudio de la sociedad del antiguo régimen y la transición a la nación moderna, inserta en grupos de investigación internacionales (PAPE, Estado Moderno en el mediterráneo y América), en colaboración con investigadores del CNRS.

Elisa Frühauf Garcia

Doctora en historia moderna por la Universidad Federal Fluminense, Brasil. Su tesis *As diversas formas de ser índio: políticas indígenas e políticas indigenistas no extremo sul da América portuguesa* fue premiada por el Archivo Nacional y será publicada por dicha institución. Actualmente realiza un posdoctorado en antropología en la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP), con financiamiento del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq).

Maria Regina Celestino de Almeida

Profesora del Departamento de Historia de la Universidad Federal Fluminense (UFF). Investigadora del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Doctora en ciencias sociales por la Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP). Su tesis fue premiada por el Archivo Nacional en 2001. Es autora del libro *Metamorfoses Indígena. Identidade e cultura nas aldeias coloniais do Rio de Janeiro*.

Vânia Maria Losada Moreira

Profesora Asociada en la Universidad Federal Rural de Rio de Janeiro (UFRRJ), donde imparte cursos de grado y de postgrado en historia. Doctora en historia por la Universidad de Sao Paulo (1995). Ha realizado estudios postdoctorales en el Centro de Estudios Latinoamericanos - Casa Bolívar de la Universidad de Stanford (1999-2000). Es autora del libro *Brasília: a construção da nacionalidade*. Desde 1999 desarrolla investigaciones sobre la historia social de las fronteras, con especial énfasis en la historia de las sociedades indígenas.

- Ordenar las fechas de vencimiento de manera vertical.
- Cancelar con el sello de "DEVUELTO" la fecha de vencimiento a la entrega del libro



2893728

UAM
F2233
D6.5

2893728
Los dominios ibéricos en

PRÓXIMAS PUBLICACIONES DE LA COLECCIÓN 2010

El Colegio de Jalisco

Jaime Olveda, coordinador, *Los comandantes
realistas y la guerra de independencia*

UAM / UAM Azcapotzalco

Leonardo Martínez Carrizales, *El orden cultural
de la Revolución Mexicana.*

*Sujetos, representaciones, discursos y universos
conceptuales*

CIESAS / UAM,

Sergio Eduardo Carrera Quezada, Clemente
Cruz Peralta, José Antonio Cruz Rangel y Juan
Manuel Pérez Zevallos, *Las voces de la fe. Las
cofradías en México, siglos XVII - XIX*

UAEM / UAM

Carmen Salinas, Antonio Escobar Ohmstede
y Diana Birrichaga, *Poder y gobierno local en
México, 1808-1857*

UAM / BUAP

Brian Connaughton, *Religión, Religiosidad y
Política en la independencia de México*

UAM
F2233
D6.5

La Colección 2010 interinstitucional es producto del esfuerzo de diversos centros de educación superior y de investigación de México, cuya finalidad es ofrecer los frutos de la labor analítica de los investigadores convocados acerca de los procesos e instituciones que afectaron a los distintos grupos sociales que han ocupado el territorio mexicano desde la época colonial hasta inicios del siglo XX en libros coordinados con temáticas específicas, los cuales serán acompañados de otros que presenten lo sucedido, en ese mismo tiempo, en el contexto latinoamericano y mundial.

En la presente obra se estudian las variadas situaciones históricas que atravesaban los territorios coloniales de la América meridional en torno al enfrentamiento de los imperios europeos en la primera década del siglo XIX, en especial durante la crisis que vivieron los de la península ibérica en 1808, indagando procesos y problemas que atravesaban las regiones y actores sociales en el marco de las pugnas de poder propiciadas por la crisis que se vivía en ambos lados del Atlántico.

ISCENTENARIOS



ISBN 978-607-477-168-8



9 786074 771688